

Remedios Moreno



El mundo de Sir

(Drako, la leyenda comienza)

El mundo de Sir
Drako, la leyenda comienza

T.L,

Remedios Moreno

Primera edición
Junio 2019

© Remedios Moreno

El mundode Sir
Drako, la leyenda comienza

A mis tres tesoros, por exigirme más aventuras y emocionarse con mis relatos.

A mi familia, en especial mi marido, sin su apoyo no lo habría conseguido.

A la memoria de mis abuelos, por los relatos que me contaban de su vida y que hacían que desde mi más tierna infancia mi imaginación volara.



Prólogo

L

Drako

Levaba tanto tiempo esperando que nuestro destino se cruzase que me parecía una eternidad. ¿Cómo es posible que estuviéramos predestinados si él ni siquiera sabía de mi existencia? Él aún no sabía de mi mundo, ¿cómo iba a saber de mí?

Había una leyenda más antigua que los propios hombres, una leyenda de dragones. Mis ancestros siempre me contaban que uno de nosotros, el último. Sería quien recuperara el equilibrio, sería quien encontrara al jinete. Y que los dos forjarían un nuevo destino para ambas especies.

Yo siempre había estado fascinado con aquello, pero lo que jamás se me pasó por la cabeza era que el último dragón sería yo, y que mi jinete desconociera por completo nuestro destino.

Él aún era un niño que no sabía nada, y mucho menos que un peso tan grande recaía sobre nuestros hombros.

Debíamos aprender a luchar juntos, pero primero tenía que encontrarme. Ya llevaba demasiado tiempo esperándolo, demasiado hasta para un dragón...

Capítulo 1

Una excursión familiar

C

Daniel y Lucía

uando miro atrás en el tiempo, me parece que todo lo que nos pasó fue algo realmente imposible. Todo empezó con una pequeña excursión que mi marido, Daniel, llevaba tiempo queriendo organizar y que había preparado con mucho ahínco.

Era una mañana fresca de verano, de esos veranos que pareciera que nunca empiezan; ya que no hacía el calor al que estamos acostumbrados en el interior de Andalucía. Sí, vivíamos en un pequeño pueblo andaluz en el que nunca pasaba nada.

La noche anterior lo habíamos preparado todo, para no dejarnos nada atrás, pues con tres niños ser precavido era poco. Éramos jóvenes, y aunque habíamos tenido los niños muy pronto, nos gustaba ir a todas partes con ellos. Por eso Daniel se había empeñado en que ya eran mayorcitos para hacer una verdadera excursión, de esas en las que puedes perderte en la naturaleza y volver al mundo civilizado cuando te apetezca.

Daniel insistía en llevarnos a uno de sus sitios favoritos desde niños, y en que lo que había allí nos encantaría. Cuando era pequeño, o no tan pequeño según se mire, hacía estas excursiones con sus amigos, y un buen día encontró algo de lo que nunca se olvidó.

Desde que lo conozco me contaba esas historias, me hablaba de su lugar favorito, decía que había una cascada preciosa y que una vez encontró un agujero cerca de la cascada.

Daniel siempre me ha jurado que entró allí y que vio un carro romano y muchísimas cosas que hoy tendrían un valor incalculable, pero también me contó que después fue muchas más veces y que nunca ha vuelto a encontrar aquella cueva del tesoro, como Daniel la llamaba.

Yo intenté convencerlo de ir a un sitio más animado para los niños, pero Daniel quería demostrarme que no se lo había inventado y estaba dispuesto a llevarnos a todos a rastra, si fuera necesario, supongo que lo decía metafóricamente.

Daniel

Era una mañana de sábado y, aunque Lucía no estaba muy entusiasmada con la idea, yo sabía que en cuanto le mostrara lo que había allí le iba a encantar. Ella ponía más pegos por el pequeño Lucas, que apenas si había cumplido los tres años y últimamente estaba muy revoltoso. Era un niño muy listo y muy travieso. Tenía unos enormes ojos castaños, nada más verle la cara ya sabías la que te esperaba. También estaba mi pequeña Sofía, de diez años. Para su edad era una niña abierta, y te controlaba más de lo que quería demostrar; de hecho ella fue quien me ayudó a convencer a su madre. Sofía también tenía unos grandes ojos marrones. El más mayorcito era David, de trece años; él había sacado la rareza de tener el mismo color de ojos que de pelo, de un tono como la miel y también muy grandes. Quizás por su edad le insistí tanto a Lucía sabía que David pronto no querría venir con nosotros a las excursiones.

Lucía se estaba acabando de preparar cuando la abracé por la cintura y le susurré al oído:

—No necesitas tantas cosas, con un poco de protector solar, unas botellas de agua y unos bocadillos tendremos.

—Nunca es demasiado, con ellos no se sabe lo que hará falta, ¿recuerdas? —dijo Lucía sonriendo.

Asentí con la cabeza y la ayudé para terminar antes y ponernos en marcha. Cogimos el coche pues, aunque íbamos a estar en plena naturaleza, se podía llegar hasta allí en él.

El camino desde nuestra casa no era muy largo, y aunque se podía llegar hasta la cascada, decidí dejar el coche un poco más lejos para que los niños anduvieran un poco, de ese modo sí sería una verdadera excursión. A los niños les entusiasmaba mucho la idea. Poco después de comenzar a caminar había unas vistas tan bonitas que le pregunté a Lucía si quería que parásemos a tomar un tentempié. A ella le pareció bien y nos paramos un rato.

—Así vaciamos un poco las mochilas de los niños —dijo Lucía, algo más relajada.

Comenzamos la marcha de nuevo, con más entusiasmo, pues ya quedaba poco; a lo lejos se podía ver la cascada y los niños se entusiasmaron mucho.

—¡ES ALLÍ! —les grité, y ellos salieron corriendo hacia la cascada; la pena fue que al llegar puede ver que apenas caía agua.

—¿Por qué hay tan poca agua, papá? —preguntó Sofía.

—Es porque estamos en verano y no llueve, le conteste. Ella me miró y me sonrió como si aquello le diera igual.

Lucía me dijo:

—Y bien, Daniel, ¿dónde está esa cueva del tesoro tuya?

—No lo sé, habrá que ponerse a buscarla.

Durante un buen rato todos estuvimos buscando, pero poco a poco los niños se fueron cansando y, la verdad, yo también. Como llevábamos comida para un *picnic*, decidimos almorzar en aquel lugar. Lucía miraba a los niños jugando y me dijo:

—Solo por verlos jugar ya ha merecido la pena venir.

Habíamos abierto una manta en el suelo, así que nos tumbamos un rato para relajarnos, y cuando ya empezaba a caer la tarde, decidimos recoger para volver a casa.

Lo que ocurrió a continuación, nos hizo cambiar de planes, pues David vino corriendo gritando:

—¡PAPÁ, PAPÁ, LA HE ENCONTRADO!

—¿El qué? —le pregunté, David estaba tan eufórico que casi no podía respirar y menos hablar, lo cogí por los hombros y le dije—: Respira, cálmate y cuéntame despacito.

—Papá, cuando nos acercamos a la cascada había escuchado algo, pero no sabía qué era, así que cuando Sofia y Lucas no me miraban me acerqué en silencio a ver si lo escuchaba mejor, y oí como alguien me llamaba por mi nombre —dijo casi sin aliento..

También nos contó que con una de las palas de Lucas había escarbado cerca de la roca, por donde estaba la arena más tierna, y que después de un rato había hecho un agujero y se veía algo dentro.

Aunque a Lucía aquello no le hacía demasiada gracia, decidimos ir a ver si David se estaba quedando con nosotros, pero efectivamente había un agujero donde decía. Le pedí que me diera la pala y cavé hasta hacer el agujero más grande, lo suficientemente grande como para entrar yo.

Lucía me pidió que no entrara, porque aquello le daba mala espina, pero mi cabezonería por demostrarle que en todos estos años no le había mentado me ganó y proseguí, adentrándome en aquella cueva. En cuanto entré me di cuenta de que una extraña luz iluminaba la cueva por dentro, y comprobé que era segura, después le pedí a Lucía que entrara con los niños.

Allí dentro había muchas cosas, pero la que más me impresionó fue el carro que yo recordaba haber visto de pequeño. Era de madera, muy antiguo, y tenía unos extraños animales dibujados en los costados, apenas se podía apreciar qué eran, pues estaban muy desgastados. Lucía alucinó con aquello y por fin se disculpó por haberse burlado de mí todos estos años.

Después de investigar, decidimos avanzar por la cueva para ver de dónde salía aquella extraña luz. Lucía decía que lo más normal es que fuera una cueva poco profunda y que la luz viniera de la otra salida.

Lucía

Al principio parecía que iba a ser una de esas cuevas cortitas, pero no era así. Bueno, en realidad no sé cuánto medía, pues allí dentro se perdía la noción del tiempo. Los niños estaban tan encantados con aquello que ni se quejaban, ni nada. Por mucho que avanzábamos, se seguía viendo con la misma claridad que si estuviéramos en la calle en un día nublado. Otro detalle que me extrañó es que no había humedad, y tratándose de una cueva, era raro.

Daniel también se dio cuenta de más detalles y lo estábamos comentando cuando David comenzó a hablar:

—¿No lo escucháis?

—¿El qué, hijo? Aquí no hay nadie más que nosotros —con-

testé.

—Me están llamando, y cada vez más y más alto. Alguien me

llama, mamá. ¿De verdad no lo escucháis?

Aquello no me gustó nada, seguro que era una broma de mi hijo. Pero de pronto comenzó a brillar más y más la luz y se vislumbraba el final de la cueva. En ella había como una especie de vórtice brillante y David se dirigía hacia él. Le pedí que no lo tocara y su padre corrió tras él, pero llegó tarde; no sé cómo mi pequeño desapareció ante mi mirada, sin que pudiéramos evitarlo. En ese momento sentí como si me partieran en mil trocitos, como si me arrancaran el corazón. Me faltaba el aire, no podía respirar. Arranqué a llorar, con un grito ahogado.

Sofía se quedó mirándome, creo que notó todo mi sufrimiento, y cuando volvió la mirada hacia Daniel, vio que estaba igual o peor, porque estaba en estado de *shock*, con las rodillas clavadas en el suelo. A mi dulce niña se le ocurrió la brillante idea de ir tras su hermano mayor. Yo, al contemplar aquella terrible escena de nuevo, y a pesar de tener a Lucas entre mis brazos, cuando vi a mi pequeña perderse tras su hermano no pensé en nada; salí corriendo tras ella y crucé sin más, sin darme cuenta de que llevaba a Lucas conmigo.

Daniel

Quedé destrozado al ver cómo mi niño desaparecía ante mis ojos, pero al levantar la vista y ver que en un segundo perdía al resto de mis hijos y al amor de mi vida...

Tenía que reaccionar y lo hice. Lo primero en lo que pensé fue en ir tras ellos, pero una voz razonable en mi cabeza dijo «PARA, piensa un minuto. ¿Cómo vais a volver? No sabes qué hay al otro lado».

Así que pensé con frialdad y cogí todas las mochilas y las cosas que los niños habían soltado al llegar a aquel lugar. Saqué la cuerda de mi mochila y la amarré a la piedra más grande que pude encontrar. Mientras ataba la cuerda, recordé la conversación tan tonta que habíamos tenido Lucía y yo; ella prefería dejar sitio para otras cosas y yo me puse cabezón con echar la cuerda. Aquel pensamiento hizo que el dolor de la separación fuera más fuerte; aquello me dio más valor y coraje y, sin pensarlo dos veces, me dirigí hacia el vórtice y lo crucé.

Al otro lado

Lucía

Cuando crucé aquel portal, solo había oscuridad. Lucas se asustó, lo noté por su forma de agarrarse a mí. Lo abracé con fuerza y le dije:

—Vamos a por los hermanos y nos vamos a casa. A Lucas le encantó la idea.

Comencé a llamar a Sofía y a David a voces; nadie contestaba. Yo seguía caminando muy despacio, ya que no se veía nada, solo había oscuridad. De repente escuché a Sofía llamando a David. Mi pequeña estaba llorando desconsolada, se le notaba que tenía mucho miedo.

Le hablé para que supiera que estaba con ella. Le pedí que no se moviera y mi pequeña, al escucharme, lloraba más aún; decía que había perdido a David, que aunque se fue tras él no pudo encontrarlo.

Yo la tranquilizaba diciéndole que ya lo encontraríamos y que no era su culpa.

No tardé mucho en encontrar a Sofía. Cuando me tropecé con ella, se agarró a mí llorando, y aunque yo quería transmitirle la seguridad que se supone que una madre debe transmitir, no pude; me abracé a ella llorando y le dije que igual que la había encontrado a ella, encontraríamos a su hermano. Lucas también lloró con nosotras, supongo que al verme llorando lo asustó más de lo que ya estaba.

Poco después se iluminó lo que parecía una salida. Lo primero que pensé fue que volvíamos a la cueva, pero la luz no era igual, esta vez no era una luz tenue, sino una luz fuerte, como la claridad del mediodía del verano.

Solté en el suelo a Lucas para poder agarrarlos, a él y a Sofía, cada uno en una mano; no iba a arriesgarme a perder a alguno de nuevo. Cogí aire profundamente y nos dirigimos a esa salida. Al principio la claridad me cegó un poco, Lucas y Sofía se restregaron los ojos con las manos.

Al mirarlos sonreí, y en ese mismo momento sentí una culpa tan abrumadora que volví a llorar. Fue entonces cuando un abrazo me consoló, ¡era Daniel! No me lo podía creer.

—No he encontrado a David —fue lo primero que le dije entre sollozos.

Él me besó y dijo:

—Pero, sí has encontrado a Sofía y tienes a Lucas, así que vamos a ver dónde anda David, seguro que aparecerá pronto.

Daniel había tenido la precaución de traer una cuerda que había atado al otro lado. La dejó fuertemente atada a una rama de un pequeño árbol que había a la derecha de la salida de la cueva y dijo:

—Así sabremos cómo volver cuando encontremos a David.

Daniel

No tardamos mucho en darnos cuenta. Ya no estábamos en el mismo sitio. Incluso se me pasó por la cabeza que no era el mismo planeta, pero no fui capaz de decirlo en voz alta; no quería alarmar a Lucía y los niños. No sabía cómo íbamos a encontrar a David, o cómo íbamos a salir de allí, pero lo que sí sabía era, que mi familia me necesitaba y que hasta que no estuvieran a salvo yo no iba a parar.

Estábamos embobados con aquellas vistas. Resulta que por el otro lado habíamos entrado pegados al suelo y, aunque juraría que dentro de la cueva no había ido cuesta arriba, ahora estábamos en medio de una montaña, una montaña bastante grande. Todo lo que se veía era vegetación, una vegetación extraña y muy bonita, sus colores parecían estar vivos, los tonos que más abundaban eran el amarillo, el rojo y el morado. Eran unos helechos de lo más curiosos, parecidos a los de casa pero más grandes y con más color. Bajo la montaña se veían árboles grandes parecidos a pinos, fresnos... se me ocurrió dar un grito:

—¡DAVID, DAVID!

Lucía me regañó:

—¿Acaso no has visto dónde estamos?

Me disculpé y dije:

—¿Y cómo lo encontramos, si no lo llamo?

La expresión de Lucía me dejó claro que yo tenía razón, así que todos nos pusimos a gritar, llamándolo.

No tardamos mucho en escuchar una respuesta. ¡Era él! Sonaba

lejos y cuando le pregunté que dónde estaba contestó:

—Estoy en los árboles, tenéis que bajar, pero hacerlo con cui-

dato.

Cogí a Lucas y Lucía cogió la mano de Sofía, y comenzamos a

bajar despacito. Hubo un par de resbalones, pero nada importante. Al llegar abajo pudimos ver a David, sentado bajo un árbol. Lucía salió corriendo hacia él para abrazarlo. En ese momento algo me resultó extraño ¿por qué no se levantaba David? .Al acercarme a él, tuve la respuesta; David se había caído y se había herido en la rodilla derecha.

Lucía cogió agua para lavarle la herida y le puso una pequeña venda que llevaba en su mochila

Por fin tenía a toda mi familia junta, ahora debíamos salir de este lugar. Les propuse irnos, pero aquello era tan bonito que decidimos parar a comer y disfrutar un poco de aquello.

Lucía y yo le preguntamos a David casi al mismo tiempo por qué no nos había hecho caso, por qué se había metido en aquel vórtice.

Entonces nos lo explicó, David decía que antes de entrar a la cueva lo estaban llamando, pero que cuando entramos en la cueva esa llamada era más intensa y que cuando le pedí que no se acercara al vórtice, él no se iba a acercarse pero que algo tiró de él, y que sin querer se puso a correr. Mi hijo me miró y dijo:

—¿Por qué te crees que me he caído? Entré tan rápido que me caí por la cuesta y me choqué con este árbol.

Después de decirme aquello quedé pensativo y le tuve que preguntar:

—¿Cuánto rato estuviste tú en la oscuridad después de cruzar el vórtice?

—Papá, yo no vi ninguna oscuridad, yo crucé y salí directamente aquí.

Miré a Lucía y ella dijo:

—¿Y tú?

Yo le respondí:

—No mucho, unos pocos minutos.

Ella quedó muy pensativa; se dio cuenta de que cada uno había estado un tiempo diferente en la oscuridad, y no sabíamos por qué.

Como estaba oscureciendo decidimos pasar allí la noche e investigar un poco aquel lugar antes de volver a casa además la idea de volver a cruzar aquel vórtice de noche no nos entusiasmaba mucho.

Cuanto más cosas veíamos más nos fascinaba. Los cantos y los colores de los pájaros eran diferentes a lo que habíamos oído y visto antes. En los árboles había frutas muy raras, tanto su forma como color eran diferentes. Les pedí a los niños que no se las comieran, por si eran

venenosas. Pasamos la noche al raso, ya que no hacía frío, y los niños al anocheecer se quedaron dormidos, estaban exhaustos. Nosotros no pudimos dormir en toda la noche; estábamos demasiado alerta y debíamos mantener el fuego vivo para ahuyentar a los animales que hubiera en aquel extraño lugar.

No estamos solos

Daniel

Aquella mañana los niños se despertaron pronto, les dimos lo que nos quedaba de comida y decidimos dar un paseo antes de volver. David decía que había soñado con un lago enorme y que a su alrededor había arena como de playa. Él decía que sabía dónde estaba aquel lugar. Como lo vimos tan entusiasmado, lo dejamos que nos guiara, de todas formas no conocíamos nada de aquel lugar.

Caminamos un buen rato. De pronto pudimos ver el lago y, al acercarnos, pudimos ver que era como David lo había descrito. Muy grande, de unos cinco kilómetros de diámetro por lo menos. Lucía me miró muy sorprendida.

Nos acercamos al agua y Lucas se puso a gritar muy contento, ¡había peces brillantes! Eran preciosos. Los niños se querían bañar, pero decidimos que no era buena idea. Comenzamos a jugar con la arena, a hacer castillos con las manos. David estaba escarbando en la arena; según decía él estaba buscando algo importante. Yo le advertí que lo dejara, que se iba a hacer daño en las uñas, pero era muy terco. No tardó mucho rato en decir ¡lo encontré!, sorprendiéndonos mucho. ¿Qué había encontrado?

Me quedé mirándolo fijamente, de pronto levantó las manos y llevaba un enorme huevo negro. Primero pensé que era una piedra, pero no, era un huevo, un enorme huevo negro.

—Suelta eso, ¡pero ya! —le dije quizás demasiado enfurecido.

David me dijo que era suyo y que era eso a lo que había venido a este lugar, a por aquel huevo.

Quedé sorprendido y Lucía me dijo:

—Déjalo, es solo un huevo, no va a hacerle daño. Su expresión trataba de ser seria, pero no tardó mucho en partirse de la risa.

Después de aquello decidimos que ya era hora de volver a casa. Nos dirigimos hacia la cueva, pero debimos de ir por otro sitio, porque esta vez encontramos un camino de tierra.

No llevábamos demasiado tiempo caminando cuando oímos que alguien se acercaba. Decidimos escondernos para ver quién podía ser y salir solo si lo veíamos conveniente. Aprovechamos que había un montón de flores y hierbas muy altas junto al camino y nos escondimos tras ellas.

Les dije a los niños que era como jugar al escondite y que había que estar en silencio. Le pedí a Lucía que se encargara de ellos, yo me quedaría más cerca del camino para ver quiénes eran.

No tardaron mucho en aparecer. Iban dos, lo supe porque no paraban de hablar entre ellos.

—No deben de andar muy lejos. Si no los encontramos pronto, Ocán nos va a matar.

—No seas tan exagerado Curcó, sabes que a mí no me van a hacer nada, pero a ti...

—¡Ja!, no me puedo creer que tengas un ego tan grande. Después de la cagada de ayer, no sé si Liyac podrá protegerte de ella.

Me había escondido detrás de un árbol, y cuando me asomé quedé sorprendido; no me podía creer lo que estaba viendo. Miré a Lucía y le hice un gesto con la cara para que no salieran, por suerte ella lo entendió rápido.

Eran dos hombres y su ropa era muy diferente, parecía estar sacada de otra época; en sus rostros se podían apreciar unas extrañas marcas y su tono de piel era considerablemente más oscuro que el nuestro. Sí, eso no era raro, lo raro era que no iban a caballo, estaban montados en una especie de lagartos gigantes, de color marrón verdoso, que tenían escamas por todo el cuerpo y se apoyaban en sus cuatro patas. No podría describir bien aquella escena, parecían dos

dinosaurios, y aquellos hombres estaban montados en ellos como si fueran caballos.

Lucía debió de asomarse, ya que pude ver cómo le cambio la cara. Estaba muy confusa, confusa y aterrada, se le notaba de lejos.

Aquellos extraños hombres se disponían a continuar su camino hasta que a Lucas se le ocurrió la gran idea de tirarles una piedra. Cuando vi caer la piedra, me quedé helado, contuve la respiración, esperando que no se hubieran dado cuenta, pero no tuve tanta suerte.

El más grande se estaba dirigiendo hacia mi familia. Hice lo que tenía que hacer, miré hacia el suelo y vi un palo que parecía bastante recio. ¡Sí, ya lo sé, es solo un palo! pero no hay otra cosa. Salí con el palo en posición de amenaza y le dije a aquel individuo:

—Buenos días, ¿me podría indicar dónde me encuentro? —en su rostro no se apreció ni un atisbo de curiosidad, ni sorpresa ni nada: aun así proseguí hablando—: Y bien, ¿me pueden ayudar?

El más fuerte se dio la vuelta, me miró y dijo:

—¡No! Eres tú quien me está ayudando; llevo desde ayer buscando a un muchacho y, no sé por qué, pero me da que se te parece y que tú sabes dónde está.

Su respuesta me dejó perplejo, no me imaginaba a quién se refería. Lo miré desafiante y dije:

—Aquí no hay nadie, así que seguid vuestro camino y yo seguiré el mío.

El hombre no se quedó conforme con mi respuesta, miró a su compañero y le dijo:

—Curcó, se acabó hacer el trabajo sucio, ve a Barsalí y dile a Ocán que ya lo hemos encontrado.

El tal Curcó se montó en aquel lagarto y se fue muy rápido. Estaba en un aprieto. Lucía me estaba mirando, yo intentaba decirle que se fueran, pero estaban en un sitio malo. Era evidente que me tenía que llevar a aquel hombre de allí.

Comencé a hablarle de nuevo:

—Creo que no me he presentado. Me llamo Daniel, ¿y tú?

El hombre entrecerró los ojos y dijo:

—Mi nombre es Jardany, y por si no te has dado cuenta, no estás en tu Tierra. Soy el mejor guerrero del rey Liyac y por cosas del destino, me ha tocado a mí buscar desde ayer a tu primogénito.

La sangre se me heló, empecé a apretar la mano y sin querer partí el palo en dos. Jardany soltó una sonrisa de superioridad e hizo un leve gesto con la mano para mostrarme que llevaba una espada y que la usaría conmigo sin dudarlo.

Tragué saliva e intenté seguirle el juego:

—¿Y por qué buscas a mi hijo? Que yo sepa, en el día que llevamos aquí, él no ha hecho nada. Y sabes que no te lo voy a dar; antes de eso me tendrías que matar.

Jardany hizo un rápido movimiento, se puso detrás de mí y antes de que pudiera parpadear tenía su espada en mi cuello. Después de aquello comenzó a hablar en voz alta:

—¡Mira, chico, sé que no me conoces, pero te prometo que solo quiero que te vea una persona, y si no eres quien debes ser, ella os ayudará a marcharos y jamás recordaréis este lugar!

David se levantó y le pidió que me soltara, con la voz temblo-rosa le dijo:

—No he hecho nada y no te tengo miedo.

Yo le hice un gesto para que se callara. Lucía se puso al lado de David y Sofía seguía escondida con Lucas. Lucía le pidió llorando que nos dejara por qué solo estábamos de paso. Jardany hizo un gesto de paz y bajó su espada. Miró a David y le dijo:

—Solo te quiero a ti, chico, ellos no tienen que venir.

Lucía se puso delante de David, miró a Jardany, y le dijo muy convencida:

—No, si tienes que llevártelo para comprobar algo, yo voy con él.

Lo que pasó a continuación fue extraño; por un lado comenza-ron a venir más hombres montados en esos bichos; por otro, Jardany me soltó y se apartó a un lado. Era como si esperase órdenes, una reprimenda o algo.

Entonces apareció una mujer de unos cincuenta años o así. Era bajita y robusta, de pelo rizado, negro, con bastantes canas, que le llegaba por la cintura. Sus ojos eran verdes y tenía unas marcas diferentes pintadas en la cara, muy curiosas.

Se dirigió a Lucía y le dijo:

—Te pido perdón, querida. Si este bárbaro os ha asustado, esa no era mi intención. Por cierto, soy Ocán y os estaba buscando para evitar este tipo de cosas; no quería que os pasara nada ni que os asustarais. Quería ser la primera en daros la bienvenida al mundo de Sir.

Lucía se quedó perpleja. La miró con curiosidad y le dijo:

—¿Perdone, el mundo de qué?

La mujer se acercó a David le pidió permiso para tocarle las manos, en ellas David llevaba el huevo negro que había encontrado. Le cogió las manos y dijo con una gran sonrisa:

—El mundo de dragones, por supuesto.

Reaccioné rápido, me acerqué a David y a ella, cogí el huevo y le dije:

—No era su intención cogerlo, y lo devolveré con mucho gusto.

Ocán me miró como si la hubiera insultado, me quito el huevo y se lo volvió a dar a David:

—El huevo es suyo, él no ha hecho más que lo que estaba destinado a hacer, que es encontrar a su dragón, como todos los jinetes.

No sé por qué pero después de decir aquello todos los que estaban allí comenzaron a dar gritos de alegría. Ocán me miró y me dijo:

—No te interpongas en su destino, llevan predestinados a estar juntos desde antes de que existiera el hombre tal y como lo conoces.

Aquello me sorprendió muchísimo.

—No sé por qué pero algo me dice que esta gente no nos va a hacer daño —dijo Lucía acercándose a mí.

Después se acercó donde se escondían Sofía y Lucas y los sacó de allí. A Ocán le divirtió aquello, lo supe al ver una sonrisa en su rostro. Jardany se acercó de nuevo a mí, se disculpó y me dijo con sarcasmo:

—Yo que tú soltaría esas espadas tan letales.

Luego sonrió. Miré los palos y sin pensarlo los tiré al suelo.

Ocán nos pidió amablemente que los acompañáramos a la ciudad de Barsalí; decía que el rey estaba deseando conocernos. No quisimos rechazar la invitación, así que los seguimos.

¡Un atisbo de luz!

Daniel y Lucía

El camino no sería muy largo, lo aproveché para interrogar a Jardany sobre algunas cosas:

—Y bien, Jardany ¿me podrías explicar qué tipo de criatura es en la que vas montado? —le pregunté con cierto reparo.

—Claro, es un draquíng —su respuesta fue corta y dio paso a más preguntas. Lo miré como con cara de jove, que no soy de aquí!

Él se rio y me dijo:

—Te lo explicarán mejor en el castillo, pero te diré que un draquíng en un pequeño dragón sin alas, y ya no te diré nada más.

El resto del camino fuimos en silencio. Yo no tenía más preguntas; o sí, pero primero tenía que procesar aquella información.

A Daniel se le veía muy bien, hasta iba hablando con Jardany. Yo estaba fascinada con Ocán, ella no paraba de decirme cada vez que le preguntaba algo que ya faltaba poco para que lo entendiéramos todo.

Los niños estaban encantados con todos ellos, hasta los habíamos dejado montarse en los lagartos esos. David iba montado en uno y Lucas y Sofia iban juntos en otro. Ocán insistió en que los draquíngs eran seguros y que sería bueno que se acostumbraran a ellos.

A medida que nos acercábamos aquello empezaba a parecerse más a un cuento de hadas. Se podía ver una ciudad con un castillo en el centro, hasta ahí todo normal, pero a las afueras de la ciudad había dos muros: uno de piedra y otro que apenas se apreciaba, ya que se podía ver porque el sol le estaba dando de lado y hacía que su brillo fuera más intenso.

Al llegar a la entrada de la ciudad, Ocán nos dijo:

—No temáis al pasar el muro. Puede que notéis que lo cruzáis pero no os hará daño alguno —ella tenía razón, cuando lo cruzabas sentías como un soplo de aire fresco que te limpiaba por dentro.

Las casas tenían una curiosa forma redonda y en los tejados se veían una especie de velas de tela entrecruzadas entre sí. En ese momento pensé que tenía que preguntarles, para que servían aquellas velas. Toda la ciudad, o por lo menos lo que estábamos viendo, era totalmente diferente a cualquier cosa que hubiéramos visto antes. Yo diría que hasta los animales que estaban sueltos por las calles se veían diferentes.

Jardany sonreía al ver la cara de interés que poníamos ante todo. Después de cruzar por varias calles al fin estábamos en la entrada del castillo. Un edificio enorme y lo que más me llamó la atención, con figuras de dragones por todas partes. No había dos figuras iguales, toda aquella belleza me dejaba asombrada.

Cuando íbamos a cruzar la entrada al castillo, dos guardias cruzaron sus lanzas delante de nosotros. Jardany se les acercó, les dijo algo al oído y en seguida se apartaron, con cara de sorpresa absoluta.

—Llévalos a la Gran Sala, el rey les espera. Yo tengo que comprobar una cosa —dijo Ocán.

Pensé que aquella mujer era de lo más misteriosa. Daniel cogió en brazos a Lucas, Sofía me agarró la mano y me susurró que tenía miedo. Intente tranquilizarla:

—¿Por qué tienes miedo, cariño? Ellos son buenos y nos van a ayudar a volver a casa.

Sofía tiró de mí para que me agachase a su altura y me dijo al oído:

—¿No has escuchado las voces al cruzar el muro?

Después de aquello me quedé helada. No sabía qué estaba pasando, ¿ahora Sofía también escuchaba voces?

Le di un beso y le dije:

—No dejaremos que os hagan nada malo.

Antes de que siguiéramos hablando, Jardany se detuvo ante dos enormes puertas labradas con escenas de lucha de dragones. ¡Eran magníficas!

—Esperad aquí, voy a informar a mi rey, de que el jinete no viene solo —dijo Jardany con tono serio.

Daniel se encogió de hombros mirando a los niños para que estos se rieran y ¡lo consiguió! Como siempre sabía hacer que las pre-ocupaciones pasaran a un segundo plano. Solo con una de sus sonrisas hacía que me olvidara de lo extraño que era todo aquello.

Estábamos todos riendo cuando de golpe se abrieron ambas puertas, provocando un fuerte ruido sordo, que hizo que me estremeciera. Daniel me cogió la mano, con aquel gesto me quería decir que no estaba sola.

La sala era muy grande, ahora entendía su nombre, y tenía más de esas estatuas de dragones. Había un enorme rectángulo lleno de ceniza en el centro, encima del rectángulo no había techo y había mesas que lo rodeaban por tres lados. En el extremo que no tenía mesas había unos escalones que llevaban a una mesa más grandiosa que las demás. Sus sillas eran distintas y en el centro de la mesa estaba lo que supuse, sería el trono del rey. Pero ¡no había nadie! Yo esperaba una sala llena de gente y allí no había nadie. Al poco rato llegó Jardany, junto con un puñado de soldados. Daniel se puso tenso y le habló de una manera que no me esperaba de él.

—Jardany, ¿qué es lo que pasa aquí? Hemos confiado en vosotros y nos estáis preparando una emboscada —Daniel se puso delante de nosotros mientras no perdía el contacto visual con ellos.

Jardany soltó una carcajada tan fuerte que retumbo en la habitación, luego carraspeó y habló:

—¿No has entendido nada? Esto está vacío porque son ellos los que os temen. Mi rey quiere venir pero hasta que Ocán no le diga que es seguro, hemos decidido que es mejor que hablemos nosotros.

Aquello me dejó perplejo. Por si fuera poco había un soldado que no le quitaba ojo a David, entonces lo miré y le dije muy serio:

—¿Se puede saber por qué lo miras tanto? Es solo un niño ¿no lo veis? —me enfade aún más y les grité—: ¡No veis que somos in- ofensivos y que son tres niños pequeños! No sé a qué estáis jugando pero ya estoy harto —luego me dirigí a Jardany y le dije—: Nosotros ya hemos cumplido al venir, ahora cumple tu palabra y llévanos de vuelta a aquella cueva para que podamos volver a casa.

Espere unos segundos a que me contestara, pero en vez de eso, me apartó con la mano, se inclinó hacia aquel guerrero y le dijo:

—¿Qué os parece que hagamos, majestad?

¡MAJESTAD! Entonces ¿ese guerrero era el rey? Y yo le había gritado...

El rey le pidió a David que se acercara a él. David le mostró el huevo, como si hubiera entendido que el rey quería verlo. Después de ese gesto comenzó a hablar:

—Soy Liyac, y sois bienvenidos a mi mundo y sobre todo a mi reino. No sabes el tiempo que te hemos estado buscando —le dijo mirándolo. David se quedó con cara de querer salir corriendo. Liyac le preguntó—: ¿Sabes cómo hacer que salga?

—¿Que salga qué? —dijo David mirando detenidamente el hue-

vo.

—¡Pues tu dragón, por supuesto! —Liyac alzó los brazos apun-

tando hacia todas las estatuas que había en aquella sala.

En ese momento Ocán, entró en la sala y se acercó a ellos, se inclinó ante Liyac y dijo:

—Majestad, creo que deberíamos hablarle de nuestro pasado, su pasado y el futuro de ambos.

El rey asintió con la cabeza.

Capítulo 2

Nuestro pasado

T

Liyac

enía que impresionar a aquella extraña familia. Cuando Ocán me dijo que el jinete había aparecido, pensé que lo había encontrado entre uno de los nuestros, pero para mi pesar no era así.

Después de hablar largo y tendido con Amara, mi esposa, ella me sugirió que todo era parte de un plan que hacía miles de años que se había preparado y que debíamos seguirlo tal y como nos había llegado.

Sabía que no sería fácil, pero el momento en que el chico cruzó las puertas con el huevo de dragón en las manos, supe que era un honor guiar al jinete y a su dragón para que cumplieran su destino. Me sentí orgulloso, no solo había venido él, sino que era joven aunque venía con su familia. Eso nos daría más años por delante y lo hacía más moldeable a nuestra causa. Eso es lo que le dije a Jardany en el momento que entró y me contó la nueva situación.

Me quedé mirándolos a todos y supe que estaban esperando a que empezara mi historia, así que, como un buen anfitrión, pedí a los guardias que nos dejaran a solas, me dirigí hacia el Jinete y su familia:

—Lo primero que os voy a pedir es que cojáis un asiento cómodo, la historia es larga. Eso sí, como vuestro rey os pido que me respetéis y que no interrumpáis, a no ser que os pregunte algo. ¡No quiero

interrupciones! Sé que tendréis muchas preguntas pero, de verdad, lo entenderéis todo al final.

»Verás, David, todo empezó hará algo más de quinientos años. Comenzó con el amor de dos hermanos hacia una muchacha de la ciudad. Los hermanos tenían que superar las segundas pruebas de hombría; como la unión de la muchacha con uno de ellos era importante para la ciudad, su padre, que era el rey, decidió que el que ganara la prueba se quedaría con la muchacha. Reine, que así se llamaba la muchacha, estaba enamorada del primogénito, que se llamaba Barsalí, pero Borrell, su hermano menor, estaba tan obsesionado con Reine que negaba la realidad de que ella no lo amaba.

»Llegó el gran día de las pruebas y Reine lloraba porque tenía miedo de que le pasara algo malo a Barsalí. Él le prometió que llegaría el primero y reclamaría a su padre su mano. Las pruebas no fueron todo lo bien que Barsalí esperaba, pues su hermano Borrell le había preparado una trampa. Además se presentó allí con su dragón Ircus e intentó matar al dragón de Barsalí. Por supuesto aquello estaba prohibido, pero a Borrell le cegaban los celos y estaba dispuesto a matar a su hermano si fuera necesario.

»No obstante, y a pesar de las calamidades que Barsalí pasó, consiguió llegar primero, porque con lo que Borrell no contaba era con que a él le iba a pillar una fuerte tormenta de nieve cerca de donde estaban los drows.

»Cuando Barsalí llegó a la ciudad llevaba la cabeza gacha porque pensaba que había perdido. Para su sorpresa no fue así y, aunque se puso muy contento de conseguir al amor de su vida, se preocupó mucho por Borrell y salió en su búsqueda. Su padre le pidió que no lo hiciera, ya que estaba herido, pero Barsalí no le hizo caso. No tardó mucho en alcanzar a su hermano y comprobar que estaba bien. Después le contó que él había ganado y que en la próxima luna llena se uniría a Reine.

»A Borrell le dominaron los demonios que tenía dentro, e intentó matar a Barsalí, hiriéndolo gravemente en el abdomen. Pero el dragón de Barsalí, que sintió el frío acero que amenazaba a su jinete,

atacó a Borrell, le mordió la mano, arrancándosela en el acto y este cayó al suelo.

»El padre de ambos estaba mirando la escena atónito, no era capaz de creer lo que había visto y escuchado. Mandó a sus guerreros de confianza que apresaran a Borrell y lo llevaran a las mazmorras. Luego le pidió a Numely, su sacerdotisa, que curara primero a Barsalí y posteriormente a Borrell.

»Todo se hizo según el rey lo ordenaba y nadie fue capaz de oponérsele, ni tan siquiera su esposa. Barsalí tardó tres semanas en recuperarse y, cuando lo hizo, lo primero que pidió fue ir a ver a su hermano. Cuando se acercó a la oscura mazmorra en la que se encontraba Borrell, se acercó a él y le pidió perdón por haber ganado. Borrell lo miró con desprecio y se disculpó, pero por no haberlo matado. Barsalí no podía entender a qué venía tanto odio por parte de su hermano, y la verdad es que nadie lo entendía.

»La madre de ambos le suplicó a su rey clemencia para su hijo y este se la concedió. Le permitió vivir, sí, pero una vida indigna fuera de la seguridad de los muros de la ciudad; su cobardía le costó el destierro más absoluto, jamás podría regresar o lo matarían. Después de aquello ella cayó enferma y poco después murió. El rey, después del matrimonio de su primogénito y la inminente llegada de un nuevo heredero, decidió proclamar a Barsalí rey de la ciudad.

»Pasaron unos quince años de paz absoluta, pero aquella paz tenía los días contados. Una mañana mientras el hijo de Barsalí, Lico, estaba enseñando a su dragón, preparándose para la batalla, se encontró cerca del lago con un individuo que no había visto nunca, era un extraño hombre que se tapaba el rostro con su desaliñado pelo.

»—¿Cómo te llamas muchacho? —le preguntó aquel hombre.

»Lico, con aire de superioridad, le contestó:

»—Soy Lico, tu futuro rey. ¿Por qué no te he visto nunca por

aquí?

»—No tengo tiempo de charlas tontas. Dile a mi hermano que

he vuelto para quedarme y que esta vez no fallaré.

»—¿Y se puede saber quién es tu hermano? Yo no sé quién eres, no puedo dar tu extraño mensaje.

»El hombre misterioso se quitó el pelo de la cara con un ligero movimiento, dejando que el chico viera que le faltaba la mano. Lico recordó las historias que su padre le había contado desde pequeño y, sin darse cuenta, retrocedió un paso. El hombre comenzó a reír a carcajas, miró a Lico con desafío en su mirada y le dijo:

»—Veo que ya sabes quién soy. Si es así, ya sabes a quién darle el mensaje.

»Lico llamó a su dragón para que ambos se pusieran en posición de ataque, pero cuando se quiso dar cuenta el hombre había desaparecido.

»Corrió a ver a su padre y de forma apresurada se lo contó todo. Barsalí no quería creer a su hijo, pero por la descripción de aquel hombre y de sus ojos negros, Barsalí no dudó que era su hermano del que hablaba Lico. Habían contado historias sobre Borrell a lo largo de estos años, decían que había hecho un pacto con la oscuridad y que por eso solo se veía oscuridad en sus ojos. Barsalí creía que su hermano se habría redimido, pero por el mensaje que Lico le había traído sabía que no había cambiado nada.

»Barsalí preparó a la ciudad para la inminente guerra. Todos estaban armados y los dragones estaban listos. No estaba preparado para lo que se le venía encima y hasta él mismo lo sabía. Después del último encuentro con su hermano no le quedó duda alguna.

»Pasaban los días y Borrell no daba señales de vida, así que Barsalí decidió mandar un grupo de diez Jinetes con sus dragones para dar con Borrell. Pensó que diez contra uno sería sencillo. Lo que pasó después fue aterrador, volvieron siete de aquellos Jinetes, pero volvieron solos, sin Borrell y sin dragones. El pánico comenzó a extenderse por la ciudad. La mayoría de los que habían vuelto tenían un vacío tan grande dentro de ellos que enfermaron gravemente.

»Barsalí fue al encuentro de su hermano, le pidió que cesara su ataque a la ciudad. Borrell miró a Barsalí y le dijo:

»—Sé que Reine murió en tus brazos al tener a vuestro hijo. He conocido al muchacho y tiene sus ojos. No puedo perdonar que me la quitaras y mucho menos que la mataras. Tras escuchar aquellas duras palabras, Barsalí dejó claro a su hermano que esta vez no habría perdón para él, y que su final sería la muerte. Como el dialogo no había tenido el efecto deseado, Barsalí se fue a preparar a sus guerreros.

»Cuando llegó a la ciudad se dirigió a su gente:

»—Debo deciros que esta guerra es por una antigua causa. Es cierto que mi hermano ha vuelto. Debo pedir os que luchéis a mi lado una vez más. Esta vez no habrá piedad, debemos dejar claro que no somos débiles y que por salvar nuestra ciudad y a los nuestros daremos nuestra propia vida si es necesario.

»La gente del pueblo se estaba preparando. Mientras, los jinetes de Barsalí se reunieron con él en la Sala del destino, llamada así porque allí se tomaban las decisiones que cambiarían el futuro de un modo insospechado.

»Los jinetes de dragones estaban preocupados, porque Borrell se estaba dedicando a cazar a sus dragones y no sabían para qué. Numely le dijo a Barsalí que anduviera con cuidado, que los ancestros le habían dicho en sueños que el futuro de Sir dependía de un jinete que aún no había nacido. Barsalí no le dio la importancia que tenían aquellas palabras. Para él no tenían sentido, ya que la guerra era inminente.

En ese momento miré a David y le dije:

—¿Entiendes la importancia que tiene el que tú estés aquí con nosotros?

El chico me miró con cara incrédula y me dijo:

—¿Te puedo preguntar una sola cosa?

Asentí con la cabeza y antes de que abriera la boca le dije:

—Solo una pregunta y sigo con la historia.

David lo entendió perfectamente y dijo:

—¿Cómo es posible que Numely supiera de mí?

Me quedé pensativo un instante y le dije:

—Si esa es tu pregunta no puedo contestarte, solo el tiempo nos dará la respuesta.

David se quedó con cara de sorpresa, sorpresa y enfado. Su padre le cogió la mano, supuse que para que se tranquilizara y proseguí contando el pasado:

—Pasaron unos pocos días y Borrell había hecho desaparecer a la mitad de sus jinetes junto con sus dragones. Barsalí estaba desesperado, y la desesperación no es buena consejera. Cogió lo que le quedaba de ejército y decidió ir tras Borrell.

»No tardó mucho en darse cuenta de lo que pasaba. Borrell estaba haciendo, de algún modo, que los dragones le obedecieran a él y no a sus jinetes. Como Borrell no podía matar a esos jinetes por el vínculo que había con los dragones, lo que hacía era capturarlos y encerrarlos.

»Barsalí consiguió liberar a los jinetes, pero ahora venía lo más duro. Uno de los jinetes comentó a Barsalí que había escuchado decir a Borrell que no se conformaría con conquistar este mundo y que iba a mandar dragones al otro mundo para conquistarlo también. Barsalí se quedó perplejo. No podía permitir eso. Tomó una dura decisión. Miró a sus leales jinetes y les dijo:

»—Os necesito, yo me enfrentare a Borrell, ¡solo!, pero no podéis dejar que vuestros dragones lleguen al otro mundo. Si es necesario, debéis matarlos.

»Los jinetes no se podían creer lo que su rey les pedía. Hay una antigua leyenda que dice que si un jinete mata un solo dragón, el jinete junto con sus descendientes será maldecidos y nunca más existirá un vínculo de jinete y dragón en esa familia.

—¿Te imaginas, David, lo que sucedió entonces?

—¡Sí!, que todos los jinetes mataron a sus dragones, pero entonces... ¿cómo es que usted dice que yo soy un jinete?

—Buena pregunta, chico. Verás, no fue tan sencillo como tú piensas. Los jinetes mataron a sus dragones, sí, pero cuando todo se torció y mucho.

»Hubo jinetes que incluso encarcelaron a sus propios dragones para así evitar tener que matarlos. Numely creó unas cadenas tan fuertes que ningún dragón podría romperlas y los llevaron a la cueva del dragón, y allí los encerraron; bueno, a la gran mayoría.

»Barsalí mandó a Numely que cerrara todos los portales a la Tierra; pensó que eso sería lo mejor para todos. Pero Borrell se le intentó adelantar. Había conseguido manipular al dragón de Lico y le había mandado que lo llevara al otro mundo y que causara destrucción allí. Borrell sabía que Lico sería tan íntegro como su padre y que optaría por matar a su propio dragón, así su venganza sería mayor. Lico mataría a su dragón y, por consiguiente, Barsalí caería en la maldición y perdería su vínculo, o eso esperaba Borrell.

»Borrell estaba tan cegado por su ira que justo antes de que su plan se hiciera realidad se lo contó a Barsalí para poder disfrutarlo y fue entonces cuando pasó algo inimaginable. El dragón de Barsalí fue a por Lico y se enfrentó al dragón de Lico. Tú creerás que eso no es raro, pero el dragón luchó sin jinete, y jamás había sucedido eso, no sin órdenes directas ni manipulación, ni nada.

»Bueno, lo que sucedió fue muy confuso hasta para los que estaban allí. Hay diferentes leyendas al respecto. En la que sé, Barsalí creyó que Lico había muerto y que Borrell lo había arrojado al portal hacia tu mundo. La que Numely contaba, y ella sí que lo notó todo, era que cuando ella tenía casi todos los portales cerrados, Lico, junto con el dragón de Barsalí malherido por su propio dragón, cruzaron el portal y que nunca más pudieron regresar. Esa es la leyenda en la que mi pueblo ha pensado siempre.

—¿Y tú cuál crees que es cierta, David?

—Bueno, yo creo que la segunda, pero ¿qué pasó con Barsalí?

¿Y con Lico y el dragón?

—Vale, esa es otra historia que te contaré con más detalle más adelante, pero lo que has de saber es que Barsalí murió poco tiempo después a causa de las heridas de la batalla. Y con respecto a Lico ¡bueno! Tú eres su descendiente.

El padre del chico se levantó y me dijo:

—Lo que yo saco de esa historia es miedo y destrucción. Es el horror que vivieron todos aquellos jinetes. Y usted... espera que mi hijo, ¡que aún es un niño! sea un jinete....

No sabía cómo contestar a aquel extraño hombre. Él me estaba diciendo que David era un niño y yo solo veía que era nuestra esperanza de que Sir resurgiera de sus cenizas. Cogí aire para hablarle de la forma más tranquila posible y le dije:

—Yo no debo decidir eso, es su futuro ¡el futuro de ambos! Yo estoy aquí para guiarlos y ayudarlos, no para hacerles daño alguno. Le digo una cosa, Daniel, soy su amigo no su enemigo, no lo olvide.

Miré a David y le dije:

—Para que nazca tu dragón, mañana al medio día se va a celebrar una fiesta en su honor. Ocán te dirá encantada los pasos a seguir para que tengas a tu dragón —me levanté y di por concluida aquella velada. Le pedí a aquella familia que aceptaran mi hospitalidad y que pasaran la noche en mi castillo. Le pedí a Jardany que les acompañara a sus aposentos y me retiré para descansar.

Capítulo 3

El encuentro

A

David

quella noche tuve sueños muy extraños, supongo que era normal con la historia que me había contado Liyac, el rey de aquel extraño mundo. No obstante, en mi sueño me guiaba

una voz que me quería enseñar algo. Y de repente estaba allí, viendo las pruebas de hombría de Barsalí y Borrell. No sé cómo pero pude ver la cara de alivio de Reine al ver aparecer a Barsalí y el enfado de Borrell al escuchar a su hermano decirle que había perdido y que Reine sería suya. Y cuando todo se estaba poniendo de lo más interesante hice una pregunta dentro de mi sueño...

—¿Es esto lo que realmente sucedió?

Una voz que me resultaba de lo más familiar me contestó:

—Sí, así es como sucedió y cuando por fin estemos juntos podrás ver con más claridad el pasado, nuestro pasado.

No me dio tiempo a responderle, pues Lucas había entrado a mi habitación, se puso a saltar sobre mí para despertarme y me arrancó de aquel extraño sueño.

Sofía me reprochó que todavía estuviera durmiendo y me dijo que estaba desaprovechando una oportunidad de oro y siguió hablando:

—¿Sabes?, he escuchado a mamá y papá hablando y decían que esta tarde cuando acabe la fiesta nos iremos de este lugar y que nunca más volveremos. Que la gente de este sitio es muy rara y que no le gusta nada. Así que creo que deberías venirte con nosotros y que podíamos explorar este maravilloso sitio.

Aunque me dio pena, la mandé a paseo y le pedí que se llevara a Lucas y que me dejaran tranquilo. Yo solo quería volver a dormirme y hablar con aquella voz que, al contrario de Liyac, sí me daba respuestas de verdad. Pero la suerte no estaba de mi lado; apareció mi madre, me pidió que me levantara y que fuera con mis hermanos a dar un paseo, se puso seria y me dijo:

—No voy a dejar a tus hermanos solos con ese hombre, me da escalofríos. Y no sé por qué razón a ti te tratan mejor, ¿será por eso que dicen que eres un jinete!

Me hice un poco el remolón y mi madre se enfadó, así que tuve que levantarme y prepararme para ir con mis hermanos.

Al salir de la habitación me di cuenta de lo muy familiar que me resultaba todo aquello; yo ya había andado por aquellos pasillos, y no me refería a la noche anterior, sino a mi sueño. Ya lo había visto todo, así de claro y bonito. El castillo era de piedra blanca, grande y hermosa, por todas partes había estatuas de dragones, e incluso cuadros. Se notaba que a aquella gente le gustaban los dragones. Sin saber cómo, llegué a la Gran Sala.

Jardany estaba allí, junto con cuatro soldados más. Se nos quedaron mirando y uno de ellos empezó a mofarse de mí:

—Así que tú eres nuestra salvación, el que traerá la magia y los dragones a este lugar. El viejo debe haberse vuelto loco. Yo entendería esa estúpida profecía si la cumpliera uno de los nuestros y no esta cosa.

No me dio tiempo a reaccionar cuando Jardany en un solo movimiento lo tiró al suelo y le dijo:

—La próxima vez que hables así de mi rey, te mato.

Aquello me dejó sorprendido. Jardany era un hombre fuerte, pero el otro no se veía para nada débil. A Lucas le entusiasmó la pelea

e intentó ir a jugar con ellos. Pero antes de que se acercara más, lo agarré por los hombros y le dije:

—No están jugando, vámonos de aquí.

Sofía asintió y me dijo:

—Creo que mamá está en el jardín.

Antes de que saliéramos de la Gran Sala, Jardany se puso delante de la puerta y me pidió perdón por el comportamiento de su hombre. Jardany decía que él era responsable de los soldados y que no permitía que nadie nos hiciera daño. Luego me pidió que lo siguiera; él tenía órdenes de enseñarme algo.

Miró a Lucas y a Sofía y dijo:

—Ustedes también podéis venir, pero creo que necesitaré más ayuda, esperadme aquí. Traeré a alguien que os gustará mucho.

No tardó mucho en volver, y cuando lo hizo, venía acompañado por una muchacha. Era un poco mayor que mi hermana, de pelo negro azabache y piel más morena que la de las personas que había conocido en este mundo. Sus ojos eran negros como su pelo.

Sofía me dio un codazo y me dijo:

—Cierra la boca, que se te va a caer la baba.

No tardé mucho en reaccionar y le pregunté a Jardany:

—¿Es tu hija?

—¡No! Es Leisha, la hija pequeña de Liyac, ¡y me va a ayudar a cuidaros!

Comencé a ponerme rojo, muy rojo; podía notar cómo me subían los colores y, aunque intenté no mirar a la niña, dije lo más duro que pude:

—Yo no necesito niñera.

Jardany se rio y me dijo:

—No sé qué es una niñera, pero no suena bien. Solo te diré que necesito ayuda para tus hermanos, debo mostrarte algo y necesito que alguien evite que se metan en líos.

Asentí con la cabeza y tuve que darle la razón a Jardany. Sofía se alegró mucho de que Jardany le trajera una amiga.

No tardaron mucho en ponerse a cuchichear y Sofia le regaló a Leisha una de sus pulseras.

A Leisha le gustó tanto aquello que le dijo a Sofia:

—Esta tarde nos vamos con Ocán y te voy a enseñar algo chulísimo, te va a encantar.

Yo, aunque tenía la oreja puesta en ellas, no podía parar de pensar, qué sería lo que me quería enseñar Jardany.

No pude evitar darme cuenta de que nos dirigíamos hacia el lago y le dije a Jardany:

—Si es el lago lo que me quieres enseñar, te lo puedes ahorrar, ya lo hemos visto. De hecho fue allí donde encontré a Drako.

—¡Drako! ¿Ya le has puesto nombre? ¡Si todavía no ha nacido!

—Lo sé, pero yo ya lo he visto. Tuve un extraño sueño esta noche y él me mostró nuestro pasado.

—¿Y se puede saber por qué no lo has dicho antes? —me miró con cara de enfado y movió la cabeza de un lado a otro, como si lo que hubiera hecho no tuviera remedio.

Le pedí que se explicara, y él siguió negando con la cabeza. Lo único que me dijo fue:

—Ya te enseñaré otro día el acantilado de Sir. Ahora debemos regresar a Barsalí, esto es más importante. El camino de vuelta fue muy incómodo. Jardany iba hablando solo en voz baja ¡Como si yo no pudiera escucharle!

Lucas me pedía que jugara con él, pero, yo no tenía ganas. Solo pensaba en por qué era tan importante mi estúpido sueño.

Empezaba a hartarme de aquella absurda situación y sin querer le grité a Jardany:

—Ya estoy harto, ¿te crees que no te oigo? ¡Pues te equivocas! Jardany se quedó petrificado, resopló y me dijo:

—¡No hablo contigo, chico!, sino con mis ancestros. Les estoy pidiendo sabiduría y consejo. ¿Acaso tú no haces lo mismo?

Se me debió quedar cara de idiota, porque Jardany comenzó a reír sin parar. También se echaron a reír Leisha y Sofia; hasta el peque-

ño Lucas se puso a reír. Los miré a todos enfadado y comencé a reírme, sin poder parar, ¡hasta se me saltaron las lágrimas!

¡Con ayuda!

Al llegar a Barsalí vi que no nos dirigíamos hacia el castillo. Según decía Jardany, había que ir a casa de Ocán inmediatamente. Según decía, ella sabría lo que había que hacer. Creo que, aunque intentaba disimular, Jardany no sabía muy bien qué hacer conmigo.

La casa de Ocán, como las demás casas de la ciudad, parecía estar hecha de barro. Así que toqué las paredes y mi sorpresa fue que aquello no era barro, pero no sabía muy bien qué otra cosa podía ser. Tenía una curiosa forma ovalada, tampoco se me ocurría para qué. Y en el tejado todas tenían una especie de velas entrecruzadas, como si fueran las aspas de un ventilador retorcidas. Creo que eso era para obtener algún tipo de energía, porque con el viento se movían. Y desde el castillo, al moverse, parecían palomas blancas danzando con las alas hacia arriba.

Jardany me miró y con voz cansada me dijo:

—Si ya has dejado de mirar la casa por fuera, me gustaría que entrásemos; la verdad es que tenemos prisa, o por lo menos ¡yo tengo prisa!

Le pedí perdón por haberme embobado y entramos. La casa por dentro era enorme, tenía mucha luz natural y un montón de hierbajos colgando del techo. Supongo que por eso olía así. Olía como si estuviera rodeado por cientos de flores silvestres. No tardé mucho en ponerme a estornudar. Jardany se sorprendió y me dijo:

—¿Se puede saber qué haces?

—¡Pues no lo ves! Está claro, debo ser alérgico a alguna de estas flores —le dije bastante enfadado.

Antes de que Jardany pudiera responder, apareció Ocán, le hizo un gesto para que se callara y me dijo con un tono tranquilo:

—Háblame de tu sueño, jinete.

Me pidió que me sentara junto a una mesa pequeña y me ofreció una extraña bebida. Le pregunté de qué se trataba y ella, riéndose, me dijo:

—En tu mundo lo llamáis té yo lo llamo jugo de ancestros.

—¿Por qué? —le pregunté, ella solo me sonrió y me pidió paciencia.

Comencé a contarle el sueño; cada vez que me quedaba en blanco le daba un sorbo a aquella bebida, y las palabras volvían a salir sin ningún problema. Fue entonces cuando caí en la cuenta, miré a Ocán y le pregunté:

—¿Por qué cuanto más te hablo de mi sueño más detalles recuerdo? —ella sonrió y miró el extraño té. Le hice un gesto de aprobación y continué con mi historia.

Ocán se enfadó, y con razón; se sintió frustrada, ya que no pude contarle el final del sueño porque Sofía y Lucas habían irrumpido en mi habitación, despertándome de forma brutal. Yo le dije que no era para tanto, que ya volvería a soñar.

Ocán me cogió la cara con ambas manos y me dijo:

—No sabes la importancia de tu sueño, ¿verdad?

—La verdad es que no creo que sea para tanto.

—¿Me puedes explicar qué sentiste ante la traición de Borrell con Barsalí, o ante tanta destrucción y muerte de dragones? ¿Qué te dolió más?

Me quedé pensativo. Sabía que ellos querían mucho a sus ancestros, pero lo que a mí me impactó más fue ver cómo mataban a sus propios dragones; la agonía de aquellos hombres era secundaria comparada con el dolor que sintieron los dragones. Miré a Ocán a los ojos y le dije:

—Con todo mi respeto, el dolor de los dragones fue más grande que el de los hombres, y aun así se sacrificaron demasiados dragones, tantos que se llegó a su extinción. Yo hubiera obrado de otra manera; jamás mataría a mi dragón.

Ocán abrió los ojos tanto que se le iban a salir de la cara y de repente gritó:

—Ajá, ese es mi jinete —me dio un abrazo y me dijo—: Vamos, corre, hay que hacer que un dragón nazca, ya estáis preparados.

Aquella mujer parecía loca de remate, no obstante salí corriendo tras ella. No sabía ni cómo, ni por qué, pero la idea de que mi dragón naciera me entusiasmó muchísimo.

Al llegar al castillo de Liyac, Ocán comenzó a dar órdenes a todo el que pillaba cerca, lo que más decía era:

—Quiero las mejores brasas que hayáis visto jamás.

Mi madre estaba con una mujer muy elegante y al verme me llamó. Cuando me acerqué a ellas me dijo:

—Mira, David, esta es Amara, la mujer de Liyac. Amara me estaba contando lo mucho que esperaban tu llegada y lo contentos que están con todos nosotros.

Me quedé mirándola y solo podía pensar, ya sé por qué es tan guapa Leisha. Eran muy parecidas. Mismo pelo, mismos ojos, lo que las diferenciaba era el tono de piel, Leisha había heredado el moreno de Liyac, y creo que nada más, porque ellas eran mucho más delicadas y bonitas.

Mi madre carraspeó esperando a que yo le dijera algo a aquella mujer. Me disculpé, alegando que tenía la cabeza en mil cosas, y ellas me dejaron marchar.

Cada vez había allí más y más gente de la ciudad. Justo en el centro de la Gran Sala, donde estaba el enorme rectángulo de tierra, hicieron un gran fuego y todos estaban locos de contentos esperando que el fuego se consumiera. Por la Gran Sala abundaban la bebida y la comida. Se notaba que estaban de celebración, en aquel momento pensé que no éramos tan distintos.

Ocán se me acercó y me dijo:

—¿Tienes contigo el maravilloso huevo de dragón?

Asentí con la cabeza y ella me pidió que lo arrojara al fuego. Yo me negué en rotundo, pero ella se rio y me dijo:

—Si no le das el calor del fuego y lo dejas consumirse con sus cenizas, Drako jamás estará contigo. Debes confiar en mí, jinete.

Cogí aire tan fuerte que hasta me dolió, miré el huevo, me tomé un breve tiempo para despedirme y sin vacilar lo arrojé al fuego. Mientras yo lo hacía, todas las personas de la Gran Sala contenían la respiración. No pasó mucho tiempo y el huevo comenzó a ponerse de un tono tan rojo que parecía que iba a explotar en mil trocitos.

Miré a mi padre, buscando consuelo en él y lo encontré. Se acercó a mí y me rodeó con sus brazos. No me dijo nada, pero no hacía falta. Sofia y Lucas me abrazaron también.

Mamá estaba ensimismada mirando el fuego y de repente dijo:

—¡Ahí dentro se mueve algo!

Empujé sin querer a mi familia y me acerqué tanto a las brasas que podía notar su calor, pero curiosamente no me quemaba. La voz comenzó a hablarme de nuevo.

—¡Por fin, jinete! Llevaba tanto tiempo esperando a que nuestros destinos se encontraran, que parece una eternidad.

Comencé a buscar con la mirada entre las brasas y pude ver dos pequeños ojos amarillos, de un amarillo tan intenso como el fuego del sol. Aquellos pequeños ojos se acercaron hacia mí y cuando ya los tenía casi encima logré ver el resto. Era un dragón pequeño, no mediría más de medio metro de altura apoyado sobre sus cuatro patas, era negro puro.

Extendí mis brazos hacia él y abrió unas grandes alas, muy hermosas. En el interior de las alas se podían apreciar unas líneas de un tono rojo como la sangre. Cuando aquella hermosa criatura se me subió encima, literalmente, pude ver el resto. Su barriga era del mismo tono rojo de sus alas, de hecho las líneas de estas eran una continuación de la parte inferior. Su hocico era alargado y por la parte de arriba tenía púas desde sus orejas puntiagudas hasta el extremo de su cola, que terminaba en un pico muy fino.

Drako se me subió, escalándome por las piernas y la barriga, hasta que se enganchó con sus patas delanteras en mis hombros, y desde allí no me quitaba la vista de encima. Lo vi tan frágil que no dudé en sujetarlo y darle calor.

De repente todo el mundo se puso a dar gritos de alegría. Mis padres estaban justo a mi lado, por si acaso, aunque hasta que no escuché los gritos no me di cuenta de su presencia.

Ocán me pidió que me pusiera con Drako en el sillón real. Según decía ella, era para presentar a Drako a toda la ciudad... A mí no me apetecía nada, pero Drako me dijo que algunas tradiciones merecen la pena.

Todo parecía ir bien, pero cuando Liyac se acercó junto con su familia a darle la bienvenida al pequeño dragón, este intentó atacar y uno de los hijos de Liyac, que iba junto a él, sacó su espada, intentando acabar con Drako.

Ocán lo derribó al suelo con un conjuro, cosa que al guerrero no le gustó. Después Liyac le reprochó delante de todos:

—¿Se puede saber qué intentas hacer, Barzal? ¿No te das cuenta de que la vida de este dragón es más importante que la de cualquiera de nosotros?

Barzal, que así se llamaba el hijo de Liyac que había atacado a Drako, miró desafiante a su padre y le dijo:

—¡Será importante para ti; para mí es una amenaza! —se dio la vuelta y se marchó.

Amara, la esposa de Liyac, pidió perdón por el comportamiento de su primogénito, e hizo todo lo posible por que la celebración continuara.

Fueron más de cuatro horas de ofrendas a Drako y a mí. Estábamos agotados y cuando ya apenas podía tener los ojos abiertos, Ocán se acercó y nos dijo:

—Os veo cansados, David, deberías llevártelo a un lugar seguro e intentar descansar algo. Estas celebraciones pueden durar días.

Decidí llevarme a Drako a mi habitación. Como había habido tanta tensión, Liyac ordenó a Jardany que nos escoltara y que vigilara la puerta mientras descansábamos.

No tardé mucho en quedarme dormido y fue entonces cuando Drako se volvió a aparecer en mi sueño y me dijo:

—Esta vez seré yo quien te guíe por el pasado.

En mi sueño seguíamos en la ciudad de Barsalí, pero las cosas eran muy distintas. Las casas no tenían esas velas en los tejados y la gente no era la misma. Drako se puso tenso a mi lado y me dijo:

—Prepárate para ver el caos más terrible.

De repente empezaron a aparecer dragones enormes por toda la ciudad. La gente gritaba y corría horrorizada de un lado para otro.

No pude evitar fijarme y le dije a Drako:

—¿Por qué no llevan jinetes los dragones?

—Porque alguien terrible hizo un pacto con las tinieblas y consiguió la forma de manipular a mis antepasados.

En aquellas palabras se podía apreciar tanto dolor que se me cayeron las lágrimas. No podía evitar sentirme mal; por culpa de mis antepasados se extinguieron las criaturas más hermosas que había tenido la oportunidad de ver. En ese momento de dolor aparecieron por lo menos cuarenta guerreros, todos ellos bien armados. También había una mujer, por el parecido con Ocán supuse que era Numely. La cosa se estaba poniendo fea.

Apareció Barsalí, lo reconocí nada más verlo, por un cuadro que pude ver en el pasillo de las habitaciones y dio la fatídica orden sin vacilar:

—Matad a todos los dragones.

Salí corriendo tras él, gritándole que parase aquella atrocidad, que habría otra manera de salvar ambos mundos de Borrell, pero no me escuchaba. Drako me recordó que era solo un sueño, un recuerdo del pasado y que por mucho que gritase no podía hacer nada. Cuando comenzaron a matar a los dragones con sus flechas y lanzas, pude sentir a cada dragón apagarse lentamente y el dolor me estaba consumiendo. Caí de rodillas al suelo y supliqué a Drako que me despertara, que me sacara de allí. Pero Drako estaba más afectado que yo por aquellas escenas, así que no dudé, cogí a mi dragón y lo saqué de allí.

Seguíamos dentro del sueño, sí, pero me lo llevé al lago, lejos de aquella masacre. Podía notar el dolor que Drako sentía, y él notaba mi

dolor. Era algo muy raro, una conexión especial, y en aquel momento supe que jamás sentiría algo así con nadie.

No tardé mucho en abrir los ojos, y cuando lo hice, vi que Lucas había entrado y que era él quien me había despertado. Le di un beso fuerte y las gracias, busqué a Drako y estaba justo a los pies de mi cama, hecho un ovillo con su cola. Lo toqué con miedo, no porque me fuera a hacer daño, temía que él no pudiera perdonarme por lo que habíamos visto en mi sueño.

Cuando Drako se despertó le pregunté si tenía hambre y él me respondió que estaba hambriento, así que abrí la puerta y le dije a Jardany que me trajera comida para él.

Jardany soltó una amplia sonrisa y me dijo:

—¡Te equivocas! No soy una doncella, yo estoy aquí para protegeros, no para servirlos. Si queréis comer, os buscáis la vida. Busca a Ocán, seguro que ella sabe qué come nuestro amigo.

Una mala decisión

David

Cogí a Drako y nos dirigimos a la Gran Sala en busca de Ocán. Cuando vi a mi padre discutiendo con ella. Por lo visto, después de que me fuera de la celebración, los mayores habían estado discutiendo sobre mi futuro próximo y como siempre, sin consultarme. Mis padres querían volver a casa, eso no era ningún secreto, a Liyac eso le daba igual, lo que no le daba igual es que quisieran que me fuera con ellos, y temía que me llevara a Drako conmigo. Cuando me acerqué a ellos les pedí que se calmaran.

Mi padre estaba muy exaltado, no se paraba a pensar bien y Ocán se estaba enfadando mucho. La verdad, después de ver cómo lanzó a Barzal por el suelo, no quería que nada malo le pasase a mi padre.

No lo dudé e intervine en la discusión. Los miré a ambos y les dije:

—No sé cuál es el problema, pero seguro que alguna solución tendrá —dije aquello lo más firme que pude y luego me quedé esperando la reprimenda. No me regañaron; al contrario, me dieron la razón.

Después de escuchar sus exposiciones de por qué debía quedarme o por qué nos teníamos que ir. Miré a mi padre y le dije:

—Tienes razón, debemos irnos, pero no me prohíbas volver a este sitio. Drako debe crecer aquí y yo debo estar con él.

Aquella respuesta no le agradó mucho; aun así me dio la razón y me dijo que podría volver los fines de semana y en momentos especiales.

Esa forma de comunicarnos fascinó a Ocán, no obstante me dijo:

—Si te separas de Drako ahora, puede que muera, él está demasiado débil. Deberías estar aquí, pero no te retendré en contra de tu voluntad, así que sois libres. Si os parece bien, pediré que os ayuden a volver; eso sí, necesito prepararte una cosa, no tardaré mucho.

Después de decir aquello se dio la vuelta y se fue hacia su casa con la cabeza gacha.

Mi padre acarició a Drako y me dijo:

—Cuidaremos bien de él en casa, no te preocupes, David. Espera aquí a Ocán, yo voy a decirle a tu madre que por fin nos vamos.

No podía evitar mirar a mi alrededor y recordar el dolor que allí hubo en el pasado. Miré a Drako y pensé que en mi mundo estaría mejor. En ese momento solo quería llevarme a Drako de aquel lugar que tanto daño le había causado a los dragones.

Mientras seguía ensimismado en mis pensamientos, Ocán trajo una especie de cubeta hecha de madera y cuando la soltó en el suelo estaba llena de peces brillantes. Miró a Drako y le dijo:

—Son todos para ti, debes de estar hambriento.

Jardany se ofreció a darle los peces a Drako, porque Ocán quería entregarme algo a mí también. Me cogió la mano y me puso en ella un colgante; era un medallón redondo de color morado oscuro casi negro y en su interior se podía apreciar un pequeño dragón con las alas totalmente abiertas, negro con algunos tonos verdes, con un pequeño

borde de plata o algo parecido, tenía una cadena muy bonita, pero, parecía muy antiguo.

Ocán con aire misterioso me dijo:

—Es un amuleto, su color normal es morado oscuro, como puedes ver, pero cuando te acerques a un portal y quieras abrirlo, el amuleto se tornará azul cielo, y si por el contrario el amuleto detecta algún peligro, se volverá de tono rojo como la sangre que se derramó en el pasado, es importante que lo cuides ya que lleva en mi familia muchas generaciones y antes perteneció a tu familia, el último en tenerlo fue Barsalí.

Mi madre ya había llegado junto con mis hermanos y a ellos les encantó aquel amuleto, y empezaron a pedírmelo para poder verlo.

—El amuleto es para que proteja al jinete y le avise de su dragón, no es para que juguéis con él, ya que en malas manos puede usarse en su contra —dijo Ocán enfadada.

Mi madre se acercó a ella y le respondió:

—No se preocupe, Ocán, cuidaremos bien a su dragón y a mi hijo, eso no lo dude; y si necesita de alguno de ellos, hágalo saber y vendrán pronto, se lo prometo.

La despedida fue más larga de lo que a mis padres les hubiera gustado. Como a los habitantes del mundo de Sir la idea de que nos fuéramos con Drako no les agradaba mucho, intentaron retenernos demasiado tiempo. Empezó a anochecer y mi madre usó a Lucas como excusa para irnos; aprovechó que se puso penoso porque tenía sueño y dijo:

—Lo siento mucho, pero debemos irnos ya, necesitamos descansar, los niños y Drako están muy cansados y, la verdad, yo también

—miró a mi padre y le dijo—: ¡Y bien, Daniel! ¿Nos vamos?

Mi padre dio un respingo, miró a Jardany y se despidió —Bueno, nos veremos pronto y recuerda, me has dicho que me enseñarías a afinar mi puntería con el arco. Después de escuchar aquello mi madre sacudió su cabeza y sonrió.

Nos adentramos en la cueva y, efectivamente, mi amuleto se tornó azul cielo y el portal se abrió ante nuestros ojos.

Ocán me dijo:

—Esta vez el portal no será oscuro para ninguno, tampoco les retendrá por lo que saldréis todos al instante.

Al principio no le di mucha importancia a lo que me estaba diciendo, pero en el momento en el que entré en el portal comprendí sus palabras. Esta vez cruzarlo se hizo más sencillo, y mi familia no tardo nada en salir del portal.

Cuando todos habíamos pasado nos dirigimos en silencio hacia el coche. Yo llevaba a Drako en mis brazos. Sofía quería que se lo diera y decidí prestarle el amuleto para que se callara y que de ese modo no despertara a Lucas. Mi madre me agradeció el gesto, papá estaba muy callado.

Al llegar a casa mi madre le pidió a Sofía que me devolviera el amuleto, pues Ocán había dicho que jamás debía separarme de él. Mi hermana me lo devolvió a regañadientes. Lo único en lo que podía pensar era en acostarme, estaba agotado, así que cogí a Drako y me fui a mi habitación.

No tardé mucho en dormirme. Drako se volvió a meter en mi sueño y quiso mostrarme el pasado de nuevo. Le pregunté por qué tanto empeño, y él me dijo que era para evitar los errores del pasado. Era el mismo sueño, pero esta vez años antes de que destruyeran a los dragones. Todos vivían en armonía, la ciudad era solo un poblado y pude apreciar que estaban de celebración. Le pregunté a Drako qué celebraban.

—Celebran nuestra profecía.

—Debes explicarme bien en qué consiste esa profecía.

Drako me dijo que en otro momento, que ahora debía aprender del pasado. Me di cuenta que en este sueño Barsalí también aparecía ¡pero era solo un niño! Un niño como Lucas, no tendría más de tres o cuatro años, y el que supuse que era su padre estaba muy contento, se daba la mano con otro hombre que también llevaba las marcas de rey o líder o como se llamara.

Entonces caí en la cuenta de que al principio no era una ciudad, eran dos pueblos y el destino de Barsalí ya estaba escrito:

—Pero no lo entiendo, ¿por qué dejaron que pasara lo que pasó?, si ellos ya lo sabían.

Algo me despertó, era un fuerte dolor de cabeza, me iba a explotar la cabeza. Le pregunté a Drako si estaba bien, y como no me respondía, encendí la luz y pude comprobar horrorizado que Drako parecía estar muy enfermo y no sabía por qué, cogí el amuleto que había dejado en la mesita de noche y su color era rojo intenso.

Llamé a mis padres y no tardaron mucho en venir. Cuando les mostré lo débil que estaba Drako, mi padre dijo:

—Quizás haya que llevarlo a Barsalí —me miró y me dijo—: ¿Y si en este mundo no puede vivir? Deberíamos llevarlo al sitio donde se encuentre bien, ¿no crees?

Intenté decirle a mi padre que sí, pero en vez de eso todo se volvió oscuridad y perdí el conocimiento.

Capítulo 4

Entre la espada y la pared

L

Daniel

Lucía no quería atender a razones. Yo intentaba explicarle, sin mucho éxito, que lo que le estaba pasando a David era por su conexión con el dragón, que no podía ser una coincidencia que enfermaran los dos a la vez. Para mí también era duro ver a mi hijo tirado en el sofá y no saber cómo ayudarlo, pero intentaba ser razonable.

Sofía se despertó con las voces y entró en el salón con su carita de sueño y dijo:
—¿Qué pasa, papá? Os he oído decir que David y el dragoncito están malos.

Miré a mi pequeña y no sabía qué decirle.

—Con el dragón no sé qué hacer, llévalo a Barsalí, pero a David lo voy a llevar a urgencias —dijo Lucía.

Intenté oponerme a la idea de separarlos, pero Lucía sacó su instinto maternal y me lo dejó claro.

—Daniel, es solo un niño y está inconsciente. Somos sus padres, debemos ayudarlo.

Intenté pensar lo mejor para todos y durante un instante supuse que Lucía tenía razón. Cogí aire y antes de que pudiera soltarlo y decirle que sí a lo de llevar a David al hospital.

Escuché a Sofía decir:

—¿Por qué esta el amuleto rojo? —y en seguida me di cuenta; ¡estaban en peligro!

Cogí a David en brazos y le dije a Lucía que debíamos llevarlo a Barsalí. Como ella estaba muy nerviosa le tuve que pedir que se calmara y que confiara en mí. Me ayudó a meter en el coche a Drako y a David. Como Sofía estaba llorando por su hermano y Lucas aun dormía, le pedí a Lucía lo más duro que le había pedido en su vida; la miré y le dije con el corazón en la mano—. Cariño, tienes que ser fuerte, quédate con los niños, yo intentaré que nada malo le suceda a nuestro pequeño, te lo prometo.

Lucía se quedó en casa con los niños mientras que yo iba todo lo rápido que podía y sin parar de hablarle a David. Sabía que estaba inconsciente, pero esperaba que en algún momento se despertara y me dijera algo.

En el momento en que llegamos al portal, David abrió los ojos y al principio lo noté raro, pero no sabía muy bien la razón. Él me dijo que por qué habíamos vuelto, yo no podía pararme a explicarle nada. Le pregunté si podía caminar y, como me dijo que sí, cogí a Drako y le pedí que me siguiera.

—Volvemos a Barsalí, necesitamos la ayuda de Ocán —le dije.

David miró a Drako y contestó:

—Vámonos ya, hay que ayudarlo, papá.

El amuleto de David se volvió de color azul, pero esta vez mezclado con rojo; era extraño porque no tenía ni un color ni otro.

Al cruzar, cuando ya estábamos en el mundo de Sir, volví a mirar a mi hijo a la cara y entonces me di cuenta de qué era lo que me había parecido distinto: ¡eran sus ojos! Me quedé mirándolo un rato y percibí que se estaban volviendo amarillos. O yo me estaba volviendo loco...

David volvió a mirar a Drako y me dijo con la voz prácticamente rota:

—Papá, tenemos que salvarlo.

—Lo estoy intentando, hijo; el problema es que estamos muy lejos de Barsalí y, por si no te has dado cuenta, en este lugar no existen los móviles.

Solo con mirarle a los ojos me di cuenta de que me había pasado y le pedí perdón. Pero David sabía que tenía razón, así que se abrazó a Drako y, de repente, el medallón brilló tan fuerte que durante un breve instante me cegó, en ese momento, y de la nada, apareció Ocán con refuerzos. Me quedé sorprendido con aquello, no sabía cómo habían venido a ayudarnos tan rápido. Pero qué importaba eso, lo único que yo quería era que mi hijo no sufriera y que curaran a Drako. No me cabía en la cabeza que aquel pequeño dragón muriera, eso era algo inconcebible.

Ocán mandó a Jardany que llevaran a Drako junto al lago; decía que allí mejoraría. David estaba muy débil pero insistió en llevar él a Drako. Y no pude negarme.

Ocán me miró y me dijo:

—Has hecho bien en traerlos, dime qué ha pasado exactamente. Le conté que se habían ido juntos a descansar y que David de repente nos había llamado a gritos, quejándose de un fuerte dolor de cabeza, y cómo había perdido después el conocimiento.

—Me podrías decir cuánto tiempo estuvo inconsciente el jinete.

—No sabría decirte cuánto, pero sé que hasta que no nos acercamos a la cueva donde está el portal, David no recuperó la conciencia — dudé un breve segundo, luego asentí y le dije que estaba seguro de eso.

Ocán me miró durante un rato y dijo, más para sí misma que para los demás:

—¡Ya sé cómo puedo salvarlos! —se acercó hacia mí y me preguntó—. ¿Hay alguna cosa más que te llamara la atención?, lo que sea.

Quedé un rato pensando y entonces caí y le contesté:

—¡A David! Sus ojos cambiaban de color a un amarillo intenso, tardé un poco en darme cuenta pero fue justo al llegar al portal. Sí, sin duda fue al llegar al portal.

Ocán me agarró el brazo y me dijo:

—Tu mujer estará muy preocupada, ve con ella, aquí cuidaremos bien de ambos. Necesito que no paséis un mal trago con esto, pero debéis dejar al jinete con nosotros. Podéis venir cuantas veces queráis, pero lo mejor ahora mismo es no separarlos. Ve a tu casa y explícale a tu mujer que David está bien, y que Drako pronto estará bien, solo necesita a su jinete y calor.

Me costó mucho trabajo hacerle caso, aun así me despedí de ellos y volví a casa. No sabía cómo explicárselo a Lucía, pero ella tendría que entenderlo; era por el bien de los dos.

Lecciones

David

Estaba cerca de Drako y podía notar su entrecortada respiración. Sabía que sufría, pero no cómo ayudarlo, y aunque estaba rodeado de mucha gente, no podía evitar sentirme solo y aún más cuando mi padre se acercó para decirme que se iba, que tenía que volver a casa porque mi madre y mis hermanos se habían quedado muy preocupados por nosotros.

Estaba furioso. Había tenido la mejor experiencia del mundo, había encontrado a un dragón ¡mi dragón! y lo estaba perdiendo sin poder hacer absolutamente nada. No era justo; es más, era horrible. Y lo que hacía que me sintiera peor era que sabía que si Drako moría, la esperanza de los dragones, aquellas majestuosas criaturas, moriría con él.

Estaba abrazando a Drako, cuando Ocán se acercó y me dijo:

—Vamos, hay que pescar.

Yo la miré con cara de pocos amigos y le dije:

—No, yo me quedo con Drako.

—Entonces nunca serás el jinete que todo el mundo espera, el que los dragones necesitan. Me dijo todo aquello sin titubear.

—¿En serio, Ocán, quieres que me ponga a pescar ahora?, ¿acaso no ves lo que sufre?

—Sí, jinete, lo veo, y por eso les he pedido a los guardias que hagan una gran hoguera. Y nosotros vamos a pescar, porque ahora, con la luz de la luna, es cuando sale el pez fuego, llamado así porque les da fuego interno a los dragones, y es eso lo que Drako necesita: FUEGO. Esto último me lo dijo tan despacito que pude notar cómo sus palabras cobraban sentido. En mis sueños los dragones mal heridos se metían en el fuego; a lo mejor eso servía con Drako.

Miré a Ocán y le dije muy entusiasmado:

—Pues claro, FUEGO. Venga, enséñame a pescar ese pez fuego.

Jardany me acercó una extraña caña de pescar, era como si tuviera un lazo hecho en la punta y no tenía hilo.

Lo miré y le dije:

—Mi caña está rota.

Jardany me mostró la suya y me dijo:

—Son así, las vuestras no sé cómo serán —se puso muy serio y continuó—. Primera lección, tienes que ser paciente; los peces fuego no son fáciles de atrapar.

Ocán había metido a Drako en las brasas de la hoguera y estaba mejorando, podía notarlo; aun así sabía que tenía que conseguirle un pez fuego y, por desgracia, con aquella caña no pescaría ni un resfriado.

Jardany debió de adivinar lo que estaba pensando porque se puso en pie, cogió su caña y me dijo:

—Es muy sencillo. Tienes que sumergirla en el lago y mantenerla lo más profunda que puedas. Cuando veas un pez fuego atravesar el lazo, tiras y el lazo se aprieta solo, ¡es muy sencillo!

Me dieron ganas de tirarle la caña a la cara, aun así me contuve, respiré hondo e hice lo que Jardany me había explicado. No le quitaba vista a la caña y caí en la cuenta de que no se veía ni un solo pez, pero saldrían con la luz de la Luna.

Miré a Jardany y le dije:

—Jamás picaran aquí, hay que ponerse donde se refleje la luz de la luna, ¿verdad? —Jardany se rio—. Chico listo, la segunda lección no has tardado en verla por ti mismo.

Me dirigí hacia donde la luz de la luna se bañaba en el lago y pude contemplar el espectáculo. Había muchos de aquellos peces y, en cuanto los vi, entendí el nombre de peces fuego. Con la luz de la luna parecía que estuvieran en llamas dentro del agua. No eran muy grandes pero eran hermosos.

Metí el lazo con cuidado de no asustarlos y cuando noté como se colaban, tiré con mucho entusiasmo, miré el lazo y seguía igualito de vacío que antes. Se me escapó un largo suspiro.

Jardany que estaba justo detrás de mí, me dijo:

—Recuerda la primera lección.

—Ser paciente —le conteste muy cansado.

—Aprende deprisa, pero despacio, esa es la tercera lección —
dijo sonriendo.

Ya estaba harto de sus lecciones, y esa última era absurda;
¿cómo iba a aprender despacio y deprisa al mismo tiempo?

Jardany metió su caña y cuando tiró para sacarla lo hizo con un movimiento sutil, pero rápido al mismo tiempo.

Me quedé embobado y miré el lazo de la caña. Para mi sorpresa allí estaba un pez de fuego.

—Llévaselo a Drako y después vuelve; un jinete que se aprecie tiene que saber salvar a su dragón sin ayuda —me comentó.

Cogí aquel extraño pez, me quedé embobado mirándolo y me disculpe con él.

—Lo siento, debo curar a mi dragón; tu muerte no será en vano. Ocán, que me escuchaba, se acercó y me dijo:

—Es muy noble que te disculpes con tan magnífica criatura, llevas la nobleza en la sangre. Ve junto a Drako, que seguro que te agradece tan buen manjar.

Me dirigí hacia la hoguera y justo en medio estaba Drako hecho un ovillo. Le hablé con la esperanza de que me escuchara:

—Acércate, tengo algo que te ayudará a recuperarte más deprisa. Me quedé esperando a escucharlo, pero en vez de eso Drako se levantó y vino hacia mí, con paso lento pero caminando él solo. Le di

aquel pez de fuego y le pedí que se volviera a descansar en el fuego, que yo no tardaría en volver.

Me pasé toda la noche pescando para Drako y, aunque estaba agotado y Ocán me dijo que me fuera a descansar antes del amanecer porque Drako ya no corría peligro, yo no quise marcharme; aun así en algún momento debí quedarme dormido, porque cuando abrí los ojos estaba en la habitación del castillo de Liyac. Al principio no recordaba gran cosa, pero en cuanto lo recordé todo, pegué un salto de la cama y se me escapó un grito llamándolo:

—¡DRAKO!

La puerta se abrió de manera brusca y apareció mi madre en la habitación. No dudé en preguntarle:

—¿Dónde está Drako?

Ella, con mirada dulce, me dio un beso en la frente y me dijo:

—Tranquilo, él está perfecto. Estábamos esperando que te despertaras, llevas todo el día durmiendo, ya es casi de noche.

Creo que le di las gracias a mi madre y salí de la habitación, no estoy seguro; de lo que estoy seguro es que corría, porque casi me caigo escaleras abajo. Fui derecho a la Gran Sala, algo me decía que allí se encontraba Drako.

En el momento que entré en la Gran Sala y lo vi me di cuenta de lo mucho que había crecido; de repente parecía el doble de grande.

Vino derechito a por mí, y cuando levantó sus garras y se puso en pie era casi tan alto como yo, y me tiró al suelo.

—Pero ¿cómo es posible que hayas crecido tanto? Ocán, que se encontraba allí, me miró y me dijo:

—Esa es una lección más difícil de aprender. Solo te diré que si el jinete crece como persona, el dragón también crece. En pocas palabras, a medida que tú te hagas un hombre, Drako crecerá contigo, solo que sus cambios son más bruscos.

El día lo pasamos tranquilos en la Gran Sala, de vez en cuando aprovechaba las siestas de Drako para acudir a las clases de magia que Ocán me había impuesto.

Un largo camino

David

Después del gran susto con Drako, Ocán estaba más encima de nosotros que nunca, y de mis padres ni hablamos.

Cuando mi padre se fue a casa sin mí, a mi madre casi le da un patatús y se enfadó muchísimo con él. Ni siquiera después de traerla a mi lado, y comprobar por ella misma que estaba bien, se le pasó el enfado del todo. Lo supe porque desde mi habitación podía escuchar la discusión entre mis padres y ellos.

Al abrir los ojos esperaba tener una mañana tranquila, pero ¡NO! mi madre empezó discutir con Liyac, el rey de este hermoso lugar. Ella le estaba diciendo a un hombre, bueno a un rey, que tenía por lo menos cinco hijos (por lo menos esos conté en la fiesta donde nació Drako) cómo debía de cuidar a un niño de mi edad.

Al abrir la puerta me encontré con un chico que sería poco menor que yo. Su piel era más clara que la del resto y aun no tenía ninguna marca en la cara; su pelo era rubio y lo tenía a media melena, y sus ojos eran azul claro.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

Me dijo muy serio:

—Soy Tante. Jardany me ha pedido que no te deje salir de tu habitación hasta que él venga a por ti.

Parecía buen chico, así que supongo que me pasé un poco con él. Abrí la puerta más para que pudiera ver bien a Drako y le dije:

—Verás, el problema es que estoy escuchando discutir a mis padres con el rey, y como no me quiero separar de Drako, necesito que ellos me dejen quedarme, y para eso te tienes que quedar aquí calladito mientras yo hecho un vistazo allí abajo.

Al principio Tante intentó mantenerse firme, me pidió que volviera a dentro y así él podría llamar a Jardany. Pero yo dejé que Drako saliera y este le soltó un gran rugido; supongo que el chico se asustó mucho, porque se fue a toda prisa.

Bajé lo más rápido que pude. Drako no paraba de crecer, ya era casi tan alto como yo, así que iba detrás de mí a todos los sitios como si fuera mi guardián.

Al entrar en la Gran Sala las voces cesaron, Amara se puso justo al lado de Liyac y le hizo un gesto con la mano señalándonos.

Amara comenzó a decir:

—¿No veis que no sirven de nada nuestras disputas? Deberíamos preguntar al jinete qué quiere hacer.

Para mi vergüenza, mi padre no la dejó terminar y la interrumpió diciendo:

—Mi hijo, «el jinete», como ustedes lo llamáis, solo tiene trece años y eso lo convierte en un niño, y mucho me temo que no está listo para esto.

En ese momento no sabía muy bien a quién dirigirme, así que me puse en el centro de la Gran Sala, frente a todos, y les dije a mis padres:

—Sé de qué estáis hablando, no soy tonto. Papá, sé que me ves incapaz de todo esto pero déjame intentarlo, sé que puedo. Y tú, mamá, no te preocupes por el instituto; cuando empiecen las clases de nuevo ya veré cómo me organizo, yo no voy a dejar el instituto allí.

Mi padre hizo un gesto con la cabeza, como si aprobara aquello que le había dicho. Mi madre me miró con esa mirada de corderito que ella solía poner cuando quería convencerte de algo y me dijo:

—No es solo por el instituto, ¿tú has escuchado lo de las guerras y las batallas? —para darle drama me dijo con la voz rota—. David, eres mi pequeño, y si te pasara algo yo me muero.

Quedé paralizado, no sabía bien qué decir. Mi madre estaba sufriendo mucho, pero yo no quería renunciar a Drako, ni tampoco a lo que mi destino me tenía preparado, aunque fuera la muerte.

Drako me dio un empujón con la cabeza:

—Abrazala, y dile que yo jamás dejaré que nada malo te suceda.

Y así lo hice, abracé a mi madre y le dije:

—Drako siempre me protegerá —ella soltó una pequeña carcajada, como si aquello no fuera suficiente.

De repente Jardany apareció y pude ver en su cara lo furioso que estaba conmigo. Al principio no sabía muy bien por qué estaba tan enfadado, pero detrás de él estaba Tante.

—No me quiero sentir nunca más tan avergonzado de ti, jinete.

Antes de que prosiguiera, pedí perdón, me acerqué a Tante y le supliqué que me perdonara.

Jardany me agarró del brazo y me dijo:

—No te voy a consentir que te portes como un crío, debes de respetar a tus compañeros, ya que no sabes quién de ellos te puede salvar la vida.

—Lo siento, de verdad, pero no todo es culpa mía. Tú no deberías haberle pedido que me retuviera encerrado mientras los demás decidían si me podía quedar o no.

—¿Y acaso eso te da derecho a usar a tu dragón contra un muchacho al que acabas de conocer?

Liyac me miró con gran desaprobación y me sentí tan avergonzado que no era capaz de decir ni una sola palabra.

Se levantó de su trono y me dijo:

—Si quieres quedarte, aceptarás nuestras leyes, y por lo que has hecho hay un castigo, un castigo que Jardany, como tu instructor que es, sabrá ponerte, y tú deberás cumplir el castigo que él te imponga.

¿Estás dispuesto, David?

—Por supuesto que sí, pido a Jardany que me diga cuál es mi castigo por haber sido tan cruel con Tante.

Jardany sonrió y dijo:

—Te quiero en el prado al medio día, allí empezará tu castigo y tu entrenamiento para las pruebas de hombría.

¿Un castigo justo?

David

Pasé la mañana con Drako y al llegar el medio día nos dirigimos hacia el prado, justo como me había pedido Jardany. Yo esperaba que

tuviera algo preparado para humillarme o algo parecido, pero al llegar al prado me pregunté si había sido buena idea aceptar el castigo.

Con Jardany estaban Tante y cuatro chicos más, todos ellos eran sin duda más grandes y fuertes que yo. Entonces Jardany me los presentó diciendo.

—Estos son los chicos que se van a presentar a la prueba de hombría contigo. Ellos son Tante, a quien ya conoces, Cirbian, Bostán, Lico, y Bají.

Miré a los chicos y en seguida me di cuenta de varias cosas, la primera que Cirbian era el que mandaba en ellos, vamos, que era el cabecilla y la segunda que todos excepto Tante, tenían el pelo negro o casi negro y aunque también lo llevaban a media melena el tono de su piel era mucho más moreno.

Jardany me dio una espada de madera, grande y muy pesada dijo:

—Hoy os voy a enseñar el arte de matar.

Me acerqué a Jardany y le dije:

—Pero si apenas puedo levantarla del suelo..., pesa demasiado, ¿no tienes otra que no pese tanto?

—Lo siento mucho, pero tengo órdenes del rey de entrenarte igual que al resto, y sus espadas son iguales que la tuya. Debéis aprender a manejarlas por si algún día os topáis con alguna amenaza.

Entonces Cirbian dijo con cierta burla:

—Pues lo mejor en ese caso sería que estas estúpidas espadas fueran de metal y estuvieran bien afiladas, porque si no....

Le pregunté a Jardany si aguantar a esos chicos era mi castigo y Jardany se rio tan fuerte que debió de dolerle hasta la garganta, me miró y me dijo:

—¿Ves a Tante?

Miré a Tante y me di cuenta de que era el único que no encajaba con los demás:

—¿Cuál es el problema?

Jardany me miró tan serio que parecía que fuera a darme una torta y me dijo:

—Él es hijo de un buen hombre, un buen hombre que no llegó a conocer a su hijo porque dio su vida por salvarme en una emboscada de drows. Así que yo le juré a su viuda que jamás permitiría que nada les faltara y ella lo único que me pidió fue que cuidara se su hijo. Aquella buena mujer murió al dar a luz y desde entonces yo he criado a ese chico. Aunque es torpe y poco social, tú vas a cambiar todo eso, vas a conseguir que tenga más confianza en sí mismo y que supere las pruebas de hombría contigo, ¿me has entendido? Si tú pasas las pruebas y él no, será como si tú no las hubieras pasado tampoco. Ese es tu castigo por hacerle pasar un momento tan malo.

Me dio tanta pena la historia que me había contado Jardany sobre Tante que no pensé ni un segundo en negarme, miré a Jardany y le dije:

—Estarás orgulloso de nosotros, vamos a ser los mejores, te lo prometo.

Jardany hizo un gesto de duda y me dijo:

—Empieza por ponerte a correr con tus compañeros, que estas en muy baja forma.

A partir de aquel momento, ir a entrenar se hizo muy cuesta arriba. Jardany nos dejaba para el arrastre, apenas tenía tiempo para estar con Drako, y de mi familia ni hablamos. Liyac me perdonó por mi mal comportamiento con Tante y mis padres aceptaron que me quedara en Sir hasta que se terminara el verano. Después yo, solo podría venir los fines de semana y siempre que mis notas no se vieran afectadas ese fue el trato que tuve que hacer con todos.

¡Andar antes que volar!

Ya llevaba casi un mes en Sir y me había hecho a casi todas sus costumbres, pero lo que ese maravilloso día me estaba preparando era algo que nadie podía imaginar. Era sábado y, como llevábamos haciendo ese mes Tante y yo, por la mañana nos levantamos temprano para ir a entrenar solos junto al lago. Al principio dudamos sobre invitar a los

demás a que entrenaran con nosotros, pero al vernos madrugar el día de descanso se rieron tanto, pero tanto...

Tante dijo:

—Mira, déjalos, cuando los machaquemos en las pruebas de hombría seremos nosotros los que nos riamos.

Me pareció bien, ya que Tante se había convertido en un gran amigo y apoyo para mí. Sé que todo empezó como un castigo, pero...

Aquella mañana esperaba encontrarme con mi familia, como siempre. Normalmente cuando volvía del entrenamiento ellos ya habían llegado, pero en vez de eso, al volver, lo que Tante y yo nos encontramos fue a dos guardias custodiando la entrada a la ciudad. Al principio parecieron alegrarse de vernos, pero comenzaron a murmurar entre ellos y uno dijo:

—No debéis entrar, hay una rara epidemia, podríais infectaros; hasta Amara está gravemente enferma.

Les pedí amablemente que nos dejaran pasar, pero no conseguí gran cosa. Miré a Drako y pensé en lo que me haría Jardany si volvía a usarlo en contra de algún inocente, y de repente se me ocurrió la solución.

Le guiñe un ojo a Tante y le dije en voz bien alta, para que los guardias me escucharan: ¡Vámonos, Tante! No nos dejan pasar, pero... ¡si algo malo le pasa a la esposa del rey Liyac, yo solo diré que estos dos no nos dejaron intentar salvarla y...!

No tardaron mucho en llamarme para pedirme que los salvara a todos y que le hablara bien al rey de ellos. Me desearon mucha suerte y se quedaron allí plantados, con sus rostros de preocupación.

Tante se quedó alucinado, me miró y me dijo:

—¿Sabes cómo salvarlos? Eres el mejor.

—¡Como voy a saber salvarlos, si no sé ni lo que les pasa!

Tante se enfadó mucho, y la verdad no sabía bien por qué. Lo único que le consoló fue cuando le dije que mentir estaba mal, sí, pero... que por lo menos esta vez no había usado a Drako para conseguir pasar.

Estuvimos discutiendo un buen rato hasta que llegamos a la casa de Ocán. Bueno, hasta la puerta, porque había una buena cola de gente y la verdad es que todos tenían muy mala cara y un extraño olor, como a agua estancada.

Ocán salió muy preocupada, se dirigió hasta mí y atropelladamente me preguntó:

—¿Drako sabe volar ya?

Al principio me desconcertó, pero no tardé mucho en darme cuenta de lo importante que eso era para ella. Agaché la cabeza y con una gran pena le respondí la verdad:

—No, no sabe y no sé cómo hacer que vuele. Ocán me cogió la cara y la levantó, diciéndome:

—No es tu culpa. Es un hechizo que nos ha lanzado un drow hechicero. Para que lo entiendas, comienza por un solo individuo, no tiene por qué ser humano, y rápidamente se extiende. Lo único que les puede salvar de la muerte es una flor azul con la que preparo una pócima que puede curarlos.

—Bueno, pues vamos a por esa flor y ya está. Dime dónde está y voy enseguida.

—Verás, David, el problema es que esa flor solo crece en lo más alto de las montañas que hay al oeste, justo después de las llanuras de los draquíngs. La cara de Ocán me revelaba más de lo que ella quería.

—¿Y eso está demasiado alto para subir andando? —dije.

—Sí, pero lo que no sabes es que allí habitan grifos, que son unas criaturas muy territoriales, y nada más verte querrán echarte o, peor, matarte. Además, lo siento mucho, pero si Drako no puede volar, no podrías llegar a tiempo; andando podrías tardar unos tres días en llegar y volver, y eso si no te pierdes.

Ocán soltó el aire de forma tan brusca, que pude notar lo cansada que estaba. Me pidió que me fuera al lago, con Leisha y Sofía, con la excusa de que debería ir con ellas para cuidarlas. Yo sabía que solo quería que no me preocupara, ya que no podía hacer absolutamente nada. Aquello me destrozó.

Tante me animó y nos fuimos al lago. Cuando no nos faltaba mucho para llegar, pudimos ver a Sofía y Leisha jugando con mariposas gigantes. Aquello merecía la pena verlo. Ocán les había estado enseñando a potenciar sus poderes; según decía, ellas llegarían a ser unas grandes hechiceras. No sería yo quien pusiera en duda las palabras de Ocán, pero...

Las estuve mirando un buen rato y lo único que conseguían hacer a esas pobres mariposas era dejarlas paralizadas. Decidí acercarme y preguntar por qué les hacían eso y su respuesta fueron unas risas y un

¡qué tonto! Me enfadé con ellas y fue Leisha la que me dijo:

—¡Es obvio! Queremos subirnos a las mariposas y volar con

ellas.

Le dije a Leisha:

—¿Y por qué no se subís y voláis?, ¡no es tan difícil!

Ella me miró como si aquello que le había dicho fuera un insulto

y me dijo muy seria:

—¿No sabes que antes de correr hay que andar?

—¿Y eso que tiene que ver con volar?

—Es muy sencillo, David, si quieres volar, primero tienes que tener esa confianza con el animal con el que vas a volar y él tiene que poder confiar en que lo conseguirá —me dijo Sofía.

Me senté allí mismo, junto con Drako y Tante. Mirábamos cómo intentaban hacer volar a las mariposas con ellas encima. Era todo un espectáculo. Primero Sofía paraba a la mariposa y la bajaba hasta la altura de Leisha, y después Leisha se subía en la mariposa, pero antes de que se echara a volar, Leisha acababa en el suelo y, no sé por qué, ambas se partían de la risa. Después de muchos intentos fallidos, Sofía consiguió volar por un instante en una hermosa mariposa, yo me quedé enfrascado en esa imagen pensando que debería ser así de sencillo volar con Drako.

Cuando se cansaron de torturar a las mariposas, Sofía sacó uno de esos botes con los que se hacen pompas de jabón; le entusiasmó ver que Leisha nunca había visto uno.

Jardany apareció con Lucas. Me acerqué a él y le pregunté:

—Oye, Lucas, ¿dónde están papá y mamá?

Jardany me miró con cara de sorpresa y Lucas dijo:

—¿No lo sabes? Mamá está malita y papá la cuida con besitos.

Aquello fue como un gran jarro de agua fría. Mi madre también estaba infectada y yo, mientras tanto, estaba jugando como un crío. No podía seguir perdiendo el tiempo esperando a que Drako volara, tenía- mos que ir a esas montañas ¡YA!

—Jardany, por favor, necesito que me acompañes y me ayudes a conseguirla flor azul.

Jardany me miró como si estuviera loco, luego carraspeó y muy serio me preguntó:

—¿Qué es exactamente lo que te ha dicho Ocán que hagas?

—Bueno..., Ocán me ha dicho que si Drako no vuela yo no tengo nada que hacer, porque para llegar allí, debe llevarme Drako.

—Entonces, chico, mucho me temo que no tienes nada que hacer. Y no porque yo te lo prohíba, no te equivoques, te comprendo, más de lo que te crees, pero... no hay nada que puedas hacer; ni tú ni nadie.

Tante se acercó a nosotros y apoyó su mano en mi hombro, como si con ese gesto me dijera que él estaba conmigo, para lo que hiciera falta.

Después de intentar hacerme a la idea de que no podía hacer nada por mi madre, ni por Amara, ni por todos los demás que estaban enfermando, me quedé embobado mirando a Lucas jugar con Leisha y Sofía. Ellas le hacían pompas y Lucas estaba pasándoselo en grande. Drako se sentó a mi lado y me dijo:

—No deberías frustrarte tanto, la culpa de todo es mía. Soy un dragón que aún no sabe volar. Eso dice mucho de mí, ¿no crees?

Lo miré y le dije muy enfadado:

—Lo único que dice de ti es que tu jinete no sabe nada ni de ti, ni de este absurdo lugar.

Estaba dispuesto a aceptar mi culpa, pero no la de Drako. Y mientras yo no hacía otra cosa que compadecerme de mí mismo, Sofía

había hecho una pompa gigante y no sé cómo se las había apañado, pero había metido a Lucas dentro. Tardé demasiado en mirarlos, y para cuando lo hice, Lucas estaba demasiado alto, la pompa no paraba de subir y Lucas comenzó a llorar.

Miré a Jardany y le dije:

—¿Es que no piensas salvarlo?

Jardany me contestó muy calmado:

—No puedo hacer nada, solo puedo esperar a que esa cosa explote y entonces intentar coger a Lucas sin que resulte herido.

Me cabreó tanto que en este sitio hubiera que esperar para absolutamente todo, que sin querer me salió una especie de gruñido. Miré al cielo buscando a Lucas y le grité:

—¡No te preocupes; yo te salvaré, Lucas!

Pero él era muy pequeño y seguía llorando. El mundo se me vino encima cuando Lucas comenzó a llamar a mamá entre sollozos. Recordé que mi madre estaba enferma y que yo no era más que un estorbo, un jinete que no podía hacer nada.

Volví a compadecerme de mí mismo y eso me enfureció tanto que grité tan fuerte como pude. Notaba como si estuviera ardiendo; estaba tan furioso que parecía que fuera a salir ardiendo.

Miré a Drako y le dije:

—¡Vamos a salvarlo, no me falles!

Drako salió corriendo para coger impulso y yo iba tras él. Mi dragón corría muy rápido. Justo en el momento en que la pompa se rompió, Drako saltó y... VOLÓ.

Cuando salió volando contuve la respiración y justo en el momento en el que cogió a Lucas volví a respirar. Se me quitó un gran peso de encima cuando pude abrazar a mi hermano. Sofía y Leisha se abrazaron a él llorando, pidiendo perdón.

Me paré un instante para asegurarme que Lucas estaba bien. La verdad es que estaba encantado por haber volado con Drako.

Jardany se acercó, yo me había olvidado por completo de que estaba allí, me cogió del hombro y me dijo:

—Buen trabajo, chico. Ya comienzas a ser un jinete, estoy orgulloso. Ahora yo me encargo de ellos, vosotros iréis a ver a Ocán y a contarle la buena nueva.

Capítulo 5

¡Salvadlos a todos!

T

David

odo por lo que acababa de pasar sería poco comparado con lo que me esperaba, o eso me decía Tante mientras nos dirigíamos al castillo de Liyac. Allí se encontraba Ocán atendiendo a todos

los enfermos. Yo estaba muy entusiasmado, entusiasmado y nervioso.

Entré en la Gran Sala muy contento y gritando: ¡Ocán, Drako ya vuela!, ¡me puedes mandar a donde quieras...!

Liyac estaba allí, se le veía cansado y hundido.

—¿Qué es lo que pasa? —le pregunté, sin obtener respuesta al-

guna.

Me puse a buscar a Ocán y la encontré en una de las habita-

ciones, junto con Amara. Ambas estaban enfermas pero... Estaban cuidando a alguien, me acerqué y al ver que eran mis padres los que estaban en la cama, se me encogió el corazón. Parecía que les hubieran echado un cubo de agua encima, y su piel parecía viscosa y verdosa. Estaban dormidos, enseguida supe que eso no era bueno; al contrario, era malo, muy malo.

Miré a Ocán y le dije:

—¿Los puedes salvar?

Ella con mucha pena me dijo:

—Si no consigo la planta azul para poder hacer la cura antes de esta noche, mucho me temo que no llegarán a mañana. Lo siento mucho, David, de verdad.

Intenté aguantarme las lágrimas, pero era imposible. Comencé a llorar sin consuelo y entre sollozos le dije a Ocán.

—Prepárame un mapa o lo que sea; Drako ya puede volar y me voy a buscar esa flor ahora mismo.

Ocán se quedó sorprendida e hizo un gesto de aprobación con la cabeza. Se fue un segundo y al volver me dio una bolsa de piel pequeña que tenía un trozo de guita. Me dijo:

—Átata la bien fuerte a la cintura. Una vez que consigas la flor, vente a toda prisa, el tiempo corre en su contra. A ellos les está afectando más fuerte y rápido.

Me despedí de mis padres.

—Intentad aguantar hasta que vuelva con la cura —solo podía pensar: *por favor, que no se mueran, por favor....*

Salí al patio de entrenamiento del castillo. Allí me esperaba Drako para partir, y... juraría que Drako estaba más grande, puesto que me sacaba una cabeza. Me subí en su lomo y le pedí disculpas por adelantado por si me mareaba.

Drako me dijo:

—Lo dudo mucho, al igual que yo, tú llevas lo de volar en la sangre, así que agárrate fuerte.

Antes de partir Jardany se acercó, levantó las dos manos; en ellas llevaba algo alargado envuelto en una tela negra.

—¿Qué es eso?

Él sonrió y me dijo:

—Un detalle ¡por si acaso!

Al cogerlo y quitarle la tela me quedé sorprendido. ¡Era una espada muy fina! ¡La había mandado hacer para mí!

Jardany me sonrió:

—Esta es más ligera, si tienes problemas, no lo dudes, úsala. Os deseo mucha suerte en vuestra misión.

Salimos volando sin problemas y aquella sensación era indescriptible. Me sentía libre y contento. Las emociones eran tan fuertes como la preocupación que pesaba en mi cabeza, no podía evitar agarrar la espada que Jardany me había regalado pensando si sería capaz de usarla. Drako no paraba de darme ánimos y de decirme que nuestro destino era triunfar sobre el mal, y que no íbamos a empezar nuestro destino fracasando.

Sobrevolamos el lago y cuanto más al oeste nos dirigíamos más bonito era el paisaje. Pude ver de lejos la llanura de los draquings y supe por qué le habían puesto ese nombre. Había por lo menos seis manadas enormes de aquellas maravillosas criaturas. El terreno era prácticamente llano y verde, llegabas a perderte en su majestuosa hermosura.

Alcé un poco más la vista y pude apreciar cómo las nubes bañaban las montañas. Pude saber sin tener que preguntar que la más alta era la de los grifos.

Drako notó mi nerviosismo y me dijo:

—No dejaré que nada malo les suceda.

En ese momento pude ver la gran conexión que teníamos, él sabía que estaba muy nervioso, sobretodo temía no poder llegar a tiempo.

A medida que nos acercábamos a la montaña, Drako se ponía más y más nervioso. No tardé mucho en descubrir el por qué de su nerviosismo; ¡nos estaban siguiendo!

Pude apreciar una gran sombra que nos sobrevolaba. Intentaba comprender su tamaño real, pero era casi imposible, no paraba de sorprendernos. De repente salió otra cosa de esas justo delante de nosotros y pude apreciar casi horrorizado su belleza ¡ERA UN GRIFO!, un animal mitológico (para mí, por lo menos, hasta ahora) mitad león, mitad águila con doradas plumas; nos estaba intentando dar caza.

Drako se metió en mi cabeza y me mostró algunas imágenes de cómo cazarlos. Sentí pena por los grifos ante aquellas imágenes, y al notar Drako que yo no quería convertirme en cazador me dijo:

—Si no eres cazador, serás la presa. Tú eliges: o atacamos o nos aniquilan.

Tuve que respirar muy hondo, no quería matar, ni mucho menos que me matasen, y entonces la encontré...

La flor estaba allí, justo en la cima de la montaña. Había un pequeño trozo algo más llano, como si le hubieran cortado un trozo a la mitad de la cima, y en ese extraño lugar había muchas de aquellas flores. Parecía el jardín de las flores azules.

Justo en ese momento le dije a Drako:

—Haremos lo que sea necesario, pero si puedes, no los mates. Bájame en ese lugar e intenta despistarlos, yo cojo unas cuantas flores y nos vamos de aquí a toda prisa.

Drako

David tenía demasiados reparos a la hora de cazar, sabía de sobra que no sería fácil, pero... en este momento teníamos que ser cazadores.

Antes de poder acercarme lo suficiente a David a esas flores azules, tres pajarracos de esos nos atacaron y casi se cae de mi lomo. Eso me enfureció mucho y mi fuego interno consiguió abrirse paso por mi garganta, se lo solté a un grifo, dejándolo bien chamuscadito. Cayó en picado, no me paré a comprobar si seguía vivo.

David se asustó con aquello, pero no le duró mucho el susto cuando vio cómo dos grifos se nos acercaban por los lados dispuestos a atacar.

Solté a mi jinete lo más cerca de la cima que pude y seguí volando. Intentaba que me siguieran a mí, para que David consiguiera las flores sin correr peligro.

No llevaba mucho tiempo volando; aun así me encantaba hacer piruetas, y más si me servían para marear a los grifos. No me gustaban nada eran muy traicioneros y solían atacar en grupo. Sus graznidos eran horribles y eran condenadamente listos. Como vieron que quemé a uno de ellos ya no se ponían delante de mí; no querían correr la misma suerte que su amigo.

Después de jugar con ellos un rato, volando a través de las montañas, decidí probar algo nuevo y volé lo más alto que pude. Cuando caí en picado me dirigí hacia uno de ellos, me aferré con las garras a su lomo y con toda mi fuerza lo arrojé contra el suelo. Me quedé un instante esperando para ver si seguía vivo y comprobé que era así, pero se había roto un ala y ya no podría volar en una temporada. Como no era una amenaza, lo dejé allí.

Pensé que ya solo me falta uno, y antes de buscarlo, vi que era tarde. Aquel estúpido pájaro había ido a por mi jinete y ese era un error que le iba a costar la vida.

Cuando los sobrevolaba, podía notar que David había sacado su espada y que no quería matar al pájaro. Tenía un buen dilema.

Me metí en su cabeza y le dije:

—O él o tú, recuerda; no tienes otra opción.

Mi primer impulso fue agarrar al grifo y quitárselo de encima a David, pero una voz interna me frenó y me dijo:

—Tiene que crecer como jinete. Cuidalo, pero déjale crecer y hacerse un buen cazador.

Fue entonces cuando me quedé quieto sobrevolándolos, a la espera de que mi jinete hiciera lo que debía. En ese momento noté un dolor más grande que si me hubieran herido a mí, y supe que jamás dejaría que nada ni nadie se le volviera a acercar para tener la posibilidad de hacerle daño.

David

Estaba muy cerca de las flores y lo único en lo que podía pensar era en que todavía tenía tiempo; aún faltaban horas para que anocheciera.

Lo iba a conseguir, lo tenía que conseguir. Drako estaba quitándose de encima a los grifos de una manera poco ortodoxa, aun así no los estaba matando, supongo que porque así se lo pedí. Pero uno de esos grifos dejó de perseguir a Drako y se interpuso entre las flores y yo.

Al principio quedé paralizado. El grifo, visto de cerca, era muy grande; su sola presencia ya imponía, pero si se le añade que me estaba desafiando con su graznido y su postura, ya ni te digo.

Saqué la espada que Jardany me había regalado antes de partir. Solo podía pensar en que no quería usarla. Ví una gran sombra que volaba en nuestra dirección. Al principio me entró el temor de que fuera otro grifo, enseguida me di cuenta que era Drako.

De repente el grifo se acercó y empezó a atacarme. Me quedé paralizado y sin saber cómo Drako se metió en mi cabeza y me dijo:

—O él o tú, recuerda.

Entonces pensé en mis padres y las demás personas que necesitaban aquellas flores. Aquello me hizo reaccionar de una extraña manera, llegué a notar que estaba ardiendo. Ardía desde dentro hacia fuera y fue muy liberador, era como si hasta ese momento me hubiera estado reprimiendo y de repente un fuego que yo no sabía que tenía se abriera paso a través de mí.

Puede parecer una locura pero el grifo se abalanzó sobre mí y me sentí tan abrumado por la escena que lo único que se me ocurrió fue levantar la espada.

Solté un grito al notar que le clavaba la espada en el abdomen. Pude notar su sangre aún caliente resbalando por mi brazo. El grifo había muerto, yo lo había matado. Apenas podía mantenerme en pie cuando Drako cogió al grifo con las garras y lo apartó de mí.

Drako comenzó a hablarme diciendo algo de que éramos un gran equipo, pero yo me sentía mareado. Busqué las flores, cogí cuantas pude y las guardé con mucho cuidado en la bolsa.

Apoyé la espada en el suelo, a modo de muleta, para poder andar. Hasta ahora no había caído en la cuenta, cuando el grifo se abalanzó, me tiró al suelo y me clavó una de sus garras en la pierna. Por eso se me escapó aquel grito, era un grito de dolor.

Miré mi pierna y, al levantar la mirada hacia Drako, todo se volvió negro. Lo último que pude notar fue a Drako intentando agarrarme en vano, pues al final caí y me golpeé la cabeza contra el suelo.

Drako

En el momento en el que David se enderezó ante mis ojos y usó la espada, como una pierna más en la que apoyarse, supe que se iba a caer. Intenté cogerlo rápido, pero mis alas no me respondieron como esperaba y llegué tarde. Mi jinete estaba herido. Tenía que llevarlo a la ciudad de Barsalí lo más rápido posible. Lo cogí con delicadeza, pero bien sujeto, sin vacilar me lancé montaña abajo.

Antes de poder llegar a las llanuras de los draquings, dos grifos intentaron darnos caza. Estaban muy furiosos y, a diferencia de los otros, estos eran adultos; lo supe porque les doblaban el tamaño y eran más agresivos.

Miré a David y le pedí perdón por lo que iba a hacer. Cogí un gran impulso hacia arriba y saqué todo el fuego interno que tenía, dirigiéndolo hacia uno de ellos, y... le acerté de lleno y cayó al suelo, sin vida.

Me sentí aliviado, pero mal al mismo. Le hice un gesto mostrándole al otro grifo que llevaba conmigo a mi jinete y que si se nos acercaba correría la misma suerte. Se ve que lo entendió, porque soltó un graznido como de resquemor, se dio media vuelta y se fue.

No tardé mucho en llegar a Barsalí y fui en busca de la hechicera en la que mi jinete confiaba. No sé muy bien por qué lo hice, ni tampoco si aquello me sirvió de algo, pero cuando sobrevolaba la ciudad en busca de ayuda, solté un alarido, y aunque no me alivió el dolor que sentía, sí que hizo que mucha gente saliera a ver qué pasaba. Entonces vi a la hechicera salir del castillo y me dirigí hacia ella.

Dejé caer a David en el suelo con mucho cuidado. Miré a la hechicera y le hice un gesto con la cabeza, mostrándole la herida de su pierna. Por suerte, ella lo vio al instante.

Me miró y me dijo:

—No sé si me entiendes, pero no te preocupes, lo curare; por suerte no es tan grave como parece.

Abrí las alas y agaché la cabeza, intentando decirle que se diera prisa. No entendía por qué aquella mujer seguía allí mirándome. Y entonces habló de nuevo:

—¿Lo habéis conseguido? —me miró de extraña manera y siguió diciendo—. Me refiero a las plantas.

Le hice un gesto hacia la bolsa que David llevaba a la cintura y por fin esa mujer cogió la bolsa y gritó para que vinieran a ayudarla con el jinete.

Me quedé allí cerca para protegerlo. No pensaba separarme de él...

Recuperación

David

Después de perder la consciencia mientras miraba a Drako en aquella montaña, no podía parar de tener extraños sueños del pasado. Al principio pensé que era Drako quien me mandaba esas visiones, como siempre, pero después de varias imágenes sin sentido, llamé a Drako para que me las explicara y no respondía, aquello me asustó.

Barsalí se acercó a mí y dijo:

—Tienes que volver, este no es tu sitio. Quedé petrificado y le dije:

—No sé cuál es mi sitio. Creo que he fracasado y ahora mucha gente morirá por mi culpa.

Aquel jinete me miró y por primera vez no noté superioridad ni desafío en su mirada.

—David, mira hacia atrás y dime qué ves —me dijo muy tran-

quilo. dije:

Volví la mirada y solo veía guerras y matanza de dragones y le

—Veo destrucción y también veo grandes héroes luchando.

—Ahí es donde te equivocas, debes regresar y mirar hacia atrás,

sí, pero para no cometer nuestros mismos fallos. Y ahora regresa con

tu magnífico dragón, cuídalo mucho y, sobre todo, aprende a mirar también hacia delante.

Cuando volví a abrir los ojos, estaba un poco desconcertado. No sabía dónde me encontraba, y al enfocar bien caí en la cuenta de dónde estaba Drako. Me incorporé demasiado rápido, lo supe porque me mareé y casi me caigo al suelo de nuevo; si no fue así es porque Drako me sujetó, como si fuera parte de mí y supiera que no estaba bien.

—No sabes lo preocupado que me has tenido —me dijo Drako.

—¿Por qué no has venido conmigo a mis viajes al pasado? Te he llamado una y otra vez y no respondías.

—David, no sé de qué me hablas. Llevo tres días intentando meterme en tu cabeza, pero con las hierbas tan raras que te ha dado esa hechicera, no podía hablar contigo. Nos has tenido muy preocupados. Entonces caí en la cuenta

—¡Drako! —le dije muy preocupado—. ¿Dónde están mis padres? —antes de que me respondiera, se abrió la puerta y mi madre apareció. Parecía como si nunca hubiera estado enferma, se acercó y me dio un abrazo interminable y muchos besos.

Mi padre no tardó en aparecer también, llevaba a Lucas a modo de caballito, y Sofía iba a su lado con una carita muy triste. Mi padre se puso muy contento al verme despierto, soltó a Lucas para que me diera un beso y se unió al abrazo de mamá.

Él me susurró al oído:

—Gracias, campeón, gracias por salvarnos y, sobre todo, gracias por no morirte.

Mi madre debió de oír sus palabras, porque se puso a llorar y no paro en muuuucho rato.

Les pregunté cuántas horas había estado durmiendo, y mi padre se sorprendió, y me dijo:

—¿Horas? No, campeón, han sido días, y en todo ese tiempo Drako no se ha separado de ti ni un solo instante. En total llevas tres días en la cama. Al principio te quejabas mucho y nos preocupamos más porque se notaba que estabas sufriendo. Después Oacán preparó un

ungüento con las plantas, te lo puso en la herida de la pierna, empezas- te a relajarte y dejaste de quejarte. Ocán nos dijo que era porque la he- rida te había causado una grave infección que te obligaba a enfrentarte a tus demonios y que el ungüento te protegía de eso. Ya me explicarás tú a qué se refería, porque no lo entendí cuando me lo explicó. Aun así, me alegro porque ya estás bien.

Sofía estaba muy enfadada y se me ocurrió preguntarle qué le pasaba, pero me arrepentí de preguntar en el acto.

Sofía me dijo muy seria:

—No es justo que toda la ciudad haya estado pendiente de ti, hasta el rey cuando se ha enterado de que te has despertado ha manda- do preparar una gran fiesta en tú honor.

—¿Y cuál es el problema, Sofía? Tú también irás a la fiesta ¿o

no?

—Sí, David, pero tú tienes a Drako y vuelas, y yo solo estudio

mucho y me esfuerzo. ¿Y para qué?, si nadie sabe que existo.

—Eso no es verdad, yo sé que existes y me importas mucho, además papá y mamá te quieren y Lucas, hay mucha gente que te quie- re. No seas tonta, Sofía, hasta yo te quiero mucho, hermanita, pero no se lo digas a nadie.

Sofía seguía enfadada, se cruzó de brazos y estaba tan triste que pensé que tenía que ayudarla como fuera. Justo en ese extraño momen- to familiar, apareció Ocán y dijo con mucha alegría en la voz:

—Estamos en deuda contigo, jinete —miró a Drako y, con un gesto hacia él, dijo—. Y contigo, Drako.

Drako hizo un gesto de superioridad que nunca le había visto y me resultó tan gracioso que no pude evitar echar a reír a carcajadas, y todos acabaron riendo conmigo.

—Supongo que tengo una risa contagiosa —les dije, y se rieron aún más.

Aquella noche hicimos una gran fiesta y la gente estaba muy contenta, en aquel momento pensé que ojalá siempre fuera así de fácil, pero para mi desgracia no duraría mucho.

El verano se pasaba muy rápido y la prueba de hombría estaba cada vez más y más cerca. Eso era emocionante, pero... cuanto más los conocía, más me encariñaba con la gente de la ciudad, más miedo me daba de fallar en la prueba...

Capítulo 6

Un duro comienzo



David

legó el gran día! Todo el mundo estaba alterado porque solo faltaban unas cuantas horas para que todo comenzara. Tante estaba de los nervios y aunque se había convertido en mi mejor amigo, solo podía pensar en las duras palabras de Jardany que hacían eco en mi cabeza (Si él no pasa las pruebas, tú tampoco). Esa incertidumbre me mataba y entonces caí en la cuenta de que no era de este mundo, y a lo mejor era yo quien no pasaba las pruebas. Comencé a sentirme abrumado, mientras, me sentía cada vez más pequeño.

Drako se sentó a mi lado y me dijo:

—No temas, lo harás perfectamente, y si algo se tuerce yo estaré ahí contigo, ¿recuerdas?

Le agradecí la confianza que depositaba en mí, pero... no podía evitar sentirme tan presionado.

Cuando me sentí preparado, salimos para estar un poco con la familia.

Sabía que estaría todo el fin de semana fuera de los muros de Barsalí y que eso iba a tener a mis padres en vela; además hacía tiempo que con tanto entrenamiento no pasaba mucho tiempo con mis herman- nos, y me apetecía distraerme jugando con ellos.

Al llegar al lago me di cuenta de que no era el único que estaba agobiado con la prueba, justo allí estaban todos: Bostán, Bají, Tante, Lico; hasta Cirbian estaba en el lago, intentando poner cara de duro.

Me acerqué a Cirbian, le di un golpecito con el hombro y le susurré bajito:

—¿Qué pasa, que tú también estás nervioso?

Cirbian, se puso tenso y me dijo:

—Yo no estoy nervioso, pero tú sí que deberías de estar asus-

tado.

No pude evitar fruncir el ceño y le dije muy enfadado:

—¿Sabes?, no deberías de ser tan borde conmigo, quizás algún

día necesites que Drako y yo te ayudemos, entonces te arrepentirás de haberme tratado mal.

Cirbian dijo con aire de superioridad y una sonrisa perversa:

—Cómo voy a disfrutar viendo tu cara cuando te enteres de las normas para la prueba.

Aquello me dejó pensativo, no lo dudé ni un segundo, tenía que encontrar a Ocán o a Liyac y que me explicaran lo de las normas.

En ese momento se acercaron Sofia y Leisha, que solo querían que jugara con ellas, pero yo estaba demasiado nervioso y fui demasiado brusco con ellas. Mi madre se acercó y me regañó y cuando no pude soportar más presión comencé a marearme; era como si el peso del mundo me estuviera aplastando el pecho.

Mi madre debió de darse cuenta de que me estaba poniendo malo porque le pidió a las niñas que trajeran agua, y cuando nos quedamos solos me dijo:

—No te agobies tanto, es solo una prueba, y si no sale perfecta, pues no pasa nada. Tú solo preocúpate de disfrutar, porque si no disfrutas con lo que haces, creo sinceramente que no merece la pena hacerlo.

¿No crees, cariño?

Aquellas palabras me tranquilizaron mucho, y supe que en el fondo mi madre tenía toda la razón del mundo. Decidí quedarme allí jugando con Lucas y con mi padre, que se habían traído varias pelotas

de fútbol y estaban intentando enseñar a algunos de los chicos a jugar. La verdad, se les veía felices, por eso decidí que lo mejor era eso, disfrutar.

Drako se dedicó a coger fuerzas cazando peces en el lago y zampando de lo lindo, cada vez que lo miraba estaba comiendo, y le dije en un pensamiento:

—Me encanta esto.

Él me dijo:

—A mí también, jinete, pero no siempre será tan bonito.

Ya no se podía retrasar más, había caído la tarde y debíamos sentarnos todos en la Gran Sala para que el rey nos diera su bendición, nos leyera las normas y nos dijera lo que debíamos conseguir con las pruebas. Porque aunque lo llamaban «la prueba de hombría» todos decían que eran varias pruebas en una.

Tante y yo lo habíamos hablado hasta el aburrimiento. Permaneceríamos juntos durante todo lo que duraran las pruebas y siempre nos ayudaríamos el uno al otro. Y aunque él siempre me decía que yo tenía a Drako, yo le respondía que Drako era para los dos. Pero estábamos muy equivocados, y lo supimos en el momento menos oportuno.

Cuando entramos en la Gran Sala, Cirbian estaba con esa extraña sonrisa de superioridad. Ocán, Amara y Liyac estaban de pie, delante de los tronos reales, y todo el mundo estaba callado esperando que diera comienzo la ceremonia. Jardany nos miró como si nos regañara por llegar tarde y nos indicó que nos pusiéramos deprisa en nuestro sitio. Una vez que todos estábamos en fila delante de los reyes y la hechicera real, Liyac dio comienzo al discurso.

—Y bien, como cada año estamos aquí para despedir a nuestros hijos como niños y esperarlos con gran entusiasmo a que regresen como hombres.

Nos miró a todos mientras decía esas bonitas palabras. La gente comenzó a animarse y aplaudieron al rey.

Liyac levantó la mano para que los aplausos cesaran y prosiguió diciendo:

—Como cada año, ya sabéis que las pruebas son las siguientes: Valor, Fuerza y Empatía. Sé que sois grandes guerreros y que las cumpliréis con honor.

Liyac le cedió la palabra a Ocán y esta, con gran emoción en la voz, nos dijo:

—Os han adiestrado bien y regresaréis como grandes guerreros, eso sin duda, pero sabed que aquel que no concluya bien las tres pruebas quedará desterrado de la ciudad hasta el año que viene, y sería entonces cuando se le daría otra oportunidad de concluir las. No debéis temer, pues todos los guerreros hasta ahora han conseguido hacer las tres pruebas sin ningún problema.

Aquello me dejó más preocupado de lo que ya estaba, y eso era solo el principio. Ocán le pidió a Amara que nos diera los mapas y nos explicara los peligros y los sitios por los que debíamos de pasar. Amara nos fue dando un mapa a cada uno de nosotros.

A Tante le iba a dar algo, estaba demasiado nervioso. Puse mi mano en su hombro y le dije bajito:

—Lo conseguiremos juntos.

Liyac levantó sus manos, en señal de que ya podíamos partir, pero antes de que me diera la vuelta para comenzar esta aventura, me dijo:

—David, no sé si lo sabes, pero Drako no puede acompañarte en este viaje. Cirbian vino a mí hace unos días y después de consultar el libro de los antepasados, comprobamos que todos los debutantes han de estar en igualdad de condiciones. Lo entiendes, ¿verdad?

Aquello me cayó como un jarro de agua fría. Tragué saliva despacito, intenté contener mi furia y le hice un gesto de aprobación con la cabeza. Miré a Cirbian con desprecio y le dejé bien claro que jamás le salvaría, ni le ayudaría. Él sonrió con aire de superioridad, pero su amigo Bostán se asustó un poco, se le veía ansioso de salir de esa tensión.

Después de aquello pensé que la prueba no había podido empezar de peor manera.

Tante miró el mapa y me dijo:

—Al primer sitio que debemos ir es al laberinto del Dojiá.

Me quedé de piedra. ¿Al laberinto de qué? Tante se echó a reír e hizo que me enfadara mucho. No sé qué tenía tanta gracia, llevá- mos espadas de acero, sí, pero... no estábamos preparados para luchar contra cualquier cosa.

Cuando termino de reírse, Tante me dijo:

—Tranquilízate, se llama así porque antaño lo construyó una naga llamada Dojiá, según dice la leyenda, pero en la guerra contra Borrell los exterminaron a todos, porque se pusieron de nuestro lado y eran una amenaza para ellos, por su inteligencia.

Aquello me dejó perplejo. Hacía un segundo yo también estaba dispuesto a matar a esas criaturas y resulta que murieron por ayudar a mis antepasados. En ese momento no tenía ganas de seguir charlando; Tante debió de darse cuenta porque seguimos el resto del viaje callados.

Estuvimos caminando un buen rato, porque aquel laberinto es- taba bien oculto en el espeso bosque, hasta que Tante gritó —Por fin lo encontramos. Tenía una forma curiosamente alargada y desde fuera no se podía apreciar bien su tamaño. En la entrada había una inscripción:

«Si intentas acortar el camino pagarás un alto precio. Solo el elegido encontrará el tesoro».

—Qué guay, Tante, hay un tesoro ¿por qué no me lo habías di- cho? ¿Es eso lo que debemos encontrar?

—No te lo he dicho, porque ese tesoro no existe. Tú piensa en la primera parte. Si intentas acortar el camino pagarás un alto precio ¿qué significará?

Estuvimos un rato pensando y sin hallar la respuesta decidimos adentrarnos en el laberinto. Cuando llevábamos dos horas allí dentro, dando vueltas sin parar, supimos que nos habíamos perdido. En la mo- chila llevábamos una especie de vengalas mágicas que Ocán nos dio a todos los chicos por si acaso alguno decidía rendirse y no acabar las pruebas.

Tante pensó en usarlas y me negué en rotundo.

—No pienso rendirme, ¿me oyes? Ni tú tampoco. No estoy dispuesto a perder a Drako, ni a ti, ni todo lo que significa este mundo.

Decidí tumbarme en el suelo y mirar hacia el cielo, simplemente para contemplar las estrellas. Había una nube que acaparó mi atención. En el cielo había un laberinto dibujado, tenía forma de serpiente, parecía magia. En la cabeza se podía apreciar un ojo con un intenso brillo que me atraía.

Me levanté del suelo y dije muy excitado:

—Tante, hay un mapa en el cielo, solo debemos fijarnos y continuar hasta la salida.

A Tante aquello le pareció de locos, pero... quién me iba llevar la contraria; por lo menos eso es lo que él decía con un largo suspiro.

Después de mucho rato caminando se me escapó un pensamiento en voz alta, me pregunté cómo les iría a los demás.

Tante se sorprendió con aquel pensamiento y dijo enfadado:

—Me importa muy poco cómo les vaya, estamos sin Drako por culpa de Cirbian y, por mí, como si se los come un drow.

En el fondo sabía que Tante no pensaba eso en serio, pero tenía mucha razón; Cirbian nos había fastidiado mucho con lo de Drako.

Escuché un sonido extraño y le pedí a Tante que se esperará en la retaguardia, escondido, por si nos estaban tendiendo una emboscada.

Pensé un rato en cómo sorprender a los chicos y al final decidí salir sin más, fingiendo que estaba perdido, solo para ver cuáles eran sus planes, pero la sorpresa me la llevé yo. Al girar entre las paredes de hierba del laberinto me encontré con una escena grotesca.

Había tres drows, o eso supuse al ver a aquellas criaturas. Eran seres terriblemente feos, tenían orejas grandes y puntiagudas, su piel parecía viscosa y era casi negra, los colmillos les salían torcidos de lo que supuse eran sus bocas, sus ojos eran de un color rojizo... Daban mucho asco. Tenían acorralados a Bostán, Bají y a Lico, se los veía aterrorizados, pude comprobar que Cirbian estaba tirado en el suelo. Por sus heridas se notaba que había luchado contra esas criaturas; no le había ido bien, eso estaba muy claro.

Estaban en lo que supuse era el centro del laberinto. Justo en el centro había una gran estatua de un jinete montado encima de un dra- quíng. Un drow se dirigió hacia mí en posición de ataque, yo no podía reaccionar, me había quedado pasmado mirando la espada que la estatua del jinete levantaba hacia el cielo, como si esa espada me estuviera hablando; yo solo quería oír lo que me decía.

Tante salió tras de mí, cruzó su espada con el drow, comenzó a gritarme y yo solo podía mirar aquella espada. Me soltó una bofetada y me dijo:

—Reacciona o todos moriremos. Fue entonces cuando comencé a luchar junto con Tante y los demás drows comenzaron a acorralarnos en un círculo cada vez más pequeño.

No podía entender qué me pasaba, en mitad de aquella batalla mis sentidos se agudizaban cada vez más, pero en vez de serme útiles, parecía que me hacían más lento. Llegué a notar el corte en el brazo que me hizo uno de ellos con su espada, pero yo solo quería llegar a la estatua, ni siquiera el dolor me hizo reaccionar.

Miré a Tante y le dije:

—¿Confías en mí?

Tante asintió con la cabeza y le pedí que me acercara a la estatua. Los demás se unieron a la batalla, aun así, los drow nos estaban dejando hechos una birria. No aguantaríamos mucho.

Conseguí acercarme a la estatua, en ese momento dejé de escuchar a la espada. Lo primero que pensé fue que estaba loco y que por mi culpa nos iban a matar. Una de aquellas criaturas me cogió por sorpresa del cuello, mientras notaba cómo me clavaba sus garras y la sangre de mi garganta se derramaba lentamente, solo podía pensar, se acabó voy a morir. Me acordé de mi familia y en ese momento supe que debía luchar. Levanté el brazo, no sé cómo, cogí la espada de piedra del jinete y esta explotó en mil trocitos de piedra, dejando salir una espada muy brillante.

El drow se quedó un poco desconcertado y aproveché ese momento para clavarle la espada en el pecho; pude notar cómo brotaba su sangre y se le paraba el corazón.

Uno de los otros drows vino en mi busca, quería matarme. De repente la espada comenzó a arder, al acercarse el drow, levanté la espada y, aunque solo le di un roce, conseguí hacerle un corte con una quemadura muy fea en un brazo.

El último de ellos vino gritando de furia y con un ligero movimiento en horizontal corté a aquella criatura en dos. Me quedé mirando aquella escena.

Esperaba que sus tripas se desparramaran o algo pero ¡no!, la espada había cauterizado la herida al mismo tiempo en que se la hacía. Levanté la mirada y el drow que tenía la herida en el brazo salió corriendo y desapareció entre los muros del laberinto.

Bostán comenzó a gritar mi nombre en un grito de euforia por el momento que habíamos vivido.

Tante se acercó y con cara de asombro me dijo:

—¿Estás bien?

Antes que pudiera responderle todo se volvió oscuridad.

Injusticia

David

Cuando volví a abrir los ojos, estaba en mi habitación y Drako estaba a mi lado. Océano me había untado algo en la garganta que olía a rayos. Intenté levantarme, pero me mareé y volví a tumbarme.

—¿Qué es lo que me ha pasado, Drako?

—Lo siento, David, solo podía notar tu dolor, supe que estabas en peligro y por eso fui en tu busca.

—Pero, Drako, no tienes por qué sentirlo, estoy bien, ¿no?

—Sí, pero el consejo se ha reunido en la sala del destino, están debatiendo que no cumpliste las normas de la prueba y...

—¿Qué pasa, Drako? No te andes con rodeos, suéltalo ya.

—Bueno, Barzal está pidiendo que se te destierre y que no puedas volver a Barsalí nunca más. El hecho de que se hayan reunido en la sala del destino..., eso no es buena señal.

Al escuchar aquellas palabras mi mundo se hundió. No había superado las pruebas y ahora me separarían de Drako. Solo quería estar solo para poder llorar, pero no era momento de lamentaciones.

Drako me dijo bastante disgustado:

—En este momento están debatiendo tu futuro en la sala del destino.

Cogí aire lo más fuerte que pude, le pedí a Drako que me llevara con ellos, me subí al lomo de Drako y él me llevo sin negarse.

Al entrar en la sala del destino, Ocán me regañó por estar levantado y me dijo:

—¿No sabes que tienes veneno de drow en tu organismo y que debes reposar? Nadie ha sobrevivido a una herida tan profunda hecha por las garras de uno de ellos.

No sabía bien qué decirle, así que decidí quedarme callado y al mirar detenidamente la mesa en la que estaban reunidos me di cuenta.

¡Encima de la mesa estaba la espada que había cogido en el laberinto!

Me di cuenta de lo grande y ancha que era su hoja y me pregunté;

¿Cómo pude luchar con ella?

Barzal se levantó de la mesa y, sin dignarse a mirarme, me pidió que me fuera de allí, que en el consejo no era bien recibido.

Drako estaba hecho una furia y me dijo:

—Algún día yo mismo lo matare, te lo juro.

Lo miré y le dije:

—No me gusta que pienses así, quizás tenga razón, son sus nor-

mas.

Antes de que nos diéramos la vuelta Liyac se levantó y dijo:

—Perdona a mi hijo, jinete, se le ha debido olvidar que no hace

mucho salvaste a mucha de la gente de esta ciudad, incluida su madre, pero a mí no se me olvida, y aunque no esté de mi mano dar tu prueba como concluida, ya que Drako intervino y te trajo a nosotros antes de que pudieras completarla, entiendo que el valor que demostraste salvándolos a todos te da derecho a que cuando caigan las primeras nieves, hagamos una excepción y vuelvas a hacer las pruebas. Primero

el consejo deberá votarlo en secreto, pero espero que nos perdones por tanta burocracia. Solo te pido que descanses y te cuides mucho, para mí eres demasiado valioso como para que algo malo te suceda.

A Barzal se le descompuso la cara al escuchar las palabras de su padre. Ocán estaba llena de orgullo, a Amara se la veía avergonzada por el mal comportamiento de su hijo.

Jardany apareció como siempre muy oportuno y me pidió amablemente que volviera a mi habitación para descansar, y aunque no me apetecía, Drako miró a Jardany y juraría que ambos estaban compinchados para que me acostara sí o sí.

Miré a Jardany preocupado y le dije:

—¿Tante ha pasado la prueba?

Jardany me miró con tranquilidad y me dijo:

—Sí, además por lo que sé, todos están vivos gracias a ti.

Aquello me dejó más tranquilo y pensé que echarme un rato me vendría de fábula.

Una decisión reñida

Ocán

Después de que el jinete abandonara la sala de la sabiduría me sentí abrumada, tenía demasiado miedo. Miré a mí alrededor y, aunque sabía que mi rey pensaba como yo, el consejo estaba demasiado manipulado por Barzal. Él ya había dejado clara su postura: quería echar al Jinete a toda costa.

Liyac nos invitó a votar para que se hiciera una excepción con David. Él alegaba que no había sido culpa del chico no haber terminado la prueba y que había demostrado más valor que los demás, porque él solo acabó con los drows.

Antes de que Liyac prosiguiera, Barzal le interrumpió:

—Perdonad, majestad, pero eso es lo que dicen los chicos, yo personalmente no me lo creo. ¿Tú le has visto en campo de entrenamiento? Cirbian es mil veces mejor luchador que David.

Estaba perpleja escuchando discutir si el jinete era realmente bueno para la ciudad o no. Sin querer di un golpe en la mesa y cuando miré a Liyac me disculpé.

—Lo siento, Liyac, pero ¿de verdad estamos debatiendo si el jinete es bueno o no? Esto es absurdo —dije bastante cansada.

Barzal se levantó, sacó su espada y me apuntó con ella en modo amenazante:

—No vuelvas a hablarle a mi rey con esa arrogancia.

—¿Arrogancia yo? Por favor, Barzal, no insultes mi inteligencia. ¿Podéis mirar todos a la mesa, por favor, y me decís qué es lo que veis?

Barzal con aire de superioridad dijo:

—Una espada, ¿y qué importa eso?

Solté una gran carcajada.

—¿Lo ves? No sabes con certeza qué es.

Miré a Amara y le pedí amablemente que dijera lo que era. Ella cogió la espada, la levantó y dijo:

—Es la espada de Barsalí, la espada con la que derrotó al ejército de Borrell. Se nota por su empuñadura que es del mismo material que la hoja, y si os fijáis, en ella hay un dragón que comienza en la empuñadura y termina en la hoja, la espada fue hechizada y solo el elegido, el descendiente de Barsalí podía recuperarla.

Al escuchar a Amara los demás consejeros se quedaron sorprendidos.

Nalo se puso en pie y preguntó:

—¿Quién la ha recuperado?

—¿No es obvio? La cogió David y con ella mató a los drows; de

no ser así, todos sabemos que esas infernales criaturas hubieran matado a los chicos y seguramente ninguno habría vuelto con vida.

Barzal intentó sin éxito desmontar la verdad, y como estaba harta de escucharle, le ofrecí la espada y le dije que por qué no la encendía. Barzal me contestó muy furioso:

—Porque yo no sé hacer brujería y lo sabes.

No es cuestión de brujería, Barzal, es cuestión de sangre real; solo el verdadero descendiente de Barsalí podía encontrar la espada y encenderla.

Miré a Liyac y le pedí amablemente que llamara al jinete, que él no tendría problema a la hora de activarla. Liyac accedió, mandó a Jardany a buscar a David, y mientras esperábamos que David apareciera, intenté volcar la balanza a favor del jinete, alegando lo mucho que lo necesitábamos y recordándoles la profecía.

En el consejo, que estaba formado por Liyac, Amara, los hijos varones de ambos (Barzal, Llinu, Nalo), Jardany y por supuesto yo, se decidió que después de ver al jinete con la espada votaríamos si habría destierro o habría lo que nunca antes se había hecho: una segunda prueba.

David apareció por la puerta. Se le veía muy mejorado, aunque todavía algo débil. Le pedí que se acercara, lo miré muy serio y le dije:

—Te vamos a hacer unas preguntas y debes contestar sinceramente. No debes mentir, aunque sea una mentira pequeña; si mientes yo lo sabré y tú destierro será inminente, ¿lo has entendido?

David asintió y me dijo:

—Pregúntame lo que quieras, si sé la respuesta te juro que te diré siempre la verdad.

Le pedí a Barzal que fuera él quien le preguntara al chico para que viera que no teníamos nada preparado, que allí no había trampa alguna, y así se hizo.

Barzal comenzó a preguntarle a David.

—¿Quién mató a todos los drows?

—Fui yo, pero no los maté a todos; a uno de ellos solo lo herí en un brazo y se escapó entre los muros del laberinto.

—Entonces ¿mentiste al decir que habías matado a todos los drows?

—Yo jamás he hablado de eso, a mí nadie me ha preguntado; te recuerdo que llevo tres días en mi habitación, recuperándome de las heridas.

—¿Quién te dio la espada?

—A mí nadie me dio la espada, la cogí de la estatua que hay en el centro del laberinto. No sé cómo explicarlo; al principio una voz me llamaba. La espada era de piedra y luego explotó y salió la espada que Amara tiene entre las manos.

Aquello me estaba hartando bastante y tuve que intervenir.

—Barzal, ¿no ves que fue él! Se enfrentó a los drows, quién encontró la espada, dime. ¿Cuántas veces has estado tú en ese laberinto? Por lo menos mil y nunca has cogido la espada. No le des más vueltas, David es el elegido.

Barzal se cabreo aún más si es que eso era posible, y casi gritando le pidió a David que cogiera la espada y la encendiera.

David se quedó perplejo, me miró y me dijo:

—¿Cómo que encienda la espada?

Le pedí amablemente que la cogiera y que hiciera lo mismo que había hecho en el laberinto, lo miré y le dije:

—Sé que la encendiste, pude notar cómo tu fuerza interna salía hacia fuera a través de la espada.

David cogió la espada, contuvo la respiración y... no pasó nada. Barzal soltó una risa de superioridad y me dijo:

—¿Lo ves? El chico debe ser desterrado, no le des más vueltas; deberíamos votar ahora mismo.

Al decir Barzal aquello, David se enfadó mucho, levantó la espada hacia el techo y esta comenzó a desprender una luz roja muy brillante y cegadora.

Lo entendí en ese mismo instante, y en voz alta para que a nadie le quedara alguna duda dije:

—Claro, ahora lo entiendo, el jinete enciende la espada con sus sentimientos y emociones, aún no sabe manejarla bien, debe de aprender y será Jardany quien le enseñe —miré a Barzal y le dije—: A no ser que sigas queriendo desterrar nuestro futuro...

Aquello le sentó fatal, pero se tuvo que aguantar. Le di las gracias al jinete y le pedí que se fuera a descansar.

Miré a los miembros del consejo y dije:

—¿Votamos?

Los votos no fueron para nada secretos. Barzal votó en contra de David; Llinu apoyó a su hermano; Nalo, para mi sorpresa, votó a favor del jinete; Jardany, Liyac y yo votamos a favor, y el último voto era el de Amara, que primero miró a Barzal y le pidió perdón:

—Ojala pudieras ver lo equivocado que estás. Yo siempre te querré, pero debo votar lo que mi corazón me dice, y eso es darle una segunda oportunidad al jinete. Voto a favor.

La alegría me invadió, pero mi rectitud me impedía demostrar lo contenta que estaba; eso sí, Jardany no se reprimió y con mucho entusiasmo le pidió a Liyac ir a contarle la buena noticia a David. Liyac le dio permiso y yo me fui con él para preparar algunas cosas para mi jinete. Esta vez no podía fallar las pruebas y me iba a encargar personalmente de ello...

Capítulo 7

Un duro regreso

O

David

cán me dijo que todo había salido bien; eso sí, había un pero... Después de explicarme el duro trabajo que me esperaba yo no estaba tan seguro de que todo hubiera salido exactamente bien.

Me faltaba menos de una semana para tener que volver a casa y, la verdad, por un lado tenía muchas ganas de ver a Marcos y a Juan, e incluso al pesado de Pedro, pero por otro lado no quería volver a mi aburrida vida. Este verano algo había cambiado en mí, ya no era un crío. Había luchado contra grifos y contra drows y no podía contar nada de eso a mis amigos. De todas formas no me iban a creer, así que...

Ocán me explicó que mi entrenamiento sería más duro que antes, para que en las siguientes batallas mi cuerpo aguantara y no volviera a desmayarme. Esa parte la podía entender pero que Jardany se iba a venir con nosotros e iba a convertirse en mi entrenador personal... Bueno, eso no me gustaba.

Jardany me caía bien, pero yo sabía que sin la presencia de Drako me iba a hacer sufrir más de lo necesario. Los días pasaron demasiado deprisa y llegó el momento de la despedida.

Sofía se abrazó a Leisha y le dijo con cierto optimismo.

—Nos vemos la semana que viene.

Ocán se acercó a mí, me dio una caja bastante grande y me dijo:

—Es un regalo, espero que te ayude en tu entrenamiento.

Al abrir la caja pude ver que en ella había un chándal muy chulo, de color azul marino con filos blancos; aun así me sorprendió, ¿de dónde habría salido? Ocán miró a mi madre y me dijo:

—Ella me lo trajo, y mi regalo es la magia que contiene. .Aquello me sorprendió, ¿a qué magia se refería?

La peor parte fue abrazar a Drako, pensar que en una semana no volvería a verlo; algo en mi interior sabía que sería muy duro.

Drako me intentó consolar.

—Recuerda que siempre podrás hablar conmigo, yo siempre te escucharé y te responderé. Aquello me consolaba algo pero no era suficiente.

Después de tanta despedida, partimos hacia el portal, me sentía muy triste, tanto que lo único que quería era estar solo. Mis padres intentaron motivarme diciéndome que volvería a mi habitación y que debía estar en casa con ellos, con mis amigos, y que aunque ahora lo viera todo complicado cinco días pasarían volando.

La vuelta a casa se me hizo demasiado corta, en el momento en el que entré por la puerta, la casa se me caía encima. Me fui a mi habitación y me tiré en la cama.

Comencé a hablar con Drako a ver si era verdad eso de que estábamos siempre conectados y él no tardó en contestarme. Estaba preocupado, decía que notaba un nuevo dolor en mí, él sabía que no estaba herido, por eso mi dolor lo desconcertaba.

Yo lo único que le pude explicar es que me sentía vacío. Ya entendía eso de que si un jinete pierde a su dragón una parte de él se pierde. Estuvimos hablando hasta que me quedé dormido.

A la mañana siguiente me preparé para ir al instituto, era el primer día y ¡Ya estaba en segundo de la ESO! Mi madre decía que era un logro y que ahora tocaba esforzarse para sacar buenas notas, que en la vida, no todo eran batallas y guerras.

Jardany apareció en la cocina de casa, flipé un poco, la verdad. Sabía que él vendría con nosotros ¡pero no que viviría con nosotros!

—Cierra la boca que te van a entrar bichos. ¿Dónde quieres que me quede si no conozco tu mundo? —me dijo Jardany con una amplia sonrisa.

—¿Y cómo va a ser, al llegar del instituto vamos a seguir con el entrenamiento?

—Pues claro, pero... ¿no lo sabes?

Quedé un rato pensando, miré a mi padre y le dije:

—¿Qué debo saber?

Jardany se puso muy contento y dijo con demasiada alegría:

—También voy a ser uno de tus profesores. Ocán ha hechizado a tu directora y voy a ser el maestro de gimnasia suplente, que por cierto no sé qué significa eso.

Resoplé de tal forma, que entendieron mi enfado en el momento. Miré a Jardany y le dije:

—Es casi como lo de entrenarnos, pero sin espadas, sin enseñar a matar, ni nada de eso. Tú solo nos tienes que hacer correr y cosas que nos pongan en forma, pero sin pasarte.

Jardany se puso serio y me dijo:

—No te preocupes, haré bien mi cometido, pero a ti sí te voy a entrenar para que la siguiente prueba no la falles.

Cogí una de las tostadas de la mesa y le pedí que nos fuéramos ya, no quería llegar tarde. Jardany dijo que prefería ir corriendo hasta la escuela, y yo le contesté que vivíamos a dos kilómetros; aun así el prefirió ir corriendo.

Mi madre había preparado las mochilas y mis hermanos estaban entusiasmados por el primer día de cole; yo solo podía pensar en Drako.

Nos subimos al coche y nos dirigimos al colegio.

Al llegar Juan me dio un abrazo tan grande que casi me parte en dos. Marcos me miró y dijo:

—¿Qué has hecho este verano? Estás más delgado y fuerte.

Tocó el timbre y Pedro llegaba tarde como siempre. Al llegar a clase la directora del colegio, Mary, que nos daba la clase de sociales y plástica nos puso al corriente de lo que le había pasado a Antonio, nuestro antiguo profesor de gimnasia. Por lo visto le había salido plaza más cerca de su casa y teníamos un nuevo maestro. Ella nos dijo que era un gran maestro, que debimos darle una oportunidad, que era ex- tranjero y que le ayudáramos a adaptarse.

Todos estaban expectantes, unos decían que le habían visto lle- gar al colegio corriendo y que era súper rápido, las niñas estaban lo- quitas con él, porque decían que era muy guapo...En ese momento se me escapó decir:

—¡Sí! Y un poco arrogante.

Marcos me preguntó:

—¿Ya lo conoces?

Le dije con sarcasmo:

—Sí, es un primo lejano que nos va a meter mucha caña, ya verás cómo no os gusta tanto conocerlo.

Algo salió mal, ya que mientras yo decía aquello, Jardany esta- ba detrás de mí.

Con un movimiento de cabeza de negación dijo:

—Deberías avergonzarte por hablar mal de la gente, sé que estás furioso, pero tú sabes que yo no tengo la culpa de lo que ya sabes.

Mis amigos se quedaron callados y el resto del día fue terrible- mente pesado. En el recreo me acerqué a Jardany y le pedí perdón por mi comportamiento, le dije que echaba de menos el mundo de Sir y que sobre todo echaba de menos volar con Drako.

Jardany fue muy comprensivo y me dio consuelo:

—Yo también me siento extraño en este mundo. Para empezar, al llegar aquí, todas las mujeres de la puerta me estaban mirando y sin mis armas me siento desnudo, lo único que llevo encima es un pequeño cuchillo que me dio Ocán antes de partir. Ella me dijo que estaba hechizado y que si alguna criatura viniera a por ti, el cuchillo se convertirá en una espada.

—Te entiendo, yo me he dejado la espada en mi casa y me gustaría tenerla ahora mismo; es como si tenerla conmigo me hiciera sentir a Drako más cerca.

Los problemas me perseguían. Al verme sentado con el maestro, un chico de cuarto de la ESO comenzó a reírse de mí por estar sentado con un profesor, comencé a enfadarme, y mucho. Jardany me sujetó de los hombros y me dijo:

—Vete a una sala donde no haya nadie, te estás encendiendo
¡Corre!

Me tuve que ir y sabía que ahora todos pensarían que era un cobarde. Estaba cada vez más enfadado y eso no era bueno. Me encerré en el baño y cuando me miré en el espejo entendí las palabras de Jardany. ¡Mis ojos eran amarillos como el fuego, y de mis manos parecía que brotaba también fuego! Me asusté tanto que me apagué como si me hubieran echado un jarro de agua.

El timbre que indicaba el final del recreo sonó, pero yo no podía salir, me encontraba fatal y me daba miedo encenderme de nuevo. Mi suerte fue que cuando salí estaba Jardany con Mary y él le había explicado que me había sentido muy mareado.

Jardany se ofreció a llevarme a casa, y como Mary sabía que era un primo que vivía con nosotros, no puso pegas y nos fuimos del colegio.

Lo que duró el camino de vuelta a casa fue un incómodo silencio, pero... cuando cruzamos la puerta, mi madre sorprendida preguntó qué hacíamos allí. Jardany se enfadó muchísimo y le respondió:

—No sé, ¡que a tu hijo se le ha ocurrido la fantástica idea de ponerse a pelear con un chico normal del colegio!

Mi madre no entendía nada, me miró y me dijo:

—Dime que no le has hecho daño a nadie...

Aunque aquella pregunta me dolió como si me hubiera clavado mi propia espada, me paré e intenté pensar que mi madre solo estaba preocupada por mí. Intenté responderle muy suave para no encenderme de nuevo.

—Mamá, puedes estar tranquila, no le he hecho nada a nadie. Jardany me ha traído porque me he enfadado tanto que iba a explotar literalmente, casi salgo ardiendo.

Al ver la cara de mi madre supe que aquellas palabras solo la habían preocupado más.

Jardany intervino y dijo:

—No te preocupes, Lucía, David solo debe aprender a controlarse, quizás yo he exagerado más de la cuenta al traerlo, pero, entiéndeme, para mí esto es nuevo. Yo he leído y he estudiado a dragones y jinetes desde pequeño, pero nunca he tratado con uno.

Después de aquello me fui a mi habitación y sencillamente me tiré en la cama y me puse a hablar con Drako.

A la mañana siguiente Jardany me levantó a las seis de la madrugada y me dijo:

—¡Vamos a entrenar! Levántate y ponte el chándal que te regala Océan —después de decir aquello esbozó una sonrisa y por lo bajito dijo—. Verás como hoy no te peleas con nadie.

Al ponerme el chándal noté un gran peso sobre mí, parecía que aquel chándal pesara por lo menos cien kilos. Como tardaba en bajar, Jardany volvió a abrir la puerta y me preguntó si había algún problema, yo le dije que el chándal pesaba una tonelada.

—No, pesa exactamente diez kilos, y a medida que no te cueste correr con ese peso extra, está preparado para que cada vez te pese más, ¿a qué te encanta? A mí sí. Hoy, para empezar, ponte solo la parte de abajo, puedes usar una camiseta normal por arriba y así te pesará menos —dijo con una sonrisa.

En aquel momento quería matar a Jardany; me frenó que Drako se metió en mi cabeza y me dijo:

—Recuerda, es para que superes la prueba. Debes hacerte un hombre y para eso tienes que esforzarte mucho.

Salí a correr y me costaba demasiado. Cada metro parecía un kilómetro, y así todo. Jardany aquel día me hizo correr, solo cuatro kilómetros; decía que no quería cansarme mucho para después.

Al llegar a casa, como nos sobraba tiempo, comenzamos el entrenamiento con las espadas. Jardany me quería preparar para cualquier cosa. Para animarme me decía:

—Sé que tú puedes y que te convertirás en el jinete que todos necesitan que seas.

Después de los entrenamientos nos duchábamos y nos íbamos a clase y por las tardes eran todos los días iguales: primero deberes, luego entrenamiento, y más estudios del mundo de Sir, porque también debía aprender las criaturas que había en Sir (costumbres, venenos, peligros...).

El cansancio que iba acumulando era cada vez más grande, tenía que reconocer que Jardany tenía razón, no tenía ganas de pelearme con nadie y dudo mucho de que me pudiera encender, sencillamente no tenía energía para nada.

Por fin llegó el viernes y estaba deseando de terminar las clases para irme a Barsalí. A última hora tenía gimnasia y a Jardany le gustaba ponerme al límite todos los días. En casa, en el instituto, en Sir, vamos, en cualquier parte o mundo, él siempre me estaba poniendo al límite y, aunque a veces quería matarlo, hasta yo notaba cómo mejoraban mi fuerza y resistencia.

Cuando nos quedaban diez minutos para terminar la clase, Jardany nos pidió que le diéramos diez vueltas a la pista y todos se pusieron a relatar por lo bajini. Jardany se reía para dentro, podía notárselo.

Se acercó a mí y me pidió que me pusiera la chaqueta:

—Ya estás preparado para esforzarte más.

Me puse la chaqueta y comencé a correr con mis compañeros; me costaba mucho, pero era algo que podía aguantar, cuando llevaba ocho vueltas ya no podía más y decidí quitarme la chaqueta. Cuando Jardany me vio, me llamó y me dijo:

—Yo no te he dicho que te la puedas quitar.

—Ya lo sé pero es que no puedo más, y necesito ir más ligero de peso para poder seguir corriendo.

Jardany se enfadó y dijo en voz alta:

—¡Daréis diez vueltas más por culpa de David!

Todos me miraron cansados y enfadados. Me dirigí a Jardany, le pedí que no los castigara a ellos por mi culpa, me puse la chaqueta y le dije que no me la quitaría nunca más sin su permiso.

Jardany ladeó la cabeza en gesto pensativo y dijo:

—Vale, pero darás cuatro vueltas más. Tus compañeros ya se pueden detener.

El timbre sonó y aún me faltaban aún dos vueltas por dar. Aunque Jardany les dijo a todos que ya se podían marchar, Marcos, Juan y Pedro se quedaron allí animándome para que pudiera terminar las vueltas. Cuando las terminé, se acercaron todos para felicitarme. Jardany me sonrió y casi juraría que se alegraba por mí.

Al llegar a casa, solo quería dejar la mochila en el suelo de mi habitación y salir pitando para Barsalí. Pero mi madre se plantó muy seria en la puerta y me dijo:

—No te irás sin haber terminado primero los deberes, recuerda que si tus notas bajan no podrás seguir yendo allí para entrenar; lo primero son tus estudios.

Me enfadé muchísimo, tenía demasiados deberes y no me podía concentrar en aquella tontería, solo podía pensar en volver a ver a Drako, a Tante...; incluso había echado de menos a Cirbian.

—Por mucho que te enfades no vas a ir hasta que termines los deberes —me decía mi madre mientras bajaba las escaleras.

No me lo podía creer, con todo lo que tenía encima y me tenía que poner con las potencias y con los seres vivos... A mí los únicos seres que me importaban estaban en Sir. Grité y me quejé hasta exasperarme.

Después de un rato Jardany tocó la puerta entró y me dijo:

—Yo me voy para Barsalí, te espero allí; tengo demasiadas ganas de ver a mi familia. Deberías ponerte a hacer los deberes y terminar, esta pataleta debe acabar ¡ya!

Cuando Jardany se fue me enfadé aún más. ¡Pataleta! Estaba siendo maduro, ¿o no? Cogí aire, me tumbé en la cama y pensé, vale, me pongo con mates, pero el resto lo haré el domingo.

Hice todo lo que pude, sin entender muy bien las preguntas, cerré los libros y salí pitando. Cuando mi madre me estaba regañando de nuevo le dije:

—¡Si ya los he terminado...! Entonces ella me hizo un gesto como diciendo; vale, vete pero ten cuidado.

Mientras me dirigía al portal me sentía mal por haberla engañado, pero quería llegar a Barsalí, tenía mucho que entrenar, así que... crucé el portal, cada vez era más y más fácil hacerlo. En el momento en el que la luz te cegaba un poco y respirabas ese fantástico aire puro, ya me sentía en casa. Antes de que mis ojos se adaptaran a la claridad de nuevo pude ver que Drako me estaba esperando allí mismo. Me subí a su lomo y volamos juntos, dirigiéndonos a Barsalí. La sensación de libertad era plena y no quería perder aquello por una estúpida prueba.

—¿Dónde nos dirigimos, Drako?

—Jardany me ha pedido que te llevara al castillo, allí comienza hoy tu entrenamiento.

Nos dirigimos al castillo. Aunque estaba feliz de estar allí el peso de mi mentira, pesaba demasiado y Drako lo notó. Cuando se lo conté me regañó, él insistía en que enfadando a mis padres también podía perder la oportunidad de estar en Sir.

Sabía que tenía razón, pero lo hecho, hecho estaba. Miré al horizonte y procuré cambiar mis pensamientos a cosas buenas. Al llegar al castillo, Jardany estaba esperándonos con todos los chicos de la primera prueba y, aunque parezca extraño, Cirbian se alegró mucho de verme. Yo solo abracé a Tante y saludé al resto.

Jardany se puso serio y comenzó otro de sus discursos:

—Como sabéis David no pasó la prueba; en compensación de su riesgo por salvaros la vida, debe pasar otra prueba que será la más dura que nadie haya visto hasta ahora en Barsalí. En primer lugar ira solo, y en segundo lugar debe recoger objetos de tres lugares muy peligrosos. Así que nuestro deber es exigirle el máximo esfuerzo para que esta segunda prueba la supere sin esforzarse mucho.

Lo que Jardany me iba contando de esa oportunidad que me habían dado, era tan escaso que cada vez que decía algo nuevo me preocupaba más.

El entrenamiento constaba de tres fases, la primera era que todos ellos me atacaban a la vez, con espadas de madera por supuesto; aun así los golpes eran fuertes y se me iba a llenar el cuerpo de moratones. La segunda era que ellos comían delante de mí y yo solo podía comer unas plantas y unas cortezas que Jardany me había proporcionado. Y la tercera era que debía dormir al raso. Él decía que mi cuerpo debía resistir temperaturas muy bajas, y que por ello había que irlo acostumb-
brando poco a poco.

Cuando llegó la noche, Jardany le permitió a Drako que me acompañara; aun así tenía hambre, estaba muy cansado y tenía frío. Se me pasó por el pensamiento que si mi madre me viera querría matar a Jardany, y me puse muy triste; esto me lo había buscado yo. Ya era parte de este mundo, y si quería encajar en él debía de esforzarme.

Aquella noche Drako me llevó de nuevo al pasado. Esta vez en mi sueño seguíamos a Lico, mi antepasado, él hijo de Barsalí, a la Tie- rra. Al principio tenía muchas heridas en su cuerpo, se había golpeado la cabeza fuertemente y no podía transformarse en lobo ni ningún otro animal, ya que no recordaba cómo hacerlo; eso lo había estudiado la tarde de antes. Lo malo para él era que sí recordaba quién era y que cuando intentó volver por el portal este había quedado sellado. Estuvo caminando malherido durante dos días hasta que su cuerpo no pudo más y se desmayó; por suerte un hombre que pasaba con un burro lo recogió y se lo llevó a casa. Al despertarse, Lico se encontraba en una casa extraña, no entendía bien el idioma y sus ropas eran muy distin-
tas, pero por el gesto de la gente supo que no eran enemigos. Se quedó un tiempo guardando cama, hasta que estuvo lo suficientemente fuerte para salir y ayudar a aquel hombre a labrar su tierra.

Antes de que pudiera ver cómo seguía aquel sueño, algo se acer-
có a nosotros y de un sobresalto me desperté, cogí la espada, se la puse en el cuello y...

Leisha dijo asustada:

—Si lo sé no vengo. Yo solo te traía una manta; llevo un rato mirándote desde mi habitación y te he visto tiritar mucho.

Retiré la espada de su cuello y le pedí perdón. Por suerte no le había hecho nada.

—No se lo digas a tu padre o me castigarán más todavía.

—No te preocupes por eso, David, quedará entre tú y yo; bueno, y Drako —me dijo con una voz muy dulce.

Mientras nosotros nos reíamos por nada, Drako me decía:

—Pídele que se marche o te traerá problemas y al final eso que no queréis que se sepa lo sabrá toda la ciudad; vuestras risas se pueden escuchar a kilómetros...

Tuve que darle la razón a Drako y pedirle a Leisha que se mar-

chara.

Ella me pidió permiso para abrazar a Drako. Le dije que sí sin

escuchar a Drako porque a él no le pareció tan buena idea; le gustaba muy poco que las niñas se le engancharan y lo abrazaran como si fuera un osito de peluche de esos que tenía Sofia.

Me eché la manta por la espalda y agradecí mucho que Leisha se acordara de mí. Jamás habría pensado que haría tanto frío en Barsalí. Lo peor era que faltaban algo más de dos meses para la prueba y Jardany decía que para entonces lo más normal es que nevara. No tenía ni idea de cómo me las iba a apañar para no congelarme.

A la mañana siguiente Jardany estaba allí, antes incluso de que el sol hubiera decidido siquiera si salir o no.

Lo primero que pensé es que ese hombre solo vivía para fastidiarme. Me atreví y le pregunté:

—¿Jardany, tú no duermes?

Jardany, con cara de pocos amigos, me contestó:

—La verdad es que antes de que tú aparecieras con tus tonterías... —se quedó pensativo un rato y dijo—, recuerdo que podía dormir algo más. Pero si te soy sincero, la vez que más he aguantado sin dormir fue en la batalla en la que perdí a algunos de mis mejores

hombres, incluido el padre de Tante. Desde entonces, no, no duermo mucho, siempre estoy alerta.

Me quedé sin palabras; después de aquella respuesta, a ver qué le iba a reprochar yo. En el fondo sabía que todo lo que me estaba haciendo sufrir era para que esta vez consiguiera pasar la prueba.

Aquella mañana después de correr por el lago Jardany me pidió que fuera con Ocán, ella tenía algo que mostrarme en la Sala de la Sabiduría. Dejé a Drako con mi padre, Jardany estaba afinando la puntería de mi padre con el arco, y estaba mejorando mucho.

Al llegar pude ver que Ocán estaba con Sofía y Leisha, les estaba enseñando magia. Yo les decía que se convertirían en brujas y que se llenarían de verrugas. Ocán se enfadaba conmigo por eso y me pedía que la respetase, que ella es hechicera, no bruja.

Cuando Ocán se ponía tan seria conmigo me daba miedo. Me pidió que me acercara a ellas, quería que YO aprendiera a hacer un hechizo.

—Me ha dicho Sofía que no vas bien en esa escuela vuestra.

—La verdad es que mi madre no lo sabe, pero puede que sus- penda alguna que otra asignatura.

Al escucharme hablar con Ocán, Sofía se sorprendió y me dijo con voz burlona que se iba a chivar a mis padres. Yo estaba demasiado cansado como para seguirle el juego.

Intenté varias veces hechizos sencillos de los que Ocán intentaba enseñarme, pero no me salía ninguno, sin embargo a Sofía le salían a la primera, parecía estar hecha para este mundo más que yo, y eso que se suponía que yo era el jinete.

Le pedí permiso a Ocán para irme a descansar y ella me dijo que sí, no sé si por pena o porque todos sus hechizos me salían mal y quería perderme de vista. Me esperaba otra dura semana y cuanto más se acercaba la prueba...

Me siento muy útil

Sofía

Estaba harta de ver cómo todos adoraban a mi hermano mayor. Yo me esforzaba mucho más que él, sacaba buenas notas en el colegio y encima era la mejor haciendo los hechizos de Ocán; aun así, era un cero a la izquierda para todos, excepto para mi mejor amiga, Leisha.

Después de enterarme de que David iba a suspender, que estaba esperando que los maestros llamaran a mis padres para decírselo, me puse muy contenta; ¡esta vez se la había cargado pero bien! Lo que me dio pena, es que estuvo toda la tarde con nosotras y el pobre estaba agotado, se le veía mal.

Ocán me regañó en cuanto David se fue.

—¿Quieres dejar de ver a Leisha?

Le dije que no y me puse triste; comencé a quejarme y Ocán me pidió silencio. Esperé durante un rato a ver que me decía, pero como no hablaba le pregunté:

—¿A qué estás esperando?

—No lo sé, ¿dime tú? Si el jinete no vuelve, ¿qué crees que nos pasará?

Sin esperar que respondiera, me siguió regañando y me explicó que los malos ya estaban esperando a cazar al jinete o al dragón, que a ellos les daba igual uno u otro. Ocán decía que aunque nos fuéramos a la Tierra los malos encontrarían al jinete y que por eso Jardany era tan severo con él, porque debía estar listo para defenderse.

Quedé pensativa un rato, no sabía qué decir; Ocán tenía toda la razón, David no solo era mi hermano mayor, aquí tenía un papel muy importante.

Dimos un paseo hasta los establos del castillo, allí tenían unos caballos preciosos. Ocán abrió una de las puertas y dejó salir al más bonito de todos, era completamente negro y tenía un semblante majestuoso; lo más impresionante fue cuando abrió unas alas enormes.

—¡Este es el caballo real de Amara!, se llama Disqueró.

—Es un caballo precioso y sus alas son impresionantes, ¿vuela?

—Sí, Sofía, sí vuela; verás, cuando nos quedamos sin dragones, tuvimos que aprender a surcar los cielos de otra manera.

—Pero ¿por qué no los he visto hasta ahora?

—Es muy sencillo, los hombres prefieren cabalgar sobre draguings, son muy rápidos. Además apenas hay caballos alados, son muy raros hasta para este mundo.

Después de decirme todo aquello, comprendí lo frágil que era todo en Sir. Una vez los dragones fueron extinguidos y había otros animales que podían correr la misma suerte.

Ocán abrió otra puerta y me pidió que entrara. Cuando entré pude ver un pequeño caballo echado sobre una manta. Apenas se podía poner en pie. Era blanco como la nieve y tenía una mancha gris con forma de nube en la cara

—¿Qué le pasa? —le pregunté a Ocán.

—Sofía, nació muy débil y su madre lo ha abandonado a su suerte.

—¡Qué madre más mala!

—No, te equivocas, la naturaleza es sabia. Su madre lo abandona para ver si sobrevive, y si lo consigue, será un caballo fuerte, pero si no lo consigue, bueno....

Aun así es muy cruel, yo nunca lo abandonaría, pienso que todas las vidas son hermosas.

—Pues si piensas así, es todo tuyo. ¿Qué nombre le vas a poner?

Me quedé sorprendida con ese extraño desenlace, miré a aquel

frágil caballito y le dije a Ocán:

—Se llamará Ciba, que en mi mundo significa *maravilla*.

A Ocán le gustó mucho el nombre que había elegido para mi caballo alado, me dijo que debía cuidarlo y quizás así conseguiría salvarlo. Después de aquello me explicó que yo era muy importante y me explicó que llegaría a ser una gran hechicera.

—¿Sabes, Sofía?, sin una buena hechicera un jinete se puede ver perdido y confundir el bien y el mal. A veces es más sencillo de lo que nos creemos.

Aquellas palabras me dejaron muy sorprendida. YO ERA IMPORTANTE.

—Debes ayudar al jinete en ambos mundos, pues la carga que lleva sobre sus hombros a veces puede ser demasiado pesada —me dijo Ocán muy seria. Después me dio un libro de hechizos y conjuros—. En el libro encontrarás las mejores formas de ayudar al jinete.

Yo acepté aquel regalo con mucho entusiasmo y pensé que aquello me ayudaría a crecer de mejor forma. Al igual que David ahora yo tenía un propósito: sería la mejor hechicera de ambos mundos.

Me fui con Leisha y estuvimos mirando hechizos para ayudar a David. Encontré un par de ellos que podrían venirle bien con los estudios, y quizás con la prueba.

Capítulo 8

Comienza el avance

S

David

ofia había estado toda la semana muy rara, incluso fue amable conmigo sin motivo alguno. Aquel viernes estaba más entusiasmada que de costumbre, al llegar a Barsalí Sofía me llamó y me mostró un par de cosas, la primera un precioso caballo pequeño que le había regalado Ocán.

—Está enferma, pero yo cuidaré de ella y será mi caballo alado
—dijo Sofía muy contenta.

Me tuvo toda la tarde buscándole ingredientes para un brebaje que, según decía ella, me haría las cosas más fáciles con los estudios. Como era algo para ayudarme al principio dudé de sus intenciones, pero me mostró un libro que le había regalado Ocán, y pude comprobar que ella tenía razón, y como era tan buena en las clases de magia pues...

El primer conjuro que probé con Sofía era para quitarme ese cansancio que llevaba arrastrando varias semanas. Esperé un rato a ver si funcionaba, pero no notaba nada.

Miré a Sofía, que estaba como esperando a que le dijese algo y le dije:

—No me noto diferente.

Aquello no le sentó nada bien, así que se fue muy decepcionada con Leisha. Dijeron que iban a practicar más antes de volver a probar conmigo.

A la mañana siguiente me fui con Drako al lago. Queríamos aprender a cazar juntos y cada vez lo hacíamos mejor. Tante me estaba esperando y creo que era la primera vez lo veía triste.

—¿Qué te pasa, Tante?

—No me pasa nada, David, es que hoy no es un buen día.

Aunque Tante insistía en que estaba bien, se marchó con la cabeza gacha y eso me dejó preocupado. Fui en busca de Jardany y le pregunté directamente sin andarme con rodeos.

Jardany me respondió de forma brusca.

—Hoy deberías irte con Drako y dejar a tu amigo tranquilo; tú no lo sabes pero hoy es el día en que Tante nació y, por lo tanto, el día en que su madre murió.

Aquello me dejó destrozado, no sabía cómo ayudar a mi amigo. Yo había estado muy preocupado por la prueba y otras cosas que solo me afectaban a mí; eso debía cambiar. Hablé con Drako y decidí que debía alegrar a Tante. Vale, su madre había muerto, pero ¡era su cumpleaños! Le pedí a Drako que raptara a Tante y lo trajera al lago a la caída del sol.

Busqué a mi madre, le explique la situación, le pedí que le hiciera una tarta y ella no se opuso, al contrario, le pidió a mi padre que fuera a casa y le trajera algo especial para Tante.

Justo a la caída del sol Drako apareció con Tante y ya lo teníamos todo preparado; la tarta, el regalo y mucha gente que lo quería y se preocupaba por él.

Tante venía bastante enfadado; por lo visto estaba tranquilamente sentado en el bosque y Drako le cogió por sorpresa y lo tuvo un buen rato volando por las llanuras y distintos sitios.

Cogí la tarta y comencé a cantar el cumpleaños feliz, mi familia me siguió con la canción; los demás andaban un poco perdidos. Le pedí a Tante que soplara las velas (trece, que eran los años que cum-

plía) y cuando las apagó mi padre se acercó y le dio el regalo: una caja enorme con una equipación completa de futbol y un balón.

—Espero que te guste y que de vez en cuando te vengas a casa a echar unos partidos —le dijo mi padre con una gran sonrisa.

La verdad es que como sus ropas eran tan diferentes de la nuestra cuando Tante se cambió y se puso la ropa de futbol me di cuenta que no se veía tan distinto a nosotros. Pensé que alguna vez Tante podía venir a casa.

Después de aquello, cogimos e hicimos dos equipos; mi padre les explicó las reglas del juego y comenzamos el partido. Ellos andaban algo perdidos y aquello podía parecer muchas cosas, pero no un partido de futbol. Acabamos agotados y Jardany fue quien dio por terminada la tarde.

Aquella noche me tocó de nuevo dormir al raso; todas las semanas Jardany me hacía dormir por lo menos un día al raso. Estuve esperando a que Leisha me trajera la manta, pero no apareció. Cuando comenzaba a amanecer pude ver cómo Jardany se acercaba y decidí saludarle.

—Veo que ya estas despierto, David.

—La verdad es que no he dormido mucho. Esta noche ha hecho demasiado frío y aunque Drako encendió varias veces un fuego, no ha sido suficiente.

—Pues para quitarte el frío lo mejor es que comiences a correr, hoy te espera un día duro antes de que volvamos a tu mundo.

—Pero si hasta mañana no volvemos..., hoy es sábado.

—No, David, tenemos que partir hoy mismo, ya te explicaré luego mis motivos.

Sin la oportunidad de poder seguir la discusión tuve que empezar el entrenamiento. No tardé mucho en darme cuenta de que el hechizo de Sofía del día anterior había tenido efecto en mí. No estaba cansado; a pesar de no haber dormido mucho apenas tenía sueño y al correr es como si una fuerza interna saliera y me diera más energía.

Para desayunar Jardany me llevó al bosque y me enseñó varios árboles. Se puso serio y me dijo:

—¿Sabes de cuál es mejor que hagas tu desayuno?

Me quedé en blanco y, la verdad, no sabía que responderle. Él miró el árbol que se veía más joven y me dijo:

—Su corteza es más tierna y su savia te puede ayudar a cicatrizar alguna herida que te hagas, intenta recordar esto cuando estés solo.

El día no mejoró mucho, fue de mal en peor. Al caer el sol comenzó a dolerme todo el cuerpo y estaba bastante constipado. Oacán me trajo un brebaje que sabía a rayos y mi estómago protestaba por todo, tenía hambre, mucha hambre y la comida de Jardany no me apetecía nada. No era capaz de concentrarme con nada, además Cirbian en el combate cuerpo a cuerpo se cebó conmigo.

Después de varios intentos caí al suelo y no era capaz de levantarme. Jardany se acercó y me dijo:

—Creo que no necesitas explicación, debes volver a tu casa y recuperarte; la semana que viene te irá mejor, ¡te lo garantizo! De este modo he entrenado a mis mejores guerreros.

Estaba tan hecho polvo que no se lo iba a discutir, solo podía pensar en dormir en mi cama blandita cubierto de mantas sin estar al frío de la noche. La despedida de Drako fue de lo peor, y encima Sofía se regocijó porque ella sí que se quedaba un día más con papá.

Mamá, por el contrario, no me puso pegas a la hora de volver a casa, ella no estaba convencida de que los métodos de Jardany fueran muy ortodoxos.

Al llegar a casa me di una ducha rápida me enfundé el pijama y me tiré en la cama. Estuve hablando con Drako, pero no era igual que cuando estábamos juntos; aun así yo necesitaba descansar de verdad.

Esperaba tener uno de esos sueños en los que Drako me mostraba algo del pasado, pero aquella noche no soñé con nada, simplemente me dormí y cuando volví a abrir los ojos ya era mediodía. Le pregunté a mi madre que por qué me había dejado dormir tanto.

Se encogió de hombros y me dijo:

—No me culpes por mimarte, recuerda que para mí, eres mi pequeño, y como hoy no hay instituto pues...

El día se me hizo demasiado largo, estuve estudiando un poco de todo y al final no entendí nada, lo único que se me daban bien eran las matemáticas y aun así en el último examen estaba tan cansado que no saqué buena nota.

Las siguientes semanas se hicieron más amenas porque Sofia consiguió hacer una pócima, a la que ella llamaba, la poción sabia, que cuando me la tomaba comprendía casi sin esfuerzo cualquier cosa que estudiara y lo que leía se quedaba en mi mente. ¡Era la caña! Lo malo era su sabor, realmente horrible, era como mezclar agua estancada y la verdura que menos te gustara del mundo; aun así merecía la pena beber aquel mejunje.

Casi sin esfuerzo me había convertido en el más aplicado de la clase y mis profesores ya no molestaban a mis padres con tonterías sobre mi futuro. Como estaban tan contentos me dejaban entre- nar más y estar en Barsalí más tiempo.

Yo aún no sabía cuáles eran mis enemigos, ya que en Barsalí no todo el mundo me admiraba, eso era normal. El problema era que, según decía la profecía, yo debía liderar un ejército, y aún no me veía capaz de ello. Además Barzal tenía a todo el ejército de Barsalí de su parte; supongo que era normal, ya que él era el general de todos.

La prueba, un desafío

David

Llegó el gran día, las primeras nieves estaban cayendo y, aunque no sabía muy bien cómo iba a superar aquel terrible frío, Jardany me había estado entrenando para sobrevivir a ese frío extremo.

Antes de partir mi madre me abrazó y me susurró al oído:

—Sabes que estamos muy orgullosos de ti, no tienes que demostrar nada. Si te ves en apuros, por favor, llama a Drako y deja esta estúpida prueba; si no te quieren como eres es que no te merecen. Por favor, cuídate mucho.

Abracé a mi madre y le dije que sí a todo. En el fondo ambos sabíamos que no lo cumpliría, yo debía conseguirlo sí o sí.

Mi padre me abrazó y me dijo:

—Sé que lo vas a conseguir, ya no eres el niño que encontró aquel extraño huevo. Le miré con cariño y agradecí su confianza en mí.

Lucas me quiso dar su espada de madera y me hizo reír, le di un fuerte abrazo y un beso muy grande.

Sofía se acercó y me dijo:

—¿Llevas todas las pócimas? Ya sabes que yo también confío en ti, sabes que estás más que preparado —me abrazó y me besó.

Leisha me regaló su colgante, ella decía que me traería suerte porque dentro del cristal había un poco de polvo de hadas. Unos meses antes me hubiera reído de eso, pero después de lo visto me lo creía casi todo. Me dio un abrazo y, no sé sin querer o no, nos pusimos nerviosos y nos dimos un beso en los labios. Ella quizás no lo sabía pero ese fue mi primer beso, eso me aceleró el corazón y mis ojos comenzaron a cambiar.

En ese momento se acercó Jardany y me dijo:

—Guarda ese fuego para luego, quizás lo necesites —sonríó y me deseó suerte para mi viaje.

Ocán me dio el mapa del trayecto para conseguir las tres pruebas y le di las gracias. No quise decirle que no pensaba seguir su mapa, me había preparado el mío propio, había copiado un mapa en el que conseguiría todo lo necesario para deslumbrarlos a todos.

Liyac dijo su discurso, me deseó suerte y antes de partir me recordó que Drako no debía intervenir en mi prueba. Unos días antes Cirbian le pidió a Liyac que cambiara las normas y me permitiera partir con Drako, ya que sería la primera vez que alguien iba a hacer la prueba poco antes de la gran nevada, sobre todo después de lo que les pasó a nuestros antepasados.

Barzal intervino y dejó muy claro que demasiado habían hecho con darme una segunda oportunidad. Le agradecí a Cirbian su gesto, él se hizo el tonto diciéndome que no había hecho nada. Aun así se

lo agradecí, porque Ocán me puso al corriente de todo y me dijo que tuviera mucho cuidado con Barzal.

Meses atrás hubiera pensado que Barzal no era peligroso para nosotros; ahora no me hacía mucha gracia que se quedara cerca de mi familia, por eso le pedí a Jardany que los cuidara a todos y él me dio su palabra de que no permitiría que ninguno sufriera daño alguno y que los protegería, sobre todo de Barzal.

Yo sabía que si Drako notaba que yo estaba en peligro acudiría a mí y me traería de vuelta, por eso le pedí a Ocán, con todo el dolor de mi corazón, que lo llevara a las cuevas de los acantilados de los dragones y lo encadenara allí, a salvo de Barzal y de cualquier cosa que pudiera herir a mi dragón.

Drako no quería pero le prometí que volvería y tuve casi que suplicarle que una vez que yo partiera él se fuera con Ocán sin que nadie supiera a dónde iban. A Drako le costó pero me dio su palabra de que se portaría bien.

Una vez que me había despedido de todos, cogí mi mochila en la que llevaba de todo lo que me podía hacer falta y comencé mi viaje.

Sabía que disponía de diez días para completar la prueba, y las tres cosas que debía de conseguir no se me iban de la cabeza: VALOR, FUERZA Y EMPATÍA. Aunque no sabía muy bien cómo conseguirlas todas, tenía algo en mente.

Miré por encima el mapa de Ocán y pude ver que las tres pruebas que Barzal quería que cumpliera eran cosas difíciles de encontrar en ese mapa. Él quería que fuera a la montaña del grifo y consiguiera uno de sus huevos; yo sabía que si hacía eso lo más seguro era que no saliera de allí con vida. Por eso decidí seguir mi plan; por eso y porque pensé que si iba a arriesgar mi vida, por lo menos que sirviera para algo.

Primero me dirigí hacia el suroeste a la llanura de los draquings. Estaba un poco lejos, andando tardaría un día y medio por lo menos, pero mi intención era conseguir cazar un draquing y así haría el resto del camino mucho más rápido, ya que los draquing podían correr largas distancias a gran velocidad.

Al caer el sol comenzó a hacer demasiado frío y busqué refugio en uno de los árboles del bosque.

Cuando ya tenía claro dónde iba a dormir, busqué comida como me había enseñado Jardany. Al no tener un río cerca, busqué el árbol más joven del lugar, corté varios trozos de corteza y me los comí.

En ese momento pensé: «Si Jardany estuviera aquí le daría las gracias por enseñarme a sobrevivir así».

En mi mochila llevaba varios botes con póчимas por si me hacía una herida o caía enfermo, algunas cuerdas, una caja bastante resistente y un bote de cristal, por eso no me quedó mucho espacio para guardar comida.

Hice un fuego para ahuyentar a las bestias del lugar y me subí al árbol para estar más seguro. Desde la cima podía ver el brillo de la ciudad de Barsalí en el cielo, era un espectáculo precioso, desde cerca no se apreciaba el muro, pero a lo lejos se veía una luz mágica que protegía la ciudad.

Empecé a hablarle a Drako y estaba enfadado conmigo.

—¿Sabes que esa bruja me ha enjaulado y encadenado?

—Lo siento mucho, Drako, pero si no es de esa manera vendrás a buscarme si me pongo en peligro y me desterrarán de la ciudad y no podré estar contigo.

—No, es ahí donde te equivocas; si mueres es cuando no podremos estar juntos.

—Bueno, tranquilízate y dime si estás bien. ¿Ocán te lleva de comer y te cuida? Dime que nadie más sabe dónde estás.

Drako me contó que Sofía y Leisha le hacían compañía, pero que Ocán les había amenazado con convertirlas en ratas si contaban dónde se encontraba recluido.

Aquella noche apenas podía dormir, estaba demasiado nervioso y encima, por primera vez, estaba solo, lejos de todo y de todos. Antes de que amaneciera, recogí mis cosas y proseguí mi camino. A mediodía conseguí llegar a la llanura de los draquings. Tuve mucha suerte, en el centro de la llanura había un lago y justo en ese momento había una

manada bebiendo agua. Me acerqué lentamente para que no se percataran de mi presencia, fui muy sigiloso, pero...

El alfa de la manada debió de verme u olerme, porque se dirigió hacia mí y cada vez iba más y más rápido. Sin Drako se veían muy grandes y peligrosos, y aquel draquíng era enorme. Su color era oscuro, no llegaba a ser negro del todo pero era un gris muy oscuro; su semblante era digno de un alfa de manada y, sin pensarlo, salí corriendo hacia él. Saqué una de las cuerdas que llevaba, tiré la mochila en el suelo e hice un lazo en un extremo y me até el otro extremo a la cintura. El draquíng venía derecho hacia mí, con la única intención de matarme; en el último momento di un salto hacia un lado y le eché el lazo.

Sabía que solo disponía de esa oportunidad, Jardany me había contado alguna que otra vez que los draquíngs son criaturas muy inteligentes y que se quedan con las cosas; eso significaba que no lo engañaría dos veces con el mismo truco. El lazo le entró justo por la cabeza como esperaba, lo que no me esperaba era el tirón tan grande que dio la cuerda ¡Casi me parte en dos! Aquella criatura me estuvo arrastrando un buen trecho, hasta que clavé la espada en el suelo y conseguí que se detuviera.

El draquíng se paró y con mucha cautela me acerqué a él. Estaba tan nervioso que comencé a sentir ese fuego que a veces me salía y no quería asustarlo. Tragué saliva e intenté concentrarme en respirar despacio. Miré al draquíng a los ojos y con una voz tranquilizadora pero firme le dije:

—Desde ahora eres mío y soy tu jinete, nada malo te pasará mientras yo esté contigo....

Aquella majestuosa criatura se agachó con la intención de que lo montara. En ese momento me sentí muy afortunado y pensé que por fin todo iba bien.

Drako debió de verlo todo, o de sentir mi nerviosismo, yo que sé..., el caso es que me dijo muy enfadado:

—¡Tú eres mi jinete, y no el jinete de una estúpida criatura inferior!

Quería calmar a Drako, pero no tenía tiempo, debía crear el vínculo lo más rápido posible o el draquíng saldría corriendo. Sin dudarlo me subí en él, fui a por mi mochila, saqué un pez de luna que había pescado para cazar al draquíng, se lo di y con eso completaba el vínculo.

Ya había completado la primera prueba, había conseguido cazar un draquíng salvaje, cosa nada fácil para un niño. Eso demostraba la Fuerza. Mi siguiente parada estaba al norte. Pensaba coger un poco de arcilla de la que había en el territorio de los gólems de piedra. Sabía que estaba muy lejos pero también había escuchado a Ocán decir el montón de cosas que podría hacer con eso; según ella esa arcilla era mágica. Supuse que al coger eso por Ocán demostraría la Empatía. Además con esta prueba me estaba perdiendo el onceavo cumpleaños de Sofía y quería llevarle un regalo.

El camino sería largo, en llegar allí tardaría otro par de días. Al caer la noche busqué refugio cerca de un río que había por allí. Lo primero que hice fue amarrar al draquíng, luego me puse a pescar para cenar algo decente; la corteza de árbol me daba energía, sí, pero necesitaba comer de verdad, y además no le iba a dar corteza al draquíng así que...

Conseguí pescar dos buenos ejemplares y los compartí, uno para cada uno. El draquíng se lo comió de un solo bocado, yo esperé a hacer una buena hoguera y preparar el pescado bien rico. Mientras se hacía mi cena, me detuve un momento, saqué una de las pócimas que me había preparado Sofía y me unté aquel mejunje en las heridas que me había causado al dar caza a mi nuevo compañero de viaje. Al hacerlo sentí un dolor tan grande que se me escapó un grito. Drako se estremeció con mi dolor, pude sentir cómo se golpeaba contra los barrotes de su jaula para venir a salvarme.

Intenté explicarle que estaba bien, pero él no atendía a razones.

—Tienes muchas heridas, puedo notarlas —me dijo con dolor en su voz.

No quería darme cuenta pero esa prueba no era solo para mí; Drako sufría cada golpe o arañazo que me hacía por el camino. Y si

encima le añadías que estaba encerrado no era nada fácil para él, y aunque Drako no me creyera yo también podía notar su desesperación. Estaba siendo más duro de lo que espera, la verdad...

Cuanto más al norte iba más frío hacía y, aunque Sofia me había enseñado un hechizo para sentir calor, el frío viento que me golpeaba estaba siendo bastante duro.

Tardé algo más de lo que esperaba en llegar al territorio de los gólems de piedra. Llegó la noche de nuevo y había tanta nieve que sabía que si me quedaba a la intemperie moriría congelado. Dejé al draquíng libre por si quería irse, pensé que ya lo buscaría por la mañana, usé mi fuego interno para encender la espada de la luz; como yo la había llamado porque cuando me enfurecía brillaba con una gran luz de fuego.

Conseguí ver en aquella oscuridad una pequeña cueva y decidí meterme allí antes de morir congelado fuera. Me quedé dormido, yo sabía que no era buena idea pero el frío me estaba dejando sin fuerzas y cada vez tenía más sueño, así que me hice un ovillo y me abracé a la espada con la esperanza de que esta me diera calor de alguna forma. Al despertarme me di cuenta de que mi ropa tenía una mancha negra con la forma de la espada, y supuse que sí, que me había dado calor de algún modo.

Salí de la cueva. Al principio la claridad de aquel paisaje me cegó un instante, pero, en cuanto me adapte a ella, me di cuenta de que ya había llegado a mi destino. Me restregué los ojos para creerme lo que estaba viendo: estaba en el territorio de los gólems, la cueva en la que me había metido resultó ser la mano de uno de ellos; la verdad es que nadie me había dicho que esos gólems eran gigantes.

Decidí salir despacito de allí, sin hacer ruido y buscar un manantial o algo en lo que hubiera la arcilla mágica de la que Ocán me había hablado. Hablé con Drako y él me guio por el terreno y me llevó hasta un pequeño lugar en el que, curiosamente, no había nada de nieve. Tuve que sortear varios de aquellos gólems gigantes, que para mi suerte parecían estar dormidos.

Llegué al lugar indicado, recogí bastante arcilla en la caja que había preparado y la metí en la mochila.

No tardé mucho en acordarme del draquíng, pensé que habría vuelto a su tierra, y caí en la cuenta de que andando tardaría demasiado en volver y todavía me faltaba la última prueba, recoger agua del lago de los drow. Necesitaba de nuevo al draquíng.

De repente, lo escuché soltar un alarido de dolor y al volverme pude ver una escena horrible. Había un gólem con mi draquíng en su puño y lo estaba estrujando como si fuera una hoja de papel. No podía irme y dejar que lo matase, así que decidí actuar.

Salí corriendo y cuando estaba ya muy cerca, di un gran salto y mi fuego interno se encendió tan deprisa que la espada se volvió roja. Volví a saltar, le grité al gólem para que soltara al draquíng y juraría que me sonrió de forma desafiante.

Tuve que actuar rápido, sin pensarlo, de otro salto me subí en su brazo, levanté la espada y de un solo movimiento le corté su enorme mano, que cayó al suelo y el draquíng fue liberado. Lo malo fue que el gólem soltó un grito que casi me deja sordo y todos ellos se desesperaron.

Me monté en el draquíng y le susurré al oído:

—Si no quieres que te coman, ya puedes correr...

La suerte no estaba del todo de nuestra parte, tuvimos que sortear a muchas de aquellas furiosas criaturas. Mucho me temo que no habíamos empezado con buen pie y ellos ahora querían darnos caza.

Después de cabalgar a toda prisa para salir de allí con vida, el draquíng estaba a punto de caer al suelo rendido. Quizás por eso cuando ya habíamos dejado parte del peligro atrás, me bajé e intenté buscar un lugar en el que descansar y pasar la noche lo más a salvo posible. Dejé al draquíng junto a un árbol grande, cerca de un río que para mí desdicha no tenía ni un solo pez y me fui para buscar provisiones.

Mientras buscaba alimento, intenté pensar cuánto tiempo llevaba fuera de casa. Me parecía una eternidad, pero caí en la cuenta de que habían sido cinco días y eso solo me dejaba dos más para encontrar el

lago de los drows, recoger su agua con propiedades mágicas y volver a Barsalí. En ese momento pensé que quizás no lo conseguiría a tiempo.

Una voz familiar me dio ánimo, era Drako. Estaba muy preocupado y me dijo:

—Yo creo en ti, sé que no quieres, pero si lo piensas bien, si voy en tu búsqueda lo conseguiremos sin problemas. Tú solo dímelo y me soltaré de estas odiosas cadenas sin problema.

—¡No!, si confías en mi tendrás que esperar y dejarme conseguirlo por mí mismo. Sé que fui duro con él, pero no podía fallar la prueba de nuevo, aunque eso significase arriesgar demasiado.

Conseguí llegar a un pequeño manantial y recogí agua para el camino, busqué en los árboles que había en el camino algo de fruta y algunas cortezas para comer.

A mi regreso me quedé mirando al draquíng, se le veía muy cansado, le di agua y no sé por qué me puse a explicarle la importancia que tenía para mí la prueba y la importancia de llegar a tiempo.

Comimos poco, pues no había conseguido muchas provisiones. Tal vez Jardany me hubiera aconsejado dejar allí al draquíng y comérmelo todo yo para sobrevivir, pero no fui capaz de dejar morir a aquella criatura que lo único que había hecho hasta ahora era ayudarme, en cierto modo me sentía responsable de él.

Me quedé mirando el fuego, ensimismado en un solo pensamiento, necesitaba más tiempo, y pensé qué haría Sofía en ese momento. Después de pensarlo mucho, comprobé si me quedaba pócima de esa que me daba Sofía para no sentirme tan cansado. ¡Por fin algo de suerte! Me quedaba un poco y decidí dársela al draquíng.

Sé que no me entiendes, pero necesito que te bebas esto. Su sabor es horrible, pero te sentirás mucho mejor, o eso espero.

Aquella criatura me miraba como si de verdad me entendiera. Eché la pócima en un cuenco que le preparé con las cortezas sobrantes y se la di esperando un milagro. Al cabo de un rato el draquíng se puso en pie y me hizo un gesto como diciéndome que montara. Apagué el fuego y, sin pensarlo, me subí a él.

Estuvimos cabalgando sin parar toda la noche; la visibilidad no era muy buena pero tenía un truco. Llevaba una brújula en la mano y cada vez que quería comprobar que nuestro rumbo era correcto encendía mi fuego interno y mi visión cambiaba, hasta esta prueba no había caído en la cuenta de ello; mi vista se volvía mucho más aguda al encenderme.

Mientras sentía el frío golpeándome como si fuera cuchillas recordé la manta que Leisha me trajo y quise quedarme en ese recuerdo. Estaba amaneciendo y por mucho que lo intentaba el sueño y el cansancio me podían, le pedí al draquíng que se detuviese, necesitaba parar o acabaría cayéndome.

Aquella mañana el frío ya no dolía tanto, la nieve se iba quedando tras nosotros y un bosque tenebroso se abría camino ante mis ojos.
¡Ya habíamos llegado! Estábamos en territorio drow.

La oscuridad de la noche se iba abriendo paso a medida que nos íbamos adentrando en aquella maleza de árboles podridos, plantas raras y demás cosas que daban muy mala espina. En aquel lugar no me atrevía a coger comida de ningún sitio, y las tripas me rugían a base de bien.

Miré al draquíng y le dije:

—Saldremos de aquí, pero necesito que me ayudes. Sé que tienes un sentido mejor que el mío y me gustaría que me ayudases a llegar al lago; tú puedes olfatear el agua, lo sé, por lo que he estudiado de vosotros.

No podíamos ser vistos, así que debíamos ser muy sigilosos; por desgracia a los drows les encantaba comer draquíngs y no estaba dispuesto a perder al mío allí.

Estuvimos andando por aquel bosque mucho tiempo, pero no sabría bien decir cuánto; al no ver el sol, no sabía si era de noche o de día. Estaba a punto de desistir en mi intento de recoger aquella agua cuando entre la maleza del lugar me pareció ver brillar algo, y al acercarme vi que era el lago. Desde el momento que puse la vista en el lago comprendí por qué su agua era mágica ¡Era del color blanco más puro que había visto en mi vida!

Me quedé quieto un rato, buscando algún indicio de drows y cuando comprobé que no había ninguno, cogí el botecito de cristal que le había cogido prestado a Ocán y se lo amarré a una de las patas delanteras al draquíng. Mi intención era que mientras él se metía un poco en el lago y recogía el agua, desde la retaguardia yo lo protegiera, solo por si acaso.

Le explique mi plan al draquíng y después le dije:

—Si me ayudas con esto, cuando llegemos a Barsalí te prometo que te haré libre. Drako y yo te llevaremos a tu hogar y volverás con tu familia.

El draquíng debió de entenderme porque se dirigió al lago sin titubeos y metió sus patas. Todo iba como la seda hasta que comenzaron a salir drows por todas partes y entre todos ellos pude distinguir al que herí en el laberinto, entonces lo supe; ¡todo había sido una trampa!

Saqué la espada de la luz y toda la rabia que tenía dentro. Pensé en la otra prueba, en lo mal que se sentía Drako y en mi familia, y la espada se volvió de un rojo tan intenso como la sangre.

Sin pensarlo salí corriendo y comencé a luchar con todos los drows que se interponían entre el draquíng y yo. Movía la espada en el aire como si la vida se me fuera en ello. Cada vez que le daba a uno de ellos, los cortaba como si fueran mantequilla. Sus alaridos de guerra y de dolor resonaban por todo el bosque.

De un salto me subí en el draquíng y salimos de allí corriendo. Me di la vuelta para comprobar que no nos seguían y vi la horrible escena que había dejado tras de mí. Había muchos cadáveres de drows. Algunos supervivientes se pusieron a lanzarnos flechas en llamas. Dejé de mirar hacia atrás y me concentre en salir de allí con vida.

El draquíng corría a toda velocidad, a ciegas, cruzando por las ramas secas y por donde podía. Me llené de arañazos. De repente todo se ralentizó, el tiempo, la velocidad... Todo comenzó a ir a cámara lenta. Fue entonces cuando miré mi hombro derecho y la vi. El dolor me invadió. Una de las flechas que nos tiraban me había

atravesado el hombro derecho. La flecha ya no estaba ardiendo, por suerte, pero estaba clavada en mi hombro y no podía pararme a sacarla.

Estuvimos corriendo un buen rato y Drako podía notar mi dolor y yo notaba su desesperación; podía sentir cómo quería romper las cadenas que lo tenían atrapado en aquella cueva.

Conseguimos salir de aquel horrible bosque, miré al draquíng y le dije:

—Necesito que me lleves a casa, voy a sacar esta flecha del hombro y es posible que me desmaye.

Cogí la flecha y le partí la punta para tirar de ella y sacarla, pero el dolor era demasiado grande. Intenté encender mi fuego interno para cauterizármela herida, pero estaba demasiado débil y no conseguía sentir nada más que un inmenso dolor en el hombro.

No sabía cuánto había estado en el bosque de los drows, solo sabía que estaba anocheciendo de nuevo y en llegar a casa tardaríamos por lo menos dos días. Hice unos cálculos por encima y concluí que toda mi aventura había sido en vano. No llegaría a Barsalí en el décimo día, tardaría más y me desterrarían de la ciudad.

El ánimo lo tenía por los suelos, Drako se estaba haciendo polvo con las cadenas, podía notar su dolor.

Pensé que mirándolo por el lado positivo, como decía mi madre, había conseguido todo lo que me había propuesto: había conseguido el draquíng, la arcilla y el agua. La parte mala era el tiempo, pero, bueno, ya no podía hacer nada así que...

Encontré un buen sitio junto a un río; había árboles, un pequeño río, así que podíamos comer, beber algo y pasar la noche allí. De todas formas, ya que no lo iba a conseguir, por lo menos debía llegar con el draquíng bien, y cumplir mi promesa de liberarlo.

Conseguí pescar varios peces y comimos bastante bien, me que- dé mirando al draquíng y le dije:

—Si te parece bien te voy a llamar Valor, por tu coraje demostrado estos días. Él parecía entenderlo todo, no sabía muy bien si era porque yo era un jinete o porque Valor era muy listo.

Hicimos noche en aquel lugar. Cuando amaneció recogí las cosas y seguimos el camino de vuelta a Barsalí. Valor cabalgaba rápido y el hombro ya no me dolía tanto. La flecha seguía ahí clavada pero con las horas el dolor menguó. Yo sabía que no era buena señal y lo confirmé en el momento en el que paramos y me miré el hombro. Tenía un color cada vez más negro.

—Aún no es tarde, tienes veneno de drow y debes correr para que Ocán te lo saque; comenzarás a tener delirios por la fiebre, así que no te detengas y corre todo lo que puedas —me dijo Drako.

Pude notar que ya no estaba tan enfadado conmigo, estaba preocupado. En ese momento recordé el momento en el que partí la flecha y noté el dolor de Drako al romper sus cadenas; le pregunté por ello y no quiso contestarme. Solo me dijo:

—Sofía estaba conmigo y si no hubiera sido porque ella me frenó ya estaría ahí contigo. Te doy hasta mañana; si no has vuelto para entonces saldré y te traeré de vuelta para que Ocán te cure.

Me pareció buena idea, creo que ya estaba delirando, puede que tuviera fiebre, no lo sé...

Al caer el mediodía estábamos más cerca de la ciudad, podía ver a lo lejos los molinillos de sus tejados, pero aún eran diminutos. La fiebre me estaba subiendo tanto que no sabía si era una alucinación o era cierto que llegaríamos en breve.

Nos paramos para comer, beber y descansar un poco. Busqué en la mochila a ver si tenía suerte y encontraba algo para mi hombro, pero no tuve suerte; ya había utilizado todos los recursos con los que contaba. Miré al cielo, había algunas nubes, me quedé ensimismado viendo cómo bailaban en aquel cielo tan espléndido. Estaba tan cansado que me quedé dormido.

Valor comenzó a darme con su cabeza para despertarme, cuando abrí los ojos era casi de noche y las nubes se habían vuelto tan espesas que amenazaban con tormenta. Estábamos en la tierra de los lobos, podía oírlos aullando, no debían de andar lejos; solo pensaba en que ojalá que no viera ninguno, ya que mis condiciones de combate eran nulas.

—Valor, ¿no deberías haberme dejado dormir tanto!

Valor me miró como si me quisiera decir algo, pero yo solo podía entender a Drako. Al pensar en él se me fue un poco la cabeza recordando lo mal que lo pasamos con los grifos, entonces Valor volvió a golpearme con su cabeza.

—Tienes razón, debo espabilar.

Me subí en él y seguimos el camino. Mientras cabalgaba a toda prisa le dije —No sé si me entiendes, pero aunque no lo logremos quiero que sepas que para mí ha sido un verdadero placer conocerte, quiero que cuando lleguemos a las puertas de la ciudad, me dejes allí aunque esté moribundo y que vuelvas a tu hogar.

Después de decirle aquello Valor corrió más deprisa, supuse que era porque tenía muchas ganas de volver a casa. Cogí un poco de cuerda y me até a él para no caerme. Cada vez estaba más débil y no quería correr el riesgo de que eso pasara. Las alucinaciones cada vez eran más continuadas, tanto que comenzó a llover con mucha fuerza y la lluvia no parecía mojarme, como si llevásemos un paraguas encima.

Valor estuvo cabalgando toda la noche, y mis delirios me hacían ver a Drako sobrevolándonos, aunque sabía que eso era imposible.

—No puedo más, Valor, debemos parar. Déjame aquí y vuelve a tu casa.

—Estás loco, no te puedes rendir, la ciudad está a muy poquito y Ocán te espera con la cura —me dijo Drako muy preocupado.

—Drako, ¿cómo sabes lo que me queda?

—Porque llevo todo el día contigo, pero, tranquilo, no te he ayudado, solo te he observado por si acaso me necesitabas.

No sabía si enfadarme o bajarme de Valor y pedirle a Drako que me llevase.

—Ni se te ocurra pensarlo, este draquíng se merece entrar por esas puertas como un ganador contigo y nadie sabrá jamás que te he sobrevolado durante un día, y si se enteran pues que se aguanten. Tú no has incumplido las normas.

Me agarré más fuerte a Valor y le pedí un último esfuerzo. Drako decía que si llegábamos antes de que el sol diera en las puertas de la ciudad lo habría conseguido, y Valor se esforzó tanto que llegué a temer por su integridad física.

El sol estaba cada vez más cerca. Tras mucho correr y sufrir conseguí ver al fondo la gran puerta de la ciudad y hasta me emocioné. Ocán me esperaba allí, junto a mis padres; creo que veía a Jardany e incluso a Liyac.

—¡Valor, lo hemos conseguido! Te debo mucho, más de lo que te imaginas.

Al llegar a las puertas, mis padres se abalanzaron sobre mí, sin dejarme siquiera que me bajase de Valor. Miré a Jardany y le pedí que le diera agua y comida al draquíng; yo lo había conseguido gracias a él.

Jardany asintió con la cabeza y me dijo:

—Lo has logrado, chico, eres uno de los nuestros.

Antes de que terminara aquella emotiva escena Barzal se dejó ver y dijo muy decepcionado.

—Sí lo has conseguido, jinete; ¿a ver qué es lo que nos traes?

Cuando pude mirar a Drako me di cuenta de lo mucho que había crecido, estaba casi el doble de grande que cuando me fui. En ese momento pensé que sería por la fiebre por lo que lo veía de esa manera.

Ocán me miró el hombro y me dijo:

—Herida de drow, ¿verdad?

Me encogí y le dije:

—Es que se pirran por mí, no puedo evitarlo.

Mi madre miró horrorizada la herida, comenzó a ponerse demasiado nerviosa y a decir cosas sin sentido.

Mi padre me dijo:

—Ya estás a salvo, campeón; estoy muy orgulloso, estamos muy orgullosos.

—Bueno, mucho me temo que he de llevármelo, hay que curar esa fea herida y después que nos cuente su historia en la fiesta —dijo Ocán contenta y preocupada al mismo tiempo.

¡FIESTA! No estaba para fiestas, pero esta gente hacía una fiesta por todo. En parte me gustaba que me dieran una fiesta; me lo había ganado a pulso...

Al quedarme a solas con Ocán tuve que preguntarle:

—Drako ha crecido mucho, ¿verdad?

—Ya te dije que el dragón crece con su jinete. Si tú creces por fuera, él también, pero si creces por dentro se le nota mucho más, y después de tu aventura, creo que ya no eres el niño que se fue ¿o me equivoco?

—No, no te equivocas, ahora veo las cosas con otra perspectiva....

Capítulo 9

Todo cambia

O

David

cán me llevó a su casa y me sacó la flecha, después me untó un mejunje que olía a rayos y, como era de esperar, me dio una horrible poción para beber.

—¿Y bien, cuéntame dónde has estado estos diez días? Porque yo sé que no seguiste el mapa.

—No, no lo seguí, pero te vas a alegrar; te he traído algunas cosas que te van a gustar mucho.

—Ya, me lo he imaginado nada más ver al draquíng que has traído. Estoy ansiosa por escuchar tu aventura.

—Lo sé, pero, aunque os decepcione, le he prometido a Valor que en cuanto descanse puede regresar con su manada; es más, yo lo llevaré con Drako.

—Eso no me decepciona, eso dice mucho de ti. Aunque no lo creas eso dice mucho del jinete que eres y que llegarás a ser.

Después de la conversación, Ocán se fue, pero antes me dejó muy claro que debía descasar y no mover el brazo para que me cicatrizará bien. No pasó mucho desde que me tomé la pócima y comencé a sentirme mejor; la fiebre estaba remitiendo y mi salud mejoraba considerablemente.

No podía explicarlo, pero notaba que me trataban mejor. Es como si ya no fuera un niño, se me escuchaba más y mis ideales eran tenidos en cuenta. Mientras descansaba intentaba recordar todo el viaje que me trajo hasta aquí, no quería olvidarme de nada. Llegó el momento de la fiesta, llamé a Drako y nos fuimos al castillo.

Estaba muy intranquilo, sabía que todo el mundo me esperaba, y lo que me ponía más nervioso es que esperaban un gran relato y no sabía si estaría a la altura de sus expectativas.

Al entrar en la Gran Sala, todos se pusieron en pie y comenzaron a aplaudir. Me puse rojo como un tomate. Liyac alzó las manos para que los aplausos cesasen y en el silencio dijo:

—David, hemos esperado este momento con muchas ganas, ven, siéntate junto a mí, comamos y nos cuentas esa extraordinaria aventura tuya.

Mientras Liyac decía esas palabras podía ver la cara de pocos amigos que tenía Barzal, que, por cierto, estaba sentado en la mesa de los guardias y no en la mesa real.

Mis padres estaban sentados, junto con mis hermanos y Jardany, justo al lado de la mesa real; sus caras de tranquilidad y emoción hablaban por sí solas; estaban muy contentos.

Con paso firme me dirigí hacia la mesa del rey y me senté a su lado. En ese momento todas las miradas de la sala estaban puestas en nosotros. Drako se quedó en el centro, en el rectángulo central de fuego.

Era un gran banquete, había tanta comida y bebida que pensé que habrían vaciado todas las despensas reales, y no pude evitar reír con aquel pensamiento, y más recordando el hambre que había pasado en el viaje. Después de la cena Liyac me pidió que contara mi viaje. Me puse muy serio y dije:

—Pero antes de empezar quiero pedir que, por favor, no se me interrumpa, a no ser que yo pregunte.

Liyac se quedó muy serio y comencé a reír. Amara le agarró la mano y le dijo:

—Esas fueron tus palabras al contar tu historia, mi rey —entonces Liyac se echó a reír a carcajada y todos le siguieron. Todos menos Barzal....

Mi viaje

David

—Veréis, desde que fallé la primera vez, me he esforzado mucho preparando esta prueba. Supe que no podía hacer una prueba corriendo o no sería justo para el resto, ya que a mí se me había concedido una segunda oportunidad. Aunque el mapa que me proporciono Ocán era interesante, desde que le eché una ojeada pude ver que realmente no traería nada útil a la ciudad.

»Desde que supe la gran oportunidad que me brindabais fui estudiando cada uno de los sitios a los que me tenía que dirigir y pensando en cada cosa que debía traer para demostrar el Valor, la Empatía y la Fuerza. Tardé mucho en encontrar lo que creía que me daría esas tres cosas y llegué a una conclusión:

»Lo primero, necesitaba algo para hacer un camino tan largo, así que opté por conseguir a un draquíng salvaje, para no hacer trampas, y me dirigí hacia el suroeste, a la llanura de los draquíngs. Y, creedme, me costó mucho conseguir a Valor, que es como se llama el estupendo draquíng que me ha traído a casa.

»Después me dirigí hacia el norte; pensé que Ocán, Leisha y Sofia agradecerían un poco de arcilla mágica de las montañas de los gólems de piedra que, por cierto, ¡nadie me dijo que eran gigantes! No me costó mucho conseguir la arcilla, pero antes de continuar mi viaje me di cuenta de que Valor estaba en peligro. Uno de los gólem lo estaba estrujando y tuve que reaccionar. Sin dudarle salí corriendo y, después de avisarle, salté y opté por cortar la mano en la que tenía preso a Valor.

Miré a mi madre y vi que se estaba asustando al escuchar mi historia. Pude ver cómo los ojos se le llenaban de lágrimas. Ella, con

mucho esfuerzo, intentaba no llorar; mi padre la abrazó y le dijo algo al oído.

Tragué saliva y proseguí con la historia.

—Mi último objetivo era conseguir agua mágica del lago de los drows, por ello nos dirigimos al este, hacia el lago de los drows; el problema fue que en el lago nos esperaba una emboscada. No puedo explicar lo que allí me encontré, solo decir que conseguí el agua, que por cierto tiene un color fascinante, y me llevé una flecha clavada en el hombro de recuerdo, y poco más. Gracias a Valor llegué a tiempo de terminar la prueba.

Comencé a emocionarme y Tante, en un gran gesto, se puso en pie, levantó su jarra y dijo:

—En nombre de todos quiero que sepas lo mucho que nos complace oír tu aventura. Sé que aunque la cuentes como si hubiera sido pan comido, tus heridas cuentan que no fue tan sencillo como quieres que parezca.

Liyac hizo un gesto de aprobación de aquellas palabras. Todo quedó en silencio al levantarse Ocán y ella comenzó un discurso que me imagino tenía preparado.

—Bueno, sé que debería esperar a que el consejo vote, pero me voy a arriesgar a decir el veredicto final; al traer todos los presentes que has traído as demostrado sin duda que has estado en esos lugares y con ellos has demostrado, valor, fuerza y la empatía la conseguiste al entender al draquín y al dejar claro tus intenciones de devolverlo con los suyos, por eso puedo decir sin riesgo a equivocarme que... ya eres uno de los nuestros, te has ganado ese derecho con creces . Bueno, si el rey está de acuerdo.

Liyac levantó su jarra y dijo con amplia sonrisa:

—Por supuesto que estoy de acuerdo, ha sido más valiente y perspicaz que muchos de los que hay en esta sala.

Todos celebraban mi regreso y mi aceptación como miembro de la guardia real, porque pasar las pruebas te convertía en un hombre y, por tanto, en guardia real de Barsalí. Eso no se lo había dicho aún a mis

padres, pero, como dijo Ocán, ya se lo diríamos llegado el momento; ahora debíamos celebrar.

Barzal se levantó de la mesa con mal gesto y sin decir una palabra se fue. Por mi parte me sentí mucho mejor: después de que se fuera, la fiesta fue más agradable.

Drako

Todos celebraban el regreso de David; yo, por mi parte, aún tenía un mal presagio, estaba inquieto. David me decía que era por lo que había pasado, para mí había sido tan duro como para él o más.

Todo comenzó la mañana en la que partía a hacer las pruebas. Había estudiado sobre las cuevas del acantilado de Barsalí, para David era historia antigua, para mí era el sitio en el que masacraron a mis ancestros. El fallo estuvo en no decirle nada, no quería que volviera a fallar la prueba por mi culpa, sabía que para él era demasiado importante.

David se despidió con lágrimas en los ojos, le hizo prometer a Ocán que me cuidaría y me protegería de Barzal. David no se fiaba de él; la verdad, yo tampoco. Ocán me llevó hasta las cuevas. La entrada estaba oculta y solo se podía acceder con magia, bien si eras un jinete o si te sabías el hechizo para abrir el portal en el suelo hacia mi infierno personal. El primer día lo pasé encerrado en una celda forjada con un metal a prueba de dragones. Me llevé una grata sorpresa cuando la pequeña Sofía me trajo bastantes peces en cestos, me imaginé que Ocán la mandaba a cuidarme y, por lo que ella me contaba, no andaba perdido.

Sofía entraba en la celda y me acariciaba, al principio no me gustaba mucho; con el paso de los días aquellas caricias me tranquilizaban. En el segundo día pude notar cada arañazo que mi jinete sufría y la espera en aquella cueva me estaba matando, necesitaba salir de allí y protegerlo.

Sofía intentó calmarme pero como no lo conseguía, se asustó y busco a Ocán.

Ocán decidió ponerme cadenas, por mi bien. Me había encadenado, como encadenaron a mis ancestros para matarlos finalmente. Me sentía impotente, tanto camino recorrido para acabar de la misma forma; no podía evitar pensar que la madre de todos los dragones debía estar retorciéndose allá donde estuviera.

Cada día que pasaba notaba cómo David se enfrentaba a grandes peligros y encima comenzaba a notar cómo se formaba una conexión con ese draquín que había cazado.

David me decía que tenía celos del draquín, yo no sabía muy bien qué significaba eso, así que...

Mientras tanto Sofia venía a cuidarme, a veces venía sola o con Leisha, otras junto con Ocán; ambas intentaban mantenerme tranquilo, pero llegó un momento en que mi jinete estaba realmente en peligro y conseguí escaparme de aquellas cadenas. Pensé en Sofia y me sentí mal por ella, pero un dragón debe proteger a su jinete por encima de todo y eso es lo iba a hacer.

Había estado contando los días por las visitas de Sofia y sabía que David podía llegar a tiempo; aun así, él estaba en que sería tarde. Pude notar el dolor que sintió al ser atravesado por esa flecha de drow y eso me cabreaba tanto que conseguí reventar las puertas de la celda. Es como si la fuerza de todos los dragones que perdieron allí su vida se metiera en mi interior y saliera para ayudarme a romper aquellas puertas como si fueran palitos de madera... No pude evitar sentirme poderoso y salí volando en busca de mi jinete sin perder ni un solo segundo.

No tardé mucho en localizarlo y vi que aquel medio dragón lo había dejado dormir en un sitio tranquilo. Me paré junto a ellos y conseguí que se pusieran en marcha de nuevo sin ser visto por David.

No tardó mucho en ponerse a llover y decidí sobrevolarlos para que David no se mojara; sabía que estaba enfermo y estaba dispuesto a cogerlo en cualquier momento, intentaba respetar lo que él me había pedido, que no le estropeará la dichosa prueba. Viéndole debatirse entre la vida y la muerte el hecho de no cogerlo se me hacía cada vez más difícil, aun así cumplí mi palabra y dejé que completara la prueba él solo.

Cuando llegó a la puerta de la ciudad y Ocán lo atendió rápido me sentí muy aliviado.

La calma antes de la tempestad

David

La fiesta se alargó bastante. Tante se puso bastante pesado al final de la noche, pero nada que no le avergonzara al día siguiente.

Después de descansar le pedí a Drako que fuéramos a soltar a Valor a la llanura junto con su manada. Drako se puso quizás demasiado contento por desprenderse de Valor, no puedo culparlo. Al llegar a la llanura me despedí de Valor:

—Sé, que me entiendes y te estoy muy agradecido por todo. Solo te voy a pedir una cosa más, quiero que te cuides y que cuides de los tuyos —me abracé a Valor, y al soltarme le dije muy aliviado—. Corre, Valor, eres libre.

Valor salió corriendo, me subí en Drako y lo seguimos por el cielo hasta comprobar que había encontrado a su manada. Era una de las cosas que me hacían sentirme orgulloso de lo que había conseguido hasta ahora...

Como las vacaciones se habían terminado debía volver a casa; eso sí, llevaba magulladuras y heridas de recuerdo. Heridas que Sofía enmascaraba con magia.

Jardany me prometió que seguiríamos entrenando igual de duro. Aquello creo que me deprimía más que alegrarme; aun así me reí cuando me lo dijo.

Al comenzar el segundo trimestre escolar algo había cambiado en mí, ya no era el mismo y no lo digo por la cicatriz que se me quedó en el hombro. Juan decía que estas navidades la comida no debió de gustarme mucho, porque había adelgazado bastante, yo me reía y pensaba; si yo te contara... Aun así me callaba y no le decía nada, solo me reía con él de sus bromas y le decía que mi metabolismo estaba cambiando, cosa que era verdad.

En clase estaba bastante despistado, aunque mis notas seguían bien gracias a la pócima de Sofía. Pero los maestros seguían molestando a mi madre y eso no me gustaba. Me trataban como a un niño, yo ya no era un niño, era un hombre y lo mío me había costado demostrarlo en Barsalí, pero en la Tierra tocaba aguantarse.

Las semanas pasaban volando, el invierno en Barsalí estaba siendo muy duro. Lucas y Sofía se lo pasaban colosal con la nieve. Yo tenía que entrenar desde muy temprano y el frío me agarrotaba bastante.

Cirbian me hablaba, pero no éramos amigos. A Tante seguía sin gustarle Cirbian, decía que era demasiado leal a Barzal y que, según decía Jardany, eso era un problema porque el rey era Liyac, por lo menos de momento. Yo pasaba olímpicamente de esas burocracias reales.

Habían sido semanas muy duras y Jardany quiso tener un detalle conmigo. Me dejó toda la tarde libre para salir con mis amigos y ser simplemente un niño normal. Me fui con Marcos, Pedro y Juan; éramos cuatro chicos con bicis y ganas de reírnos del mundo. Nos fuimos al parque y comenzaron a hablar de las niñas que les gustaban y eso. Yo me puse colorado y Pedro me dijo con voz burlona:

—¿A ti te gusta alguna?

Lo negué todo, pero seguían insistiendo y nombraron a todas las niñas de mi clase. Como me seguía negando se perdieron un poco y tuve que decirles que la que me gustaba era de fuera, creo que era la primera vez que le decía a alguien que Leisha me gustaba. Ellos no lo entendían, ella no me gustaba solo porque era guapa y eso; la verdad es que me fijé en ella cuando me trajo la manta y fue tan amable conmigo.

Me pidieron una foto del móvil y tuve que negarme. Comenzaron a decir que no existía y me enfurecí tanto que casi pierdo el control, pero cogí aire lo más despacio que pude y me calmé. Vi que ya estaba anocheciendo, así que me despedí de ellos y me fui a casa. Como Marcos había notado mi enfado, decidió venir a casa conmigo y que habláramos por el camino:

—No les eches cuenta, pasa de ellos, si tú dices que existe yo te creo. Además llevas mucho tiempo yéndote los fines de semana fuera y este verano no has estado por casa, lo sé porque fui varias veces a verte.

—Tienes razón, pero lo que me enfurece no son sus burlas, es no poder deciros las cosas que he visto o que he hecho fuera.

—Bueno, pues cuéntamelas, yo no se lo diré a nadie.

—No puedo, tío, lo siento, necesito permiso de algunas personas y sé que no me darán ese permiso nunca.

—¡Qué misterioso! ¿Puedes decirme al menos cómo es Leisha?

Me quedé un rato pensando y no podía quitarme su sonrisa de la cabeza, no quería compartirla con nadie más, así que le dije:

—Es muy guapa, pero lo mejor que tiene es su gran corazón.

Marcos se rio mucho y yo le seguí la corriente. Al llegar a casa pregunté a mi madre si había visto a Jardany y ella me dijo que Jardany se había ido a Barsalí; por lo visto tenía asuntos que atender. No le di importancia y me puse a jugar a la Wii con Marcos hasta tarde.

Marcos se fue después de la cena, mi padre lo acercó a su casa. Me duche y me fui a la cama temprano, quería contarle a Drako lo bien que me lo había pasado y entonces comenzó mi calvario...

No conseguía hablar con Drako, y eso no me había pasado nunca. Estuve dando vueltas hasta las dos de la madrugada; no era capaz de dormir, estaba inquieto, así que decidí ir a la habitación de Jardany y preguntarle por qué había ido a Barsalí.

Mi sorpresa fue que al tocar la puerta no contestaba. Decidí abrirla y vi que la cama estaba hecha, comencé a ponerme demasiado nervioso, y sin pensarlo fui a la habitación de mis padres, encendí la luz y con la voz rota les dije a medio grito.

—¡Algo malo pasa!

Mi padre me miró y debió de asustarse bastante.

—¡David, tus ojos! Eso fue lo que me dijo.

Me miré en el espejo y vi que mis ojos eran completamente amarillos, amarillos como el fuego, intenté calmarme y proseguí diciendo:

—Eso no es importante. ¿Dónde está Jardany?

—No lo sé —respondió mi madre.

—Pues yo me voy a Barsalí, porque no consigo hablar con Drako, Jardany ha desaparecido y sé que algo malo está pasando, lo puedo notar.

Mis padres intentaron tranquilizarme en vano. Al final mi padre cogió su arco y me pidió que cogiera mi espada.

Me agarró de los hombros y me dijo:

—No te preocupes, preparo el coche y nos vamos ¡ya!

El camino se me hizo demasiado largo, un fuego interno cada vez más intenso corría por mis venas y no quería asustar a mi padre, pero controlarme era demasiado difícil.

Al parar el coche, salí corriendo para atravesar el portal, pero la entrada de la cueva estaba cerrada y choque contra un muro mágico. La entrada estaba cerrada. Mi mundo se desmoronaba a pasos gigantescos, cogí mi medallón y al mirarlo comprobé que estaba rojo como la sangre. Mi padre me gritaba algo desde lejos, pero mi única reacción fue golpear la pared con la espada y posteriormente con los puños desnudos.

Supongo que perdí el control por completo, los nudillos me sangraban y no era capaz de notar dolor alguno. Noté como si explotara hacia fuera literalmente.

Mi padre se acercó e intentó pararme, lo empujé fuertemente, algo de lo que no me siento orgulloso, y continúe golpeando aquella pared hasta que todo se volvió oscuridad... Antes de abrir los ojos podía escuchar a mis padres discutiendo sobre llevarme a un hospital o algo así.

—Tú no lo has visto como yo, Lucía; si vuelve a perder el control de esa manera podría matar a alguien.

Mi madre era incapaz de contestarle a mi padre, yo solo podía escuchar su llanto. Conseguí abrir los ojos y pude comprobar horrorizado cómo mi padre me miraba como si fuera un extraño, una amenaza, y eso me dolió bastante...

Mi madre seguía insistiendo en llevarme a un hospital. Me harté de escucharlos y dije muy enfadado.

—¡Basta ya! Al único sitio que debo ir es a Barsalí, junto con mi dragón; lo entendáis o no, ¡ese es mi sitio!

Mis padres intentaban que no me enfadase, mis ojos se volvían de color amarillo intenso. Cuando caí en la cuenta de que nunca más vería a Drako, Tante, Jardany, Liyac... rompí a llorar.

Mi sorpresa fue que Lucas me abrazó y me dijo:

—Yo te llevo con ellos, David.

Sus palabras intentaban consolarme, pero su efecto fue peor. Sofia se unió al abrazo y me dijo:

—Tal vez Lucas no pueda llevarte, pero creo que yo sí puedo.

Miré a Sofia con esperanza y le dije:

—Espero que no sea una de tus bromas.

Mi hermana se fue corriendo y al poco rato volvió con un libro que abultaba más que ella, lo abrió y me mostró una manera de romper los portales.

—Necesitaré algunas cosas, no será fácil obtenerlas, pero creo que puedo conseguirlo.

Mi madre cogió el libro, miró a Sofia y le dijo:

—No entiendo la lista de ingredientes.

Sofia puso gesto comprensivo y le dijo:

—No pasa nada, entre las dos y con la ayuda de los demás, podemos conseguir todos los ingredientes.

Aquella noche mis peores pesadillas se hacían realidad. Me quedé despierto hasta que amaneció. Mi madre se acercó con sigilo y con un susurro me dijo:

—Si hoy no te apetece ir a clase, lo entiendo, puedes quedarte en casa.

En cualquier otro momento habría dado saltos de alegría, pero dadas las circunstancias me daba igual; no obstante decidí quedarme en casa.

Pasaban los días y las semanas se hacían eternas.

A Sofia le costaba cada vez más encontrar los últimos ingredientes. Por las tardes me iba a correr y entrenaba con la espada con mi padre. Aunque reconozco que no usaba la espada tan bien como Jardany, se esforzaba mucho.

Comenzaron a correr los meses y mi fuego interno crecía cada vez más. En el colegio había venido un profesor nuevo para sustituir a Jardany.

Nos puso a dar vueltas, lo normal para el calentamiento, el problema es que nos pidió cinco vueltas y yo seguía corriendo; me venían recuerdos de Jardany dándome órdenes y la rabia creció demasiado... Cuando quise darme cuenta el nuevo maestro se puso frente a mí y en dos movimientos lo tumbé en el suelo y lo inmovilicé.

Los chicos de la clase comenzaron a gritar, gritaban tanto que me daba miedo abrir los ojos, pues no sabía si eran normales. Tal vez por eso salí corriendo. Al principio pensé en encerrarme en el cuarto de baño, pero pensé que era absurdo, esta vez Jardany no estaba allí para sacarme las castañas del fuego. Reaccione rápido y decidí que lo mejor era irme a casa, y así lo hice.

Cuando llegué a casa no había nadie, mis padres estaban trabajando, me fui a mi habitación y me tumbé en la cama; solo quería que el día se acabara pronto.

No podía evitar acordarme de Barsalí y de toda su gente. Cuanto más pensaba en Drako más impotente me sentía. Había una pregunta que por mucho que me hiciera nunca obtenía respuesta; ¿POR QUÉ OCÁN HABÍA CERRADO EL PORTAL?

¿Y si todo había sido una estrategia para quitarme a Drako? No tenía sentido, ella siempre dijo que yo era importante; cuanto más lo pensaba, menos sentido tenía todo.

Me estaba quedando dormido cuando sonó el móvil. Era mi padre, estaba muy furioso; lo habían llamado del colegio, por lo visto todos me estaban buscando. La directora lo había llamado y le había contado lo sucedido con el maestro de gimnasia. Él me dijo que me entendía, pero me estaba regañando, me dijo que debía disculparme

con el maestro y que eso es lo que iba a hacer. Intenté negarme, pero sabía que era una tontería, así que le dije a mi padre que sí y lo dejé más tranquilo.

Después de todo lo sucedido, cuando mis padres hablaron cara a cara con la directora, todo quedó en una expulsión de tres días. Aquello no entusiasmó demasiado a mi madre; aun así, intentaba ser comprensiva conmigo. Aunque me habían expulsado, tuve que ir al colegio a disculparme con el profesor. Intenté que mi disculpa fuera sincera, y en parte lo era, pero los tres días de expulsión no me los quitaba nadie.

Cada día que pasaba me sentía peor, mi mente estaba en Sir y no en tonterías humanas. Yo quería blandir mi espada y luchar de verdad, quería hablar de estrategias con Tante y no de chicas con Marcos, y así todo...

Era jueves y eso me ponía de muy mal humor. Se acercaba el fin de semana y no podía ir a Barsalí, ¡por un estúpido portal!

Aquella tarde Sofía vino corriendo muy contenta; decía que ya tenía todo lo necesario. La noticia me devolvió la alegría que me faltaba.

—Hay un pequeño problema.

—¿Ahora de qué se trata, Sofía?

—Verás, David, necesitamos la luna llena del solsticio de verano y para eso falta casi un mes.

Aquello me puso de los nervios, aún tenía que esperar un mes más, y eso se me iba a hacer muy cuesta arriba.

Sofía me miró con esperanza y me dijo:

—La próxima luna llena será el día de tu décimo cuarto cumpleaños y creo que eso hará más fácil abrir el portal de nuevo.

No había caído en la cuenta, pero era cierto, mi cumpleaños estaba cerca. No le había echado cuenta, por todo lo sucedido últimamente, mi deseo mayor era algo fácil; volver a estar con Drako.

Después de mi expulsión, las cosas en el colegio eran diferentes. Los maestros me miraban como el chico malo y algunos de mis compañeros como si fuera un héroe. Yo no quería ser ni una cosa ni la

otra. Tan solo quería tener contentos a mis padres, que bastante mal se lo había hecho pasar ya.

Las semanas transcurrían, la espera me exasperaba; aun así lo llevaba bastante bien. Por las tardes me iba con la bicicleta, a veces salía con mis amigos y esos días en los que la desesperación me consumía, buscaba un lugar apartado y me dejaba llevar por mis emociones. Con el tiempo aprendí a encenderme o, por el contrario, a aguantar mi fuego interno, si la situación lo requería.

Cuando no podía más cogía la espada de luz y dejaba que mi fuego saliera a través de ella. En esos momentos en los que conseguía ser uno con la espada me acordaba de Jardany, me gustaba pensar que él estaría orgulloso de mí...

Capítulo 10 Un reto



Sofía

esde que volvimos de Barsalí, David se convirtió en un zombi andante. Mis padres estaban muy pendientes de él, pero no me importaba. Yo quería ayudarle, no solo porque le veía sufrir,

sino porque es mi hermano y quizás un poco por lo que Ocán me había dicho. Desde que Ocán habló conmigo hizo que me sintiera necesaria en toda esta historia. Yo debía guiar al jinete y ahora más que nunca mi hermano estaba perdido. Además tuvo un gran detalle al traer la arcilla para que Leisha y yo practicásemos haciendo pequeños gólem.

Me costó mucho encontrar algunos de los ingredientes, otros sin embargo fueron sencillos de encontrar, como la raíz de mandrágora o la savia de un árbol de cien años. Mi madre me ayudó mucho con eso. Aquello nos unía mucho. Me gustaba sentir que era necesaria.

Ese fin de semana era el cumpleaños de Lucas, ya cumplía cuatro años. Mis padres quisieron celebrarlo con la familia y amigos. Ellos sabían que David estaba de lo más raro, aun así celebraron la fiesta lo mejor que supieron.

Mi madre le dijo a David:

—Hace demasiado que no vemos a tus tíos y a tus abuelos, esta Navidad no pudimos ir a verlos y les tuve que dar una mala excusa,

solo te pido que te portes bien, y si en algún momento algo te molesta, pues te vas y coges aire.

Al oír aquellas palabras, pensé que mamá estaba siendo demasiado dura pero, al ponerme en su piel, supe que solo quería que David volviera a la normalidad.

Se reunió parte de la familia, mis abuelos y abuelas que eran muy cariñosas. Me gustó mucho que Lucas disfrutara de su cumpleaños de esa manera. Mi abuelo le dio su regalo, y cuando Lucas lo abrió
¡era una espada de juguete!

Lucas la miró y le dijo:

—Abuelo ¿con esa espada podré matar bichos de verdad?

Mi abuelo le respondió con una sonrisa:

—Claro que puedes matar a todos los bichos que quieras, y yo te ayudo, ¿vale?

Cuando todos se rieron hablando de la imaginación que tenía el pequeño Lucas, mis padres resoplaron y les siguieron la corriente.

El problema surgió cuando Lucas comenzó a hablar de Drako. David lo escuchó y se enfadó mucho, papá vio que sus ojos se tornaban amarillos y le pidió que fuera a su cuarto por una silla. No nos hacían falta una silla, pero esa era la manera de que David se fuera sin tener que dar demasiadas explicaciones.

Pocos días después de la fiesta de Lucas encontré todos los ingredientes y se lo dije a David, que no reaccionó tan bien como esperaba. Vale, tenía que esperar un poco más, pero yo no mando en la luna, y si no se llena antes no es mi culpa.

Una de las partes que más me costó entender fue el nombre de las lunas para el conjuro. Por lo visto la luna de aquí en la antigüedad se llamaba Enki y la de allí, Sir, ¡por eso lo llaman el mundo de Sir!, deduje al leerlo.

En el colegio me iba muy bien y eso que no les había enseñado nada de lo que sabía hacer. Después de que expulsaran a David del instituto por culpa del maestro de gimnasia, decidí tomarme una pequeña venganza personal. En mi clase de gimnasia el profesor comenzó a

mencionar lo ocurrido con mi hermano, como si me lo estuviera reprochando y decidí que ese día se iba a caer mucho.

Cuando corría con nosotros yo levantaba las manos y susurraba un hechizo para que se tropezara, y fue la monda. Todos los niños comenzaron a reírse y el maestro estaba cada vez más furioso. Decidió sentarse y con otro hechizo conseguí que se cayera de la silla. Hasta me dio pena; aun así aquel día me reí mucho.

Llegó el gran día, lo tenía todo preparado, el conjuro, las pocimas... Me faltaba un ingrediente pero sabía que mi hermano no se negaría a dármele en su momento.

Mis padres querían hacerle una fiesta de cumpleaños a David, él se negó, su respuesta fue bastante convincente.

—Temo que por los nervios me encienda.

Así que al final mi madre y yo le hicimos una pequeña tarta de cumpleaños y lo celebramos en familia, a eso no se pudo negar. Sus notas no habían sido muy brillantes, pero después de todo, mis padres se conformaron con que aprobara todas las asignaturas.

La tarde avanzaba y el anochecer estaba cada vez más cerca. Los nervios me comían por dentro; si fallaba, tal vez perdiéramos a mi hermano para siempre... Mis padres confiaban demasiado en mí, pero aquel 21 de junio marcaría a mi familia para siempre.

Al comenzar a anochecer nos dirigimos hacia el portal. Las manos me temblaban. David me agarró la mano y me dijo:

—No temas, Sofía, te he visto con Ocán y sé que tú eres la única que puede hacerlo, pero si no lo consigues, nunca te culparé, y no permitiré que nadie lo haga.

Cuando me dijo eso me dejó pasmada, su voz estaba rota por el dolor; es como si hubiera asumido que jamás volvería a Barsalí y que nunca más estaría con Drako. Y no estaba dispuesta a eso.

Cogí todos los ingredientes y los mezclé con sumo cuidado, me acerqué a David y le dije:

—¡Me falta un ingrediente! —al decirle aquello se desmoronó, y antes de que hablara dije—. Lo tienes tú.

—Dime lo que és y sin duda te lo daré.

—David, necesito un poco de tu sangre.

—¿La quieres ya? —me dijo con gran alivio.

Le dije que aún no, que tuviera paciencia. Tenía que esperar a que la luna estuviera justo encima y nos alumbrara con su luz, cogí el mejunje que había preparado y lo unté en forma de óvalo en la pared. Miré a David y le dije:

—¡Ahora!

David cogió su espada, sin dudarle se la pasó por la palma de la mano y comenzó a brotar su sangre. Le cogí la mano y con su sangre hice un dibujo en el centro del óvalo, una espiral, y comencé a decir el hechizo.

—Pido a la Luna, a mis ancestros y al universo que me den fuerza para romper las cadenas que tienen cerrado este portal. Por derecho de nacimiento exijo lo que me pertenece y reclamo como hechicera que mi jinete pueda estar junto a su dragón. Que nada ni nadie se interponga entre ellos —alcé ambas manos hacia la luna y grité:

—*TE LO PIDO A TI, ENKI, QUE NADA LOS SEPARE, COMO ANTAÑO TE SEPARARON A TI DE SIR.*

Del portal comenzó a salir una extraña luz, miré a David y le dije:

—Empújalo con ambas manos, si no se abre ahora tendremos que esperar a la siguiente luna llena.

David empujó el portal con ambas manos y este fue cediendo y con una pequeña explosión se abrió por completo, absorbiendo a mi hermano. Mi padre se asustó al ver que David ya no estaba con nosotros, le pedí paciencia y con gran decisión me acerqué al portal y lo crucé... Cuando salí al otro lado pude ver que el hechizo había salido bien: estábamos en el mundo de Sir.

David estaba esperándome tan contento que, cuando me vio, me cogió y comenzó a dar vueltas conmigo como si fuera una muñeca.

Antes de que parásemos mis padres habían cruzado el portal junto con Lucas y al ver lo contentos que estábamos y que todo había salido bien. Se acercaron y nos fundimos en un abrazo familiar espectacular.

Nos pusimos en marcha y nos dirigimos hacia Barsalí. Durante el camino David no paraba de adularme y de prometerme que jamás se volvería a reír de mí. No paraba de repetir:

—Lo has logrado, hermanita, lo has logrado.

De vez en cuando se ponía a hablar solo y todos sabíamos que estaba hablando con Drako. De repente David se puso tenso y su espalda comenzó a brillar como el fuego.

—¿Qué pasa, David? —le preguntó papá.

—Es Drako, papá, dice que los drow atacaron la ciudad y que tengamos cuidado. Él ya viene a buscarnos.

Mi padre le pidió a mi madre que se encargara de Lucas; él y David irían delante con las armas, solo por si acaso.

Drako no tardó en llegar a donde estábamos y David le pidió que nos llevara a mí y a Lucas al castillo y nos pusiera a salvo.

A Drako no le entusiasmó la idea, pero hizo caso a David y nos llevó al castillo. Volar sobre un dragón te daba una sensación de libertad impresionante. A Lucas le encantaba volar con Drako, ni siquiera se dio cuenta de que mis padres no venían.

Cuando nos acercamos a Barsalí comprobé horrorizada que el muro mágico no estaba y que había muchas casas dañadas.

Le pregunté a Drako, pero yo no era su jinete, así que aunque él me entendiera, yo no era capaz de entenderlo.

La parte más difícil

Sofía

Drako nos soltó justo en la entrada del castillo y salió volando, supongo que para ir por mi hermano.

Al cruzar las puertas me esperaba que Ocán me elogiara por mi hazaña con el portal. Entré muy contenta, pero la alegría me duró muy poco. Un guardia me dijo que estaban en la Gran Sala y me dirigí hacia allí.

Jardany fue el primero en verme y me dijo:

—¡Menuda has armado!, pasa que Ocán te está esperando.

Al escuchar a Jardany tan serio, supe que estaban enfadados conmigo, tragué saliva y pensé; ojala estuviera aquí mi madre. Abrí despacio las puertas de la Gran Sala, y, para mi pesar, estaba llena de gente. Ocán estaba sentada junto a Liyac, se levantó hizo un gesto con la mano y, como yo no me movía del sitio, me dijo con tono firme:

—Aproxímate, Sofía.

Respiré hondo y me dirigí hacia ella.

—Lo siento mucho, Ocán —comencé a decirle. Ocán se puso más seria aun y me dijo:

—¡Pero si todavía no sabes qué es lo que has hecho!, ¿o sí lo

sabes?

Con lágrimas en los ojos y la voz temblorosa le dije:

—No, pero sé que estáis enfadados conmigo, yo solo he ayuda-

do a mi jinete, como tú me dijiste.

Ocán comenzó a asentir con la cabeza.

—Tienes razón, Sofía, no tenemos derecho de estar enfadados contigo, lo siento mucho —me dijo con voz más calmada—. Lo que pasa es que al romper el sello del portal, que por cierto me has dejado asombrada, has dicho un conjuro que implica mucho más que romper ese sello; por si no lo sabes nuestro muro protector ha caído, y ha caído porque con tu hechizo me has quitado los poderes de guardiana del portal. Para que lo entiendas, ahora eres tú quien debe restablecer el muro mágico.

Al escuchar las palabras que Ocán me iba diciendo toda la sala se quedó en silencio. Yo apenas podía respirar ¿Cómo que le había quitado los poderes a Ocán?

—Esa no era mi intención en absoluto, debes creerme Ocán. Yo jamás querría quitarte a ti los poderes; bueno, ni a ti ni a nadie.

—Lo sé, Sofía, pero, el problema es que yo cerré el portal por un motivo. Verás, llamé a Jardany; los drow nos estaban atacando más de lo habitual y cuando Jardany fue con varios guerreros a espiar a los drow vieron que se están preparando para una guerra. Ellos han visto

al jinete y saben que tenemos un dragón, por lo tanto, lo quieren. Como comprenderás para mí no fue fácil decidir cerrar el portal, pero después de debatirlo en el consejo, pensamos que lo mejor era poner al jinete a salvo y por eso lo cerré.

—Creo que entiendo lo que me estás explicando, pero tal vez en esa reunión deberías haber tenido en cuenta lo que mi hermano, perdón, lo que el jinete quiere.

Ocán se puso muy seria y dijo:

—Eso ya no importa, ahora tú Sofia, TÚ, eres la guardiana de todos los portales y con tu hechizo los has abierto y posiblemente algunas de las criaturas que hay en este mundo los crucen y hagan estragos en tu mundo.

Antes de que pudiera responderle, mi madre entró en la Gran Sala. Por lo visto Drako la había traído. Con voz firme dijo:

—Comienzo a entender cómo van aquí las leyes, pero ¿no crees que te estás pasando hablándole así a mi hija? Es solo una niña, y además el dolor que le habéis infligido a David ha sido excesivamente cruel. Yo no estaba de acuerdo en dejaros aquí a mi familia, y aun así confié en vosotros....

Liyac se levantó y pidió calma, me miró y me dijo:

—No te asustes, Sofia, puede que Ocán sea algo dura, pero piensa que solo está preocupada —se dirigió hacia mi madre le cogió la mano y le dijo:

—Lo siento, Lucía, tienes razón, no debimos hacerlo, pero necesito que sigas confiando en nosotros. Nunca le haríamos daño a David ni a ninguno de vosotros.

Antes de que Liyac acabara su discurso Barzal se puso en pie y comenzó a dar palmas cada vez más fuertes.

—Muy bonito, padre, pero aquí lo que tenemos, según veo, es a una niña que apenas sabe manejar sus poderes como «la gran hechicera» y a un «jinete» que no está aquí cuando los drows nos atacan; cuando su pueblo lo necesita, él está en su otro mundo haciendo cosas de niños...

Después de decir aquello muchos de los guerreros que había en la sala comenzaron a dar voces dándole la razón a Barzal. La cosa se nos iba de las manos.

Liyac dio un golpe en la mesa y en voz muy alta dijo:

—¡Cualquiera que no esté de acuerdo con mis leyes, que coja y se vaya de mi ciudad!
—de repente toda la sala volvió al más absoluto silencio.

Liyac miró fríamente a Barzal y le dijo:

—A ti lo que te pasa es que ya sabes que jamás serás rey; desde el momento en que David demostró ser el jinete sabes que el futuro rey de Barsalí es él.

Al oír aquello a mi madre se le iban a salir los ojos de la cara. Mi padre entraba en ese momento por la puerta y se quedó sin palabras. Yo me alegré mucho al escuchar que mi hermano algún día sería rey, pero creo que a mis padres no les entusiasmaba demasiado la noticia.

Barzal se enfureció mucho, pero antes de irse miró fríamente a Liyac y le dijo:

—Yo no seré el único rey destronado —y se fue a toda prisa.

David apareció junto con Drako y pudo ver la tensión de la sala. Se puso en el centro y comenzó a decir:

—Drako me ha puesto al tanto de todo, no temáis; si los drows quieren guerra, les daremos guerra. Yo iré a la cabeza junto con Drako, os aseguro que no me rendiré hasta haber matado al último de ellos.

Aquellas palabras resonaron por toda la sala y los que allí había comenzaron a golpear al son de una canción para demostrar su lealtad al jinete y a su rey.

Mi madre intentó acercarse a David y mi padre la agarró y le

dijo:

—Debes dejar que él tome sus propias decisiones, ya no es un

niño y lo ha demostrado innumerables veces.

Ocán me cogió de la mano y me pidió que la siguiera.

—Este no es lugar para nosotras, ellos deben preparar una gue- rra y nosotras un escudo....

Nos fuimos a la Sala de la sabiduría a buscar algunos libros que me pudieran servir. Yo sabía que Ocán lo único que buscaba era distraerme de todas las peleas que estaban ocurriendo arriba, no soy tonta.

Más tarde fuimos a casa de Ocán, preparó varias pócimas y le pregunté para qué eran.

Ella sonrió:

—Ahora apenas tengo poder, debo estar preparada —me dijo muy tranquila.

—Comencemos por algo sencillo —Ocán puso una piedra en la mesa y dijo—. Debes imaginarte un escudo para la piedra y yo le tiraré agua y arena a ver lo que aguanta tu escudo.

Tardé varios intentos en conseguirlo. La primera vez ni siquiera salió un muro alrededor de la piedra, las siguientes veces hacia un muro que comenzaba a romperse con agujeros; como si fuese queso Emmental. Pero cuando conseguí levantar el muro que protegía aquella piedra y conseguí aguantar todo lo que Ocán le lanzó, sentí como si el mundo estuviese en mis manos.

Capítulo

11

Cogiendo las riendas

C

David

uando Sofia se puso con el conjuro para romper el portal, los nervios me comían, intentaba no salir ardiendo, sobre todo para no asustarlos a todos.

En el momento en el que Sofia me pidió que empujara el portal no lo dudé y lo hice con todas mis fuerzas, sentía cómo mi fuego interno salía hacia fuera y me ayudaba a conseguir abrirlo. Al notar la explosión me di cuenta de que quizás, y solo quizás, se me había ido la mano un poco.

Cuando crucé y comencé a escuchar a Drako de nuevo me sentí el niño más feliz del mundo. Al ver a Sofia salir no lo dudé, la cogí en brazos y le di vueltas hasta que mis padres nos pararon, estaba tan feliz que podía estallar. Pero la felicidad solo me duró hasta que Drako me puso al corriente de todo. Por lo visto los drows nos habían atacado y el consejo decidió separarnos, para protegerme. Drako me dijo que había estado observando a Barzal y que no debía fiarme de él. No era la primera vez que escuchaba eso, así que no me sorprendió.

Por lo visto la ciudad se estaba dividiendo, había gente que se guía siendo fiel a Liyac, pero Barzal estaba haciendo campaña a espaldas de su padre para quitarle el trono y, con ello, quitarme a Drako.

—No lo permitiré, Drako. Barzal no se saldrá con la suya.

—Lo sé, David, pero debes convertirte en un guerrero y dejar tú mundo a un lado, por lo menos durante un tiempo.

—Así lo haré, no permitiré que nadie sufra el odio de Barzal hacia este mundo.

Mientras pensaba en una buena estrategia, le pedí a Drako que fuera llevando a mi familia al castillo. Primero llevó a Sofía y a Lucas, después a mi madre y por último a mi padre; él no quería dejarme solo.

Mi padre, antes de irse con Drako, señaló mi medallón y me dijo:

—Sigue rojo, por consiguiente, sigue habiendo peligro, así que ten mucho cuidado.

Le enseñe la espada y le dije:

—Papá, me he visto en situaciones peores que esta. Además necesito tiempo para pensar, no quiero llegar demasiado pronto.

Como sabía que dentro del castillo se estaba tratando de nuevo sobre mi futuro, decidí coger las riendas y entré decidido; había escuchado pestes de mí y ni podía ni quería permitir eso, así que los puse firmes a todos; no amenazándolos, sino dándoles lo que querían: un líder, alguien que los llevara a ganar la guerra contra los drows.

Comencé con voz firme y sin titubear, pues lo que les iba a decir salía desde lo más profundo de mi ser.

—Lo que necesitamos es estar unidos ahora más que nunca. Los drows han tenido la osadía de venir a atacar nuestra ciudad y a nuestras familias. Sé que no he estado para ayudaros, pero también sabéis que no ha sido por voluntad propia —cogí fuerza, miré a Drako y dije bien alto—. ¡Si quieren guerra, la tendrán, pero esta vez estaremos preparados!

Alcé la espada hacia el techo y les pregunté.

—¿Quién está conmigo?

Todos me aclamaban, aclamaban a un líder, a alguien que les guiase contra esas bestias. Al ver su respuesta intuí que había hecho bien.

Miré a mis padres y supe que no estaban de acuerdo, pero yo me debía a esta gente, mi destino llevaba siglos escrito y no podía dejarlo para más tarde solo por tener catorce años.

En casa había crecido escuchando siempre lo mismo, que la vida te pone pruebas que debes ir superando a medida que te llegan. Por eso no iba a dejar que esta prueba se quedara para más tarde, porque si algo he aprendido es que no hay que dejar nada para después.

Drako me dijo:

—Se acerca el momento de escribir nuestro propio destino.

—¿Sabes, Drako?, estoy más preparado que nunca; siempre que luchemos juntos ganaremos, de eso no tengo la menor duda. He pasado un verdadero infierno separado de ti y de este mundo.

—Aunque no te lo creas, lo sé. David, no podía hablar contigo pero era capaz de sentir tu desesperación y tu dolor, y eso lo hacía todo más difícil aquí.

Me acerqué a Liyac y le dije:

—Espero que mi intervención no te haya molestado.

—No podías haber hablado mejor, se nota que ya no eres el niño que entró por esa puerta la primera vez. Ahora eres todo un jinete y eso es lo que necesitamos, un guerrero, un futuro rey —respondió riendo..

—¿Un futuro rey? No lo entiendo, Liyac, el rey eres tú.

—Sí, David, pero, como he dicho antes, el que subirá al trono llegado el momento eres tú y no Barzal. Creo ya va siendo hora de que el linaje de Barsalí vuelva a gobernar la ciudad. Eso sí, cuando llegue el momento. Sé que has demostrado tu valía, de eso no hay duda, pero ahora se acerca una dura prueba; debes demostrar que eres capaz de proteger la ciudad y eso no será tarea fácil.

Después de esa conversación, Drako se regodeaba y no hacía más que decirme muy entusiasmado.

—¿Ves?, ¡un gran destino nos espera!

Por mi parte no me lo habría imaginado ni en un millón de años. Jardany se acercó y lo primero que hizo fue disculparse por haberse ido sin despedirse.

—Lo entiendo, pero deberías de haberme dicho que había problemas. Si me vuelves a separar de todo esto, no te lo perdonaré nunca.

—David, debes entender que me debo a mi rey, aunque con algunas de las decisiones no esté de acuerdo; te recuerdo que soy guardia real, al igual que tú, por si lo has olvidado.

—Bueno, no más reproches, debemos preparar una buena táctica.

Preparamos la batalla

Sofía

Después del espectacular discurso de mi hermano, Ocán seguía enseñándome cosas; me enseñaba a hacer levitar objetos, a hacer cosas invisibles y a hacer visible lo que no se puede ver. Con la arcilla que trajo David de los gólems aprendimos Leisha y yo a dar vida a pequeños gólems hechos por nosotras. Con el muro era más complicado; cada vez lo hacía más grande, pero no lo suficiente, y acababa agotada.

—No te aturrulles, Sofía, tú solo deja que la magia fluya a través de ti, debes canalizar la energía de la naturaleza misma, es muy sencillo —me decía Ocán.

Eso no me ayudaba, cada vez que fracasaba me ponía de los nervios. Mi madre venía para ver cómo iba con las clases y de vez en cuando se ponía triste. Miraba a papá preparándose junto con David, y eso la preocupaba mucho.

Una mañana pude ver cómo a mi madre se le derramaba una lágrima, le cogí la mano y le dije:

—Te prometo que tendré el muro listo y que los voy a proteger.

—Eso es lo que me tiene preocupada, Sofía, siento que os he perdido a todos; si hasta Lucas juega a matar drows con la espada que le regalo el abuelo....

Me enfadé con mi madre y le dije muy seria:

—¿Y por qué no aprendes tú?

Ella se quedó helada y dijo:

—No sé qué quieres que haga.

—Pues algo, mamá, se acerca una guerra y tienes que saber defenderte o defender a Lucas, ¿te has parado a pensar en eso?

—¿Y por qué crees que estoy así?

Justo en ese momento supe que me había pasado de la raya, me disculpé con ella y le pedí que me acompañara. La llevé con Ciba, y cuando vio lo grande que estaba, quedó asombrada.

Miré a mi madre y le dije con pena.

—Nadie esperaba que sobreviviese, ¿sabes? La he cuidado todo este tiempo y es mi mayor tesoro aquí. Yo no puedo hablar con ella como David con Drako, pero le hablo cada vez que la veo, la cepillo y la paseo. Hasta he conseguido volar con ella.

Mi madre me miró y decidida me dijo:

—Sé lo que quieres decirme, cariño, y lo he entendido, no he perdido a nadie. Es solo que siempre hemos pertenecido a este mundo y hasta ahora yo no quería darme cuenta.

Después de aquello nos fuimos a hablar con Amara y le dijimos que queríamos aprender a luchar con espadas para sí, llegado el caso, había que defender a los más frágiles. Amara se entusiasmó con la idea; por suerte para nosotras, ella sabía usar la espada y se ofreció a ayudarnos.

Entre los entrenamientos con las mujeres y las clases de magia con Ocán los días se pasaban volando.

Mi madre cruzó un par de veces el portal para coger provisiones, revisar la casa y cosas así. También nos trajo libros para que no se nos olvidara ser niños normales y la vuelta al colegio después del verano no nos costara tanto. David ni miró los libros, él ya había dejado claro que estaría en Barsalí mientras su ciudad lo necesitase, pero mi madre intentaba convencerlo para que no dejase sus estudios.

David le contestó sin pensar:

—Mamá, no sé si mañana seguiré vivo, no me vengas con que repase mates o lengua, por favor.

Aquello hundió a mi madre, pero mi padre la abrazó y le dijo:

—Déjalo un tiempo, ya recuperara la cordura, ahora lo vamos a dejar un tiempo y cuando vuelva la calma, pues....

No pasaron muchos días cuando todo mi esfuerzo comenzaba a dar su fruto, por primera vez conseguí levantar el muro protector de la ciudad, solo conseguí que durara unos minutos, pero ya era un logro.

—Sorprendente, Sofía, con lo pequeña que eres tienes la misma fuerza que tu hermano. Sois auténticos prodigios los dos, en serio —me dijo Ocán con orgullo en la voz.

Aquello me emocionaba más de lo que nadie se podía imaginar. Sí, era una gran responsabilidad, pero el hecho de ser tan necesaria como David hacía que no me sintiera desplazada.

Por lo visto, según decían los libros, nadie había conseguido manejar los portales y el muro hasta que no era ya mayor, pero bastante mayor. Vale, que aún no lo hacía muy bien del todo, pero Ocán decía que había conseguido en pocos días lo que a ella le había costado meses. Ocán me enseñó a cerrar los portales y dejar uno solo abierto por él que podíamos pasar; además me dio un libro en el que podía aprender a abrir portales nuevos donde y cuando los necesitase.

—Eso sí, debes tener siempre presente que cuantos más portales estén abiertos más te debilitaras, por eso solo debes tener uno abierto. Por eso y por tener tu mundo a salvo de las criaturas que hay aquí —me repetía Ocán hasta la saciedad.

David

Después de mi charla con Jardany dejamos claro que no más secretos. Al acabar la reunión Liyac nos ordenó descansar, él decía que nos esperaba una batalla dura. Por lo visto había mandado una avanzadilla y varios cientos de drows se estaban agrupando y se dirigían hacia Barsalí.

Aquella noche no me podía dormir, así que cogí a Drako y decidimos ir a inspeccionar la zona. Mientras sobrevolábamos las tierras

de los lobos, comenzamos a oír unos estruendos horribles y pudimos ver miles de antorchas, ¿era el ejército de drows?

—Drako, Liyac está equivocado, ¡son miles! ¿Cómo vamos a contenerlos?

—No te asustes, David, debemos permanecer unidos. Vamos al castillo ha contarle a Liyac lo que hemos visto.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos hasta que lleguen a la ciudad?

—Me temo que no mucho, ahora es cuando tienes que contactar

con tus ancestros y pedirles que te guíen. Solo así conseguirás no cometer los mismos errores del pasado como jinete.

En ese momento decidí que todo lo que me había asustado hasta ahora no tenía fundamento, esto era real; teníamos que ir a la guerra y lo demás no importaba.

Nos fuimos inmediatamente al castillo. Me encontré a Barzal en la muralla y no lo vi muy contento. Estaba haciendo la guardia nocturna, por lo que estaba fuertemente armado y, al bajar de Drako, me apuntó con su arco.

—Un movimiento en falso y te atravieso con una flecha —me dijo con mucho odio en los ojos.

Levanté las manos, mostrándole que iba desarmado:

—Barzal, para, ¿qué es lo que haces?

—Lo que tenía que haber hecho el primer día que viniste: mataros a ambos.

—¿Y de verdad piensas que así pararás a los drows?

—Hasta que tú apareciste, estábamos muy tranquilos y yo era el futuro rey. Yo soy el futuro rey —dijo muy convencido.

Drako se estaba enfadando bastante y decidió actuar dándole un coletazo a Barzal y tirándolo del muro.

Salí corriendo para sujetar a Barzal, conseguí agarrarle una mano y mientras intentaba subirlo, Drako me repetía que Barzal era un traidor y que lo dejara caer. Busqué ayuda mirando hacia los lados y allí paralizada se encontraba Leisha.

—¡Ayúdame, Leisha! Es Barzal. ¡Drako ha perdido el control y lo ha empujado!

Pero Leisha no se movía. No sé cuánto tiempo llevaba allí escuchando pero ella seguía inmóvil. Le grité:

—¡Leisha, por favor, que no puedo más y se va a caer Barzal!

—¡Te arrepentirás de esto, ya verás! —dijo Drako, salió volando, cogió a Barzal con las garras y lo tiró cerca de mí.

Barzal estaba aterrorizado, se puso en pie y me dijo —Tu dragón ha intentado matarme y mi hermana es testigo de ello. Despídete de él, pues su castigo será la muerte — cogió a Leisha del brazo y se fue, supuse que a contárselo a su padre.

—Lo ves, ¿a que ya te arrepientes?

—¿No sé en qué pensabas, Drako? Necesitamos a todos los guardias posibles, ¿recuerdas que se acerca un inmenso ejército de drows hacia nosotros?

—Sí pero, no necesitamos a un traidor que solo quiere matarnos. Por si no lo sabes, fue Barzal quien propuso que cerraran el portal dejándote en el otro lado; así nos separaba. Llevo demasiado tiempo observándolo y he visto que los drows no vienen aquí por tu culpa, ni por mí culpa, vienen porque Barzal quiere ser rey y por alguna extraña razón que aún no entiendo todo apunta, que él los guía.

Aquello resonó en mi cabeza y Drako me mandó tantas imágenes seguidas que hasta me mareé:

—Lo siento mucho, Drako, no dejaré que nos vuelvan a separar.

Drako no me contestó, simplemente salió volando; podía notar lo enfadado que estaba conmigo.

Decidí buscar a Jardany y contarle lo sucedido, pero estaba durmiendo. Lo único que conseguí fue despertar a Tante. El pobre salió con cara de tener mucho sueño.

—¿No has escuchado al rey? Debemos descansar.

—Pero Tante, ¿no sabes lo que ha pasado?

—Cuéntamelo mañana, ¿vale? —Tante se dio la vuelta para cerrar la puerta.

—Mañana igual han llegado y estamos un poquito ocupados matando drows para evitar que nos maten.

Al decir aquello a Tante se le abrieron los ojos como platos. Al ver que ya tenía su atención le conté lo que habíamos visto Drako y yo; después le hablé del desafortunado encuentro con Barzal y Tante, sin dudarlo, fue a despertar a Jardany.

Al principio Jardany estaba de mal humor pero cuando le conté las dos historias, me cogió del brazo y me dijo:

—¿Dónde está Drako ahora?

—No lo sé, Drako se fue muy enfadado.

—Vale, chico, tú busca a tu dragón, yo voy por Ocán y des- taremos al rey.

Antes de irme le di las gracias y salí corriendo ha por Drako. Intenté meterme en su cabeza pero él no me dejaba. Yo no sabía hacerle eso a él, pero, claro, Drako era el experto. Pensé a dónde iría yo si me enfadara con Drako. En un momento lo supe, iría a donde nos conoci- mos por primera vez, al lago.

Fui corriendo hasta el lago y los recuerdos me abrumaban, des- de que todo esto comenzó yo había cambiado pero, ¿por qué Drako estaba tan enfadado?

Al llegar al lago vi que estaba tumbado sobre la arena y que con su cola jugaba con el agua.

—¿Estás preparado? —me preguntó Drako.

—Preparado para qué, no te entiendo.

De repente vi que Drako no estaba solo, había una silueta a su lado. Al acercarme vi que era Sofía. Ella se acercó, levantó un poco su mano, sopló en su palma y salió un poco de polvo que tenía en la mano. Aquel polvo me llegó de lleno a la cara y, de repente, todo se volvió oscuridad...

Errores pasados

Drako

Cuando dejé a David con ese traidor de Barzal, sabía que no hacía bien; aun así me fui. Busqué a Sofía y fue difícil explicarle mi plan, ya que ella no me podía escuchar. Por suerte para mí al poco rato apareció Leisha y ella sí que le contó lo ocurrido. Cuando Sofía escuchó decir a Leisha lo que Barzal pretendía, me miró con unos ojos a los que no me pude resistir y me dijo:

—Drako, debemos ayudar a David, sé que has venido a mí porque necesitas alguna poción, pero como no te entiendo, no sé qué es lo que necesitas.

Sofía busco en un libro y me enseñó varias pociones. Unas eran para curar, otras para hacer explosivos... Después de un largo rato dio con la que yo quería: polvos para conectar con los ancestros. Al ver la imagen puse con mucho cuidado mi zarpa en el libro y Sofía lo entendió al instante

—¿Esto es lo que quieres, Drako? —me preguntó con perspicacia.

Asentí con la cabeza y ella prometió ayudarme. Leisha la ayudó

a prepararlo todo, Sofía me pidió que las llevara a casa de Ocán y así lo hice. Volar con dos era muy duro, pero no teníamos tiempo que perder. Al llegar a casa de Ocán, Sofía se lo contó todo. Ocán entendió lo que me proponía y me dijo:

—¿De verdad quieres mostrarle aquello que pasó?

Con solo mi mirada vio que no tenía más remedio y aceptó ayudarnos. En un momento tenían el polvo preparado. Ocán impidió a Leisha que nos acompañara. Por mi parte se lo agradecí; A Sofía no le gustó, pero se aguantó.

Se subió en mi lomo y dijo:

—Llévame a donde creas que debemos estar.

Uno de los lugares en los que la conexión con mis ancestros sería más fuerte era el lago, así que me dirigí allí. Mi jinete no tardó mucho en aparecer. Al verme comenzó a disculparse, pero, antes de

que prosiguiera, Sofia se acercó a él y le soltó el polvo en la cara. No tardó mucho en hacerle efecto porque cayó al suelo en un momento. Me acerqué a David y me tumbé a su lado, cubriéndolo con mis alas para protegerlo. Después me metí en su cabeza para poder guiarle por el pasado.

No sabía muy bien a qué época iríamos, pero en el momento en que vi a cientos de los míos volando por el cielo supe que fue antes de que Borrell nos extinguiera.

—¡Qué bonito, Drako! Estamos a punto de ser invadidos, tú me engañas, y usando a mi hermana además.

—David, deberías haberme escuchado, y como no lo hacías, me he visto obligado a arrastrarte aquí. Lo siento, pero no desperdicies esta experiencia. Esto no es un sueño, podemos hablar con ellos y ellos pueden vernos; no sé cuánto tiempo durará, pero aprovéchalo.

David lo entendió de momento, me dijo que estaba abierto a cualquier cosa que pudiera ayudarnos. Se subió a mi lomo y lo llevé a la ciudad; bueno, a la antigua ciudad de Sir.

Numely, la antepasada de Ocán, era aún muy joven, pero en cuanto nos vio supo que no éramos de esa época. Como es normal se acercó a nosotros y nos hizo unas preguntas.

—¿Por qué estáis aquí?

—Verás, soy David, el último jinete que queda en Barsalí, y este es Drako, mi dragón.

—Eso ya lo sé, Drako me lo ha dicho; si no entiendes la pregunta es que no deberías estar aquí.

David agachó la cabeza y le respondió.

—Supongo que estoy cometiendo los mismos errores de mis antepasados y Drako quiere impedirlo.

—¡Esa si es la respuesta, David! —le dijo Numely.

Miré a Numely y por primera vez David oyó mi voz fuera de su cabeza —El problema es que tenemos un traidor. David no quiere matarlo y eso, como ya sabes, trae consecuencias.

Numely miró a David de arriba abajo, luego me miró y dijo:

—A tu jinete no le pasa nada malo. Verás, Drako, desde que tengo memoria los jinetes han hecho siempre lo que tenían que hacer y no lo que su corazón les dictaba y tú jinete parece tener un gran corazón.

—¿Y qué hacemos si cometemos los mismos errores del pasado?

Numely me acarició y me dijo:

—Yo solo te puedo decir que el camino debe ser andado cuando se presenta.

—Necesito hablar con Barsalí —le pidió David algo desesperado a Numely.

Numely no le contestó, solo miró hacia el cielo y un enorme dragón gris oscuro volaba sobre nosotros.

—Ese es Barsalí con su dragón —le dije a David, y él se quedó mirándolo un buen rato.

Finalmente me preguntó:

—¿Drako, tú te vas a poner así de grande?

—Eso depende de ti, recuerda que yo crezco a medida que tú creces, por dentro y por fuera.

Barsalí se bajó de su dragón y se nos acercó. David estaba muy nervioso y le recordé que estaba a salvo.

—No es por eso, Drako, es que por primera vez voy a hablar con un jinete, y además un jinete de mi linaje.

Barsalí se quedó mirando a David y le dijo:

—Aún eres pequeño, pero serás un gran jinete; eso sí, debéis aprender a ser uno, aunque ya te lo habrán enseñado.

David se puso muy triste y le dijo:

—Nadie me ha enseñado nada, yo no soy de este mundo.

—No, tú no has crecido en este mundo, pero eres descendiente mío y, por tanto, eres de este mundo más de lo que crees, y tu destino es ser rey —le dijo Barsalí muy enfadado.

Al ver cómo se quedó David de sorprendido ante aquella respuesta intervine. Le dije a Barsalí que necesitábamos un consejo para lo que se nos venía encima. Él nos dijo:

—La llanura es el mejor sitio... Y antes de que terminara su respuesta fuimos arrastrados de aquel lugar. David se despertó y me preguntó qué había pasado; lo único que le pude responder era que el efecto se había acabado, o que quizás no querían decir más y que por eso nos habían echado.

—Y bien ¿ahora me crees, que vas a hacer?

—Creo que es lo que quería decirme Barsalí, yo confié en ti, pero necesito que tú confíes en mí, Drako.

Después de nuestro viaje, comprobamos que Sofia se había ido, miré hacia el cielo y vi que estaba amaneciendo. David me pidió que le llevara a Barsalí deprisa y así lo hicimos.

Capítulo 12

Una separación dolorosa

C

Lucía

on todo lo que estaba pasando, pensé que lo mejor era alejar a mi familia de este sitio. El problema era que David había dejado claro que él se quedaba en este mundo lleno de criaturas

que te podían matar en un abrir y cerrar de ojos, de guerras y quién sabe qué cosas más.

Aquella noche Daniel y yo estuvimos hablando sobre el tema; su respuesta no fue la que esperaba, aunque dentro de mi corazón yo también sabía que no teníamos otra salida.

—Lucía, ya has escuchado a David y Sofía se ha vuelto alguien demasiado importante para lo que se nos viene encima —me dijo Daniel con gran pesar.

—Ya lo sé, pero me gustaba más cuando nuestra única preocupación eran sus notas y no que muriera en cualquier momento.

—Mira, cariño, lo único que podemos hacer es hablar con ellos, y si no entran en razón pues....

Me enfadé mucho con Daniel y salí de la habitación dando un portazo. En ese momento me sentí mal, porque yo sabía que él no tenía la culpa, pero no quería que aquella guerra separara a mi familia.

Me acerqué a la habitación donde dormían Lucas y Sofía.

Pude ver a mi pequeño durmiendo sin preocupaciones, pero al acercarme a la cama de Sofia vi que ella no estaba acostada como yo la había dejado. Salí en su busca y antes de llegar a la puerta principal del castillo me encontré con Amara.

—Lucía, ¿tú tampoco puedes dormir?

—Pues no, y encima Sofia no está en su cama.

—Ya lo sé, iban con mucha prisa ella y Leisha, decían que Drako las necesitaba y cuando vi que el dragón las acompañaba supuse que estaban bien cuidadas.

Intenté explicarle a Amara lo mal que me sentía y ella acabó dándome más pena.

—Te entiendo, Lucía, más de lo que crees, a mí tampoco me gusta el peligro que nos acecha, pero es el destino, que a veces nos pone a prueba. Mi primogénito acaba de intentar destronar a mi esposo y como Liyac ha dejado claro que el futuro rey es el jinete, imagínate lo dividida que estoy.

—Ese es el problema, que David no ha crecido para ser rey ni nada de lo que ustedes queréis que sea.

—Sé que es una faena pero no podemos hacer nada, si te llevas al jinete toda mi gente morirá, seguramente yo también. Mira, Lucía, sé que tienes miedo, pero con el jinete tenemos más posibilidades de ganar y no nos olvidemos de que ahora Sofia es la hechicera más poderosa de este mundo, la única capaz de levantar el muro protector.

—Ya lo sé, Amara, y eso me tiene más preocupada. Supongo que soy una mala madre, porque solo pienso que no puedo salvarlos a todos, que aunque me duela, al único que me puedo llevar de aquí es a mi pequeño Lucas.

—Yo no sé qué es eso de mala madre, pero sé que tú no eres mala. Sé que te duele pero si tienes la oportunidad de sacar de aquí a tú hijo hazlo, te prometo que yo misma cuidaré de los otros como si fueran míos.

Sabía que Amara quería animarme y tranquilizarme pero no encontraba consuelo alguno.

No paraba de dar vueltas por el castillo buscando unas palabras que sabía que nadie me diría.

Cuando comenzaba a amanecer Sofía apareció por la puerta y la abracé como si no hubiera un mañana. Sabía lo que me respondería; aun así se lo tenía que preguntar.

—Sofía, estoy pensando en volver a casa. No para siempre, pero sabes que se acercan muchos drows y quiero llevarme a Lucas de aquí. Cariño, ¿tú te vas a venir con nosotros?

—Mamá, sé que temes por mi vida, pero también sé que si algo malo le pasa a David no lo soportarías, creo que mí deber está aquí.

Sofía me cogió la cara y me dijo:

—Si me quedo aquí puedo protegerlos a todos, solo yo puede levantar el muro de protección de la ciudad, y lo sabes.

—Pero eres tan pequeña... ¿y si un bicho de esos se te acerca?

Sofía se quedó callada, sonrió, alzó una mano y, sin decir palabra, levantó una mesa que para alzarla harían falta por lo menos diez hombres.

—¿Lo ves, mamá?, a mí no se pueden acercar, pero yo sí puede ayudar a David, a Drako, a Ocán y a todos nuestros amigos —me cogió la cara con ambas manos—. Lo entiendes, ¿verdad?

En ese momento se me hizo un nudo en el estómago, tenía que dejar a mi niña en ese mundo y no me la podía llevar, porque si lo hacía condenaría a mi otro hijo a la muerte; a él y todas las personas buenas que nos habían ayudado todo este tiempo. Intenté aguantarme las lágrimas sin mucho éxito, abracé a Sofía y le di el permiso que ella quería que le diera. Antes de que se fuera dije:

—Ya sabes que tenéis que cuidar uno del otro, solo te pido que por favor os cuidéis mucho, y que cuando todo haya terminado volváis a casa para que os abrace y os bese hasta que me canse. Y ya te digo que eso será muchísimo tiempo.

Sofía me abrazó y dijo:

—Pues claro, mamá, tú eres la mejor madre del mundo y sabes que siempre volveremos.

Daniel se acercó y me abrazó dejando que me desahogara llorando cuanto quise. Miré a Daniel y le dije:

—¿Te ha enseñado Sofía lo que hace?

Daniel se me quedó mirando y dijo:

—¿Qué hace Sofía?

—Pues que nuestra pequeña sabe levantar cosas que pesan mucho, sabe hacer muros protectores y quién sabe qué más sabe hacer.

Daniel se quedó un poco sorprendido. Luego intentando darle humor a la cosa dijo:

—Yo siempre he sabido que es un poco brujilla. Entre sollozos se me escapó una risa.

Daniel me besó y me dijo:

—Debes coger a Lucas, los drows se acercan y Jardany dice que Sofía tiene que cerrar el portal.

—¡Que! ¿Y cómo volveréis?

—No te preocupes, cuando el peligro haya pasado, Sofía volverá a abrir el portal de nuevo.

Me acerqué a Amara y a Liyac y les dije:

—Prometeme que los vais a cuidar, os dejo mi mayor tesoro.

Liyac me dijo:

—También son nuestro mayor tesoro, llevamos mucho esperando un jinete y no dejaremos que nada malo le suceda. Ya sabes que tanto Jardany como yo mismo daremos nuestras vidas por David si es necesario.

Amara dijo:

—Y de Sofía nos encargamos Ocán, yo y los mejores guardias que Liyac designe para nosotras.

Daniel cogió a Lucas, me lo dio y dijo:

—Tenéis que iros, mi vida —me dio un gran beso y me susurró—. Pronto estaremos juntos.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que Daniel no venía conmigo. Él nos ponía a salvo a Lucas y a mí, pero se iba a quedar para proteger a nuestros hijos. Lo agarré con más fuerza y le dije:

—Cuídalos y cuídate mucho, no dejes que esta horrible experiencia nos separe.

Jardany me puso la mano en el hombro y me dijo:

—Debemos darnos prisa, yo os voy a llevar al portal, Liyac me ha dicho que sea yo quien os ponga a salvo —me miró con una dulzura que hasta ahora nunca había visto en Jardany, entonces dijo—. Haces lo correcto, yo los voy a cuidar, aquí todos los vamos a cuidar. Aquello me dejó más triste aún.

De camino hacia el portal Lucas no paraba de preguntar dónde íbamos. Tuve que mentirle:

—Vamos a ir a casa a por unos juguetes, ¿vale?

Aunque Lucas tenía cuatro años era un niño muy listo y me dijo:

—Vale, mami, pero por si acaso llevo mi espada y yo te protejo de los bichos. Tenía que aguantarme las ganas de llorar, o Lucas notaría que algo le estaba ocultando.

De repente Jardany paró y dijo:

—Lucía, coge a Lucas, algo nos está siguiendo.

Cogí a Lucas, saqué una pequeña daga que Amara me había regalado, y me puse a buscar qué era lo que nos iba a atacar. Pude escuchar una rama partirse a un lado y un animalillo haciendo ruido al otro lado. El corazón me iba a estallar de lo rápido que latía.

Tenía a Lucas fuertemente agarrado, miré a Jardany y le dije:

—Por favor, sálvalo, no permitas que nada le suceda.

—Lucía no voy a permitir que nada os suceda a ninguno, se lo he prometido a Daniel y yo cumplo mis promesas.

Miré hacia el camino y Drako salió en un claro que había algo más lejano. David salió corriendo hacia nosotros, sus ojos eran de un tono amarillo precioso.

Él pensaba que me daba miedo, pero no se imaginaba lo mucho que me fascinaba todo lo que había sido capaz de hacer y lo que yo sabía que haría en un futuro. David me abrazó, cogió a Lucas en brazos, me miró un poco enfadado y me dijo:

—¿De verdad no te ibas a despedir de mí?

—No me digas eso, que papá me ha dicho que os veré pronto y me voy solo por poner a Lucas a salvo.

—De eso no me cabe la menor duda, pero eres mi madre y necesito que me digas que me apoyas, no puedes irte enfadada conmigo.

—David, yo no me voy enfadada contigo, me voy para no ser un estorbo. Cariño, estoy muy orgullosa de ti, has hecho lo que nadie creía que conseguirías y yo sé que harás todo lo que te propongas, porque, mi niño, tú eres único y eso lo supe desde el primer momento que te sostuve en mis brazos y miré esos bonitos ojos marrones que a veces cambian a tonos preciosos.

Mi hijo me abrazó y me dio las gracias por confiar en él de esa manera. Se emocionó y le pidió a Jardany que se fuera a la ciudad para preparar al ejército.

—Yo voy a escoltarlos —le dijo en forma de orden, y Jardany le hizo caso sin oponerse y se dirigió a la ciudad.

David había crecido mucho y él llevó a Lucas el resto del camino. Pero aún mis sorpresas no habían terminado; cuando llegamos al portal, Sofía estaba allí esperándonos. Se cruzó de brazos y dijo:

—¡Ya era hora! Tengo muchas cosas que hacer, ¿sabéis?

Miré a mi pequeña, le di un gran beso y le susurré al oído:

—Llegarás muy lejos.

—Ha llegado el momento —me dijo Sofía con pena en la voz—. Mamá, cuando paséis tengo que cerrar el portal, ya lo sabes, pero en cuanto pueda lo volveré a abrir, tienes mi palabra.

Les pedí un último abrazo y me lo concedieron. Lucas empezó a llorar diciendo que no se quería ir. Preguntó por su padre, en ese momento no pude más, me derrumbé y arranqué a llorar, al tiempo que intenté consolarlo diciéndole que íbamos a comprar juguetes y chuches.

La despedida fue muy dolorosa, crucé el portal con Lucas dando patadas. Al salir por el otro lado me volví para mirar cómo Sofía cerraba el portal y pude notar que la magia se desvanecía en este solitario mundo al que había vuelto.

Subí a Lucas al coche, estuve conduciendo en silencio y al llegar a casa solo era capaz de pensar en el momento en el que esta aventura comenzó.

Lucas se quedó dormido en el camino, al llegar a casa despertó, intenté estar ocupada, bañándolo, jugando con él, limpiando la casa... Mi tiempo se hacía eterno y las horas parecían días. Una pregunta resonaba en mi cabeza una y otra vez: ¿debería haberme quedado a luchar...? Sin embargo, miraba a Lucas sano y salvo, y entonces me imaginaba a Daniel diciéndome que había hecho lo correcto. Aun así la casa sin ellos se me caía encima.

Cuando miro atrás en el tiempo y pienso que todo empezó con una excursión familiar...

Una dura batalla

David

Ver cómo mi madre cruzaba el portal con Lucas se me hizo muy duro. Para consolarme Drako dijo:

—Piensa que así están a salvo, además pronto volverán.

Estaba muy enfadado y quizás por eso no podía volver mis ojos a su color natural. Con el tiempo había conseguido notar cuándo cambiaban de color, y aunque no podía volverlos del color que quería, había notado que cuando me cambiaban a amarillo mi visión era mucho mejor.

Me subí en Drako y nos dirigimos hacia el castillo. No podía hundirme en mis sentimientos, tenía una guerra que librar. Al llegar a la ciudad y sin perder más tiempo me reuní con Jardany y Liyac.

Sin titubear me dirigí a Liyac y le dije:

—No sé lo que te han dicho, pero el ejército que se dirige en estos momentos hacia nosotros es muy numeroso, no sabría decirte cuántos, pero hay cuatro o quizás cinco mil, por lo menos.

Liyac me respondió:

—Barzal mandó a una avanzadilla y me dijeron que eran un par de cientos.

—Mira, Liyac, tú piensa lo que quieras, pero mi hermana y mi padre están aquí y te digo que lo que se nos viene encima es muy gordo.

Jardany intervino:

—No creo que sea el momento de pelearnos por si son una par de cientos o miles de ellos. Hay que buscar un buen plan.

Liyac dijo muy serio:

—Estoy de acuerdo, además no sé si en estos momentos me puedo fiar de Barzal, por muy hijo mío que sea.

Les dije que estaba de acuerdo y les pedí un mapa del terreno. Jardany abrió el mapa y me preguntó qué es lo que buscaba.

La verdad es que no lo sabía pero mis ancestros me habían dicho que nos pusiéramos en la llanura, y la llanura de los draquings no podía ser, ya que estaba en el lado contrario de donde venían los drows. Me quedé un rato mirando el mapa y di con lo que buscaba

—¡Ajá! —dije en voz alta—. Ya sé a qué se referían, a la llanura que hay yendo hacia el este, esa es la que hemos entrenado tantas veces.

Jardany miró el mapa sorprendido y me dijo:

—Vale ¿y de qué nos sirve esa llanura?

—Pues es muy sencillo; ahí tengo más posibilidades de actuar con Drako, y está cerca pero lejos de la ciudad, lo que nos da una cierta ventaja.

—¿Ves como si eres un buen guerrero? Di qué es lo que necesitas y lo tendrás —dijo Liyac dándome una palmada en el hombro.

—Lo primero que te voy a pedir es que no permitas que mi padre vaya, quiero que él se quede a salvo en el castillo; además así cuidara de Sofia, eso será lo que le vas a decir. Y me gustaría que Tante se quedara aquí también, no quiero que le pase nada.

Liyac vio justo lo que le pedía, pero Jardany puso una objeción; él no estaba de acuerdo en negarle a Tante que fuera a la batalla a defender a su gente. No lo veía bien pero ya hablaría más tarde con Tante. Liyac me prometió que él no obligaría a Tante a ir a la batalla, y con eso me bastaba.

—¿Cuánto tiempo tenemos para preparar a los guerreros? —me preguntó Jardany.

—Pues viendo el ritmo que llevaban, yo diría que tres o cuatro días a lo sumo.

A Jardany se le puso mala cara, como si le hubiese tirado un jarro de agua fría. Lo miré fijamente y por primera vez controlé mis ojos; los volví completamente amarillos y le dije:

—Lo vamos a conseguir, de eso que no te quedé la menor duda.

Como de costumbre Barzal interrumpió nuestra reunión, estaba enfadado porque no le habíamos avisado.

—¿Qué es lo que estáis haciendo? Vais a asustar a la gente, y no es para tanto, me he enfrentado muchas veces a un ejército parecido y con cien guerreros me ha bastado. Dijo Barzal con aire de superioridad.

—No, Barzal, con cien no bastan. Tú nos has mentido y no sé con qué intención, pero cien guerreros no durarían mucho tiempo y acabarían por tomar la ciudad —lo miré como si con una simple mirada pudiera acabar con él.

Barzal miró a su padre muy cabreado y le dijo:

—¿A quién vas a creer?

Antes de que Liyac contestara, un arquero entró y dijo muy asustado:

—Majestad, siento interrumpir, pero su esposa me ha dejado su caballo alado y he comprobado que el ejército que se dirige hacia nosotros es mayor de lo que esperábamos.

Miré a Barzal con suspicacia y le dije:

—¿Qué decías? Mira, haznos un favor, vete y deja que preparemos una buena estrategia para contraatacar.

Antes de que respondiera, Liyac le pidió a Barzal que abandonara la Gran Sala. Sin querer me salió una amplia sonrisa y Barzal me hizo un gesto que creo era sin duda una amenaza. Liyac me regañó por mi comportamiento con su hijo, agaché la cabeza y me disculpé.

Miré a Jardany y le dije:

—¿Cuántos guerreros hay preparados?

—Pues que estén preparados para combatir con drows, unos quinientos.

Me quedé pasmado.

—¿Cómo que unos quinientos? Necesitamos muchos más —le reproché a Liyac enfadado—. Necesitamos tener igualdad de guerreros si queremos ganar.

Liyac intentaba mantener la calma y me dijo:

—A ver, tenemos más de quinientos, en verdad si todos los hombres se unen a la batalla, tendremos unos cuatro mil. Eso sí, muchos son ya ancianos y otros quizás demasiado jóvenes o sencillamente no han sido preparados para ser guerreros. Por eso necesito todos incluido Tante en el frente.

Al escuchar el nombre de Tante me quedé pensativo, y si querer mi cabeza se fue al recuerdo de lo que pasó en el laberinto con Cirbian, Bostán y Tante. Comencé a mover la cabeza negando lo que estaba pasando. Me enfadé mucho y golpee la mesa.

—Lo siento pero tendremos que apañarnos con esos quinientos que sí saben; el resto tendrán que estar preparados para defender el castillo, solo por si acaso —le dije a ambos muy decepcionado.

Teníamos el mapa delante lleno de muñecos para prepararla estrategia; me recordaba un poco a los videojuegos a los que solía jugar antes en casa.

Le pedí a Jardany que reuniera a los hombres en el campo de batalla para que se familiarizaran con el terreno. A Jardany le pareció una petición rara, de hecho me dijo que lo que ellos habían hecho en ocasiones anteriores era prepararse en el patio del castillo, y que esa llanura es la que usaban para entrenar a los más jóvenes pero que después de superar las pruebas ya no volvían a entrenar más allí.

Miré a Liyac y, sin tener que decirle nada, este le pidió a Jardany que me hiciera caso; le dijo que él tenía razón, pero que nunca antes se habían enfrentado a un ejército tan numeroso, por lo menos ellos no. Sus antepasados sí habían luchado contra ejércitos aun más grandes, pero desde que los jinetes y los dragones desaparecieron...

Le agradecí la confianza que me demostraba y fui a buscar a mi padre y mi hermana, quería pasar tiempo con ellos. A pesar de haber quedado con Jardany y sus guerreros, sabía que tardarían un buen rato en llegar a la llanura de entrenamiento.

No tuve que buscar mucho, pues cuando abrí la puerta para ir en su busca, encontré allí a mi padre. Mi padre me abrazó y me preguntó:

—¿Cómo estaba tu madre? ¿Se ha ido ya con Lucas?

—Sí, se ha ido con Lucas —le dije con tristeza. Al ver cómo el dolor lo invadía lo abracé y añadí—. Pronto los tendremos aquí de nuevo.

Mi padre estaba poco hablador, supuse que era algo normal. Jardany salió poco después y le pidió a mi padre que fuera con él, íbamos a entrenar en la llanura.

Miré con sorpresa y enfado a Jardany y le dije:

—Él no va a ir, mi padre se queda con mi hermana, creía que eso había quedado claro.

—Sí, David muy claro, pero quiero que practique con el arco; eso sí, si te parece bien que tú padre este preparado —me dijo Jardany, sorprendo por mi reacción.

Me disculpé con Jardany y le pedí a mi padre que se marchara con él. Ahora tenía que encontrar a Sofía, debía hablar con ella de la batalla para ver qué había preparado.

Me dirigí a casa de Ocán pero allí no había nadie. Drako me puso ir al lago a ver si estaban allí, además tenía hambre y necesitaba estar fuerte para la batalla. Aquella me pareció una buena idea y nos fuimos al lago.

Al llegar al lago, Drako se puso a pescar y comer en seguida.

—Sí que tienes hambre —le dije mofándome un poco.

—Tú también deberías comer, para estar fuerte, no sabes cuánto durará la batalla.

—¿Sabes, Drako?, tienes razón; el problema es que no tengo tiempo. Tú sigue comiendo, nos vemos de camino a la ciudad, he visto

a Sofía y me voy caminando con ella, necesito pasar tiempo con mi hermana, ¿lo entiendes?

—No te preocupes, ve con ella, que yo me voy a hinchar —me respondió con voz burlona.

Salí corriendo tras Sofía, quería contarle mi plan y ver qué le parecía. Ella también tenía cosas que enseñarme, así que nos pusimos al día. Al contarle los pocos guerreros que tendría ante un ejército tan grande, me desanimé bastante. Sofía levantó un muro mágico ante mis ojos y me dijo;

—No sé cuánto aguantará, pero te aseguro que os protegeré a todos.

—Sofía, eres increíble, lo has conseguido en muy poco tiempo,

¡eres fantástica!

Me estuvo mostrando cómo levantaba objetos solo con mover la mano y me preguntó dónde me dirigía, cuando le dije que íbamos a estar en la llanura para que los guerreros se hicieran con el terreno quiso acompañarme, le dije que no era buena idea, así que la dejé en la ciudad y Drako me llevó a la llanura con los guerreros. Al llegar allí, Jardany estaba entrenando a los guerreros. Eran muchos pero ¿serían suficientes?

Jardany se dirigió a todos ellos y les dijo:

—Este en nuestro jinete, en la batalla nuestro rey ha dejado muy claro que tenéis que obedecerle y protegerle, diga lo que diga.

Me quedé un poco cortado, todos esperaban que les diera instrucciones y yo no había liderado un ejército en mi vida, lo más parecido fue dirigir en una clase de gimnasia un ejercicio y solo mandaba a cinco niños.

Comprobé el terreno que tenía ante mí y no lo dudé. Tenía que buscar una forma de que nuestro número pareciera más grande y lo hice, pensé que si nos formábamos en cuadrantes de diez filas cada uno tendríamos más posibilidad de resistir al enemigo.

Eso sí, yo iría en el centro con Drako y los demás a los lados, para poder ver mejor cómo se desarrollaba la batalla.

Después los puse a preparar algunas trampas en las que esperaba que cayeran muchos de los drows.

Cuando la noche avanzaba hacia nosotros ya podíamos escuchar cómo el enemigo se acercaba más y más. Miré las caras de los guerreros y pude ver el miedo en sus ojos, era terror puro.

Jardany me pidió que fuera al castillo, todos ellos estaban bien protegidos con armaduras, pero yo aún no tenía la mía. Jardany me insistió en que un buen líder siempre tenía que protegerse bien, para así poder ayudar a los suyos, y en que Ocán tenía algo para mí y para Drako. Como no tenía ganas de discutir aproveché para llevar a mi padre a la ciudad y para ver qué es lo que tenía Ocán para nosotros.

Al acercarnos a la ciudad pude ver que Sofía había conseguido levantar el muro protector y aunque no se lo diría a Ocán, parecía brillar más que el de antes.

Dejé a mi padre junto con Tante, que iba con una armadura que parecía muy pesada. Me alegre mucho de verlo, pero Tante parecía enfadado conmigo. Le pedí que guardara el enfado para después.

Me puse serio.

—Prométeme que cuidarás de mi familia.

—No te preocupes por eso, lo haré, tú cuida a los que están bajo tu mando.

Al entrar en la Gran Sala me quedé sin palabras. Ocán le había puesto una armadura completamente negra a Drako. Lo cubría desde la cabeza a las pezuñas, parecía estar hecha a medida.

Ocán me miró y dijo señalando a la mesa.

—¡Esa es tu armadura de jinete!

Era igual que la de Drako, pero, claro está, esta era a mi medida. Al principio dudé si ponérmela.

Sofía me insistió.

—Las he hecho con la ayuda de Ocán.

Al principio no la entendí pero cuando me puse la armadura lo comprendí; no pesaba nada, era totalmente articulada y eso significaba que había magia de por medio.

—Puedes manejarla con tus emociones, la armadura se vuelve parte de ti, igual que la de Drako —dijo Sofia muy entusiasmada.

No entendí muy bien qué me quería decir, aun así le di las gracias. Cuando terminé de prepararme me subí encima de Drako y le dije:

—¿Podrás volar con esta cosa puesta?

—¿No te fijaste en tus sueños? Nosotros siempre las hemos lle-

vado.

Aquello me desconcertó un poco pero no había tiempo que per-

der, decidí volver con Jardany; los drows estaban demasiado cerca de ellos y teníamos un sitio en la batalla.

Antes de irme le pregunté a Liyac por Barzal y él me dijo que no lo había visto desde la última reunión. Aquello me desconcertó, ¿entonces no sabía que Drako había atacado a Barzal?

Yo quería que estuviera en la batalla, para poder vigilarlo, pero no le podía decir eso al rey; hasta ahora había demostrado estar de mi parte, pero no podía seguir poniéndolo en esa posición con su familia.

Había llegado el momento decisivo. La batalla era una realidad y pude comprobarlo mientras volaba con Drako hacia la llanura donde estaban mis hombres; pude ver lo cerca que se encontraban los drows. Así vistos desde el cielo, era un ejército que imponía, y eso que aún estaban entre los árboles del bosque, pero la sinfonía de la guerra se palpaba en el ambiente. Quise darles ánimo a los hombres y me dirigí a ellos de la mejor forma que supe:

—Quiero que sepáis que todos estamos en la misma situación; me gustaría poder festejar dentro de poco la victoria con todos vosotros —tuve que coger aire profundamente para poder continuar—. No os voy a mentir, ellos son más grandes y más numerosos que nosotros, pero no tienen nuestra valía, ni nuestro coraje, y por supuesto no tienen a Drako. No lo olvidéis, detrás de nosotros hay una ciudad que espera que la protejamos; si alguien en algún momento duda, que recuerde por lo que luchamos. Hoy no luchamos por sobrevivir, hoy luchamos para que nuestro legado siga siendo posible, para proteger lo que es nuestro.

Al terminar mi discurso los guerreros levantaron sus espadas al cielo y soltaron un grito de guerra, la cosa estaba animada.

Jardany estaba justo a mi derecha, asintió con la cabeza indicando que había sido un buen discurso. Estaba muy nervioso, era mi primera batalla y no quería decepcionar a nadie.

No tuvimos que esperar mucho, los drows escucharon nuestros gritos y salieron hacia nosotros lanzándonos flechas en llamas. Llevaban unas extrañas armaduras, hasta juraría que se habían vuelto más feos.

—¡Cubríos! —les grité a todos.

Jardany me pidió que mandara a los jinetes de draquings para la primera oleada. Yo negué con la cabeza y di la orden de esperar. Como se había hecho de noche la batalla sería más dura, pero es lo que tocaba... Cuando estaban a pocos metros mandé a los jinetes, me subí a Drako y mientras el enemigo nos lanzaba flechas, Drako comenzó a lanzarles fuego para reducirlos.

Cayeron bastantes, aun así muchos embistieron contra mis guerreros. Le pedí a Drako volver a formación para poder ayudarles.

—¿Estás seguro, David? Ahí abajo no es seguro.

—Lo sé, pero no puedo dejarlos solos ante semejante enemigo.

Drako no estaba convencido, aun así me hizo caso. Cuando me soltó en el suelo, Drako siguió lanzándoles llamas para matar a cuantos pudiera. Desde mi posición podía ver cómo le lanzaban flechas; menos mal que llevaba una buena armadura.

Los drows estaban mezclados entre nosotros. La adrenalina del momento hizo que mis ojos se volvieran amarillos al momento, lo noté porque mi visión se había agudizado mucho más. Comencé a pelear con tantos drows como podía. La espada los cortaba como si fueran mantequilla. Podía notar cómo brotaba su sangre y aun así nada me detenía.

Cada vez que matábamos a uno de ellos se oía un alarido que aterrorizaba, pero no debíamos parar. Mis guerreros también estaban cayendo en el combate, podía ver la muerte a donde quiera que mirara. Era una escena grotesca.

Estuvimos aguantando durante horas, pero tenía que afrontar la realidad, no podíamos aguantar mucho. Tenía grandes guerreros a mí alrededor, se notaba que ya habían luchado antes con estas criaturas pero no era suficiente.

Antes de que me diera cuenta estábamos completamente mezclados y Drako no podía lanzar fuego al enemigo, no, sin quemar a alguno de los nuestros.

—¡Retirada, debéis ir a la ciudad! —grité a mis hombres.

No podía encontrar a Jardany; cuando conseguí verlo, comprobé horrorizado cómo tres drows estaban atacándole a la vez. Uno de los drows le había clavado la espada en el abdomen y la herida era grave. Salí corriendo, levanté la espada y le corté la cabeza al drow que lo atacaba en un solo movimiento, continúe con los otros luchando y conseguí sacar a Jardany de allí.

—¿No me has oído, Jardany? ¡Retirada!.

—No te puedo dejar aquí solo, dile a los hombres que se vayan, yo seguiré aquí luchando contigo.

—¡Definitivamente te has vuelto loco! Estás herido, tienes que obedecerme, te lo dijo Liyac.

Estaba muy furioso con Jardany, él no quería irse y yo no quería que él muriera, así que no había discusión.

Pedí a algunos guerreros que se lo llevaran a la ciudad y mientras los guerreros se iban a la ciudad, Drako y yo intentábamos retener a los drows, pero eran demasiados. Drako se puso a mi lado a lanzarles fuego y yo luchaba con los pocos que pasaban el fuego.

Las trampas que habíamos preparado no me servían como esperaba, ya que un drow al que no pude ver escapó de una de ellas. Se acercó por mi retaguardia y me clavó su espada por la espalda. La armadura paró un poco el golpe, pero la espada consiguió romper un poco la armadura y se me clavó la punta en el omóplato izquierdo.

El dolor del veneno en mi cuerpo fue tan grande que la espada de la luz casi se me cae de la mano. En ese momento pensé que esas criaturas tan molestas se empeñaban en ponerle veneno a todo...

Drako reaccionó en menos de un segundo, me cogió y me sacó volando de aquel lugar.

—Pero ¿se puede saber qué has hecho? Los estábamos reteniendo, ¿no lo ves? Ahora llegaran a la ciudad.

—David, estás herido, lo he notado, así que ¡se acabó! Tengo que ponerte a salvo; no te preocupes, cuando Ocán te cure volveremos para acabar con ellos.

Es cierto que me dolía mucho, pero no quería abandonar mi posición, después de esto iba a ser más difícil recuperar aquel lugar.

Capítulo 13

Sin esperanza

D

David

rako me llevó al castillo y Ocán me dio su pócima para el veneno. Ella quería que descansara, pero me negué en rotundo, le pedí ver a los heridos y ella me llevó a la Gran Sala. Cuando entré por la puerta pude ver el horror hecho realidad. Había demasiados guerreros heridos, algunos graves, y entre ellos Jardany.

Me acerqué a él, y al verle tumbado en aquella cama improvisada, mi mundo se derrumbó.

—No ha sido tu culpa y lo sabes —me dijo Drako con gran pesar.

—No digas eso, que aún está vivo.

—David, está gravemente herido y tiene veneno de drow en su organismo; lo siento, pero Jardany no es como tú.

Me negaba por completo a aceptar que Jardany fuera a morir, así que cogí la pócima que me había dado Ocán y comencé a untársela en la herida que tenía en el abdomen.

Sofia me cogió la mano y me dijo:

—Ya lo hemos intentado todo, no te sientas culpable, gracias a ti han vuelto muchos.

—Eso está muy bien pero ¿a cuántos he perdido?

—Tú no has perdido nada, pero si quieres saberlo, pregúntale a Liyac, él sabe cuántos han regresado.

Antes de que me levantara, Barzal entró por la puerta dando palmas y elogiándome con sarcasmo.

—Bravo, bravo, qué bien lo has hecho, jinete, has conseguido que mueran doscientos de los mejores guerreros que teníamos —me dijo con toda la maldad del mundo.

Yo, que no me había dado cuenta de que tenía la mano puesta en la herida de Jardany, me encendí tanto que parecía que el fuego brotaba por todo mí ser; tanto que Jardany comenzó a quejarse y al mirarle me di cuenta que le había hecho una quemadura en la herida del abdomen.

Le pedí perdón, pero no me contesto, había perdido el conocimiento de nuevo. Quizás por eso me fui en busca de Barzal sin decirle nada y le di un puñetazo en la cara.

Como era más grande que yo, se limpió la poca sangre que le salía del labio y comenzó a reírse.

Le saqué la espada de la luz y le dije:

—A vida o muerte, lucha contra mí.

Sofía salió corriendo para agarrarme.

—No lo hagas, David, por favor.

—Sabes que no puedo hacerte daño, jinete, pero esta te la guardo —me dijo Barzal con aire de superioridad.

—Has entrado buscando pelea y te la voy a dar. Has venido para regocijarte de nuestra derrota, pero ¿dónde estabas tú mientras que estos guerreros daban la vida por esta ciudad?

—Estaba aquí, junto a mi familia; no esperarías que te siguiera a ti... Si mi padre quiere ganar, que me mande a mí a luchar contra ellos y no a un niño.

—Tienes razón, aún soy un niño, y puede parecer que nos han derrotado, pero hemos reducido su ejército considerablemente. Mientras Drako me traía los observé y no calculo que queden más de mil. Y cuando vuelva a salir con Drako los voy a reducir a cenizas.

Después de decir aquello Barzal hizo un movimiento para des- armarme. Lo esquivé, pero como Sofía estaba a mi lado, Barzal la gol- peó en la cabeza. En ese momento Sofía cayó al suelo.

Ocán salió corriendo tras Sofía, miró a Barzal con recelo y le dijo:

—No tienes ni idea de lo que acabas de hacer, ahora estamos in-

defensos; acabas de dejar inconsciente a la única que mantenía el muro protector, espero que estés contento. Ella todavía no sabía cómo dejar el muro activado, insensato.

Liyac llamó a Barzal.

—¿Por qué no te vas a otro lugar? A uno en el que puedas ser útil.

Después de aquello me reprochó mi comportamiento, no tuve más remedio que pedir disculpas por mi mala cabeza.

Entre todas las voces de repente escuché una que no habría es- perado escuchar. Era la voz inconfundible de Jardany.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó algo desconcertado.

Salí corriendo, paré en seco al llegar a la cama de Jardany, miré su herida y comprobé que estaba cerrada.

—Te va a quedar una marca fea pero creo que vivirás —dijo Ocán algo desconcertada.

—No me lo puedo creer, Jardany vivirá, ¿cómo es posible? —le pregunté a Ocán.

—No lo sé, es la primera vez que veo algo así. Mirándolo bien, creo que has sido tú, cuando le has quemado es como si hubieras que- mado el veneno, quizás por eso los jinetes os curáis, porque quemáis el veneno desde el interior.

Aquella observación me pareció lógica, con el montón de cosas malas que nos estaban pasando ya era hora de tener buenas noticias. La parte mala era que Sofía seguía inconsciente. Ocán estaba probando a acercarle cosas con olor fuerte a ver si así se despertaba, pero no había respuesta. Mi padre entró y al ver a Sofía tirada en el suelo corrió a cogerla:

—¿Qué es lo que ha pasado? ¿Por qué está mi pequeña tirada en el suelo?

Liyac comenzó disculpándose y posteriormente le contó lo sucedido. Mi padre me miró furioso. En ese momento solo pude agachar la cabeza y sentirme peor de lo que ya me sentía.

Mi padre cogió a Sofía y la dejó con sumo cuidado en una de las camas. Comenzó a mirar furioso por la Gran Sala.

Me acerqué a él y le dije:

—No lo busques, Liyac lo ha echado.

—Ese Barzal, sabía que nos traería problemas. ¿Y tú? Solo te pedí una cosa, que cuidaras de ella, es lo único que te he pedido —me dijo muy enfadado.

—Lo siento, papá, me encendí y supongo que no me he controlado nada bien.

—Eso no es excusa, yo me he quedado aquí, prometiéndole a tu madre que no os pasaría nada y ahora Sofía está inconsciente.

—Lo lamento mucho, Daniel, la buena noticia es que solo le quedará un chichón, la mala es que el muro protector ha caído, por ello os sugiero que os preparéis para la llegada de los drows —dijo Ocán.

Después de escuchar a Ocán, mi padre me miró y dijo:

—Cuidate, yo debo protegerla.

Cogió a Sofía y se la llevó, supongo que a un sitio más seguro.

La cosa no podía estar peor, cogí mi espada y le pedí a Drako que se fuera con ellos, su deber ahora había cambiado, debía proteger a mi familia por encima de todo, incluido yo. Drako no quería que nos separásemos y por segunda vez me desobedeció, quedándose allí conmigo.

Jardany le pidió a Liyac que se fuera a un sitio seguro, a una de las habitaciones de la parte superior, Liyac se enfadó mucho, para él eso era una ofensa. Decía que no temía a ningún enemigo y que protegería a su pueblo con su vida.

Ocán mandó llevarse a los heridos a la parte superior del castillo, y se fue a buscar a mi padre, decía que debía proteger a su hechicera, ya que hasta ahora no lo había conseguido.

En ese momento solo me pasó una cosa por la cabeza: evitar que entraran al castillo. Miré a Drako y le dije:

—Debemos salir fuera y evitar que entren.

Drako no se opuso, así que supuse que estaba de acuerdo conmigo. Salimos a esperar a los drows.

La espera no duró mucho, ya que los drows que habían sobrevivido se dirigían hacia nosotros a toda prisa, armados, furiosos y con muchas ganas de ganar.

Comencé a pelear con los primeros que llegaron a nosotros, Drako les lanzaba fuego, pero eran demasiados para nosotros.

—Drako, lo siento mucho, has esperado mucho tiempo por mí y ahora nos van a matar antes de que cumplamos la profecía; tal vez este sea nuestro destino.

—No hagas eso, David, no te despidas, no te he esperado tanto tiempo para terminar de esta manera, no pierdas la esperanza.

Tenía cuatro drows peleando contra mí, muchos más detrás de ellos. Las fuerzas me estaban abandonando, podía notar cómo mi fuego interno se apagaba.

De repente comenzaron a lanzar flechas hacia nosotros y pensé que era mi final, y me dejé apagar por completo; solo era un chico luchando contra drows. Pero antes de rendirme por completo vi que las flechas iban dirigidas contra ellos. Miré hacia arriba y comprobé sorprendido que era mi padre.

Él estaba solo, con su arco, disparando a todos los drows que se acercaban a mí y me gritó:

—¡No te rindas, lucha, que aún podemos vencer! ¡Tu madre nos espera a todos!

Aquellas palabras me dieron fuerza y seguí luchando, seguí hiriendo a tantos drows como podía, pero solo les hería y me tenían acorralado. Drako les dio con la cola para quitármelos de encima.

—Seguiremos luchando hasta el final, eso no lo dudes, pero será hasta su final y no el nuestro.

—Siento mucho haberme desanimado tanto, Drako.

—Bueno, dejemos las disculpas para cuando hayamos matado a todos estos seres. ¿Qué te parece?

—Me parece una gran idea.

Seguimos luchando y durante un buen rato estábamos solos, pero, en cuanto despejemos un poco la entrada, comenzaron a salir guerreros que se pusieron a mí lado luchando contra los drows.

Tante se puso a mí lado y comenzamos a luchar codo con codo. No me gustaba que Tante estuviera allí pero tenía que reconocer que peleaba bastante bien. Ya apenas me quedaban fuerzas y si los drows acababan conmigo, entrarían al castillo y matarían a toda la gente, así que por primera vez comprendí, que ante un peligro tan grande era normal que quisieran dar su vida por su ciudad.

Liyac también salió a luchar, todos estábamos dando lo mejor de nosotros para terminar con aquella intrusión en nuestro hogar.

La pelea comenzaba a ser más justa, todos dejábamos a Drako que lanzara fuego por una de las zonas, procurando no ponernos delante de él para no entorpecerle.

Cuando apenas quedaban drows, Barzal hizo acto de presencia. Le lancé una mirada de repulsión y rencor que no pasó desapercibida, pero ni siquiera me miró; Barzal estaba mirando a Liyac con demasiado interés.

Fue entonces cuando vi cómo seis drows se abalanzaban sobre Liyac y al mirar a Barzal comprobé que ni se inmutó. Fue entonces cuando lo comprendí: Barzal quería que Liyac muriera para ser el nuevo rey.

Salí corriendo para ayudar a Liyac, pero la lucha no fue fácil. Estaban demasiado cerca, Liyac seguía luchando y nuestras espadas se cruzaron varias veces. Entonces le grité:

—Liyac, espalda con espalda y acabamos con ellos.

Liyac lo entendió y confiando en mí se dio la vuelta y luchó con los que tenía delante de él, en ese momento me puse detrás de él y luché contra los de su espalda acabando rápidamente con ellos; parecía como si lo hubiéramos ensayado antes.

Aquello me costó la poca energía que me quedaba y mi espada dejó de brillar, quizás por eso pasó lo que pasó.

Barzal se había acercado a nosotros mientras luchábamos con los drows, se puso a mi lado, cosa que no me gustó, pero en un principio parecía estar luchando con nosotros.

Cuando habíamos terminado con los drows, Barzal aprovechó que nos relajamos un poco. Sacó una daga y se la clavó a Liyac ante mi mirada incrédula, luego tiró de la daga sacándosela para que se desangrara antes, supongo. Por suerte, mi padre también lo vio y le disparó una flecha desde su posición, pero falló y se le clavó en el hombro. Barzal después de aquello salió corriendo como un cobarde. Al poco rato los drows se fueron también.

No lo podía entender, tenía mil preguntas en la cabeza. Pero mi prioridad en este momento era salvar a Liyac. No podía cogerlo, pesaba demasiado para mí. Intenté encenderme y no lo conseguía, las fuerzas me fallaban.

Liyac está tirado en el suelo y la sangre brotaba por su cuello. La histeria me podía, me quité la armadura y me arranqué la manga de la camiseta para presionar su herida con fuerza.

—Por favor, no hables, guarda energía —dije a Liyac.

Tenía los ojos abiertos y estaba sufriendo mucho; pude ver en sus ojos que él tampoco se esperaba una traición tan grande. Me puse a pedir ayuda, pero los guerreros miraban horrorizados a Liyac, tirado en el suelo.

—Tante, por favor, corre, trae a Ocán.

—David, es inútil, ¿no ves la herida que tiene?

—Tu tráetela, por favor. Llama a Amara, a Leisha, tráete a Sofia. Ayúdame —le pedí entre sollozos.

Mi padre que había visto la traición, vino corriendo hasta nuestra posición, me agarró la mano y me dijo:

—¿No puedes quemarle la herida?

Con las lágrimas brotando por mis ojos y con el corazón en un puño le dije:

puedo. Liyac.

—Lo he intentado, pero no tengo fuerzas, papá. Lo siento, no

Amara salió corriendo, se tiró al suelo y se abrazó llorando a

—¿Dónde está Ocán? —pregunté a Amara.

En seguida Ocán se presentó con Sofía, que ya se había desper-

tado. Sofía venía agarrándose la cabeza, y cuando vio a Liyac, rompió a llorar.

Ocán la miró y dijo:

—Ahora debes curarlo y te voy a enseñar. Le cogió las manos a Sofía y le pidió que las pusiera en la herida. Ocán traía el agua que yo había traído del lago de los drows y le echó un poco en la herida.

Contuve mi aliento y finalmente Liyac cerró los ojos por completo. Aquello me puso demasiado nervioso y comencé a gritarle a Ocán:

—¿Qué le pasa? ¿Se va poner bien?

—No le sé, David. La daga estaba envenenada. Intento salvarlo, ahora debemos llevarlo dentro y esperar.

La espera me mataba, habían pasado demasiadas cosas, Jardany estaba herido, pero ya estaba fuera de peligro, y Liyac no se sabía si sobreviviría o no.

Me fui a la Sala de la Sabiduría para ver si encontraba algo que pudiera ayudar a Liyac; Leisha y Sofía quisieron acompañarme y les dije que sí, que cualquier ayuda me vendría bien.

Después de mirar demasiados libros comencé a enfadarme y tiré varios al suelo. Allí no había nada que me sirviera y no podía aceptar el no hacer nada, tenía que haber algo para salvarlo.

Entonces Leisha, que estaba en la parte superior de la Gran Sala, me gritó:

—Eres idiota, yo también estoy preocupada; es mi padre, por si lo has olvidado.

Me sentí fatal por eso y me disculpé con ella. Leisha comenzó a llorar, y entre lágrimas dijo:

—Puede que haya una cura, sería peligroso, pero es una opción.

—Dime qué es y lo haré, sabes que lo haré.

—Es un simurgh.

—¿Y qué es eso?

Antes de que Leisha me respondiera Sofia la interrumpió:

—Leisha, esa no es una opción y además no sabes si saldrá bien.

Leisha ignora a Sofia y siguió diciéndome:

—Es un ave rapaz gigante. Ella sabe curar y tiene el don de la palabra ¡es muy sabia!

—Leisha, dime dónde vive. Cogeré a Drako y volveremos antes

de que nadie se dé cuenta.

Sofia intentó convencerme para que olvidara aquella idea, pero no logró nada, había perdido demasiadas vidas y no estaba dispuesto a perder otra más.

Sofia no atendía a razones y se marchó, Leisha y yo nos quedamos preparando el nuevo plan para salvar a Liyac.

Arreglando las cosas

Sofia

Todo lo que habíamos planeado salió mal, lo supe en el momento en el que Ocán me decía una y otra vez:

—Despierta, por favor, te necesitamos: los drows nos han invadido.

Me costó mucho despertarme y cuando abrí los ojos tenía un dolor de cabeza horrible.

—¿Qué es lo que ha pasado? —le pregunté a Ocán.

—Pues muchas cosas, pero ahora no hay tiempo. Barzal ha herido de gravedad a Liyac y debemos ir corriendo para intentar salvarlo.

Ocán me agarró de la mano, me llevaba a toda prisa hacia la entrada del castillo, al salir a la puerta comprendí lo que me había dicho. Liyac estaba en el suelo y mi hermano le estaba presionando una herida muy cerca del cuello. En el suelo había un gran charco de

sangre. Ocán me cogió la mano y me dijo que se la pusiera encima de la herida, en ese momento y a pesar de lo mucho que me dolía la cabeza, lo comprendí; ella quería que hiciera un hechizo para evitar que le saliera más sangre.

Puse mi mano en la herida e hice el hechizo. No era de los más complicados que había practicado, lo que hizo que me saliera bastante bien.

—Por los poderes de la madre naturaleza, pido a mis ancestros que me ayuden a preservar la vida dentro de este cuerpo y que por ello cierren la herida causada.

Aquellas palabras más el agua mágica que Ocán derramó con sumo cuidado sobre la herida, hicieron que Liyac dejara de sangrar; no obstante la herida no se cerraba.

Después Ocán me pidió que volviera a levantar el muro protector, pensé que me costaría, pero no fue así. Ocán me pidió más cosas, como que ayudara a reconstruir las ruinas en las que había quedado gran parte de la ciudad. No quería negarme, pero solo podía pensar en mi madre.

Ocán me miró con astucia y dijo:

—Habrá tiempo de eso después; no querrás que vea esto como está ahora, ella no lo comprendería.

—Pues no, supongo que se llevaría un buen susto y se preocuparía por algo que ya ha sucedido.

Ayudé a apagar los incendios causados por Drako, que no fue tarea fácil, ya que el humo hacía que la cabeza me doliera aún más. Al cabo de un rato Leisha me llamó, decía que David iba a la Gran Sala en busca de algo que pudiera ayudar a su padre y pensé que debía echarles una mano, así que me fui con ellos.

Leisha encontró una solución que no me gustaba nada. Intenté convencer a David que no fuera, pero como no atendían a razones me marché y los dejé que hicieran sus planes, pero decidí contárselo a Ocán; seguro que a ella se le ocurría una buena idea para detenerlos.

La noche se nos echaba encima de nuevo y mi padre vino en mi busca.

—Sofía, tienes que abrir el portal, tenemos que ir a por tu madre; seguro que está muy preocupada.

Le di toda la razón a mi padre y le conté lo que me había dicho

Ocán.

Él me dijo:

—Ese punto de vista no es malo, pero Ocán no conoce a tu ma-

dre, ella es más fuerte de lo que esta gente se cree. Y sé con certeza que cuando vea que estamos bien, lo demás pasara a un segundo plano.

Cogí a Ciba y me fui a abrir el portal, algo que no me llevó demasiado tiempo. Cuando lo conseguí abrir, lo crucé con Ciba, no sé en qué pensaba, bueno si, en llegar rápido a mi casa.

Como era de noche Ciba sería casi imperceptible para las personas, así que le pedí que volara hasta mi casa. Como no sabía dónde vivo, tuve que guiarla todo el rato.

No tardamos mucho en llegar a casa. Después la dejé a buen recaudo para que nadie la viera, la metí en la cochera de casa. Salí corriendo por las escaleras y toqué con entusiasmo la puerta. Mi madre la abrió desconcertada, por la forma de tocar. Cuando me vio, arrancó a llorar y me abrazó fuertemente:

—Dime que todos estáis bien —me dijo mamá entre sollozos.

Antes de poder contestarle, Lucas salió de la nada gritando:

—¡Sofía, Sofía! —y nos fundimos en un gran abrazo.

Aquello me derrumbó un poco, contuve mis lágrimas y le dije a mamá:

—Estamos bien, pero..., no te asustes, no todos hemos salido bien parados. Liyac ha sido gravemente herido y ahora Leisha quiere que David y Drako arriesguen sus vidas, y tal vez sea en vano.

A mi madre le cambiaba la cara a medida que me escuchaba. Después de un largo rato en silencio, miró a Lucas y me dijo:

—Ayúdame a preparar las cosas, nos vamos contigo...

La última esperanza

David

Después de la conversación con Leisha decidí intentar lo del simurgh y fui a hablar con Drako.

Antes de partir Ocán me cogió desprevenido y dijo:

—Debes ir a despedirte de él, por lo que pueda pasar, o no te lo perdonarás nunca.

Pensé que estaba hablando de Liyac y sin preguntarle nada me fui a su habitación a despedirme. Al verle en la cama sin apenas un atisbo de vida me enfurecí bastante, me senté junto a él y miré la herida que tenía cerca del cuello. No parecía gran cosa a simple vista, aunque sabía de sobra que la profundidad a la que Barzal le clavó la daga era muy importante.

—Sé que quizás no puedas oírme; he venido a despedirme por- que voy a emprender un camino que no sé si tendrá retorno —las lá- grimas brotaban por mis ojos con tanta facilidad que apenas podía ver bien. Cogí aire y resople—. No es justo, tenía que haberlo impedido, sabía que Barzal no era trigo limpio y aun así, permití que se te acer- cara. Te juro que jamás hubiera imaginado que él sería capaz de esto, pero no temas lo voy a arreglar.

Antes de irme, le destapé la herida y puse mi mano encima. In- tenté encenderme para ver si lo podía curar, al igual que curé a Jardany, pero mi fuego interno no quería salir. Amara entró en la habitación y se quedó mirándome, en silencio. Ella se dio cuenta de que había estado llorando, extrañamente no me importó.

—David, sé que estás furioso, y cuando Barzal vuelva será cas- tigo, pero debemos intentar comprenderlo, te juro que él no es así....

Estaba alucinando, de verdad. Amara estaba defendiendo a Bar- zal; ya sabía que era su hijo, pero... Aquello hizo que toda mi rabia contenida saliera hacia fuera y sin darme cuenta quemé a Liyac. Lo supe porque se quejó, entonces aparté mi mano y vi que le había dejado la marca de mi mano en su cuello. Con incredulidad miré a Amara y tuve que contestarle:

—Amara, lamento mucho que pienses así, solo quiero que sepas que aunque me veas como un rival, no lo soy. Respecto a Barzal, ten por seguro que si se le ocurre volver...

Intenté aguantarme al ver la cara de sufrimiento de Amara, pero la rabia era demasiado para mí, tenía que desahogarme del todo o acabaría explotando.

En ese momento entró Leisha y me dijo:

—David, por favor, ella no tiene la culpa. El miedo se podía ver en sus tiernos ojos.

Miré al suelo y casi sin voz le dije:

—Lo siento, Amara, pero si Barzal vuelve tendré que matarlo; no cometeré el mismo error dos veces, puedes estar segura.

Leisha abrazó a Amara y le dijo:

—Debes entendernos, mamá, no quiero que sufras pero yo tampoco quiero que Barzal vuelva.

Pensé que era el momento de dejarlas solas, así que me levanté y sin decir nada miré a Leisha, me despedí de ella y me fui.

Salí de allí decidido a irme con Drako y buscar a aquella ave legendaria, simurgh, pero cuando estábamos casi a la entrada de la ciudad, me pareció ver a mi madre y a Lucas. Me puse a correr en su busca y sin preguntarles nada los abracé como si fuera la primera vez que los veía.

Mamá se emocionó tanto que no podía ni hablar; Lucas, por el contrario, no se callaba, me hizo mil preguntas, y como no paraba de hablar, no me dejaba contestarle. Mi padre, que también estaba allí, me dijo con el ceño fruncido:

—¡Tenemos que hablar!, sé que estás preocupado por Liyac, pero lo que me ha contado Sofía... Bueno, no creo que esa sea la solución, no es lo mejor para ti.

Aquellas palabras me dejaron consternado, sabía lo que me iban a decir, sabía que quizás no estaba haciendo lo mejor, sí pero lo mejor para mí. ¿Acaso eso no debía decidirlo yo?

Drako tampoco lo veía una buena idea, y eso que a la hora de cazar nunca ponía pegas.

—Esto es totalmente diferente; no vamos a cazarlo y esa es la parte que no me gusta nada —me reclamó Drako con gran recelo.

—Se supone que él nos ayudará a curar a Liyac. Si te dejo que lo caces, a lo mejor se enfada y ya no nos ayuda. Además es muy listo, no creo que puedas cazarlo.

—Ya sé que es muy astuto, por eso debemos darle caza, o si no, nos dará caza el simurgh a nosotros.

—Vale, Drako, tú ganas, intentaremos ir por las buenas y si algo te parece raro, pues intentaremos cazarlo; eso sí, lo necesitamos vivo. Ahora lo primero es esquivar a mi familia, sé que Sofía se lo ha contado todo y por lo que me ha dicho mi padre, no creo que nos apoyen, así que tendremos que salir a hurtadillas cuando todos estén dormidos.

Estuvimos toda la tarde con los preparativos de la escapada; el problema era que Sofía no nos quitaba ojo de encima, mi hermana era más perspicaz de lo que aparentaba. Con el poco tiempo que llevábamos en este mundo, ella había aprendido demasiado rápido de Ocán, creo que en estos duros momentos ninguna se fiaba de mí, tal vez era porque había demostrado en ocasiones anteriores que podía ser muy cabezota.

Al caer la noche los guerreros esperaban que en el castillo se hiciera una fiesta porque habíamos ganado la batalla; yo no estaba para fiestas, en mi cabeza solo había una cosa, salvar a Liyac. Tante estaba muy contento por haberse enfrentado a los drows y haber sobrevivido para contarlo, de hecho estaba demasiado excitado.

—David, ¿no crees que eres demasiado duro con Tante? —me reprochó Jardany, aún dolorido.

—Y tú ¿no crees que deberían dejar los festejos para cuando Liyac esté curado?

—Tienes que entender que nuestras costumbres no siempre te van a gustar; si Liyac estuviera bien, te diría lo mismo que yo. Además hasta que el rey no se recupere o, por el contrario muera, los nuestros no podrán ser despedidos debidamente.

—Tú lo has dicho ¡si Liyac estuviera bien! Pero como está inconsciente, no me apetece ir de fiesta, además tengo cosas que hacer.

Dejé a Jardany con la palabra en la boca y me fui a la parte más alta del castillo. Solo quería estar con Drako. ¿Acaso todos estaban equivocados? En el momento que comencé a hacerme esa pregunta, caí en la cuenta de que debería irme ya, antes de cambiar de opinión.

Lo que más miedo me daba era que si Liyac moría yo pasaría a ser rey, y sinceramente no estaba preparado en absoluto. Por ahora solo quería ser un chico normal, o un jinete que esta aprendiendo. Finalmente hicieron la fiesta, para agradecer a los ancestros que habíamos sobrevivido a la batalla.

Ocán le pidió a Sofía que presidiera la mesa, tenía que agradecerles a los ancestros su ayuda. A mí me venía de perlas, así que animé a Sofía y le pedí a Leisha que no le quitara ojo. Le conté lo que me proponía y le pareció buena idea.

Me quedé con Drako hablando hasta que la música acabó, que fue ya bien entrada la madrugada. Decidimos salir volando, intentando no hacer ruido. Varios guardias nos vieron, pero no nos dijeron nada. Nos dirigimos a las montañas de los grifos. Según me había dicho Leisha, el simurgh se encontraba justo detrás, en una cadena de montañas a las que llamaban Los colmillos, al parecer el nombre venía por su forma afilada y sus altos picos.

Drako se pasó todo el camino muy callado, creo que porque quizás le aterraba un poco aquella ave. A mí personalmente, por el dibujo que me había mostrado Leisha, me parecía un ave preciosa.

En el dibujo, su plumaje tenía unas tonalidades pardas de llamativos tonos verdes y dorados, con una cola larga y plumosa.

—Sí, es así de bonita, tal y como te la estas imaginando, pero lo que no te imaginas es que es un ave embustera, que ha matado a muchos de los míos; por ese motivo esta absurda aventura no me gusta nada —dijo Drako muy preocupado.

—A lo mejor deberíamos de llevarle un presente. ¿Qué le gusta comer al simurgh?

—¿Quieres decir aparte de dragones y humanos? Supongo que se lo come todo, quizás podemos llevar con nosotros un draquíng.

—No sé si podría coger a un draquíng, y más después de lo que Valor hizo por mí.

—David, me parece honorable que no quieras sacrificar a un draquíng, pero si no llevamos algo, puede que nosotros seamos su comida.

Estuve pensando un buen rato y cuando Drako me regañó por tardar en decidirme, tuve que darle la razón. El plan de Drako era poner un cebo y cazarla desprevenida; a mí no me gustaba la idea de utilizar un draquíng, pero no podía fallarle a Liyac. Nos desviamos un poco y Drako cogió a un draquíng que vimos rezagado del grupo; supuse que podía estar enfermo o herido. Quizás necesitaba pensar que lo que hacía no era tan malo como yo sentía que era.

Drako intentaba desanimarme mandándome diversas visiones de dragones contra simurgh. A los dragones no siempre les iba bien, así que después de unas cuantas, le pedí que parara.

—¿Quieres que me asuste? Porque, si es eso lo que quieres, lo vas a conseguir.

—No, David, no quiero que te asustes, quiero que te prepares, lo que vamos a hacer es muy arriesgado; por si no lo sabes esos eran dragones adultos, yo aún no he llegado a mi plenitud...

Aquello me dejó pensativo, si esos dragones eran adultos, ¿cuánto media el simurgh? En las visiones eran tan grandes como los dragones, y en algunas ocasiones más grandes que ellos.

Los colmillos

David

A medida que nos acercábamos a aquellas montañas, iba comprendiendo su nombre. Eran una cadena de montañas tan altas que se perdían entre las nubes.

—El simurgh estará en lo más alto de la cima, y lo más seguro es que ya sepa que estamos aquí.

—Vale, Drako, y dime ¿cuál es tu plan?

—Yo por mí le lanzaba una gran llama de fuego y lo abrasaba, pero como sé que lo necesitas vivo, supongo que buscaremos un buen sitio para dejar al draquíng, tú te escondes y yo lo atraigo hasta tu posición ¿Qué te parece mi plan?

—No me gusta mucho que tú hagas de cebo, debes prometerme que si algo sale mal te pondrás a salvo.

No tardamos mucho en encontrar un lugar donde dejar al draquíng, era más o menos llano, estaba cerca de la cima de la primera montaña que encontramos y tenía una pequeña cueva en la que me podía esconder. El único problema era que el corazón parecía que se me iba a salir y eso tenía muy nervioso a Drako.

—Deberías controlar tu miedo. Si no estás seguro deberíamos dar la vuelta, nadie se atreverá a reprocharte nada.

Me quedé un rato callado asimilando lo que me había dicho Drako, sus palabras se me clavaban como cuchillos. En mi cabeza resonaba una frase, no soy un cobarde, debería ser capaz de decírselo a Drako, pero el simple hecho de que mi propio dragón no confiara en mí, hacía que me lo replanteara absolutamente todo. Intenté respirar despacito, como me había enseñado Ocán y le respondí a Drako desde mi corazón:

—Si te refieres a que nos vayamos como cobardes, te equivocas y me ofende que pienses así de mí. No pienso dejar morir a Liyac, lo de venir aquí no ha sido por hacer una tontería ha sido porque pienso de verdad que podemos salvarlo y si no quieres ayudarme puedes irte, no te lo reprocharé, te lo prometo.

—No pienso dejarte solo con esa criatura, no pensaba lo que decía, solo te quería poner a prueba para lo que vamos a hacer. Te prometo que no te diré más tonterías. Me has dejado clara tu postura, jinete.

Drako nos soltó en aquella pequeña llanura que estaba casi en la cima y se fue volando para buscar al simurgh. Me acerqué al draquíng, supongo que para disculparme, lo miré a los ojos y le dije:

—Sé que me puedes entender, quiero que sepas que hago esto con todo el dolor de mi corazón. Conozco a tu alfa y gracias a él pude

terminar con éxito la última prueba que hice; es más si no hubiera sido por él yo hoy no estaría aquí, le debo mi vida.

Aquella majestuosa criatura agachó su cabeza hacia mí. Era como si quiera decirme algo. Lo acaricié de la misma manera que acariciaba a Drako. Después de un breve momento se fue y se puso justo en el medio del pequeño llano, agachó sus patas y se tumbó. Era como si supiera cuál era el papel que tenía en esta aventura.

Drako no tardó mucho en aparecer sobrevolándonos, justo detrás de él pude ver asombrado al simurgh. Era, por lo menos, el doble de grande que Drako y sus colores eran aún más bonitos que los que había visto en el libro.

—¿Qué hago, Drako?

—No hagas nada, tú métete en la cueva, voy a ver si consigo que se fije en el draquíng.

Me fui a aquella pequeña cueva, desde allí no conseguí ver gran cosa, había demasiada maleza que no me dejaba ver nada. Lo que sí podía era escuchar los bramidos del simurgh, a Drako lo estaban volviendo loco.

—David estoy esforzándome mucho por no quemar a este pelmazo, ¿de verdad no puedo quemarlo aunque sea un poco?

—Drako, tú aguanta un poco, creo que tu plan no funciona del todo, voy a salir para que el simurgh me vea.

—¡Estás loco! Como se te acerque no respondo de lo que le suceda, así que ten cuidado.

A veces Drako se enfurecía demasiado y esta era una de esas veces. Salí de la cueva, me puse junto al draquíng, levanté mi espada desafiante y grité:

—¿Por qué no vienes a por mí? Te aseguro que soy más interesante —estuve un rato buscándolos, no podía verlos, la desesperación se apoderaba de mí—. ¡Te estoy esperando! —grité a pleno pulmón.

Justo al gritarle aquello la tierra tembló detrás de mí, y al darme la vuelta pude ver de cerca a aquella criatura. La verdad es que me dejó sin palabras.

—¡Yo sí que llevo tiempo esperándote! No te haces una idea; dime ¿por qué has venido? —dijo el simurgh sin quitarme la vista de encima.

Antes de que pudiera contestarle Drako se plantó justo a mi lado. Estaba muy nervioso, su postura era de ataque.

Con voz firme le dije:

—Hemos venido hasta aquí porque necesito tu ayuda, mi rey está malherido y he leído que tú puedes curarlo.

—Tal vez no quiera.

—Pero ¡hemos venido hasta aquí y te he traído un presente!

El simurgh miró al draquíng con muy poco interés.

—¿Qué quieres? Si es algo que esté en mi mano te lo traeré, te lo prometo.

—Lo que quiero y lo que necesito son dos cosas diferentes. Creo que voy a darte esa cura que tanto quieres, sin embargo debes saber que eso es hacer trampa.

—¿Y qué significa eso?

—Verás, si le das la cura a ese rey tuyo, se curará, lo malo es que si su destino es morir y tú lo salvas tendrá consecuencias. Cuando utilizas magia contra el destino siempre pagas un alto precio, por eso te voy a dar la cura. ¡Me interesa ver cómo acaba esta historia!

Lo que me estaba diciendo el simurgh no tenía sentido, si tenía un alto precio ¿por qué me daba la cura?

El simurgh se fue volando, se dirigió a la montaña del grifo y no tardó mucho rato en volver; cuando lo hizo llevaba un puñado de flores azules en el pico.

—¿De verdad estás dispuesto a pagar el precio?

Pensé en Liyac y asentí con la cabeza, finalmente dije:

—Sí, pagaré lo que sea.

El simurgh lanzó las flores al aire, abrió el pico y se las comió todas, espero un rato y luego regurgito una bola asquerosa.

—Cógelo —me dijo señalando aquella bola pringosa.

Me acerqué y en el momento de coger la bola pensé:

—Ojalá hubiera traído guantes. Era muy viscosa.

Drako me dijo:

—No te fíes, David.

Miré al simurgh y le dije:

—Antes de irme necesito que me digas cuál va a ser el precio que debo pagar.

—No has comprendido nada de lo que te he explicado. Solo te puedo decir que pronto nos veremos.

Me quedé de piedra, no sabía qué hacer, cogí la bola y la metí en la mochila. Me subí en Drako, le di las gracias al simurgh y cuando nos disponíamos a irnos me dijo:

—Estoy deseando volver a veros, sé que será pronto y entonces

me contarás cuál ha sido el precio que has pagado. Hasta pronto, jinete.

Drako salió volando, pero por el camino las palabras del simurgh resonaban en mi cabeza. Llevaba la cura sí, el problema ahora era que no sabía si debía usarla o no...

La decisión más dura

David

El día había sido duro, la vuelta fue aún más que la partida. Una vez más la noche se nos echaba encima. Al llegar al castillo Sofia estaba en la entrada esperándonos con cara de pocos amigos.

—Por fin volvéis. ¿Sabes lo preocupada que me habéis tenido?

—Lo siento, Sofia, pero ahora no tengo tiempo, debo ir a ver a

Liyac.

Aparté a Sofia con la mano y entré a toda prisa, dirigiéndome

a la habitación de Liyac. Cuando llegué Leisha, Amara, Nalo, Llinu, Ocán e incluso Jardany estaban allí, cerca de Liyac.

—¿A habido algún cambio? —les pregunté de forma apresurada.

—Lo siento mucho, jinete, mucho me temo que no podemos hacer más que esperar que Liyac sea lo suficiente fuerte —me dijo Ocán con voz cansada.

Leisha me miró con esperanza, asentí con la cabeza y de sus ojos brotaban lágrimas de alivio.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —preguntó Amara.

—Lo que pasa es que he ido con Drako por una cura para Liyac, la tengo justo aquí en la mochila.

—¿Qué has hecho, jinete? —dijo Ocán preocupada.

—Me la ha dado el simurgh. Esto debe de curarlo, tú sabrás como dárselo.

—Pero ¿te la ha dado sin más? —dijo Ocán preocupada.

—Yo solo sé que me la ha dado y que se va curar. Dásela si quieres, yo no puedo hacer más — le dije con voz seca.

No quise quedarme para ver cómo se lo suministraba, por eso salí buscando a Drako y nos fuimos al lago; se había ganado unos buenos peces de luna.

Como hacía buena temperatura, después de pescar y comernos un montón de peces nos tumbamos en la arena y nos quedamos dormidos. Hacía mucho tiempo que no descansaba tan bien, se notó que Drako tampoco había descansado demasiado, ya que aquella noche no me llevó a ningún sitio. No sabría decir cuánto dormimos, lo que me despertó fue el calor del sol dándome en la cara.

—Drako ¿cuánto hemos dormido?

—Lo suficiente, porque estoy nuevo.

Antes de que pudiéramos seguir hablando Jardany apareció corriendo sobre su draquíng.

—Llevo buscándoos mucho rato. No lo sabéis, ¿verdad?

Creo que mi cara de sorpresa lo decía claro.

—Liyac ha despertado y está muy bien. Ocán le dio anoche lo que trajiste y se ha recuperado —me dijo muy entusiasmado.

Esperaba que aquello me dejara sin preocupaciones, lo raro era que después de escuchar a Jardany decir aquello, las palabras del simurgh comenzaron a pesar demasiado...

Jardany me pidió que me apresurara, el rey quería vernos, mire a Drako preocupado y le dije:

—¿Cuál será el precio que debo pagar?

—Ahora sí te importa el precio...; eso debías haberlo pensado antes. Tú rey te espera y nuestro destino quizás ha cambiado por todo esto.

Drako estaba siendo muy duro, me alegraba mucho por que Li- yac estuviera bien, es solo que un gran vacío se quedó en mi interior.

Al llegar al castillo había muchos guerreros aclamándonos; por lo visto Ocán había contado a todo el mundo lo que habíamos hecho para salvar a Liyac. Cuando me acerqué a ella dijo:

—Algo en ti ha cambiado, lo advertí desde el momento en que Barzal nos traicionó, y ahora que has vuelto, puedo notarlo aún más.

No supe que contestarle, quizás por eso me fui junto a mi familia. Poco después salió Liyac y comenzó la ceremonia para despedir a los guerreros perdidos en la batalla.

Liyac dijo muy conmovido al ver la pira funeraria que se había preparado para quemar a los guerreros perdidos; estos hombres han dado sus vidas para que hoy podamos seguir aquí, debemos también agradecer a Drako y David que nos hayan protegido sin darse por vencidos ni un solo momento.

La gente se puso a aplaudir y no pude soportarlo, para mí era algo demasiado doloroso, por ello les dije a mis padres; necesito descansar un tiempo del mundo de Sir, me gustaría irme, quedarme en casa y poder descansar antes de seguir con los entrenamientos.

Mi padre se quedó muy sorprendido y mi madre se puso muy contenta, contenta y aliviada, si eso es lo que quieres no seré yo quien te lo niegue, además después de todo lo sucedido te lo has ganado.

Justo después de la ceremonia, me despedí de Drako y le dije que pronto nos volveríamos a ver.

Alianzas

Drako

Por fin estábamos rumbo a nuestro destino. Aun así, mi jinete me tenía muy preocupado; desde que salvó a Liyac no había vuelto a ser el mismo. Yo como dragón quizás no podría llegar a entender el alma humana del todo, pero esa no era excusa para que David se hubiese ido a la Tierra después de lo que habíamos vivido juntos. Aquel abandono me llevaba a preguntarme si quizás, solo quizás, le había encontrado demasiado pronto. Él ya no era un niño y el hecho de que ya supiera de mi existencia y la de este mundo no parecía ser suficiente para él. Los acontecimientos han sido muy duros, pero lo último que le dije es que todo salió bien y eso es lo que importa, ¿o no?

David me dijo con gran pesar:

—Drako, no sabes nada, desde que di la cura a Ocán siento un gran vacío en el estómago, es como si hubiera hecho algo malo.

Después de aquellas horribles palabras, preparó sus cosas y se fue prácticamente sin despedirse. Antes de partir pidió a Jardany que dejara que Tante fuera con ellos. Quedé esperando que le dijera que no, pero aquel ingrato humano le dijo que sí, que no había problema, que merecían un descanso.

«¡Un descanso! ¿De qué, de mí?». Estaba muy preocupado, pero sobre todo furioso. Hablé con mis ancestros y a ninguno le había sucedido nada parecido a lo que nos había pasado. Ocán se acercó y me dijo —Sé que te duele ver cómo se marcha, pero confía en que pronto volverá. ¡Ya lo verás! —su tono era demasiado amable.

No podía parar de negar con la cabeza. Alcé el vuelo y me fui haciendo mucho ruido para que David pudiera sentir mi dolor y de algún modo cambiara de opinión...

Aun así, se fue por el portal sin importarle nada.

Capítulo 14

Negando las cosas

D

David

Después de despedir a todos los hombres que perdieron su vida luchando bajo mi mando, fue un duro golpe ver la pira funeraria con todos los restos que habían sido previamente

liados en sábanas blancas. Ocán pidió a Drako que lanzara su fuego para así devolver sus almas a la madre naturaleza. Para ellos era algo muy importante volver a contar con el fuego purificador de un dragón.

Ocán me dijo que pudo sentir un cambio en mí desde la traición de Barzal. Desde ese momento supe que tenía que irme de este mundo, no quería que Drako se volviera malo por mi culpa, había leído mucho sobre dragones que se habían vuelto malos por culpa de sus jinetes y Drako no merecía eso; ni él ni ninguna de estas personas. Pero no quería estar solo y no se lo podía contar a nadie de mi familia. Desde que Sofía se había convertido en mi hechicera era un poco pelmazo con eso del bien y del mal, quizás por ello pedí a Jardany que dejara que Tante viniera a la Tierra conmigo.

Debió ver lo hecho polvo que estaba y dejó sin poner excusas que Tante viniera. A mis padres no les había preguntado, pero después de todo lo sucedido sabía que me dejarían y no me equivoqué en ab-

soluto. Cuando Sofía se enteró se enfadó mucho, pues ella también quería que Leisha viniera a casa, pero Amara dijo que no, que cuando pasara algo de tiempo.

Aunque salvé a Liyac, Amara no volvió a mirarme como lo hacía antes. Desde que me despedí de ella para ir por la cura, en su mirada solo vi temor.

«¿Quizás ya no era un buen jinete? Tal vez lo que hizo Barzal me cambió. ¿O no?».

Tante estaba muy entusiasmado con la idea de venir a mi mundo.

—No es para tanto, te lo aseguro, igual hasta te aburres. Además, si Jardany comprueba que no seguimos entrenando, no tardará en aparecer y cambiarnos el verano.

—Lo de entrenar me da igual. Es más, no concibo un día sin entrenamiento David, pero ver dónde te has criado y cómo te has vuelto, me intriga mucho.

—Pues mucho me temo que te voy a decepcionar. Eso sí, te enseñaré un par de juegos de guerra que tengo para la *play*.

—No sé qué es, pero me apunto. A eso y a todas las ricas comidas de las que os he oído hablar —me dijo Tante con una inmensa sonrisa.

Cuando les di la noticia a mis padres, tal y como esperaba no les importó, aunque mi padre dijo:

—Es solo un fin de semana, ¿verdad?

Intenté mirarle a los ojos sin mucho éxito y le dije:

—La verdad es que no sé para cuánto tiempo. Le he pedido a Jardany un tiempo y me ha dicho que sí, que es bueno desconectar un poco después de todo lo sucedido.

—¿Estás bien? —preguntó mi padre preocupado.

—¿Por qué lo preguntas? Estoy fenomenal —dije con la mejor voz que pude.

—Porque desde hace un año es la primera vez que pides no venir a Barsalí, y antes para que no vinieras casi te tenemos que amarrar en casa.

No quería mirar a mi padre a los ojos y mentirle, y como no podía decirle la verdad, me encogí de hombros y dije por lo bajini:

—A veces la gente cambia.

Mi madre no tardó en ponerse a hacer planes. Cuando escuchó lo de que estaría un tiempo sin ir a Barsalí se puso muy contenta, quizás demasiado. Pellizcó una mejilla a Tante y le dijo:

—Te voy a mimar igual que si fueras uno de mis hijos. Ya verás qué bien te lo vas a pasar, porque aún sois niños y debéis disfrutar como tales.

Tante me miró con cara de; ¡socorro!

—Tranquilízate, mamá, solo será por un tiempo. A lo mejor en tres días vuelvo, o en diez. ¿Quién sabe? Y si tuviéramos que volver antes a Barsalí, ¡lo haríamos! Recuerda que tras descansar, volveré a pasar allí lo que quede de verano hasta que el nuevo curso comience

—dije, bastante despreocupado.

—Lo sé de sobra, pero durante unos días voy a dormir tranquila, sin guerras, ni monstruos, ni nada que mate o se coma a mis pequeños.

Mientras lo decía mostraba una agradable sonrisa.

Aunque sabía de sobra que mi madre estaba bromeando e intentando animarme, aquellas palabras se me clavaron como puñales. ¿Y si algo malo pasaba a alguno de mis hermanos por mi culpa? Jamás me lo perdonaría.

Al cruzar el portal, Tante quedó perplejo.

—¿Este es vuestro mundo? —dijo, con cara de asombro.

Cuando vio el coche, nos costó un buen rato convencerle de que aquello no era una criatura y podías montarte en él sin ningún problema. Al llegar al pueblo miraba con gran entusiasmo las casas, me recordó a mi primer día en Barsalí y lo mejor fue al llegar a nuestra casa.

—¿Pero qué sitio es este? ¿Dónde están los muros que os protegen de las criaturas? —dijo, sin dejar de mirar en todas direcciones.

Le agarré por un hombro y le dije con sarcasmo:

—Este, querido amigo, es mi hogar.

Mi madre me regañó. Luego miró a Tante y le dijo:

—Quiero que te sientas como en casa, así que si necesitas algo, no dudes y pídelo. Además, mañana iremos a comprarte ropa, zapatos... Para que parezcas alguien de por aquí.

—Eso te lo dice a ti, porque a mí me obliga a estudiar, hacer recados, cuidar de Lucas y muchas más cosas —dijo a Tante, para que supiera que no vivía a cuerpo de rey, como mi madre quería que pareciera.

Ella se enfadó y puso cara de, te vas a enterar, pero antes de decirme nada, mi padre comenzó a reírse y todos rieron con él. Aquella noche apenas pudimos dormir. A Tante todo se le hacía demasiado extraño y yo me sentía demasiado «solo». Intentaba explicar a Drako que estar separados no era algo tan terrible, pero no atendía a razones. Al final quedé ensimismado con mis pensamientos y terminé quedándome dormido.

Por la mañana mi madre había preparado un festín por desayuno. Se podía oler por toda la casa. Cuando entré en la cocina quedé sin habla. Tante se estaba comiendo todo lo que mi madre le ponía por delante. Quedé mirando las tortitas, mi madre las había hecho como me gustan (blanquitas, con un poco de sirope de chocolate por encima). Me miró y dijo:

—Las he hecho especialmente para ti. ¿Por qué no te sientas y comes algunas?

—Lo siento, pero..., tengo que entrenar y si desayuno antes igual me sienta mal.

Tante me miró como si hubiera hecho algo malo y dijo:

—¡No me digas que vamos a ir a entrenar ahora!

—No, Tante, tú tranquilo. Irás a comprarte ropa con mis padres, yo tengo que hacer unos recados y voy a ir corriendo, solo para seguir en forma.

Mi padre, que entraba justo en ese momento, me preguntó si podía acompañarme, pero rechacé su propuesta antes que terminara de hacerla siquiera. Mi madre intentó convencerme de que les acompañara para comprarme ropa a mí también. Intentó alegar que había

crecido mucho y que necesitaba ropa nueva, pero yo solo quería estar solo y le dije que ya me la compraría otro día, que tenía muchas cosas que preparar.

Como mi excusa no era muy convincente, se me ocurrió la brillante idea de decirle que había quedado con Marcos. A mi madre se le abrieron tanto los ojos que parecía que fueran a salirse de la cara.

—Eso es muy bueno. ¿Cómo no me habías dicho nada? Mira, lo mejor es que vengas con nosotros, llames a Marcos y quedéis para más tarde y así conozca a Tante.

Intenté librarme, pero fue inútil. Fue entonces cuando tuve que llamar a Marcos para quedar con él, porque la verdad es que ni siquiera sabía que yo ya estaba en casa. Cuando cogió el teléfono y le dije si podíamos quedar, alucinó por completo. Le anuncié que había venido un primo mío y que se lo quería presentar a la pandilla, cosa que le sorprendió mucho más, pero me dijo que se iba a encargar de que no faltara nadie, y que una cosa que iba a ver no me haría ninguna gracia. Lo único que me adelantó fue que Pedro se había echado una novia que antes me gustaba a mí. Como mi madre tenía ya el coche arrancado para ir de tiendas tuve que cortarle sin que pudiese explicarme lo de la novia de Pedro.

Tante estaba muy raro. Mi madre le había dado alguna ropa mía (unos pantalones cortos y una camiseta blanca de manga corta) le quedaba pequeña. Era más alto que yo y estaba algo más corpulento.

Nos dirigimos a una pequeña tienda a la que mi madre me había llevado a comprar desde que tengo memoria. La dueña, la señora Isabel, era ya muy mayor y tenía la curiosa forma de tratarme como si fuera uno de sus nietos. Cuando me vio comenzó a dar gritos, me cogió y tras un gran abrazo me llenó de besos incómodos. No paraba de decir:

—¡Ay, qué grande y qué guapo, por Dios! Lucía, ¿qué le has hecho a este niño? Siempre supe que se pondría así de guapo.

En ese momento agradecí que apenas hubiera gente en la tienda, pero al darme la vuelta, ahí estaba riéndose Luna, una de las chicas del instituto con la que compartía bastantes de mis clases. Al mirarla a los ojos y escuchar de fondo a Isabel, pude notar lo colorado que me estaba

poniendo. Tante quedó perplejo con la escena y para colmo comenzó a reírse. Después de probarnos bastante ropa y de que mi madre dejara casi tiesa la cuenta corriente, por fin dijo que se estaba haciendo tarde y nos fuimos a casa. Al llegar nos fuimos a guardar tooooda la ropa y mi madre se puso a preparar el almuerzo. Tante no paraba de comentar lo rico que había estado el desayuno y se le hacía la boca agua al pensar en la próxima comida.

—Deberías tener cuidado, o te vas a poner tan gordo que Jar- dany te va a tener corriendo lo menos un mes —le dije riéndome.

—No me digas esas cosas. No tengo la culpa de que todo esté tan bueno, y además le echáis esas cosas como el ketchup. ¡Qué gran invento!

Mientras charlaba con Tante de cosas sin importancia, olvidé por unos instantes los problemas que tenía, hasta que Drako se metió en mi cabeza y una vez más me pidió que volviera. Me dijo que juntos podíamos solucionar cualquier problema.

—Si matan a alguno de ellos no podremos solucionarlo, ¡y lo sabes! —dije en voz alta.

Tante me miró preocupado y me dijo:

—David, ¿qué problema tienes?

—Te lo contaré en su debido momento y no antes. Lo siento mucho, pero es algo que debo solucionar primero con Drako, espero que lo entiendas.

A Tante no le gustó nada, pero como mi padre había llegado y nos llamó para almorzar, salió pitando por las escaleras. Yo seguía sin tener hambre. Eso sí, el sueño y el cansancio iban haciendo mella en mí. Sofía subió para decirme que bajara a comer. Le dije que no tenía hambre, que me sentía mal, pero me ofreció una pócima y me dijo:

—Si te la bebes podrás comer. De ese modo, papá y mamá no se preocuparán por ti y no te acorralarán con preguntas.

Cogí el botecito y sin pensarlo me lo bebí. Quedé un poco sorprendido, no sabía a nada, parecía como si hubiera bebido agua. Al ver que no hacía mohines, Sofía rio y me dijo:

—Cada vez hago las pócimas mejor. Anda, baja, que te esperan para comer.

Cuando me senté a la mesa quedé embobado mirando a mi familia. Se estaban pasando el pan y el agua y charlaban de cosas normales, se les veía tan felices y seguros a todos. Lucas no quería comer y mi madre se armó de paciencia y le daba cosas y le charlaba hasta que se comió todo lo que había en su plato. Tante cogía de todo lo que había y con ambas manos, parecía que no hubiera comido en un mes. Aquello me hizo gracia y me eché a reír, interrumpiendo la escena. Todos me miraron como si me hubiera vuelto loco, así que agaché la cabeza y comencé a comer. La pócima de Sofía era muy buena, porque me lo comí todo. ¡Hasta postre!

Como hacía demasiado calor para ir a la piscina, Tante se puso a jugar con Sofía a la *play*. Mi madre acostó a Lucas y yo me fui a mi dormitorio a ver si conseguía dormir algo. No tardé en quedarme dormido, pero las pesadillas me despertaron y cuando miré el reloj me di cuenta de que había dormido menos de media hora. Estuve dando vueltas en la cama un buen rato y después fui al salón con Tante y Sofía. Estuvimos jugando hasta las seis y media. Luego mis padres se llevaron a mis hermanos a la piscina. Tante y yo nos fuimos al pueblo con mis amigos. Al principio pensé ir en bicicleta, pero él la miró de forma rara y me dijo:

—¡Prefiero montar en un grifo antes que subirme a esa cosa!

Intenté mirarle serio, pero no pude evitar partirme de risa.

—No te preocupes, te aseguro que no muerde.

Tante se enfadó. Quizás por eso le agarré del brazo y le dije:

—Creo que será mejor que vayamos andando.

Asintió con la cabeza. Por el camino le miré un par de veces y pensé: «Creo que da el pego». Parecía un chico normal, de por aquí, y no un guerrero de la guardia real de Liyac.

—Llevo rato pensando en la manera de presentarte y creo que lo mejor es que digamos que eres un primo de... Bueno, aún no sé de dónde, pero déjame que te presente y sobre todo, recuerda que Ocán no

quiere que hablemos a nadie del mundo de Sir, así que nada de Drows, ni grifos, ni Dragones, ni ninguna criatura.

—Yo también llevo rato pensando en eso y no debes temer. Sé perfectamente que nos está prohibido hablar de todo aquello. Lo que me preocupa es ser demasiado diferente.

—Pues si es por eso no te preocupes, mi madre ha hecho un buen trabajo. Es más, creo que encajaras más que yo.

Después de un buen paseo llegamos al parque. Esperaba encontrar allí a alguno de mis amigos, pero Marcos había reunido a toda la clase; incluso a los que no me caían tan bien. Cogí aire para calmar los nervios. Tante me miró como si delante hubiera Drows. Le sonreí y le dije:

—Veras qué bien te caen. Eso sí, de entrenar con ellos olvídate, son unos negados para el combate.

Marcos se acercó casi corriendo y gritando:

—¡David, David, qué ganas tenía de verte!

En ese momento caí en la cuenta de que me fui antes de acabar el curso y llevaba bastante sin hablar con él. Marcos me abrazó, luego miró a Tante y como si le conociera de toda la vida, le abrazó también y le dijo:

—Me alegro mucho de conocerte. Verás qué bien lo vamos a pasar. Este *finde* tendremos fiesta en la piscina. Créeme, voy a hacer que te sientas en mi pueblo, como si fuera tu hogar.

Nos acercamos a los demás y les dije:

—Mirad chicos, este es mi primo Tante. Ha venido a pasar unos días y a conocer el pueblo.

La gran mayoría se abalanzó sobre él y comenzaron a hacerle mil preguntas. Las niñas le miraban fijamente y murmuraban. Aquello me hizo mucha gracia. Entonces noté una mano en la espalda y cuando me di la vuelta vi que era Miriam. El pelo le llegaba por la cintura, rubia, con ojos verdes, delgada, y como ya ha desarrollado se cree la más guapa de todas. Me sorprendió que se acercara, ya que nunca le he caído bien del todo, y no me gustó nada su manera de tocarme la espalda.

—¿Qué es lo que quieres?

—Solo quería comprobar si estos músculos son de verdad. Oye, ¿de dónde dices que es tu primo?

—No lo he dicho aún. No quiero tonterías. Marcos me ha dicho que estás con Pedro, así que creo que deberías seguir buscando a tu «novio».

—Uy, ¿qué pasa, acaso tienes celos? —dijo mientras me acariciaba la cara.

Le cogí la mano para quitármela de encima:

—¡Yo! ¿Celos de ti? Por favor, no me hagas reír. Sé cómo eres y lo único que te puedo decir es lo mucho que me alegro de que Marcos te haya dejado.

Decidí irme con Marcos y Tante y dejarla con la palabra en la boca. Estábamos riéndonos cuando Juan me dijo:

—Y bien, ¿se puede saber dónde te metes? Te fuiste sin haber acabado el colegio y has vuelto distinto.

De pronto todos empezaron a pedir explicaciones y el colmo fue cuando Drako se metió en mi cabeza para pedirme de nuevo que fuera a Barsalí. Supongo que no pude aguantar la presión, porque me estaba encendiendo. Me senté en un escalón, agaché la cabeza, cerré los ojos y dije lo más suave que pude:

—Supongo que necesitaba unas vacaciones, por eso me fui antes. Además...

La garganta me quemaba, abrí los ojos un poco y pude ver mi reflejo en un pequeño charco que provocaba la fuente que estaba rota, ahora se veían rojos. Me estaba encendiendo y Drako seguía presionando:

—¿Por qué no les dices la verdad? Eres un jinete que quiere abandonar su destino y el destino de ambos mundos, y todo por miedo a algo que no va a suceder.

—Por favor, Drako, ¿quieres dejarme tranquilo? Solo necesito aclarar ideas y sabes que separarme de ti no es lo que quiero.

Tante me escuchó murmurar aquellas palabras y sabía de sobra con quién hablaba, pero los demás estaban esperando una respuesta.

Tante me pidió en voz alta que nos fuéramos, dijo que no se encontraba bien. En aquel momento todos se pusieron a intentar convencerle para que nos quedáramos y de esa manera me salvó de que los chicos me vieran. Levanté la cabeza levemente y Tante se agarró a mí de forma brusca. Se acercó y me dijo al oído:

—Tus ojos se están encendiendo. Debemos irnos ya.

—Voy a coger el móvil y haré como si mi padre me estuviera regañando. Luego llévatelos, pídeles que te enseñen el río o algo y nos vemos en el puente que hay de camino a mi casa. Si no sabes volver pídele a Marcos que te lleve. A solas, no quiero que nadie me vea, pero si eso pasara, él es de fiar.

Comprendió cada palabra que le dije, así que se acercó a Marcos y le dijo:

—David se va ya. A mí me gustaría ver este mundo... —carras- peó y corrigió rápido—. Este pueblo, quiero decir.

El corazón se me iba a salir del pecho, cogía el aire lo más des- pacio posible para relajarme, pues parecía que no había el suficiente. Tante consiguió llevárselos a casi todos. La pesada de Miriam seguía mirándome como si supiera lo que ocultaba, así que decidí salir de allí lo más rápido que pude. No me paré a ver su cara de sorpresa cuando salí corriendo, pero la imaginaba mientras corría como si la vida me fuera en ello. No tardé mucho en llegar al puente y como el ardor no se me bajaba, pensé que Tante tardaría un buen rato. Quizás por eso decidí seguir corriendo, llegar a casa y que mi padre fuera a recogerle.

Al llegar mi padre no estaba, pero por suerte mi madre se en- contraba haciendo la cena. Le di un gran abrazo por la espalda. Me preguntó si pasaba algo y le pedí que se diera la vuelta. Cuando lo hizo quedó sorprendida y no pudo evitar llevarse un sobresalto.

—Tus ojos... ¿Qué les pasa?

—¿Lo preguntas porque no consigo apagarme, o porque están cambiando de color?

Hizo una mueca con la boca y apuntó:

po.

—Supongo que tendré que acostumbrarme, pero estás muy gua-

—Sí, pero he dejado a Tante solo en el pueblo y me estará espe-

rando con Marcos en el puente.

—¿No habrás hecho daño a alguien? —dijo, con demasiada pre- ocupación en su tono.

—¡Ya estamos! No, mamá, pero no quiero que nadie me vea de esta manera. Sería un poco largo de explicar, ¿no crees?

Mi madre resopló, apagó la vitrocerámica, cogió las llaves y me

dijo:

—Cuida de Lucas, está jugando en su cuarto, intentaré no tardar.

Mientras marchaba se la veía cansada y enfadada, siempre in-

tentaba poner buena cara, pero los últimos acontecimientos la habían puesto al límite y eso no era bueno, según decía mi padre cuando la veía tan abatida.

No tardaron mucho en regresar, pero lo suficiente para conse- guir aplacar mi fuego interno. Quizás porque en casa me sentía a salvo. Esperaba que Tante estuviera enfadado, pero fue lo contrario; se puso a contarme lo que había visto, comido y hecho con Marcos. A veces Tante se ponía muy pesado.

Después de aquel día decidí no volver a la plaza. Los días iban pasando de extraña forma. Durante el día estaba con Tante, entrenando y bañándonos en la piscina. Por las noches Drako me hablaba sin parar. Quería que volviese para poder hablar de lo que me estaba pasando, pero yo no tenía ganas de contarle la verdad y me limitaba a decirle lo can- sado que estaba. Durante esos días de descanso apenas pude pegar ojo, siempre tenía la misma pesadilla y despertaba con el corazón en un puño.

Estaba luchando contra una criatura de lo más escurridiza, nun- ca lograba verla, pero me ponía la piel de gallina. De repente aparecían todos; mis padres, mis hermanos, Tante, Jardany, Leisha, y una extraña voz me decía: «Elige». No sabía qué elegir y como nunca respondía, todos morían sin que pudiera hacer nada más que lamentar sus muer- tes. Mis manos aparecían atadas y por mucho que les gritara, no se

movían y acababan siempre muertos. Segundos después despertaba empapado en sudor y con una gran angustia en el pecho.

Cada día que pasaba tenía peor cara. Mi padre empezaba a preocuparse. Se lo noté en el momento que me dijo:

—Tenemos que hablar, esto no puede seguir así.

—Estoy bien.

Intenté parecer contento, pero creo que no fui muy convincente. Me miró muy serio y dijo:

—Nos vamos a Barsalí. Tienes que arreglar las cosas con Drako.

Soy tu padre y estas cosas no se me escapan.

Si él supiera lo equivocado que estaba... Pero, como no quería explicarle nada, asentí.

—Solo te pido una cosa.

—Dime, ¿qué necesitas para acabar con el enfado tonto que tienes con Drako?

—Te iba a decir que quiero ir solo. Me gustaría hablar con Drako sabiendo por una vez que estáis aquí y de ese modo no vais a intervenir en lo que haga.

Dudó un instante, luego movió la cabeza y dijo:

—Será nuestro secreto, ya inventaré algo para decirle a tu madre.

Subí corriendo a mi habitación y cogí algunas cosas que creía me harían falta, entre ellas mi espada y mi medallón. Al bajar me topé con Tante.

—¿Dónde vas con tanta prisa?

—No le digas a nadie que me has visto, voy a Barsalí, debo hablar con Drako, tengo un serio problema y solo él me puede ayudar.

—¿No quieres que te acompañe? Entiendo que son vuestras cosas, pero cuando vuelvas me lo contarás todo, ¿no?

Su semblante era serio, más que de costumbre.

—Te lo juro por todo lo que hemos pasado juntos, pero necesito que me cubras. Si ves a mi madre dile que he ido con mi padre, por algunas cosas y que no te apetecía venir.

—De acuerdo, pero me debes una buena explicación después.

Asentí con la cabeza y salí antes de encontrarme con nadie más. Mi padre me estaba esperando en el coche y con tono serio me dijo:

—¿Estás seguro de querer ir solo?

—Mejor que eso: estoy preparado —respondí sin vacilar.

El camino se me hizo extraño. Sabía que Drako estaba enfadado conmigo y no sabía muy bien cómo explicarle que debíamos separarnos para siempre. Era una decisión dura que había tomado y que no tenía vuelta atrás.

Al llegar al portal mi padre me dio un abrazo y me dijo:

—Espero que sea, lo que sea que te pase, puedas arreglarlo rápido. Tu madre y yo estamos muy preocupados, ten mucho cuidado, ya sé que no eres un niño, pero aun así cuídate mucho y dale recuerdos a Drako. Sé que ese dragón es muy importante para ti y aunque no lo creas, para todos nosotros también es importante.

El deber es lo primero

David

Cuando crucé el portal, lo primero que vi fue a Drako, que venía surcando los cielos.

—Por fin vienes, me tenías preocupado y eso no es bueno.

—Entiendo que estés enfadado, pero solo te voy a pedir que no hagas esto más duro de lo que ya es para mí.

—No hace falta que me digas nada, ¿recuerdas? Soy tu dragón y puedo saber lo que sientes, y algo me dice que estás destrozado por lo que quieres hacer.

—Drako, por favor, no puedo poner a mi familia en peligro, no más de lo que ya lo he hecho.

—Entérate, soy tu dragón y no me puedes separar de ti, si lo haces nos condenas a ambos —respondió con un fuerte rugido.

En ese momento sentí tal dolor que mi pecho iba a explotar, de modo que clavé las rodillas en el suelo. No pude ni quise aguantar más mis lágrimas y dije entre sollozos:

derlo.

—Si alguno muere seré el único culpable y no quieres enten-

—Es por lo del simurgh, ¿verdad? Pues vayamos por ese paja-

rraco y te juro que me limpiaré los colmillos con sus huesos.

—Eso no hará que lo que me dijo no se cumpla, estoy en un aprieto.

Drako resopló y echó una buena llamarada. La última batalla había mejorado considerablemente sus increíbles capacidades.

—David, estoy muy cansado, sé que no crees estar preparado para este mundo. Como no te puedo convencer, ya que eso tienes que elegirlo voluntariamente, por lo menos ven conmigo, necesito enseñar- te algo que mis ancestros me mostraron al suplicarle ayuda después de que te fueras.

Le miré y algo en mi interior hacía que necesitase estar aún más que antes con él. Asentí con la cabeza y sin dudarle subí a su lomo. En el momento en que levantó el vuelo me sentí libre. Es indescriptible la paz que sentía volando sobre él. En ese momento un gran peso caía de mis hombros. Sabía que con Drako esa criatura jamás haría daño a mi familia.

—Drako, sabes que me fui por ponerles a salvo, ¿verdad?

—Y tú sabes que la única manera de que estén a salvo es que luchemos juntos.

—Antes no lo sabía, pero creo que ahora sí. He tenido unos sueños muy extraños y tú nunca estabas.

—Eso se lo tendrás que contar a Ocán, pero antes vamos a hacer un viaje largo.

Voló hacia el Nordeste, pasando muy cerca de la montaña de los grifos, pero cogió un extraño camino. Podía ver todos los lugares conocidos a los que ya había ido antes, cuando hice la prueba, siguió adelante por un lugar que no había visto cuando estuve aquí antes. Había dos cadenas de montañas no muy juntas. Era una tierra muerta, no había vegetación y la tierra era negra como el carbón. Antes de preguntarle qué lugar era, pude ver restos de huesos semienterrados.

Eran sin duda de dragón, así que la pregunta se antojaba absurda. Podía sentir el dolor que Drako llevaba sobre sus hombros. Hasta ahora solo pensaba en mi familia y no había caído en la cuenta de que yo era su única familia. Se me hizo un nudo en la garganta y me agarré con más fuerza a él. Dejamos atrás aquel cementerio y al llegar junto a unas rocas, se detuvo y dijo:

—Ya hemos llegado.

Quedé perplejo, no sabía dónde mirar. Si lo que quería es que viera el cementerio se lo había dejado atrás. Al ver mi desconcierto y leerme el pensamiento, negó con la cabeza y dijo:

—Y pensar que te he esperado durante siglos...

—No te burles, es solo que no sé qué quieres que vea, aparte de lo que hemos dejado atrás, que no es poco.

—Debo irme, te voy a dejar un rato o unos días, eso dependerá

de ti.

—¿Cómo que me vas a dejar aquí? Esto no tiene gracia.

Antes de darme cuenta levantó el vuelo y se fue sin decirme

nada. Quedé allí, quieto, como un idiota total. No dejaba de mirar por si veía lo que Drako creía que debía ver, pero nada. Debo ser el jinete más tonto de la historia. El sol se estaba escondiendo y Drako no vol- vía. En aquel lugar no había agua, ni comida, y mis tripas comenzaban a quejarse. En el momento en que el último rayo de luz dio justo en las rocas vi una tenue luz que salía de ellas. Algo tiraba de mí hacia la tenue luz. Fue la misma sensación que tuve al cruzar el portal por primera vez y sin dudarlo me dirigí allí, respiré hondo, cerré los ojos y me interné entre ellas. Al abrirlas comprobé que estaba dentro. En las paredes había muchos dibujos de guerras de dragones con jinetes, pero había uno que me llamó la atención. Era una historia muy familiar, era la mía. Había dos tierras, en una estaba el dragón y en la otra el jinete, y un fuerte lazo que les unía desde el principio de los tiempos. Por lo que pude ver, eran los únicos que devolverían la magia a este mundo y por tanto el equilibrio de ambos mundos. Había algo oscuro que siempre les quería separar y eso no me gustó nada. Aquello hizo que la historia

que Ocán me había contado cobrara más sentido. Pensé; Drako tiene razón, no debemos separarnos, ya que el final no estaba escrito. Salí y me estaba esperando en la entrada.

—¿Lo entiendes ya?

—Creo que sí, debemos permanecer siempre juntos. Pero, ¿qué pasa si matan a alguno de nosotros?

—Ese es un riesgo que siempre hemos tenido, ¿no crees?

Capítulo 15

Recuperando el orden

D

Drako

Después de que David partiera hacia la Tierra sin saber cuándo regresaría, supe que debía hacer algo para que mi jinete se sintiera mejor y volviera. Por las noches podía notar su

angustia mucho antes de que se fuera. No podía ver con claridad sus sueños o pensamientos, pero tenía claro una cosa: esto había sido por culpa de simurgh. Aquella primera noche sin David el sentimiento de derrota se apoderó de mí e hice lo que cualquiera de nosotros en mi lugar: pedir ayuda a los ancestros. La respuesta que obtuve fue más dura de cumplir de lo que imaginaba. Se supone que cuando mi jinete volviera debía llevarlo al Templo, llamado así porque allí estaban los restos de mis hermanos.

Al principio me negué, pero Numely insistió:

—Si el jinete no ve con sus propios ojos su profecía, seguirá dudando y perderéis la batalla contra el mal.

Al escuchar su espíritu, algo me dijo; tengo que intentarlo o ambos pereceremos. Ese sentimiento quizás fue lo que hizo que mi valor fuera tan grande como para ir a aquel oscuro lugar. Cuando llegué y vi los restos de mis antepasados, pude notar su dolor por lo que allí sucedió. Intenté conectar con David para que de algún modo

me consolara, pero no hubo respuesta por su parte. Era la primera vez que estaba completamente solo. Fueron pasando los días y mi jinete no daba señales de volver. A veces conseguía meterme en su cabeza, pero él no estaba listo para regresar; hasta que una tarde pude notar cómo se acercaba a este mundo y decidí ir al portal para esperarle. No pensaba dejar que se volviera a ir, no sin luchar por nosotros, por nuestro destino. Al aparecer en el portal, intentó de algún modo explicarme lo duro que había sido para él todo lo sucedido y decidí llevarle al Templo. Al llegar le dejé solo, de algún modo quería que viera la profecía, pero el muy tonto no veía nada, quizás porque estaba demasiado preocupado por cosas de humanos. Hice como que me iba, pero me escondí y esperé que encontrara el camino y descubriera la profecía que nos unía desde el principio de los tiempos. Por suerte encontró el camino aquella misma noche y cuando salió su forma de pensar había cambiado. Desde ese momento supe que éramos más fuertes.

Una extraña visita

David

Después de lo que había vivido con Drako aquella tarde, le pedí que me llevara a Barsalí. Se puso tan contento que me llevó sin dudarlo. Por el camino estuve muy callado y no me dijo nada, supuse que sabía que si le había pedido ir allí era porque quería respuestas.

—David, tengo mucha hambre, hace días que no como lo suficiente, ¿te importa si...?

—La verdad es que yo tampoco he comido bien y me apetece pescado.

Decidimos parar en el lago, que con la luna de verano se veía más espléndido de lo habitual. Bajé y me puse a buscar los lazos para pescar. En ese momento Drako se burló de mí:

—Si buscas esos chismes, te diré que ya no los necesito.

—¿Y eso?

—Pues que tu estupendo dragón ha aprendido a pescar —dijo muy orgulloso.

No pude evitar sentirme contento por él.

—Sabes, ¿eres el mejor!

—Ya lo sé, y tú también. Algún día la leyenda se hará realidad y devolveremos la magia a este mundo y de paso, protegeremos aquel otro que tanto te importa.

No supe qué responder, así que le hice un gesto con las manos para que me demostrara lo bueno que era pescando.

Mientras sobrevolaba el lago pescando con el hocico, me puse a preparar la hoguera, pues no estaba dispuesto a comerme esos peces crudos. Había juntado unos cuantos troncos y me puse a buscar en los bolsillos por si llevaba un mechero para hacer fuego cuando Drako soltó un montón de peces a mi lado, mojando la leña.

—¿Pero qué haces?

—Pues soltar nuestra cena, yo me los voy a comer ya. Te dejaré el más gordito.

—Y si mojas los troncos, ¿cómo voy a conseguir que ardan?

Drako rio tan fuerte que parecía que rugiera. Aquello me enfadó aún más. Fue en ese momento cuando mis ojos se volvieron rojos y caí en la cuenta de que él no necesitaba fuego. Me senté en el suelo, algo cansado. Se acercó para consolarme y justo en ese momento me volví hacia él y nos revolcamos jugando por la arena. Creo que por primera vez estábamos jugando de ese modo tan desenfadado.

Después de un buen rato se levantó y me dijo:

—Te voy a cocinar tu pez y me voy a comer mis peces pequeños.

Miré el pescado con recelo y le dije lo más serio que pude:

—Espero que no lo hayas dejado babeado.

Nos miramos un rato y reímos. Creo sin duda que algo así es lo que necesitábamos. Le miré mientras comía y vi lo grande que estaba. Ya era casi el triple de grande que yo. Era todo un dragón.

Antes de que terminásemos la cena vi una silueta al otro lado del lago, parecía una mujer, pero se veía borrosa. Me concentré y volví mis

ojos rojos para poder verla mejor. Lo extraño fue que al hacerlo seguía viéndola borrosa. Decidí acercarme con sigilo y empuñé mi espada, solo por si acaso. Fue entonces cuando la escuché llorar. Aquel llanto no sonaba normal.

—¿Qué es lo que te pasa? —pregunté suavemente.

Se dio la vuelta y pude ver con asombro que no era humana. Estaba muy pálida, tenía una larga melena negra y sus ojos rojizos desprendían un enorme brillo. Me soltó un chillido tan fuerte que tuve que soltar la espada para poder taparme los oídos y aquella extraña mujer desapareció ante mi mirada incrédula. Drako voló rápido hasta donde me encontraba y se puso a la defensiva, pero ya no había nada delante de nosotros.

—¿Qué era eso Drako?

—Creo que debemos ir a ver a Ocán, ella es la única que nos lo puede explicar.

Subí en Drako y voló muy rápido hasta Barsalí. Cuando llegamos a casa de Ocán nos estaba esperando justo en la puerta.

—¡Por fin volvéis! Me teníais preocupada. Entrad, tenéis mucho que contarme.

—¡Ocán, no vas a creer lo que hemos visto en el lago! —dije nervioso.

—Mucho me temo que sé de lo que habláis. David, necesito que me cuentes todo lo que te ha sucedido desde que te fuiste para salvar a Liyac —dijo con tono preocupado.

Casi sin querer bajé la mirada y en un susurro le dije:

—No puedo. Si lo hago, no volverás a confiar en mí.

—No tienes que avergonzarte, yo jamás te juzgaré, pero para ayudarte necesito saber qué es lo que sucedió.

Respiré hondo e intenté pensar en la forma de explicarlo todo sin tener que repetirlo después. Saqué el valor necesario y comencé desde el principio:

—Verás, Leisha me pidió que fuera a ver al simurgh. Según decía, solo esa ave podía salvar al rey. No fui capaz de negarme. Además,

le tengo mucho aprecio a Liyac y por él lo hice sin dudar. El simurgh jugó un rato con nosotros. Ahora que lo pienso, su intención nunca fue hacernos daño. Me dijo una cosa que me dejó pensativo. Luego cogí la cura y te la entregué para curar a Liyac. Eso es todo.

—No, eso no es todo. Dime, ¿qué fue lo que te pidió a cambio?

—Nada, pero me dijo que toda magia tiene un precio y que pronto volvería a verme.

Después de un silencio incómodo le miré con desesperación y le dije:

—No soy mala persona, pero desde que Liyac se curó me siento mal por dentro. No puedo explicarlo, pero es como si hubiera hecho lo más malo del mundo. Desde entonces tengo pesadillas en las que mi familia muere y no puedo salvarles, por eso me tuve que ir de este mundo y alejarme de todo, incluso de mi dragón.

Ocán asintió con la cabeza y dijo:

—Ahora todo encaja.

Me cogió la cara con ambas manos, levantándolas para poder mirarme a los ojos. Su expresión no era de sorpresa, pero sus palabras sí:

—¡Tus ojos son rojos!

—Hace tiempo que me pasa, creo que desde que hablé con Amara, antes de partir por la cura de Liyac.

—Eso significa que te haces mayor. Eres un jinete y ese simurgh quiere jugar contigo. No sé por qué, pero lo averiguaremos.

—Pero no te lo he contado todo, en el lago...

Levantó una mano para que me callase y dijo:

—Es algo que esperaba, pero desde que me has contado lo del simurgh, no quiero que te preocupe un fantasma inofensivo.

Sus palabras me tranquilizaron, aunque sabía que me ocultaba algo y mi deber era descubrirlo.

Secretos ocultos

David

Tras la conversación con Ocán no quedé nada tranquilo, así que decidí ir al castillo e indagar por mi cuenta. Drako también sospechaba de ella, así que nos dirigimos al castillo sin perder tiempo. Al llegar a la entrada solo había un guardia. Su expresión era de sorpresa. Se apartó apresuradamente y cuando pasé por su lado me dijo;

—El rey está reunido en la sala de Destino.

Mi primer impulso fue salir corriendo hacia allí y preguntar qué hacían reunidos sin Ocán y sin mí, pero no tardé mucho en caer en que yo no pertenecía al consejo, así que decidí seguir con mi plan. Miré a Drako y le dije;

—¿Vienes a la sala de la Sabiduría?

Miró hacia el cielo y me dijo:

—Si no te importa prefiero volar antes de mirar cómo te deses- peras buscando algo que ni tú mismo sabes qué es.

Al entrar en la sala de la Sabiduría me encontré con Leisha. Me quedé mirando cómo colocaba varios libros que supuse había estado consultando antes.

Carraspeé un poco para que se percatara de mi presencia y al verme, los ojos se le abrieron tanto que parecía se le fueran a salir. Salió corriendo hacia mí, dio un pequeño salto y en un acto reflejo la cogí en brazos.

—Sabía que volverías, no paraba de decírselo a Drako. ¿Sabe que estás aquí?

—Sí, no te preocupes, ha sido él quien me ha traído —le dije un poco nervioso.

Me quedé mirándola y caí en que no sabía si me había visto con los ojos rojos o no. Tragué saliva y con voz temblorosa y mirando al suelo le dije:

—Leisha, antes de irme a por la cura, ¿viste algo aterrador en mí?

Se acercó para mirarme a los ojos y me dijo:

—Si te refieres a que tú poder está aumentando, sí, lo vi, pero no me asusta; ya sabes que si no fuera por lo valiente que eres mi padre no estaría aquí.

Con gran pesar tuve que decirle:

—Sí, pero desde que salvé al rey he puesto a mi familia en peligro. Por eso me fui, por eso me separé de Drako, y aunque no puedo estar lejos de mi dragón, no quiero que ningún ser querido sufra por lo que hice.

—No te entiendo. ¿Quieres decirme que mi padre no debería haberse salvado? —me dijo, con las lágrimas saltadas.

—No es eso, es que el simurgh y ahora el fantasma... Son demasiadas cosas y no sé qué hacer.

Me miró con curiosidad y dijo:

—¿Qué fantasma?

No quería preocuparla y le quité importancia:

—No es nada. Ocán dice que es inofensiva.

Su cara cambió de la curiosidad a la preocupación.

—Dime, ¿qué fantasma? Yo también he visto algo.

—Creo que es una mujer que no para de llorar. La he visto en el lago, pero Ocán dice... Leisha abrió un libro y me mostró un dibujo muy parecido a lo que había visto en el lago.

—¿Se trata de esto? —me preguntó aterrada.

—Sí, pero qué más da. Ocán dice que es inofensiva.

Cogí el libro con cuidado y al leer lo que ponía junto a aquel dibujo, la sangre se me heló. Aquella criatura era una banshee. La describía a la perfección: suelen ser muy pálidas y fantasmales, tienen largos cabellos negros, sus ojos son brillantes y están rojos por el llanto. Con sus gritos o gemidos están prediciendo muertes, accidentes...

Tardé un instante en reaccionar. Miré a Leisha y le dije enfadado:

—¿Por qué me ha ocultado esto Ocán?

Quedó muda, no sabía qué decirme. Se acercó para abrazarme, pero la aparté y le dije:

—Lo siento, pero debo ir a por mi familia.

Al abrir la puerta me giré y añadí:

—No le digas a Ocán que sé lo de la banshee. Espera a que Sofía esté aquí para ayudarnos.

Asintió y me dijo:

—Ten cuidado, recuerda que Barzal anda por ahí intentando hacer daño.

—Ya no me puede hacer más daño. Ha conseguido que haga lo que siempre dije que no haría: poner a mi familia en peligro —dije con rabia.

Dejé a Leisha con la cabeza gacha y me fui sin más. Decidí que no podía permitirme sentir pena por los demás, ya que parecía que eso iba siempre en mi contra. Llamé a Drako. No sabía qué hacer y solo podía confiar en él. Cuando le conté que Ocán me había ocultado lo de la banshee se puso furioso, pero no con ella, sino conmigo.

—¡Qué esperabas! Ya te dije que ese pajarraco no era de fiar.

—Eso no me ayuda. ¿Qué se supone que debo hacer? Si traigo a mi familia les pongo en peligro y si les dejo en la Tierra también les puede suceder algo malo por mi culpa.

—Lo siento, esa es una decisión que debes tomar solo, pero recuerda lo que has visto en el Templo de mis ancestros, si vuelves a irte nos pones en peligro a todos.

La cabeza me daba vueltas y no sabía qué hacer. Después de mucho pensar tuve que elegir una opción. No sé si la más certera, pero sabía que era lo único que podía hacer. Decidí irme a casa, contarles a mis padres todo y dejar que ellos decidieran.

—Creo que es lo más sensato —dije a Drako.

No le hizo mucha gracia que me fuera de nuevo, pero como le prometí que volvería muy pronto...

Sin salida

Daniel

David estaba tardando en volver más de lo que esperaba y tuve que regresar a casa. Cuando Lucía me vio me preguntó por él y no supe mentirle. Le pedí que se sentara y no se enfadara conmigo.

—¿Qué has hecho? —me preguntó, con el ceño fruncido.

—Lo siento, pero no podía seguir sin hacer nada con nuestro hijo, así que le he llevado al mundo de Sir y le he dicho que arregle las cosas con Drako.

Con cierto pesar me dijo:

—Lo sé, sabía que esto de estar sin monstruos ni guerras no duraría mucho, pero tenía la esperanza de que añorara tanto ser normal que jamás querría volver a ese lugar.

De forma brusca le dije:

—No sé por qué dices esas cosas. Nuestro hijo es un jinete y eso no tiene nada de malo. El hecho de que sea extraordinario es algo bueno.

Prácticamente gritando me contestó:

—¿A ti te parece bien que se haya enfrentado a grifos, Drows, un simurgh y quién sabe qué cosas más? Daniel, razona; solo tiene catorce años.

Mi mujer sufría con todo esto y aunque quería entenderla, no conseguía ver las cosas del mismo modo que ella. La abracé e intenté consolarla.

—Es su destino y debemos dejar que lo recorra solo. Además, por mucho que te empeñes ya no es un niño.

Se puso echa un basilisco, se levantó, me miró como si quisiera atravesarme y se fue dando un portazo. Quedé pensativo durante un buen rato. No conseguía ver la luz para ayudar a mi esposa.

Poco después apareció mi dulce Sofía y me preguntó qué había sucedido. No supe cómo explicarle lo que había hecho, y más sin saber si reaccionaría de la misma forma que su madre. Le pedí a mi pequeña que se sentase a mi lado, la miré a los ojos y le dije:

—¿Qué te parece el mundo de Sir?

—Me parece algo fantástico. Puede que a veces parezca peli- groso, pero me gusta sentirme poderosa y saber que soy algo más que una simple niña.

Ante su respuesta quedé por completo desorientado. ¿Por qué ella no veía las cosas como nosotros? Le conté lo que había hecho y se enfadó conmigo, pero por no llevarla a ella también.

—¿Sabes una cosa? Hace bastante que no practico magia, ya que desde que nos vinimos mamá no me deja. Ella piensa que puedo atraer a alguna criatura —se cruzó de brazos, frunció el ceño y dando golpecitos con el pie en el suelo me dijo—. ¿Nos vamos ya o qué?

Ladeé la cabeza y con media sonrisa le dije:

—Para eso tienes que convencer a mamá, y créeme que está muy enfadada.

Se fue a su cuarto, sabía que hablar con su madre era una batalla perdida. Yo salí a la calle a tomar un poco de aire y me llevé una grata sorpresa. ¡David! Aunque me puse muy contento por verle, no tardé en darme cuenta de que algo le sucedía. Tenía la cabeza gacha y su cara era de pena.

—David, ¿ha pasado algo?

—Sí, pero... No sé ni cómo empezar, necesito que os sentéis todos en el salón. Dile a Tante que venga también, le prometí que le contaría todo a mi regreso.

—Me estás preocupando. ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Lo siento mucho, pero te lo contaré cuando estemos todos. Solo te diré que debemos tomar una dura decisión y que debo regresar a Barsalí para estar con Drako.

Mi hijo se sentó en una silla. Parecía destrozado. Sé que decía que lo iba a contar todo, pero en mi interior sabía que jamás nos diría lo mucho que le afectaba todo esto. Cuando Lucía entró en el salón abrazó a David, me miró y dijo:

—Ves como vuelve de allí. Tú dirás lo que quieras, pero antes de conocer aquello estábamos mucho más tranquilos.

David se levantó y casi empujando a su madre dijo:

—Necesito que os sentéis y que cuando lleguen Sofia y Tante todos estéis callados hasta que termine de contaros todo. Después me iré y os dejaré para que penséis lo que vais a hacer.

Lucía quedó perpleja y se sentó sin decir ni una palabra. Salí en busca de Sofia y Tante. No podía esperar a que vinieran, tenía gran necesidad de escuchar lo que David nos quería contar. Decidí subir y mi sorpresa fue que estaba practicando con Tante. Lo estaba levantando por el aire de forma suave, según me dijo. No podía dejar que sus poderes menguaran y debía aprender a mover cosas por si algún día lo necesitaba, poder hacerlo sin problemas. Quedé pasmado, moví la cabeza y les dije:

—Ha venido David y quiere contarnos algo.

En ese momento Tante cayó al suelo de forma brusca y ambos salieron corriendo escaleras abajo para verle.

Cuando llegué al salón estaban haciendo mil preguntas a David. Él me miró y dije:

—Sentaos, por favor, que ahora nos lo explicará todo.

David me hizo un gesto de agradecimiento, carraspeó un poco

y dijo:

—No sé muy bien por dónde empezar, aunque supongo que por

el principio... Todo empezó como ya sabéis cuando Barzal nos traicionó, hiriendo a Liyac, yéndose con los Drows. Leisha, Sofia y yo estuvimos buscando una cura para Liyac, y Leisha me dijo que el simurgh nos podría ayudar. Lo que no dijo es lo que me esperaba; supongo que ni ella lo sabía. Bien, el simurgh no me pidió nada a cambio, pero me hizo una advertencia: si el destino del rey era morir y yo lo cambiaba con magia, debería pagar un alto precio se detuvo un instante y cuando levantó la mirada tenía los ojos amarillos, pero no como antes, se podían apreciar en ellos unos tonos rojos. Papá, el precio es que alguno de mis seres queridos pueden morir por lo que hice.

Paró un momento. Supongo que esperaba que le regañáramos, y por fin dijo:

—Pero te juro que haré lo que sea necesario por cambiar la situación. Por eso debo regresar. Por eso y porque Drako me ha llevado al Templo de sus antepasados y he podido ver mi leyenda. Si nos separamos, ambos estaremos perdidos y seremos un blanco fácil para los Drows o cualquier otra criatura.

Lucía se puso en pie y dijo:

—Eso son tonterías, no nos va a suceder nada y tú con quien tienes que estar es con tu familia, y si debes estar allí, iremos contigo.

Aquello me sorprendió muchísimo, no esperaba esa respuesta; no después de cómo se había puesto antes. David estaba enfureciendo y se lo noté porque sus manos le temblaban y sus ojos se volvían más intensos. Apenas se podía apreciar en ellos un atisbo de su color.

—No lo queréis entender, el problema es que desde entonces tengo siempre la misma pesadilla: una criatura nos persigue, no puedo hacer nada y siempre os acaba matando a todos.

Sofía se le acercó y le dijo:

—Se te olvida que soy tu hechicera. La próxima vez intenta contarme estas cosas antes, aunque con la ayuda de Ocán seguro que estaremos bien.

David la miró como queriendo decirle algo, pero quedó callado un buen rato hasta que finalmente dijo:

—Debo irme, Drako me está esperando. Pensadlo bien y haced lo que debáis, yo debo continuar con mi destino.

Y se fue sin dejar que le acompañara.

Capítulo 16

Explicaciones

D

David

Después de hablar con mi familia fui hacia el portal. Solo podía pensar en lo que me había dicho Sofía. Ocán me tenía que explicar por qué me había engañado sobre la banshee, y

no estaba dispuesto a que me pusiera cualquier excusa, necesitaba una buena respuesta, sobre todo si mis hermanos iban a estar por Barsalí con ella. Cuando crucé el portal Drako me estaba esperando y le dije:

—Necesito ver a Ocán de inmediato.

—Lo sé. Debemos saber en quién confiar y en quién no, y aunque me ha ayudado en varias ocasiones, no me fío de ella —dijo, algo tenso.

Al escuchar su respuesta supe en seguida que ambos desconfiábamos de todos y le dije:

—Por eso, porque mi hermana tiene fe ciega en ella y como se le ocurra hacerle daño alguno yo... Drako se agachó y me

dijo:

—Sube que te llevo, pero aprovecha el camino para relajarte, porque tu fuego interno está saliendo demasiado fuerte y quizá hagas algo que después lamentes.

Al decirme aquello sabía perfectamente a qué se refería, había notado desde hacía algún tiempo que me enfadaba más a menudo que antes. No quise decirle nada, pero estaba tan preocupado que no conseguía calmarme por completo y a la más mínima es como si explotara.

La primera parada fue en casa de Ocán, pero allí no había nadie. Decidí ir al castillo a ver si estaba allí y al cruzar la entrada me encontré con Liyac, que al verme se puso muy contento y vino hacia nosotros:

—Por fin vuelve el salvador —dijo, lleno de orgullo.

—Siento haberme ido después de la ceremonia, pero..., no me sentía cómodo, necesitaba despedir a los guerreros a mi manera.

—Te entiendo, sé que no eres de este mundo y que nuestras costumbres no son iguales.

—No te equivoques, soy de este mundo tanto como vosotros, es solo que no me parece correcto festejar una batalla en la que perdí a más de doscientos hombres. Para mí es cuestión de sentido común.

Liyac quedó asombrado ante mi forma de hablarle. Como sabía que quizás había sido demasiado frío, me disculpé y le pregunté por Ocán. Le dije que era importante encontrarla, que necesitaba un consejo de ella. Liyac me dijo:

—Sé lo que te sucede y no debes sentirte culpable. Ocán ha hablado conmigo, por eso estaba aquí, esperándote —miró a Drako, carraspeó y dijo—. Bueno, esperádoos. Seguidme. Ocán está en la sala del Destino. Hemos pensado que allí estaremos más tranquilos y te debemos una explicación —esbozó una extraña sonrisa y me dijo—: ¿O no es eso a lo que has venido?

Miré a Drako y me dijo:

—Deberíamos ir, pero que sepas que esto me da mala espina.

Le seguimos y al entrar en la sala del Destino encontré a Ocán sentada y completamente sola, con las manos entrelazadas: Me miró y me dijo:

—Por fin regresas. Me tenías preocupada.

Sin secretos

Ocán

Al entrar el jinete por la puerta junto con su dragón, me di cuenta de que ya no se fiaban de mí, y ese era un lujo que no podía permitirme. Miré a David y le pedí amablemente que se sentara. A Drako le tenía preparados unos manjares, pero los rechazó y no me quitaba la vista de encima. Mi rey se sentó a mi lado y comencé a explicar la nueva situación a ambos:

—David, sé que ya sabes lo que era el fantasma del lago y...

Contestó, muy seco:

—Querrás decir la banshee. Sí, y además sé lo que significa que me ronde.

—Te agradecería que no me interrumpieras. Además no te ronda solo a ti, es un problema que esté tan cerca de la ciudad, porque su sola presencia pone nerviosos a los habitantes. Esperaba poder arreglarlo antes de...

—¿Antes de que la viera, o antes de que supiera que mi familia está en peligro?

Respiré hondo e intenté ser paciente, sé de sobra que este jinete no conoce aún nuestras costumbres, pero sabe cómo provocar a una anciana como yo.

—Si quieres que te lo explique, bien, pero si no, me vas a dejar aclararte por qué te he ocultado la verdad. Verás, aunque te resulte increíble, cuando os conté la historia de nuestro pasado puede que omitiera algunos detalles que no creí que fueran importantes, y por los últimos acontecimientos veo que erré por completo. Ya sabes lo que pasó con Borrell y Barsalí, pero lo que no sabes es que antes de que Borrell regresara del destierro, una banshee comenzó a rondar por las cercanías de la ciudad, cada vez más y más cerca. Por mi parte diré que al terminar con los dragones, gran parte de la magia de este mundo se fue con ellos y creo que al regresar uno, se está restableciendo, y sinceramente no sé muy bien qué criaturas de las que se perdieron en este mundo vayan a regresar, por así decirlo.

Miré a David a los ojos, ya no eran amarillo fuego, cada vez eran más rojizos.

—Dime que tú no te has sentido diferente.

Me miró sorprendido, luego a Liyac con gran pesar y dijo:

—Lo siento, pero desde que te salvé, un gran vacío se ha adentrado en mi corazón y sé que hice mal, no tenía que haber traído tu cura.

Al decir aquello el jinete agachó la cabeza. Liyac me miró sorprendido, asentí con la cabeza y dije a David:

—Tranquilo, Liyac está al tanto y creemos que Barzal anda detrás de todo. Es más, sé con certeza que debe ser así porque si el destino de Liyac hubiera sido morir, no podrías haber hecho nada por salvarle, ni con esa extraordinaria cura que trajisteis.

David me miró sorprendido y dijo:

—¿Y cómo sé que no me engañas? Igual que hiciste con la bans-

hee.

—No lo sabes, pero si lo piensas bien, ¿qué gano si os pierdo a

ti y a Drako?

David me miró con desconfianza y añadió:

—Hay más cosas que me has ocultado, sé lo de la profecía.

—Pues claro, te la dije yo.

—No, me refiero a que me mentiste al decir que esperabais que el jinete fuera uno de vosotros. He estado en el Templo y la he visto junto con las otras.

Me quedé de piedra. ¿A qué profecía se refería? Me levanté y decidí acercarme a David, pero Drako se interpuso en mi camino. David le dijo que me dejara y se apartó. Fue la primera vez que me sentí indefensa ante tan majestuosa criatura. Miré a David fijamente a los ojos y le dije lo más sincera que pude:

—Jamás he ido al Templo. Es más, nadie va allí desde lo que pasó con los dragones. Sé que existe por los libros, pero jamás lo he visto y supongo que es porque solo los jinetes podían ir allí, ya que según las escrituras son los únicos que pueden acceder a su interior.

David me preguntó, desconcertado:

—¿Entonces como sabíais de mi profecía?

—Es muy sencillo, mis antepasados dejaron escrito nuestro futuro, el futuro de los dragones.

—Pues siento decirte que no es correcta del todo, ya que lo que no tiene escrito que Drako y yo vayamos a ganar al mal.

Liyac se levantó y dijo a David:

—Pero tampoco pone que vayáis a perder. ¿O sí?

David miró a Drako y me dijo:

—Debemos ir con Jardany, tengo que entrenar para lo que sea que nos depare el futuro, pero antes me gustaría que me enseñaras ese libro donde están las profecías; quizás si me lo llevo lo pueda estudiar y compararlas con las que hay en el Templo.

La cara me cambió por completo, porque sabía que mi respuesta no iba a gustarle, pero no podía darle otra:

—Lo siento mucho, pero no hay ningún libro. Me temo que nuestras profecías pasan de generación en generación. Me refiero a que mis antepasados las han traspasado de unos a otros y no hay nada escrito.

David se enfadó y me dijo a voces:

—¡Me estás mintiendo de nuevo, acabas de decir que hay unos

libros!

No sabía cómo hacerle entender que no éramos los malos.

—Sí, pero libros que hablan de los jinetes y sus dragones. Creo

que me has malinterpretado, no tengo un libro de profecías, todos los que tengo están en la sala de la Sabiduría y ya los has visto.

Liyac miró con desaprobación a David y le dijo:

—Sé que has pasado por duros momentos, pero Ocán es una gran hechicera y jamás deberías hablarle así. Si tienes dudas yo puedo contarte más historias de nuestro pasado, es lo único que tenemos de nuestros ancestros, historias que pasan de padres a hijos.

Después de decirle eso me miró esperando mi aprobación y cuando se la di, miró a David y le dijo:

—Nosotros no podemos ayudarte más, pero si tienes tantas dudas y quieres respuestas que estén en los libros, quizás deberías ir con Drako al Nordeste, allí estaba la ciudad de la que venía Reine.

David dudó un instante y dijo:

—¿Y qué es lo que puedo encontrar en esa ciudad?

—No es lo que puedes encontrar, es más bien a quién. Allí es donde están los guerreros actenus, nosotros éramos los jinetes y ellos los guerreros actenus —dijo Liyac con algo de melancolía.

Con tono más tranquilo el jinete dijo:

—¿Y cuál es la diferencia?

Me quedé mirando a Drako y dije a David:

—Ellos son, por así decirlo, los guerreros de la magia, y según cuentan las leyendas que sabemos, ellos sí tienen libros que te pueden ayudar. Además, si Borrell vuelve, toda la ayuda será bienvenida. Eso sí, quizás no te reciban tan bien como nosotros, si recuerdas la historia que te conté hará un año. Reine murió al dar a luz a Lico, el hijo de Barsalí, y quince años después fue la destrucción de los dragones y de la magia, así que, si decidís ir, tened mucho cuidado. Recuerda que hace varios siglos que no los vemos, y eso teniendo en cuenta que sigan allí.

David miró a Drako. Yo sabía que estaban hablando y poco después nos dio las gracias y se marchó. Miré a Liyac y le dije:

—No sé si hemos hecho bien en hablarle de ellos.

—Es cierto, pero debe saberlo todo, si su desconfianza hacia nosotros aumenta estaremos perdidos. Solo espero que los actenus hayan aprendido a perdonar y miren hacia el futuro como nosotros.

Una nueva ciudad

David

Tras conversar con Ocán y Liyac decidí ir a la sala de la Sabiduría por ver si tenía suerte y encontraba un mapa o algo que me pudiera ayudar con mi búsqueda, pero antes de llegar, Jardany me vio y me llamó. Por lo visto no les había metido el miedo suficiente a mi familia,

ya que estaban todos en la Gran sala esperándonos. Cuando entré mi madre salió corriendo, me dio un gran abrazo y me dijo:

—Si crees que te vamos a dejar solo en este mundo, es que no conoces a tu familia.

Me puse muy contento al verles, pero el miedo a perderlos me paralizaba. Miré a mi padre y con gran pesar le dije:

—No deberíais haber venido, en este momento Drako y yo íbamos a preparar algunas cosas. Tenemos que hacer un largo viaje y no sé cuánto tiempo estaremos fuera.

En ese momento Jardany se acercó y me dijo:

—Arregla las cosas y no te preocupes, cuidaremos muy bien de ellos en vuestra ausencia.

Le di las gracias, pero no era suficiente. Mi madre me miraba como si quisiera regañarme. Aun así se quedó callada e intentó mostrar una sonrisa. Lucas pidió venir con nosotros y cuando le dije que no podía se echó a llorar. Sofía se percató de que estaba ausente y por lo bajini me dijo:

—Si necesitas ayuda, cuenta conmigo.

Le agradecí el gesto y le pedí que buscara a Leisha y se reunieran conmigo en la sala de la Sabiduría. Asintió con la cabeza y dijo a mi madre que tenía que hacer algunos recados. Mi madre me agarró por los hombros y con la voz casi rota me dijo:

—Siempre estaré aquí y lo sabes, no te puedo pedir que dejes tu destino a un lado, pero sí que mantengas a Sofía todo lo lejos que puedas de los peligros de este mundo.

Le di un abrazo y le dije que no se preocupara, que allí no había peligro alguno. Aunque se lo dije lo más tranquilo que supe, creo que intuía que ni yo sabía si eso era cierto. Me fui sin despedidas. ¿Para qué hacerlo si solo iba a recabar cierta información? Drako me dijo que se iba a quedar un rato con ellos. Creo que en el fondo le gustaba volar con Lucas y hacerle feliz, aunque era algo que jamás reconocería.

Cuando llegué a la sala de la Sabiduría, Leisha y Sofía habían sacado un buen montón de libros y los tenían desparramados por todos

lados. Moví la cabeza varias veces como desaprobación. Sofía se cruzó de brazos y me dijo:

—Si quieres ayuda, no te quejes.

Leisha la apoyó en cada palabra que me decía. Como eran dos y las únicas que me ayudaban les dije:

—Y bien, ¿en qué os puedo ayudar?

Sofía me dijo con bastante sarcasmo:

—Pero qué cara tienes hermanito, somos nosotras las que te ayudamos a ti, si no recuerdo mal.

Mientras nos poníamos de acuerdo Leisha gritó:

—¡Creo que los he encontrado!

Cuando me acerqué para ver el libro me quedé de piedra. ¡Eran personas normales! Y como lo dije en voz alta, Leisha rio y me dijo:

—¿Y qué esperabas?

Se me debió quedar cara de tonto, porque Sofía comenzó a reír sin poder parar. Al principio me enfadé, pero no me duró mucho, ya que Leisha reía también. Estudié a fondo dónde estaba situada su ciudad (Tenus) e intenté encontrar algo que me pudiera ayudar con sus costumbres, pero la información era muy escasa. En aquel libro solo había unos dibujos de los guerreros actenus, que por cierto se parecían a Tante. Eran de piel clara, de pelo y ojos claros. Había un pequeño mapa y me quedé mirándolo un rato por ver si conseguía descifrar dónde podía estar esa extraña tierra. Miré a Leisha y le dije:

—¿Tú sabes dónde está?

Sacudió la cabeza y me dijo que no, pero que Jardany seguro que sí, o quizás Ocán. Cogí el mapa, les pedí que siguieran buscando algo que pudiera ayudarme y me fui a hablar con Ocán y Jardany. Fui a la Gran sala y no había nadie. Pensé que podrían estar en casa de Ocán, pero allí tampoco estaban y comencé a preocuparme. Me concentré para hablar con Drako y por primera vez conseguí que me respondiera cuando yo quise que me escuchara:

— No te preocupes, estamos en el lago y todos están bien, quédate ahí que voy con Lucas a por tí.

No tuve que preguntarle qué le sucedía, porque ya sabía que estaba aburrido de pasear a Lucas, no quise decirle que no y me quedé esperándoles junto a la casa de Ocán. Mientras tanto se me pasaron por la cabeza algunos recuerdos de cuando llegué por primera vez a casa de Ocán y de cómo había quedado de destruida la ciudad después de la batalla con los Drows.

—No te pongas así, que Ocán ha hecho un buen trabajo y todo ha quedado igual que estaba —me dijo Drako.

—Ya lo sé, pero..., me da pena que destruyeran tantas casas. Quizás de haber planteado la batalla de otra manera no hubieran muerto tantos hombres buenos.

—David, no fue tu culpa y lo sabes, deberías pensar en cuántas vidas salvamos aquella noche y no en las que se perdieron.

Antes de poder contestarle apareció con Lucas sobre su lomo. La cara de ambos decía lo bien que se lo estaban pasando. Me subí con Lucas y le agarré como si de esa forma pudiera protegerle contra cualquier cosa. Drako nos llevó al lago y desde el cielo pude ver cómo Jardany estaba entrenado a mi padre con la espada. El arco se le daba bastante bien, pero mucho me temo que la espada... Bueno, no era lo que mejor manejaba. Al bajar me acerqué a ellos y sin querer esboqué una amplia sonrisa.

—Te recuerdo que tú no eras mejor que yo —me dijo mi padre con cierto reproche.

La sonrisa se volvió carcajada. Miré a mi padre con cariño y le dije:

—¿Por qué no peleamos con las espadas un rato?

Accedió encantado y resultó que era bastante bueno. Ocán apa-

reció para ver el espectáculo y al verla recordé el mapa. Como me despisté, papá aprovechó mi debilidad, desarmándome en un solo movimiento.

—¡No es justo, me he despistado!

—Pues eso es algo que no puedes permitirte, o alguien tan «malo» como yo podría hacerte pasar vergüenza —dijo entre burlas.

Me acerqué a Ocán y le dije muy serio:

—Necesito que me ayudes.

Saqué el mapa y cuando lo vio, en su cara pude ver preocupación. Me pidió que la acompañara, quería que paseáramos mientras me contaba lo que necesitaba saber de ese lugar.

—Sé que estás enfadado porque crees que te hemos engañado y que te encuentras asustado por el bienestar de tu familia, pero en ese lugar no encontrarás nada bueno.

—Me dijiste que me lo contarías todo. En la sala de la Sabiduría apenas he encontrado nada que me pueda ayudar y según dice Leisha, ellos sí tienen libros que me pueden ayudar a comprenderlo todo mejor.

—Ese es tú problema, no hay nada que entender, eres un jinete y tienes un destino. ¿No es eso suficiente?

—No es eso y lo sabes, debo protegerles y para eso necesito saber cómo empezó todo, debo conocerme para poder cumplir con mi destino.

—Bueno, si no vas a cambiar de opinión, supongo que debería decirte lo que te espera allí —me miró con pena, resopló y comenzó su relato—. Verás, tú ya sabes que no siempre hemos estado a mal con los guerreros actenus, que eso fue desde la gran guerra con los dragones

—asentí con la cabeza y prosiguió—. Pero desde entonces nos odian. No van a confiar en ti y menos si descubren que eres un jinete. Puede que hasta quieran matarte, deberías olvidarlo todo y proseguir con tus entrenamientos.

—No. Debo averiguar cómo ayudar a mi familia y si hago lo que quieres, demostraré que soy un cobarde y ambos sabemos que eso no es verdad. Dime cómo puedo llegar.

Ocán miró a todas partes como si de esa manera pudiera esquivarme. Le cogí una mano y se lo pedí por favor. Dudó un instante y finalmente dijo:

—Ojalá no me arrepienta de esto... La ciudad de Tenus está más allá de la tierra de los lobos, hacia el Nordeste.

Le di las gracias y antes de que pudiera partir me dijo:

—Debes ser cauteloso. No les digas quién eres y no dejes que se acerquen a Drako.

Le dije que tendría mucho cuidado, pero no fue suficiente. Quería que Sofía me acompañase, me negué en redondo y me fui enfadado.

¿Cómo podía pedirme que arriesgara a Sofía de ese modo?. Drako se metió en mi cabeza mientras me dirigía al lago y me dijo:

—¡Pues tú quieres que yo te ponga en peligro a ti! Y por un motivo que ni tú sabes cuál es.

—No, soy yo quien te pone en riesgo, pero nosotros hemos nacido para esto, Sofía no. Y el hecho de que Ocán quiera que venga me deja más claro que Sofía no le importa lo suficiente.

Cuando llegué al lago mi padre me preguntó si todo iba bien y una vez más le mentí diciéndole que iba fenomenal. Subí en Drako y le pedí que me llevara al castillo con Sofía y Leisha, cosa que hizo, pero me estuvo dando la paliza todo el camino. Decía que íbamos a correr un riesgo para nada. Yo no estaba de acuerdo con eso y fui demasiado cruel.

—Mira, si no quieres venir iré solo, o le pediré a Valor que me lleve.

No contestó y estuvo callado demasiado rato. Cuando llegamos

al castillo no quería bajarme, le abracé y le pedí perdón mil veces. Solo me dijo una cosa antes de irse:

—Espero que si muero merezca la pena, por aquello de salvarles de un peligro que no sabes si es real.

Me sentía fatal por Drako y le daba vueltas a lo de llevarme a Sofía, pero no podía pedírselo, es mi hermana pequeña, solo tiene once años; además si mi madre se entera me prohibirá volver a este mundo y no quiero arriesgarme a eso. Quizás por eso, cuando vi a Sofía en la sala de la Sabiduría, en lugar de pedirle que me acompañara le pedí que me preparara algunas pócimas para curarme o para atacar a los guerreros actenus. Quedó pensativa y me dijo:

—¿Para qué vas a querer atacarles? Lo de las pócimas para curarte por si te enfrentas a algunas criaturas puedo entenderlo, pero lo de atacar a los guerreros actenus...

Me hice el sorprendido y le dije de broma:

—¡No sé en qué pienso! Quería decir que me prepares lo que puedas para cualquier peligro con el que pueda toparme en el camino.

De nuevo quedó pensativa y eso no era bueno. Debía preparar- me rápido para partir, porque si hablaba con Ocán se lo iba a contar y pondría muy pesada para acompañarme, pero me dijo que necesitaba por lo menos un par de días para poder preparar todo lo que le había pedido. Aquello no me sorprendió, mi hermana era muy lista y sé que sabe que le oculto algo. Para que no se percatara de mi plan le dije que no había problema, pero que quería partir lo más pronto posible. Salí de la sala de la Sabiduría pensando en una nueva forma de hacer las cosas. Leisha vino tras de mí y me dijo con voz dulce:

—Sé que nos has ocultado algo y quiero que sepas que en mí puedes confiar.

—Lo sé, pero no quiero que Sofía corra peligro —la cogí por los hombros y le dije mirándola a los ojos—. Ocán quiere que me acompañe, no dejes que hable con ella, no quiero que eso suceda, esto es cosa mía.

Leisha me dijo:

—Te prometo que haré lo que esté en mi mano. Confío en ti y si piensas que puede ser peligroso para ella, tú más que nadie quieres protegerla.

Tante debió de acercarse con sigilo, ya que me sorprendió cuando le escuché:

—¿Se puede saber qué estás preparando ahora?

Le dije lo más despreocupado que pude:

—No es nada, solo que tengo que ir a conocer a los guerreros actenus. Ocán no quiere que vaya solo y por eso voy con Drako.

Entrecerró los ojos y dijo:

—¿Puedo ir con vosotros, o me vas a dejar una vez más aquí con Jardany?

—Mucho me temo que será así, es un poco peligroso y preferiría no tener que preocuparme por nadie, aparte de Drako.

Sacó su espada y me dijo:

—Para decidir si voy o no deberías luchar conmigo. ¡Sabes que soy muy bueno! Si te gano me dejarás acompañaros.

Accedí a su petición, nos fuimos al patio del castillo, saqué la espada de la luz, me concentré en mi fuego interno y la espada se volvió casi roja por el fuego. Él sacó la suya y cuando nos disponíamos a comenzar el combate, Jardany apareció y me lanzó su espada.

—No necesito dos —le dije muy serio.

—No, pero deberías soltar la tuya, si no sería un combate injusto para Tante, ¿no crees?

Quedé mirando la mía y se la di a Leisha con mucho cuidado, cogí la de Jardany, miré a Tante y le dije:

—¿Ahora sí es justo?

Asintió y comenzó a atacarme, la lucha estuvo muy bien, pero hizo algo que no me gustó. Cuando le empujé con fuerza y cayó al suelo, aprovechó que me acerqué a él para tirarme arena en los ojos y mientras me la quitaba me puso su espada en el pecho y me dijo:

—Te he ganado, así que esta vez os acompañaré a esa aventura.

Miré a Jardany asombrado y le dije disgustado:

—¿Y lo que Tante me ha hecho es justo?

—En la lucha todo vale, los dos estabais en igualdad de condiciones y si ha considerado oportuno hacer eso para ganarte, no deberías quejarte como una criatura indefensa —respondió.

Al escuchar a Jardany decir eso me enfadé muchísimo, pero Tante comenzó a dar saltos de alegría y a gritar:

—¡He ganado al jinete! —cogió a Leisha y le dijo—. Le he ganado, ¿me has visto?

Comencé a reír por su comportamiento y me fui derecho hacia él, le di un abrazo y le dije:

—Puede que me seas útil en esta aventura.

Intenté ponerme serio, pero viendo su cara era imposible y ambos caímos al suelo de lo mucho que reíamos. Ocán, que lo había visto todo, se acercó y me dijo:

—Si te acompaña me quedo más tranquila. No es Sofía, pero puede que haga que los actenus no te maten.

De repente se oyó un estruendo de cristales rompiéndose. Era Sofía, que había dejado caer una bandeja con botecitos que traía en las manos. Me miró enfadada y salió corriendo. Pude escuchar cómo lloraba mientras se iba. Un gran dolor arraigó en mi pecho.

—Es por esto que no quería que mi hermana supiera nada —dije a Ocán enfadado.

Ella se quedó sin palabras, miré a Tante y le dije:

—Nos vemos en la llanura de los draquings. Diré a Drako que te lleve. Si me vas a acompañar, tengo que ponerte a prueba.

Después salí corriendo tras Sofía. Me llevó corriendo hasta el bosque de las mariposas, se detuvo en seco mirándolas, se dio la vuelta y me dijo con lágrimas en los ojos:

—Sé que sigues pensando que soy una niña que no sirve para nada y por eso no quieres que te acompañe.

Me quedé de piedra, no sabía cómo decirle que ella era lo más importante para mí, hice un duro esfuerzo y le abrí mi corazón lo mejor que supe:

—No es por eso, no pienso que seas solo una niña —carraspeé un poco y proseguí—. Si no fuera por ti no estaría hoy aquí, para mí eres muy valiosa y no solo por ser mi hermana, pero si algo malo te sucediera, no te haces una idea de cómo cambiaría eso mi mundo, y no lo digo solo por papá y mamá, lo digo porque eres mi amiga además de mi hermana y la mejor hechicera que conozco, gracias a ti estoy hoy aquí, ¿o se te ha olvidado que no hace mucho me exiliaron de este mundo y que tú fuiste la única capaz de conseguir que volviera a estar con Drako?

Me abrazó y llorando me pidió que la dejara venir, pero con la voz rota y lo más firme que pude le dije que no, que si ella se ponía en peligro le pediría a Ocán que le prohibiera volver a este mundo. La dejé llorando y me fui con gran pesar. En el camino de vuelta a Barsalí me paré para golpear el árbol más grande que vi y la rabia era tan grande

que dejé que mi fuego saliera por completo para desahogarme. Pude comprobar horrorizado cómo salía fuego de mis manos y con cada puñetazo hería aquel majestuoso árbol. Lo estuve golpeando hasta que la rabia se desvaneció y caí al suelo abatido. Lo que no sabía es que Sofia me estaba observando. Se acercó, me levantó del suelo y me dijo:

—Pero cuando veas que es seguro me llevarás a esa ciudad, ¿verdad?

—Te lo prometo, pero no quiero perderte, no podría soportarlo.

Se secó las lágrimas, me pidió que volviésemos a Barsalí y me dijo que tenía unas cosas que me podrían servir.

Capítulo 17

La llegada a Tenus

C

David

uando llegamos a Barsalí, Sofía se quedó en casa de Ocán preparando todo lo que nos llevaríamos para este viaje. En ese momento Drako apareció tras de mí y dijo:

—Creo que te has olvidado de alguien.

Fue entonces cuando me acordé de Tante. Me puse las dos manos en la cabeza y le dije a Drako que me llevara a toda prisa a la llanura de los draquings. Movi6 su cabeza a ambos lados y se agach6 para que subiera a su lomo. Vol6 a toda prisa y me sentía libre, pero angustiado. Tenía en mente que Tante viera lo peligroso que podía ser y de ese modo él mismo me dijera que no me acompañaría, pero eso no tardaría en comprobarlo. Tante estaba sentado junto al lago de los draquings. Drako me dejó justo a su lado y me pidió que le dejara disfrutar del espectáculo. Comencé a reír y Tante se mosqueó.

—Seguro que te ríes por lo quieres hacerme —me dijo algo preocupado.

Negué con la cabeza, pero la risa se me escapó y finalmente le

dije:

—¡Hombre, lo de la arena me lo debes!

—Bueno, pues tú dirás, jinete —me dijo con sarcasmo.

Comencé a frotarme las manos y le dije:

—Quiero que cojas un draquín salvaje, pero eso sí, no debes hacerle daño. Esta prueba consiste en comprobar si eres capaz de buscar una opción para volver a Barsalí, en caso de que algo nos suceda a Drako o a mí.

Asintió con la cabeza y salió corriendo tras una manada de draquings, que por supuesto echaron a correr nada más verle. El espectáculo era digno de ver. En ese momento pensé que no lo iba a conseguir, pero no se daba por vencido. Sacó una cuerda que había dejado escondida entre unos matojos e hizo algo que me dejó estupefacto. Se puso a tirar piedras a los draquings para enfurecerlos y aquella hermosa manada salió galopando tras él. Se quedó muy quieto. Quería ir a por él, pero Drako me lo impidió.

—Confía un poco en ese muchacho, debes recordar que es un guerrero muy preparado —me dijo muy tranquilo y disfrutando del espectáculo.

Tante seguía firme y la manada comenzó a correr por su lado. Aunque algunos le estaban golpeando, él seguía inmóvil y cuando menos lo esperaba subió sobre uno y se dirigió hacia nosotros.

—¿Crees que he pasado la prueba? —me dijo muy orgulloso.

Mi cara de asombro lo decía todo, aunque intenté pensar en algo para que Tante no nos acompañara, no encontraba ni una sola excusa que darle. Quizás por eso le di la mano y le dije:

—¡Será un placer hacer este viaje contigo!

En ese momento Drako me dijo que no podría hacer un viaje tan largo con tanto peso y cuando se lo referí a Tante contestó:

—Eso ya lo había previsto y Jardany me va a dejar su caballo alado (Zorin), que es muy rápido y me conoce desde que nací.

Sin pensarlo más nos fuimos a Barsalí y dedicamos el resto del día a preparar las cosas que nos llevaríamos. Cogimos diferentes armas, como el arco, la espada y algunas dagas que llevaríamos escondidas, solo por si acaso. Tante insistió en llevar algunas cuerdas y aunque no les vi utilidad no quise negarme, quién sabe si nos harían falta.

Al caer la noche, Ocán nos había preparado un pequeño banquete en la Gran sala, pero como ella sabía que yo no quería que se supiera adónde íbamos, había invitado a muy poca gente. Estaban Liyac y Amara junto con Lico, Nalo, Llinu y Leisha. Nalo no me miraba con buenos ojos desde lo de Barzal, pero como salvé a Liyac, le tocaba aguantarse. También estaban Jardany, Ocán y cómo no, mis padres, mis hermanos y Drako, que se estaba atiborrando a peces luna. Sofia estaba muy triste. Me acerqué a ella y le di un beso en la frente, me miró con asombro y le dije:

—Esto es para que sepas que te quiero mucho y que en cuanto pueda te llevaré conmigo.

Sofia me sonrió y mi madre se acercó muy contenta.

—Y bien, ¿a qué se debe esta complicidad entre vosotros? —me dijo con cierto asombro.

—Pues nada, que estoy muy contento y aunque me da pena que mañana os vayáis a casa, sé que en pocas semanas estaremos juntos de nuevo.

—Sí, pero ya sabes que cuando comience el nuevo curso será como antes y que solo vendrás en vacaciones y fines de semana.

—Sí, mamá —le dije, un poco cansado de escuchar siempre lo mismo.

Mi padre nos llamó para que nos sentásemos a la mesa a comer con todos. Creo que era el que más disfrutaba comiendo y bebiendo, junto con el rey. Todos celebrábamos una despedida, menos mis padres. No sabían por qué nos habíamos reunido y aunque tenía remordimientos por no decírselo, solo verles tan felices y sin preocupaciones valía la pena. Además sabía que todo iba a salir bien y no quería que se preocupasen por nada.

Liyac se puso en pie y propuso un brindis por nuestra valía y arrogancia. Me quedé de piedra y contuve el aliento hasta que mi padre se puso en pie diciendo:

—Si no fuera por estos estupendos chicos jamás habiéramos conseguido salir con vida de las garras de los Drows.

En ese momento volví a respirar y Leisha, que se había percatado de mi nerviosismo, sonrió, levantó su copa y dijo:

—Gracias por estar siempre ahí para cualquiera de nosotros. De veras, David, esta familia te debe mucho.

Todos se unieron al brindis, pero yo no tenía con qué brindar y Jardany me ofreció una jarra y me dijo:

—Eres un guerrero, lo único que te falta es que bebas como tal. Miré a mi padre y me hizo un gesto de aprobación para que bebiera con ellos. Todos brindamos y cuando le di un sorbo a aquella bebida tuve que hacer un gran esfuerzo para no escupirla, sabía a rayos.

Tante me miró y rio tan fuerte que todos rieron con él, incluso yo. La celebración se alargó bastante y Liyac pidió a mis padres que se quedaran a dormir y que partieran por la mañana, pero mi madre se disculpó por no poder, tenía que trabajar al día siguiente y no podía llegar tarde. A mi padre le fastidió un poco porque él estaba de vacaciones, pero se aguantó,

cogió a Lucas y pidió a Sofía que se fuera con ellos. Ella miró a Ocán, que pidió a mis padres que la dejaran por unos días más, que estaban avanzando mucho con sus hechizos y que necesitaba a Sofía para un par de cosas. Como fue tan amable mis padres no se pudieron negar y finalmente Sofía se quedaría en Barsalí. Aquello me pareció raro, pero en ningún momento creí que

fuera algo malo.

Me despedí de ellos y mi madre me pidió que fuera prudente con lo que hacía. Siempre estaba preocupada y eso era algo que yo no había entendido hasta ahora. Desde que tenía esas pesadillas comencé a comprenderla. Ahora era yo quien me preocupaba por ellos. Drako me acompañó a la habitación, pero ya estaba tan grande que se tenía que quedar en el suelo, como si fuera una alfombra arrugada.

—Ya mismo no podrás entrar aquí como sigas creciendo tanto.

—Eso no es algo malo. Por si no lo has notado nuestros enemigos son muy fuertes y si algún día Borrell regresase... Bueno, eso no es importante ahora mismo.

—Pero, eso no va a suceder, ¿verdad?

Drako quedó en silencio. Aquello no me gustaba, pero cuando no quería hablar no había forma de hacer que dijera una sola palabra, aunque me dio un poco igual y me quedé dormido demasiado pronto. Lo bueno es que conseguí dormir algo más, lo malo que la pesadilla parecía cada vez más real. Desperté gritando como siempre, pero esta vez me llevé un terrible susto, porque cuando abrí los ojos la banshee estaba justo a mí lado y eso era algo que no me había pasado hasta ahora.

Drako se puso a la defensiva ante aquella criatura, que de repente soltó un grito que casi me destroza los tímpanos. Conseguí encenderme a pesar del terrible dolor de oídos. Busqué mi espada y la hallé cerca de la ventana, no recordaba haberla dejado allí, pero me dio igual, di un gran salto y la cogí. Cuando la encendí pude comprobar que la banshee había desaparecido y Drako estaba terriblemente furioso.

—No sé por qué viene a molestarte esa odiosa criatura.

—Sí lo sabes, pero no queremos afrontar la verdad. He leído que las banshees pueden llegar a perseguir a las personas que van a perder a un ser querido o van a morir pronto. Quizás por eso se está acercando.

Drako soltó un gruñido:

—Ni se te ocurra pensarlo, Sofia no ha preparado aún lo que necesitas.

—Lo sé, pero debemos partir y no puedo esperar más. Además, si nos vamos pronto pondré a salvo a Tante.

—¿Y qué hay de ponerte tú a salvo?

Intenté coger aire despacio, pero mi fuego salía cada vez más y no podía controlarme. Sentía que iba a explotar y por primera vez temí hacer daño a Drako. Cuando notó toda mi rabia, mi miedo y mi dolor, me pidió que me acercara y me dijo:

—Deja que salga fuera toda esa rabia, verás qué bien te sientes.

—Pero, ¿y si te hago daño?

—Debes recordar que soy tu dragón. Además, soy un dragón Fogum, confía en mí, por favor, y desahoga esa rabia que tienes dentro.

Me acerqué con temor, se puso sobre sus dos patas traseras, me

rodeó con sus alas y cuando estaba completamente cubierto por él, dejé que toda la rabia saliera, hasta se me escapó un grito y mientras el fuego salía pude ver cómo iluminaba las alas de Drako por dentro y me sentí totalmente relajado, pero cuando le miré estaba desapareciendo ante mis ojos sin que pudiera hacer nada. Un inmenso dolor se apoderó de mí, intenté gritar para pedir ayuda, pero de mi garganta no salía un solo ruido. La angustia crecía más y más y sus últimas palabras fueron:

—Todo es por tu culpa, por salvar a ese estúpido rey.

Desperté sobresaltado y empapado en sudor. Miré a Drako y por suerte estaba bien. En ese momento lo entendí todo. Drako estaba bien, pero no duraría mucho la suerte que estaba teniendo. Por eso le desperté y le pedí que partiésemos ya, pero quería esperar a que amaneciera e incluso me echó en cara que nos fuésemos sin Tante, pero cuando se metió en mi cabeza y vio todo lo que estaba sufriendo y todo lo que había soñado cambió su forma de pensar, me dijo que cogiera lo que pudiera (cogí mi espada) y partimos en mitad de la noche como si fuésemos prisioneros que escapan. Creo que era la primera vez que volar con Drako no me liberaba de mis temores ni mis remordimientos; no me sentía libre, solo podía pensar en que si los guerreros actenus no me ayudaban, no sabía qué podía hacer. Si me iba de este mundo Drako moriría, y eso era algo que no podía permitir, y si me quedaba mi familia lo pagaría muy caro. Estaba en un buen dilema.

—No te preocupes por cosas que aún no han sucedido. Sé que en tu mundo es algo normal, pero en este, con las criaturas que hay, deberías preocuparte solo por el presente y tener el futuro en la cabeza, pero solo si te sirve para seguir adelante.

—Sé que tienes toda la razón, pero no olvides que es mi condición humana.

—Sí, pero no eres un simple humano, eres un jinete. ¡Mi jinete!

—dijo, algo enfadado.

Mientras pensaba en lo que me decía estábamos sobrevolando la tierra de los lobos, y se podía ver a lo lejos el territorio de los Drows, pero cuando miré al horizonte pude ver asombrado que la tierra que

había más allá era toda de piedra, no había un solo árbol, ni vegetación, solo piedras y montañas donde quiera que mirases.

—¿Cómo puede vivir aquí nadie, si no hay vegetación?

—Si eso es lo que piensas deberías recordarlo cuando debamos defendernos de ellos —me dijo a modo de reproche.

—Necesito respuestas y ellos son los únicos que me pueden ayudar. Eres tú quien debe recordar que no debes atacarles por muy fea que se ponga la cosa. Mientras yo no te diga lo contrario, serás mansito como un gato.

Quedó callado, pero podía notar cómo refunfuñaba. Se había metido en mi cabeza para ver qué era un gato y cuando se lo mostré, se enfadó tanto que estuvo el resto del camino callado.

Estaba amaneciendo y se podía ver aquella tierra aún más hostil y deshabitada, aunque comprobaría demasiado pronto que no estábamos solos. Mientras sobrevolábamos lo que parecía un volcán tiraron una enorme red que atrapó a Drako y comenzamos a caer sin control. Intentó envolverme sin mucho éxito entre sus alas. Mientras caíamos saqué la espada e intenté cortar aquella red en vano. Cuanto más cerca estaba el suelo más temía por Drako y me encendí tanto que conseguí derretir con las manos desnudas parte de la red, pero demasiado tarde. El choque fue brutal. Mi último acto fue abrazarme a él y pedirle perdón por haberle fallado.

Drako

En el momento en que David me prohibió dañar a aquellos guerreros supe que no nos iba a ir muy bien, pero cuando esos malditos me tiraron aquella red para hacerme caer junto con mi jinete, solo pensaba en matarlos a todos. Mientras caíamos sentí algo que supuse jamás habría sentido un dragón: la pérdida total del control en el aire. Hizo que el miedo y la rabia me invadieran, porque solo intentaba proteger a David, pero no podía moverme. Él se encendió demasiado tarde, por lo que el impacto fue terriblemente duro, se golpeó la cabeza y quedó malherido.

Mientras estábamos tirados en el suelo, por lo menos cien guerreros nos acorralaron apuntándonos con sus estúpidas lanzas, con sus arcos y sus flechas. Eran demasiado débiles para mí, pero no querían darse cuenta de ello. Me puse a dar coletazos para ver si conseguía tirar a alguno, pero fue en vano. Cogí a David lo mejor que pude y le metí bajo mis alas. No dejaría que ningún guerrero se le acercara. De pronto una mujer esbelta con el pelo blanco y con el rostro muy pálido se nos acercó. Me miraba muy despacio y buscaba algo. De repente grito:

—¡Es un jinete lo que oculta este dragón!

De inmediato, los guerreros se pusieron en posición de ataque. Miré a David y le dije:

—Sé que te he dicho que no les voy a herir, pero si intentan hacerte daño no voy a cumplir mi palabra y abrasaré a todos. Por favor, despiértate.

Pero estaba malherido, podía notar su dolor. Había recibido un duro golpe en la cabeza y por eso estaba sangrando; no mucho, pero lo suficiente para que no despertara.

Aquella extraña mujer no nos quitaba ojo de encima. Se puso frente a mí y comenzó a decir:

—¿Por qué habéis venido aquí? ¿Estáis muy lejos de vuestra tierra? Necesito que te lo lleves. ¡En este lugar ningún jinete es bien recibido! No sé si puedo soltarte para que te lo lleves. Sé que me entiendes, pero necesito que hagas algo para que pueda confiar en ti.

Miré a David y volví a acariciarle la cabeza con la mía, pero seguía sin despertar. Me entró un dolor inmenso de cabeza y fue entonces cuando pensé que necesitaba ayuda, pues mi jinete estaba muy mal. Quizás por eso agaché la cabeza y mostré ser muy dócil, para que me liberaran y poder irnos. Si David quería ayuda de esta gente, estaba claro que no la iba a conseguir por las buenas.

La mujer miró al guerrero que había a su derecha y le dijo:

—Silas, quiero que le quitéis la red mágica y pongáis a buen recaudo a nuestro amigo.

Aquello me dejó intranquilo, pero pensé que cuando dijo «nues-

tro amigo» se refería a David. ¡Qué ingenuo soy! El tal Silas me agarró con una cadena mágica y me separaron de David.

Mientras me llevaban a no sé dónde, pude ver horrorizado cómo le cogían de mala manera y le echaban en un carro de madera. Fue entonces cuando ella dio la orden:

—Llévadle a las mazmorras, necesito saber a qué nos enfren-
tamos.

No podía permitir eso y me puse a lanzar fuego sobre ellos con

toda mi furia, pero, ¡no les pasaba nada! Aquella cadena que me habían puesto debía evitar de alguna forma que mi fuego avanzase más de un metro, por lo que no llegaba a ningún objetivo.

En ese momento solo podía pensar en que no podíamos haber hecho nada peor que venir a este lugar sin nadie que nos pudiera ayu- dar.

Solo podía pensar en Sofia. De estar aquí seguro que anularía esta magia y protegería a David contra estos brujos.

«¿Por qué le haría siempre tanto caso a mi jinete?».

David

La cabeza me dolía a rabiar y cuando abrí los ojos todo estaba muy oscuro y húmedo. No podía ver a Drako, pero sabía que estaba vivo, de algún modo podía sentirlo, aunque no podía hablar con él.

De pronto un hombre muy fornido se acercó y me dijo:

—¡Por fin despiertas, escoria!

Su voz era ronca y su tono revelaba odio. Yo aún estaba tirado en el suelo y no entendía qué había pasado. ¿Acaso Drako les había hecho daño?

—¿Dónde está mi dragón?

—Está donde tiene que estar, a salvo de ti, ¡mata dragones!

—Pero qué dices, si soy un jinete. Drako es mi dragón y jamás le mataría.

—Eso es lo mismo que dijeron los que acabaron con ellos. De-

berías guardar fuerzas, tu juicio será al anochecer, mi reina lo está preparando todo, no gastes energías conmigo, sé perfectamente cómo sois los de tu especie —dijo con desdén.

Intenté incorporarme, pero me dolía tanto la cabeza que me mareé y tuve que sentarme. Apenas podía ver nada. Me toqué la cabeza y comprobé que tenía una seria herida de la que manaba sangre. Por suerte no era mucha y se estaba secando. Intenté encenderme para ver mejor o para intentar escapar, pero lo único que conseguí es que la cabeza me doliera más. Comencé a llamar de nuevo la atención de aquel guardia:

—Y bien, ¿me podrías decir cuánto falta para mi juicio y quién será mi defensor?

Después de un silencio incómodo rio de manera cruel y dijo:

—Nadie. Eres un jinete y por ello serás condenado a muerte.

—Entonces no es un juicio, es una condena. Por lo menos déjame que hable con tu reina, necesito preguntarle un par de cosas. No buscamos haceros daño, hemos venido solo a por respuestas, y si no os gusta mi presencia os doy mi palabra de que nunca más volveremos.

De pronto aquel guerrero abrió la puerta de la celda, se me acercó, me dio una buena patada en las costillas que me dejó sin respiración y me dijo, mientras intentaba luchar por seguir respirando:

—El dragón se queda y tú morirás al anochecer, no eres digno de estar vivo y mucho menos de ver a mi reina. Si necesitas que te lo recuerde de nuevo, dímelo y con gusto volveré a terminar lo empezado, de ese modo le ahorraré el juicio a mi pueblo.

Después de aquel enfrentamiento pensé en Drako, en mi familia, en Leisha... No me había despedido de ninguno de ellos y la tristeza me invadió, pero no estaba dispuesto a rendirme. Conseguí levantarme y volví a llamar al guardia, que con una amplia sonrisa abrió otra vez la puerta para pegarme más, pero esta vez, cuando me agarró por el pecho, conseguí encenderme. Su cara se volvió pálida y vi el miedo reflejado en sus ojos. Pude zafarme de él y le empujé lo más fuerte que pude. Conseguí tirarle, pero se puso a gritar. Salí corriendo de la celda

y cerré la puerta con la esperanza de que nadie nos hubiera escuchado, aunque no tuve tanta suerte. Había unas escaleras que imaginé eran para salir de aquel horrible lugar, pero me llevaron a una sala llena de más guardias fuertemente armados y que llevaban armaduras de color dorado. Al verlos di un paso atrás y busqué en vano mi espada. Sabía que enfrentarme cuerpo a cuerpo contra ellos sin estar armado era un suicidio. Quizás por eso me puse de rodillas y me llevé las manos a la cabeza para mostrarles que me rendía. Los guerreros quedaron sin saber qué hacer conmigo, hasta que de pronto uno muy joven que llevaba en la armadura un simurgh dibujado, dio orden de que se apartaran. Algunos me miraban con miedo, otros con odio, pero aquel guerrero se acercó y me dijo:

—¿Por qué has escapado?

Con desesperación dije:

—Porque necesito ver a Drako para despedirme y pedirle perdón, traerle a este lugar ha sido una mala idea. Ocán ya me dijo que no sería bien recibido, pero soy un cabezota y ahora lo vais a matar por mi culpa.

—No sé quién es Ocán, pero tiene razón. Si lo que te preocupa es eso, no temas, yo mismo me encargaré de que te puedas despedir de él antes de que pagues por tus pecados.

Miré a aquel guerrero y le dije:

—Me llamo David y mi único pecado es ser el último jinete. Solo he venido buscando respuestas y si debo morir por ello, que así sea, pero ten en cuenta que si muero matareis al último de los dragones y vuestras manos se mancharán más que las mías, pues jamás he matado a ningún dragón.

—Mi nombre es Caimo, soy el futuro rey de la ciudad de Tenus y puedo asegurarte que tus manos están manchadas por tus antepasados —dijo con desdén.

En ese momento comprendí que ninguno de ellos me iba a entender o ayudar. Quizás por eso me callé y esperé a que me llevaran a juicio para ejecutarme. Caimo mandó que me encadenaran y me

llevaran a la plaza de la justicia. «Bonito nombre», pensé, aunque sabía que no iban a hacerla conmigo precisamente. Me habían puesto grilletes en los pies y en las manos y mi marcha era lenta. Mientras caminaba la gente comenzó a salir de sus casas, esculpidas en la piedra de la montaña. No me conocían de nada, pero comenzaron a tirarme fruta y a gritarme: ¡asesino! No podía comprender cómo eran tan diferentes a los de la ciudad de Barsalí. Allí me recibieron con las manos abiertas y aquí me querían matar. Este mundo es demasiado diferente. Por mucho que intentara hablar con Drako me era imposible. ¿Lo habrían matado? No podía ser, creo que lo hubiera notado. La cabeza me seguía doliendo y aunque la sangre de la herida ya estaba seca, no podía pensar con claridad. Agaché la cabeza y cuando vi mi ropa toda llena de sangre pensé en el miedo que pasaría mi madre al verla. En ese momento una lágrima se derramó por mi mejilla, no porque tuviera miedo a morir, sino porque, ¿quién se lo iba a explicar a mis padres? ¿Cómo iban a soportar mi muerte? Al llegar al centro de la plaza pude apreciar lo hermosa que era, allí sí había flores y árboles de colores hermosos, sus tonos iban desde el rojo hasta el blanco más puro, todo en una armonía casi celestial. Al final de la plaza, en el centro, había un trono de piedra y en los alrededores estatuas también de piedra, imaginé que eran guerreros actenus. En ese momento pude ver que tenían a Drako en el lateral izquierdo dentro de una enorme jaula. Me entristeció mucho que estuviese allí metido, aún así, sentí un gran alivio al verlo con vida.

Una mujer muy extraña se acercó al trono, se puso frente a él y dijo, dirigiéndose a todos:

—Hoy vamos a hacer un poco de justicia. Justicia por el daño causado a nuestro pueblo. Justicia por los dragones que fueron extinguidos en el pasado y justicia por nuestros antepasados.

La gente se puso a aplaudir, estaban eufóricos. Aquello me daba mala espina, esa justicia era mi muerte y encima por algo que no había hecho, ni jamás haría. Me quedé mirando a aquella mujer, era muy pálida y tenía pose de superioridad, como casi todos en este extraño lugar,

pero cuando le vi el mismo emblema que llevaba Caimo me di cuenta:
¡era la reina! Tenía que hablar con ella y explicarle que nosotros no
somos una amenaza para su pueblo.

—Su majestad —le dije apresuradamente—, esto es un malen- tendido...

Pero antes de que terminara la frase, el guerrero con el que había luchado en las mazmorras me golpeó en una pierna, haciendo caerme al suelo. Drako se revolvió, intentando salir de aquella jaula. La reina, que vio aquello con asombro, regañó al soldado:

—¡Silas! Es suficiente, no debes maltratarle de esa manera, pronto estará con los ancestros y serán ellos quienes le quiten su alma lentamente y le hagan pagar por sus pecados.

Aquello me dejó estupefacto. ¿Cómo que los ancestros me iban a quitar el alma? ¿Pero qué clase de locos eran estos? El tal Silas sonrió muy complaciente a la reina y me arrastró de mala manera hasta que me puso en lo que parecía un escudo en el suelo. Un enorme círculo con extraños dibujos en los que pude apreciar algunos de dragones y de hechizos parecidos a los que Sofia me había enseñado en otra ocasión.

La reina se dirigió hacia mí y me dijo:

—Vas a ser juzgado por la matanza realizada a los dragones.

¿Qué respondes a eso?

—Su majestad, con todos mis respetos, no he matado a ningún dragón y mi intención no es haceros daño...

—¡Silencio! Deberías tener el valor de reconocer tus errores y con ello poder descansar con los ancestros, de lo contrario te mandare- mos con los impuros y tu castigo será para toda la eternidad.

Resoplé tan fuerte que hasta creo que les molestó. Miré a la reina y le dije:

—Solo quiero pedirlos dos cosas antes de que me matéis. Si us- ted pudiera tener un poco de paciencia conmigo...

Aquella mujer se extrañó por mi forma de hablar, se le notaba a la legua. Asintió y me dijo:

—Mi nombre es Atema y soy la reina de esta hermosa ciudad,

de la que no podrás escapar.

—Me parece muy bien, mi nombre es David y por si no lo habéis notado no soy de este lugar, y no me refiero a esta ciudad o a Barsalí, soy de otro mundo. Para ser más exactos de la Tierra, así que si mis antepasados os hicieron algo, creedme si os digo que no soy como ellos, pero si va a servir de algo, soy descendiente de Barsalí y futuro rey de dicha ciudad. Os lo digo porque no creo que al rey Liyac le agrade saber que sois vosotros los que habéis matado a su jinete y su dragón.

Atema entrecerró los ojos y su cara cambió, pero no como esperaba, pues pasó de tener curiosidad a estar muy enfadada, y comenzó el juicio.

—Ciudadanos de Tenus, hoy por fin, después de tantos años, vamos a hacer justicia —se calló, me miró y prosiguió—. Si por ello tenemos que ir a la guerra contra los de Barsalí, que así sea.

La gente se puso a dar gritos de guerra. ¿Qué he hecho? En la ciudad de Barsalí no están para otra guerra. Pedí amablemente a Atema que me dejara despedirme de Drako antes de morir. Ella no estaba dispuesta a darme ese privilegio, aunque por suerte intervino Caimo diciéndole que me había dado su palabra de que podría hacerlo y aunque a la reina no le gustó, me dejó acercarme a él. Eso sí, tres guardias me seguían con sus espadas, solo por si acaso.

Miré a Drako y las lágrimas se derramaban por mis mejillas sin poder controlarlas.

—No sé qué te han hecho, no sé por qué no me hablas, pero te pido perdón por haber venido, soy el peor jinete de la historia, por mi culpa la profecía no se cumplirá.

Me acerqué a la celda para poder tocarlo por última vez y un guardia me clavó la espada en un muslo, no muy hondo, pero lo suficiente para hacerme caer al suelo. Drako seguía sin hablarme. Entonces lanzó fuego al guardia y cuando vi que su llama no le alcanzó lo entendí todo. «Lo tienen hechizado». Mi fuego interno se hizo tan fuerte que conseguí quitarme los grilletos de las manos y le quité la

espada al guardia. Me di la vuelta y pedí que le soltaran.

Atema ni se inmutó. No obstante, me dijo:

—No hagas que el dragón muera por tu culpa.

—No entiendes que si muero él también muere, ¿acaso eres tan idiota? No me importa morir, pero sí que él muera.

Atema se enfadó mucho conmigo:

—Te ordeno que bajes la espada. Si te digo que hemos encontrado la forma de que él no muera, ¿lo harás? ¿Lo salvarás a costa de tu vida?

—Dime cómo lo haréis y la soltaré.

Atema miró a un hombre muy mayor que había a su derecha. Este se acercó a mí asustado y me dijo con grave y temblorosa:

—Me llamo Brais, soy el consejero real y aunque te parezca imposible lo que vamos a hacer, es algo que ya se probó en el pasado y funciona —añadió, señalando a las estatuas—. Lo que hay que hacer es ponerte sobre Cestran, el portal de los ancestros, ellos subirán después de invocarlos, se llevarán tu alma y nosotros petrificaremos tu cuerpo, evitando tu muerte por completo, de esa forma el dragón queda libre y a salvo.

—¿Y qué pasará con mi alma?

—Pues mucho me temo que los ancestros te harán pagar durante la eternidad un castigo justo. Si eres inocente como dices, serán benévolutos y apenas sufrirás.

Se me hizo un nudo en la garganta, solo podía pensar en mi familia. No pude evitar sentirme furioso y derrotado, y le dije lo más calmado que pude:

—¿Perderé el alma para siempre y nunca podré estar con los

míos?

—Mucho me temo que así es. Lo siento, pero hay que purificar

a tu dragón, de lo contrario será peligroso y correrá tu misma suerte.

Miré a Drako, solté la espada, me despedí de él y me entregué sin luchar para poder salvarlo.

Capítulo 18

¿Amigos o enemigos?

E

Sofía

n el momento que amaneció tuve un presentimiento, algo no iba bien, cuando entré en el dormitorio de David y comprobé que ni él ni Drako estaban, sabía que se habían marchado en

plena noche. Bajé a la Gran sala para quejarme a Jardany, para mi sorpresa al que encontré fue a Tante y le dije enfadada:

—¡Por fin te encuentro! Creía que os habíais ido sin despedirse.

—No sé de qué me hablas, llevo un buen rato esperando que aparecierais, creía que estaríais liados con las pócimas y eso...

Al ver su cara y escuchar su respuesta lo entendí rápidamente. David se había ido con Drako y se me escapó en voz alta:

—Me han dejado tirado —dijo Tante muy enfadado.

—¿A qué te refieres?

En ese momento entró Jardany y me dijo:

—¿Dónde están el chico y el dragón?

Me enfadé mucho, me crucé de brazos y dije:

—Lo ves Tante, se han ido, a eso me refiero. ¿Cómo he sido tan tonta de creer que mi hermano no se iría solo?

Jardany puso cara de preocupado, me agarró por los hombros

y dijo:

—¡Debéis salir ya a por ellos! Os voy a acompañar, pero no le digáis a nadie dónde vamos. Sofia, coge todo lo que veas que nos puede servir. Tante, tú ve a por los caballos, yo iré por las armas. ¡Corred! No hay tiempo, nos vemos en la llanura de entrenamiento que hay al Noroeste.

Jardany salió a toda prisa. Tante quedó paralizado. Le miré y dije:

—Ya le has escuchado. ¡Corre!

Estaba más que preocupada, pues si Jardany había reaccionado

así, es que algo muy malo le podía estar pasando a mi hermano. Mi primera intención fue ir a ver a Ocán, pero sabía que no tenía tiempo. Quizás por eso fui corriendo hasta mi habitación, cogí una mochila que me había traído con algunos libros, la vacié sobre la cama y metí a toda prisa algunas cosas que había preparado, como pociones para curar heridas y algunas para realizar explosiones. Antes de salir corriendo hacia la llanura me detuve en la habitación de David, solo por si podía coger algo para él, algo que le sirviera, estaba tan nerviosa que no veía nada más que la cara de Jardany, así que decidí no coger nada, pero antes de cerrar la puerta vi su medallón. El muy tonto se lo había dejado sobre la mesita de noche. Decidí cogerlo y cuando lo tenía en las manos vi que su color era del rojo más intenso que había visto nunca y aquello me asustó aún más. Me lo colgué y lo escondí bajo mi jersey, solo por si me topaba con alguien y se daban cuenta de que lo había cogido.

Salí corriendo hacia la llanura y cuando llegué pude ver a Jardany y a Tante esperándome impacientes. Miré a Jardany, saqué el medallón para que lo viera y de los mismos nervios me puse a llorar y le dije:

—Están en peligro, el medallón está muy rojo y eso no significa nada bueno.

Jardany me cogió y me subió sobre su caballo Zorin, él subió detrás y le mandó galopar a toda prisa. Al principio me pareció raro que no fuéramos volando, pero me dijo que era porque íbamos muy lejos

y para cansar menos a Zorin ese era el mejor modo; primero al galope y luego surcaríamos los cielos, tras pasar la tierra de los lobos. Tante nos seguía de cerca montado sobre Ciba, a ella parecía no importarle llevar a Tante en vez de a mí. En ese momento me acordé de lo pequeña y débil que la encontré y me alegré de haberla cuidado tan bien, hasta convertirla en una de las mejores yeguas aladas de la ciudad.

Estuvimos galopando hasta casi el mediodía, cuando Jardany me miró y dijo:

—Debemos parar, comer algo y proseguir el camino volando.

—Si es por mí no lo hagas, estoy bien y no tengo hambre, solo quiero ver a mi hermano.

—Lo sé, pero necesito que cuando lleguemos estés fuerte, no sabemos lo que vamos a encontrar allí y seguramente habrá que luchar. Lo entiendes, ¿verdad?

Asentí y bajé de Zorin sin rechistar. Comimos algo de pan que Jardany había cogido de la cocina del castillo, pidió disculpas por no haber cogido nada más, aquello me dio igual, solo quería estar con David y con Drako. Subimos a las bestias y estas alzaron el vuelo. Las vistas eran hermosas, había muchos árboles y cuando miré al Norte pude ver un bosque tenebroso.

—¿Qué lugar es ese? —pregunté.

—El territorio de los Drows. Allí David cogió el agua mágica, que espero habrás echado...

En ese momento quise morir. ¡No la había echado! Ese error tal vez fuera muy grande, así que decidí callar y rezar para que no hiciera falta usarla. El paisaje fue cambiando de tener muchos árboles y vegetación a solo rocas y montañas donde quiera que mirases. ¿Cómo íbamos a encontrarles en ese lugar? Jardany sacó una brújula que empezó a dar vueltas sin sentido, pensé que estaba rota, pero en ese momento ordenó a los caballos alados que bajasen al suelo. Dijo que debíamos estar muy cerca y que teníamos que ser sigilosos. Me miró muy serio y dijo:

—Sé que no has echado el agua mágica, pero dime que sabes cómo hacernos invisibles.

Quedé helada. ¿Cómo lo sabía? Jardany hizo un gesto de impaciencia y le dije:

—Lo sé hacer, pero es algo que no controlo muy bien y puede que sus efectos duren muy poco.

—Bueno, tú intenta que duren hasta que veamos la ciudad de Tenus. Es muy importante que los guerreros actenus no nos descubran hasta que estemos dentro.

¿Dentro de qué?, si no se veía ciudad ni nada. Jardany dejó los animales escondidos en una cueva que encontramos cerca de donde la brújula se volvió loca. En ese momento realicé el hechizo de la invisibilidad. Estaba tan nerviosa que no me salió a la primera, pero después de tomar aire despacio y de intentarlo por lo menos cinco veces, ¡lo conseguí! Tuvimos que andar un buen trecho, el terreno era muy peligroso, había que tener mucho cuidado para no meter el pie en alguno de los miles de agujeros que había en el suelo, de no resbalar y salir rodando, pues podías caer por algún precipicio. Con la puesta del sol pude ver no muy lejos un brillo que me resultó familiar. ¡Era un muro mágico!

—¿Ves ahora la ciudad de Tenus? —dijo Jardany, con cierto resquemor.

—¡Si que la veo! Pero, ¿cómo entraremos sin ser vistos? Si es un muro como el de Barsalí, en cuanto lo crucemos, el que lo mantenga notará que hemos entrado.

—Ahí es donde intervienes tú, pequeña. Tienes que anular esa magia, quitar el muro y levantar otro sin que se den cuenta de lo que has hecho —me dijo, demasiado esperanzado.

Le miré preocupada, no sabía si lo conseguiría, y eso hizo que el hechizo de invisibilidad desapareciera. Tante me abrazó y dijo:

—Has hecho cosas más grandes, debes tener confianza y si te sirve de algo, piensa que David te necesita. Sé que a él pensar en sus seres queridos le da fuerzas y le ayuda a controlar su fuego interno, no sé si tu magia funcionará del mismo modo.

Respiré muy hondo. Tante cogió su espada y se preparó para la batalla. Jardany prefirió el arco para defendernos de los guerreros que

estuvieran más lejos, la espada la dejó enfundada para aquellos que se nos abalanzaran. Al acercarnos al muro pude escuchar las voces que escuchaba en Barsalí y pensé que no sería tan difícil. Intenté pensar en algún hechizo que me pudiera ayudar, pero jamás había estudiado ninguno para hacer esto, así que estaba en un buen aprieto. Levanté las manos en busca de la luna, pero aún no había salido. Entonces se me ocurrió que si tocaba el muro y hablaba con los ancestros, tal vez ellos me ayudarían. Acerqué ambas manos al muro para tocarlo sin traspasarlo y entonces contacté con ellos. Les pedí ayuda y les expliqué lo que estaba pasando, pero no eran mis ancestros y no querían ayudarme.

¿Cómo podían ser tan malos?, pensé. Justo en el momento en que me iba a rendir, una voz cálida me dijo:

—No te rindas, debes encontrar la forma de cambiar los muros.

Aquella voz era de una mujer. No me dijo su nombre, pero le di las gracias.

Decidí probar lo que me había sugerido mi antepasada. Pensé que la sangre daría más fuerza a mi hechizo, así que me hice unos pequeños cortes en las palmas de las manos y las puse en el muro. Dije lo primero que me salió:

—Pido a mis ancestros que me ayuden a cambiar este muro por el de Barsalí y que me den el poder para manejarlos.

En ese momento sentí como si todos ellos estuvieran allí conmigo ayudándome a conseguir mi objetivo, y una gran luz que duró apenas unos segundos iluminó el muro. Jardany me miró y dijo:

—¿Ha funcionado?

—No lo sé, prueba a pasar y veremos qué sucede.

Entonces sacó su espada y lo cruzó. Luego nos miró y dijo impaciente:

—Debemos darnos prisa, el sol casi se ha puesto. Pediremos por el camino que los ancestros nos ayuden.

Aquella ciudad era muy distinta de Barsalí, pero apenas me daba tiempo de ver su auténtica forma. Las calles estaban muy vacías, no había absolutamente nadie. Jardany dijo que era mala señal y nos

dirigimos a lo que pensamos sería el centro. Al acercarnos comen- mos a escuchar a gente aplaudiendo y gritando. ¡Estaban clamando guerra! Jardany me pidió que me escondiera, él y Tante fueron a ver qué pasaba, pero yo no podía quedarme allí plantada, no después de ver el medallón, tenía un tono rojo oscuro, diría que se estaba volvien- do negro y eso seguro que era malo, puesto que Ocán nunca nos dijo que se podía volver así. Pude pasar entre la gente desapercibida, y no porque usara un hechizo, sino porque todos estaban demasiado ocu- pados mirando a mi hermano, que estaba malherido. En el momento en que le vi sentí mucha rabia y dolor, tenía sangre en la cabeza y en una pierna, se le veía abatido. Pude comprobar con horror que tenían a Drako en una jaula. Empujé a una mujer que tenía delante para poder acercarme a ellos, en ese momento me dio igual que alguien me viera, pero aquella extraña mujer ni siquiera me miró. David no me vio, tenía los ojos cerrados, se veía que estaba sufriendo mucho, tres guerreros le custodiaban con espadas. David estaba sobre algo que no conseguía ver bien qué era. Uno de los presentes se acercó a David, llevaba un gran libro en la mano, lo abrió y comenzó a recitar algo que con aquel bullicio no conseguí oír bien, pero lo que sí entendí es que le estaba pidiendo a sus ancestros que se llevaran el alma del jinete maldito. ¡Se refería a mi hermano! El círculo donde estaba comenzó a brillar con una luz roja, miré el medallón y este se estaba tornando cada vez más y más negro. ¡Era el momento! Debía actuar ya, no podía permitir que aquel hombre siguiera recitando. Salí corriendo y fue algo inexplica- ble, sentí una gran fuerza salir de mi interior, levanté las manos e hice que los guerreros que le estaban custodiando salieran disparados hacia atrás, la gente comenzó a gritar, pero me dio igual. Una mujer que es- taba sentada en lo que parecía un trono improvisado se levantó y pidió a sus guardias que me atraparan, aproveché la fuerza interna que tenía y los lancé a todos hacia atrás, les quité sus espadas lanzándolas al aire y les amenacé con ellas. De repente escuché a David soltar un grito de dolor, vi horrorizada cómo de aquel infernal círculo estaban saliendo almas, almas que le estaban arrancando la suya a mi hermano. Jardany

y Tante se pusieron a mi lado y comenzaron a luchar contra los guerreros. Aproveché para acercarme a David e intenté sin éxito quitarle aquellas almas de encima, porque al acercarme se aferraron a la mía y pude sentir un dolor demasiado grande para soportarlo. Tuve que retirarme de su lado, miré a Drako y con gran esfuerzo y un poco de ayuda de las pócimas explosivas, conseguí liberarlo de aquella jaula. Salió volando y se puso junto a David, intentando arrancarle de aquel lugar. Se podía ver lo fuerte que tiraba de David con sus garras, pero no conseguía sacarle de allí. Fue entonces cuando cogí una espada y la mandé volando hasta la mujer sentada y le dije:

—Si no paras esto morirás, tú y todos los que hay aquí, te juro por lo más sagrado que lo haré sin vacilar.

La mujer ni se movió, pero el hombre que estaba recitando el horrible hechizo dejó de invocar a los ancestros, que aun así seguían tirando del alma de David. Volví a acercarme a él, pero en vez de ponerme a un lado, me puse en el centro con él. Me hice un corte en la mano derecha, se la di a mi hermano y comencé a pedir a mis ancestros que nos ayudaran a liberarnos, que ayudaran a nuestras almas. Lo último que dije fue:

—Por la fuerza de la sangre y la unión que ello conlleva, salvad al jinete y a mí misma.

De pronto la luz se apagó y David cayó al suelo como si fuese un muñeco de trapo. Jardany y Tante se acercaron a nosotros. Jardany cogió a David en brazos e intentó que reaccionara, pero no había respuesta. Drako se puso a nuestro lado y abrió sus alas como si con ello quisiera defendernos, agachó la cabeza para mostrarme que llevaba una cadena al cuello. Solo con verla pude ver que poseía magia, así que la agarré e intenté quitársela, pero no pude. Tante la golpeó con su espada y aunque saltaron chispas, no consiguió romperla.

—Es inútil —dijo la mujer con aire de superioridad—. Está protegida con magia.

La miré y le ordené que se la quitara, pero no quería ayudarnos a escapar, o por lo menos esa fue su respuesta. Dijo eso y que el jinete

se había entregado de forma voluntaria. Yo no podía creerla, no quería creerla. Mi hermano no se ofrecería voluntario a morir, no sin luchar, pero ella me dio una respuesta que sí me pareció posible:

—Lo ha hecho porque quiere proteger al dragón.

Jardany se enfadó mucho y le gritó:

—¿Eso no te dice que este jinete no es como los de antes? ¿No te dice que su corazón es puro?

—Si tan puro es, ¿por qué los ancestros se iban a llevar su alma?

—dijo con desprecio hacia mi hermano.

Tante no se pudo aguantar y le dijo:

—Porque se lo habéis pedido y si alguien ofrece su alma, ellos vienen y se la llevan. Te juro que si mi amigo muere, yo mismo lideraré un ejército para destruirlos.

Jardany me pidió que curara las heridas de David y lo hice lo mejor que pude. En ese momento lamenté mucho no haber echado el agua mágica. A medida que le curaba las heridas comenzó a abrir los ojos. Me tire literalmente a su cuello para abrazarle. Se quejó, pero me abrazó y me dio las gracias por salvarle de aquel infierno. David se veía inquieto y no conseguía saber por qué, hasta que miró a Drako y dijo:

—¡Tenemos que quitarle esa cadena! No puedo hablar con él.

Todos nos miramos y Jardany le dijo que ya lo habíamos intentado y que no podíamos. David miró al suelo y fue entonces cuando vi que él también tenía cadenas en los pies...

David

Me había rendido por completo, la gente estaba aclamando mi muerte. Brais trajo un libro y comenzó a recitar un hechizo para despertar a sus ancestros. Mi hora había llegado, así que agaché la cabeza y cuando Cestran comenzó a brillar, supe que todo llegaba a su fin. Pero de repente apareció Sofia y comenzó a lanzar guerreros por los aires. Lo malo es que los ancestros me estaban arrancando el alma, no pude evitar soltar un grito de dolor. Sofia intentó quitármelos de

encima, pero no lo consiguió. Me sentí muy orgulloso de ella y en ese momento pensé: «por favor, que no le hagan daño». Sofía era muy testaruda y amenazó a Atema. Aunque no le contestó, Brais dejó el hechizo y Sofía se hizo con las riendas de todo, consiguiendo de algún modo ayuda de nuestros ancestros, pero en el momento en que soltaron mi alma todo se volvió oscuridad y caí al suelo. Podía escuchar lo que estaba pasando a mi alrededor; hasta juraría que escuchaba a Tante y a Jardany, pero no conseguía abrir los ojos, es como si mi cuerpo no respondiera. De pronto una voz dentro de mi cabeza me dijo:

—Aún no es tu hora, todavía tienes una profecía que cumplir.

Y no sé cómo ni por qué, comencé a abrir los ojos y pude ver que las voces no estaban en mi imaginación. Junto a Sofía estaba Tante y Jardany me tenía cogido. Sofía se tiró literalmente a mi cuello y me abrazó con fuerza. La abracé y le agradecí que me salvara del infierno al que esta gente me quería mandar. Intenté hablar con Drako, pero seguía sin responderme, me miré los grilletes de los pies y vi que Drako aún llevaba aquella cadena al cuello. Tante me explicó que habían intentado quitársela sin éxito y fue entonces cuando recordé cómo me quité las cadenas de las manos. Cogí las de mis pies y usé mi fuerza interna para romperlas, me costó mucho encenderme, pensé en todo el daño que me habían hecho los actenus y me encendí. En un intento por levantarme, me dio un leve mareo. Jardany me pidió paciencia. Dijo que me encontraba malherido y que debíamos irnos, pero me negué en redondo. Miré a Drako, me levanté, agarré su cadena con ambas manos y usé la poca fuerza que me quedaba para romperla.

—Por fin puedo hablarte. Si vuelves a dar tu vida por la mía, te juro que yo mismo... —me dijo con rabia.

No sabía de qué forma me iba a disculpar, además lo volvería a hacer, el problema fue que me leyó el pensamiento, enfureció y se puso en posición de ataque. Pude sentir que se proponía atacar a los guerreros actenus.

—Para, por favor, no hemos venido a librar una guerra —le dije muy serio.

—No, pero ellos ya nos la han declarado. ¿No entiendes que si no los matamos podrían volver a intentar matarte?

Mientras le retenía lo mejor que podía, Tante se puso a su lado y me dijo:

—No sé muy bien qué te dice Drako en este momento, pero si es que les atacemos me apunto.

Me di la vuelta y miré a los ojos a aquella gente. Sí, estaban dispuestos a matarme, pero si ahora les atacáramos demostraríamos ser un peligro para ellos, y no quería una guerra que no sabía si podíamos ganar. Además quería respuestas, por eso me había arriesgado, porque necesitaba respuestas. Me dirigí con cuidado a Atema:

—Necesito que me escuches, no quiero derramar sangre, estoy dispuesto a olvidar este fatal comienzo, pero quiero respuestas, sé que me podéis ayudar y nosotros también podemos aportar algo que seguro necesitáis. No hace tanto nuestras ciudades eran hermanas. Es más, según tengo entendido vuestros hijos e hijas se casaban con jinetes.

Atema entrecerró los ojos y comenzó a dar fuertes palmadas:

—Ese discurso es muy bonito, pero, ¿quién me garantiza que no es un truco para que bajemos la guardia y nos mates a todos?

—Es muy sencillo, tienes mi palabra y según dice mi madre, si das tu palabra debes cumplirla.

Atema se puso muy firme y con aire de superioridad me dijo:

—Lo siento, pero tu palabra no es suficiente. Antes de que te ayudemos en algo y te deje mezclarte con mi gente, debes ofrecer algo más.

No podía entender qué podía querer aquella mujer de mí. Quizás por eso le dije:

—Está bien, tal vez deberías decirme qué quieres a cambio y te lo daré —pero antes de que hablara entrecerré los ojos y añadí—. Siempre y cuando no sea Drako, y por supuesto quiero mi espada, es de mis antepasados y me pertenece por derecho de nacimiento.

Atema mandó a buscarla. Brais la trajo y ella la sostuvo un breve instante, la miró por encima y me la dio, diciendo con menosprecio:

—Es una espada normal, no sé por qué tienes tanto empeño en recuperarla.

—Pues porque es mía y de nadie más. Como has dicho soy un jinete y esta es mi espada.

Jardany no me quitaba ojo de encima, se acercó a mí, me agarró de los hombros y me dijo que debíamos irnos. Drako estaba demasiado nervioso y yo estaba muy cansado; de hecho las piernas me flaqueaban bastante, pero no veía el modo de irme sin conseguir las respuestas por las que había sufrido tanto, por eso pedí a Jardany que me ayudara, y lo hizo. Se dirigió a la reina y tras parlamentar, consiguió tiempo. Habían llegado al acuerdo de que antes de la próxima luna llena, por lo menos yo debía volver, si no lo hacía la alianza se rompería y ellos atacarían la ciudad de Barsalí con todo su ejército hasta reducirla a cenizas. Cuando me dijo aquello quedé perplejo.

—Pero, ¿se puede saber por qué haces esos tratos tan malos?
—le dije enfadado.

—Es muy sencillo. Aunque ha visto lo mal que estás, dice que en ese tiempo ya debes estar recuperado, y no me reproches nada, yo digo como Tante, por mí podíamos dejar que Drako quemase a todos, pero sin que mi rey me dé esa orden, mi deber es preservar la paz en Barsalí, y que yo sepa Liyac no sabe nada de esto, por eso te pido que seas tú quien se lo cuentes a nuestro regreso a Liyac y a Ocán. Seguro que si no te mata Liyac lo hará ella —me dijo con una sonrisa malévola.

Pedí a Jardany que se llevara a Sofía, pero ella no se quería ir sin mí, y como no me fiaba de los guerreros actenus, pensé que lo mejor era que se fueran Tante y Jardany, y cuando estuvieran a salvo, Sofía y yo nos iríamos con Drako. Tante se fue con Jardany a regañadientes. Drako podía notar lo mal que estaba y por ello insistió en irnos. Decía que necesitaba a Ocán con urgencia y aunque no quería darle la razón, sabía de sobra que la tenía. Podía notar cómo la herida de la pierna se había infectado, ya que me dolía a rabiar y me estaba subiendo la fiebre. Me despedí de Atema, que no se dignó disculparse por lo sucedido, y cuando nos vio subidos en Drako dijo:

—¡Que no se te olvide, jinete! ¡Vuelve en la próxima luna llena o tu ciudad arderá!

Antes que pudiera contestarle, Sofía alzó todas las lanzas y espadas de los guerreros y le dijo con tono desafiante:

—¡Acércate allí, si eres capaz!

Miré a Sofía con asombro y quedé atónito, su fuerza había aumentado considerablemente. Miré a Atema y le dije lo más calmado que pude:

—Estaré aquí sin falta, tienes mi palabra. Te la doy como jinete y como futuro rey de Barsalí.

Atema no se disculpó e hizo un leve gesto con la mano izquierda. Era como si con aquello dijera: «nos vemos pronto». Su pueblo estaba expectante mirando cómo partíamos.

Drako se sentía aliviado y me dijo:

—Por fin te llevo a casa, estoy deseando que Ocán te cure y que Liyac declare la guerra a esta gente. Seré el primero en venir a vengarme por todo lo que te han hecho sufrir.

—Espero que no digas eso en serio. Deberías entender que tener más enemigos no es algo que necesitemos ahora mismo.

—No, eres tú quien no lo entiende. Si Sofía no llega a tiempo esos cobardes te hubieran hecho algo terrible. Sin conocerte te han juzgado, te han torturado sin remordimientos, y lo peor, te han condenado a la tortura más horrible que existe. Sé que aún no lo ves, pero esta gente no te conviene, y si no ya verás cómo el tiempo me dará la razón.

Drako no atendía a razones. Sabía que intentar que viera las cosas como yo era una pérdida de tiempo. Quizás por eso decidí dejar el tema y que pensara lo que quisiera. Sofía estaba muy callada y eso era algo muy extraño. Se me ocurrió preguntarle y me arrepentí al instante:

—¿Se puede saber qué te pasa?

—No me pasa nada, es solo que esa bruja te ha amenazado y no has hecho nada para dejarle claro que por muy guerreros actenus que sean, nosotros también lo somos. Podemos luchar contra ellos y no

tenemos que perder necesariamente, ¿o no has visto la facilidad con la que les he desarmado?

—No, por favor. ¿Tú también vas a empezar con eso? Ya sé que no me entendéis. Drako también piensa que deberíamos haber atacado, pero si Ocán les teme, será por algo.

—Pues creo que tu dragón es más valiente que tú. No te enfades, pero con mi poder, con la destreza de Jardany con la espada, tú, Tante y, ¡cómo no!, con Drako de nuestro lado, podíamos haberles hecho pagar todo el daño que te han causado.

No sabía cómo hacer que me entendieran y me puse a mover la cabeza. Me fijé en que Tante y Jardany estaban muy cerca de nosotros y en ese momento me entró cierto alivio. Sabía que Jardany estaría de acuerdo conmigo. En el momento en que Drako comenzó a descender para que nos reuniéramos todos, comencé a sentirme muy mareado. Intentaba agarrarme a Drako, pero las fuerzas me estaban fallando. Sofía murmuraba algo, pero dejé de escucharla. Quise expresarme, pero caí al vacío y todo se volvió oscuridad.

Drako

Estaba escuchando cómo mi jinete discutía con su hechicera cuando noté una sensación extraña. Todo comenzó a dar vueltas y pude notar cómo David cayó al vacío. En ese momento Sofía dio un grito llamando a su hermano, se agarró fuertemente a mí y me dijo:

—Drako, debes cogerle rápido, no sobrevivirá a otro golpe.

Mis reflejos estaban como atrofiados, lo veía todo borroso y pensé que sería por lo mal que estaba David. Aun así volé lo más rápido que pude hacia él. Cuando estaba casi en el suelo le cogí por los pies y levanté vuelo tan rápido como pude. En cuanto pude estabilizarme, volví a bajar para dejarle en el suelo. Jardany no pudo hacer más que mirar atónito cómo el jinete caía y la suerte que tuve al cogerle a tiempo. Tante cabalgó hacia nosotros y de forma muy apresurada intentó preguntar por David, pero las palabras se le trababan y no conseguí entenderle.

Jardany llegó más tarde, miró a Sofia y le dijo:

—Debes hacerle un hechizo, si no consigues que se estabilice no llegará vivo a Barsalí.

Ella se puso blanca y comenzó a llorar, abrazando a su hermano, estaba muy nerviosa y no paraba de decir que no sabía qué hacer. Jardany la agarró por los hombros y le dijo:

—Sé que tienes miedo, pero en tus manos está la única oportunidad que tiene de vivir. No pienses, tú hazlo lo mejor que puedas, nadie te va a culpar si no lo consigues, te doy mi palabra.

Yo no sabía cómo decirles que también me sentía mal y que eso significaba algo. Lo único que podía hacer era quedarme allí mirando cómo mi jinete se apagaba, y yo con él. De repente Sofia me miró y dijo:

—Tú también te encuentras mal, ¿verdad?

Moví la cabeza para que entendiera que así era y me dijo:

—¡Tengo una idea!

Comenzó a sacar un montón de botes de su mochila. Sacó un ungüento que olía fatal y se lo extendió a David en la pierna. Luego sacó una pequeña daga y me dijo:

—Necesito un poco de tu sangre.

Le extendí una pata y movió la cabeza negando.

—Debe ser de tu cola, sé que te dolerá más, pero es la única forma de curarle.

La levanté hacia ella, se quedó mirándome, se acercó y me dio un beso.

—Prometo que intentaré hacerte el menor daño posible —me dijo con voz dulce.

Me quedé mirando a mi jinete, intentando no moverme cuando Sofia me clavó la daga en el centro de la cola. Quise aguantar, pero se me escapó un gruñido de dolor. Jardany se acercó para agarrarme, pero le aparté, porque no me dejaba ver lo que hacía Sofia, que cogió mi sangre y se la dio a David para que se la bebiera. Después comenzó su hechizo:

—*Su vínculo les une y con sangre les uno aún más, sus heridas sanaran a la par.*

Cogió aire, miró a David y le dio un corte en el brazo. Luego me pidió que uniera mi cola a su brazo y lo hice. De repente una extraña luz surgió de esas heridas y el dolor desapareció. Cuando Sofía retiró mi cola vi que la herida de David había sanado y la mía también. Sofía siguió diciendo:

—*Que la buena salud de uno sea la de ambos. Pido a los ancestros que me ayuden a cumplir lo que nunca se ha hecho y lo que he unido con sangre, solo con ella se podrá separar.*

Aquello me dejó pensativo, no sabía si había funcionado, pero Sofía había demostrado varias veces que era capaz de conseguir lo que nadie había logrado nunca, y la verdad es que comenzaba a sentirme mejor. Jardany me miró y me dijo:

—Si te encuentras con fuerzas deberías cogerle y volar lo más rápido que puedas hasta Barsalí. Aunque Sofía lo ha hecho muy bien, David sigue herido y me temo que solo ha conseguido más tiempo.

Sofía me pidió que volara lo más rápido que pudiera hasta llegar a Barsalí, así que cogí a David y me fui volando. Sabía que ella deseaba venir con nosotros, pero si quería llegar pronto no podía llevar peso extra, y ella lo entendió. El camino de vuelta se me hizo muy largo, pese a que volaba muy rápido. El problema llegó cuando pasé por el territorio de los Drows. No me hicieron nada, pero mis fuerzas se estaban viendo mermadas. Tenía que llegar a Barsalí como fuera y así lo hice. Mi esfuerzo se vio recompensado cuando conseguí ver el castillo de Liyac. Aterricé justo en el patio. Mi suerte fue que en ese momento estaban entrenando, así que nada más vernos llamaron corriendo al rey y a la hechicera. Yo estaba muy débil, pero no podía dejar a David. Ocán al vernos supo que algo iba mal, de modo que mandó a varios guerreros que prepararan la Gran sala para nosotros.

—Drako, has hecho un buen trabajo, necesito que vayas a la Gran sala y descanses junto a la hoguera que están preparando. Te van a dar de comer, sé que no tienes ganas, pero si no me equivoco Sofía

os ha hecho algo y necesito que estés fuerte para poder salvarle, ¿lo entiendes? Además, él va a estar muy cerca. He ordenado que preparen los aposentos del rey para David.

Aunque no me gustaba la idea de separarme de mi jinete, sabía que permaneciendo allí mis fuerzas seguirían mermando y si el hechizo de Sofía nos unía tal y como decía, ahora tenía que estar más fuerte que nunca por compartir mi fuerza con él. Por eso le hice caso y me fui a descansar.

Capítulo 19

¡Perdido!

D

David

Después de sentirme tan mal y perder el conocimiento una vez más, me sentí tan débil que cuando comencé a escuchar voces de nuevo no sabía si abrir los ojos o quedarme simplemente escuchando cómo me regañaba Ocán:

—No entiendo por qué has corrido un peligro tan grande e innecesario, estoy deseando que despiertes para que me expliques por qué después de tanto tiempo, después de tantas cosas que hemos pasado juntos... ¿Por qué has tenido que ir en busca de esa horrible gente?

Antes de que siguiera hablando conmigo creyendo que estaba dormido, quise explicarle el por qué de todo lo que había hecho, quería explicarle lo importante que era para mí, quería que me apoyase y ayudase a entender a mis ancestros.

—Ocán, quiero que sepas que estoy bien.

Sin un atisbo de sorpresa me dijo:

—No estás bien, pero si lo que quieres es decir que estás despierto, ya lo sabía.

Con voz débil le dije:

—Siento mucho que creas que no confío en ti, porque no es el caso.

—Perdóname, pero te equivocas. Si no desconfiaras de mí no habrías ido en busca de los guerreros actenus —dijo enfadada.

—Necesito que me ayudes, tengo que recuperarme y volver en cuanto la luna vuelva a estar llena, y para eso falta menos de un mes.

Me miró muy enfadada y dijo:

—De que te voy a curar no tengas la menor duda, pero no pienses ni por un segundo que voy a ayudarte a volver con los actenus. Lo único que quiero que sepas es que Jardany ha ido a avisar a tus padres, que no tardarán en llegar. ¿Qué pensarán ellos de que quieras volver con la gente que te ha hecho tantísimo daño?

En cuanto escuché que habían ido a por mis padres me enfurecí tanto que me encendí y no podía apagarme. No conseguía calmarme y no quería ser grosero con la mujer que estaba curando mis heridas, pero...

—¿Se puede saber por qué habéis ido a por ellos?

—Porque no sabía si ibas a despertar o simplemente te íbamos a perder para siempre. Quiero que me digas si lo que te estoy haciendo duele.

Entonces me incorporé y pude ver que Ocán tenía unas hierbas empapadas y las estaba metiendo literalmente en la herida de mi pierna. Entonces comencé a preocuparme y le dije:

—No puedo sentir nada de lo que me haces. Dime que es porque me has dado algo que evita que sienta dolor.

—Lo siento mucho, pero esto debería dolerte a rabiar. El hecho de que no sientas nada significa que la espada que te hizo esto estaba hechizada o envenenada, y no tengo el antídoto. Por eso he cogido la flor azul, la que trajiste de la montaña de los grifos, la he machacado y la he mojado en el agua del lago de los Drows, y aun así no te está curando. Por eso motivo he llamado a tus padres, porque no puedo hacer nada más y no sé si te recuperarás.

A medida que me iba explicando que tal vez muriera en unas pocas horas, me di cuenta de que sus reproches tenían fundamento y que debería estar mucho más enfadada conmigo, y no tardé demasiado

tiempo en darme cuenta de que por mi culpa Drako iba a morir también y ellos perderían su única oportunidad de que los dragones volvieran a volar libres y que la maldición desapareciera de Barsalí. Mientras me lamentaba por lo sucedido mi madre entró. Venía casi sin aliento y se notaba que había llorado mucho. Lo supe nada más ver que sus ojos estaban enrojecidos. Se acercó y preguntó a Ocán si podía abrazarme. Le dijo que sí y me abrazó como nunca. Me dolía más que cuando me clavaron la espada, pero no porque me hiciera daño, sino porque podía notar su dolor, pese a que se estaba aguantando para no llorar en mi presencia.

Poco después mi padre entró y se sentó a mi lado, mirando cómo mi madre sufría, porque ambos sabían que lo más seguro es que no sobreviviría. Ocán salió para dejarnos intimidad y fue cuando comenzó el interrogatorio.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? —me dijo mi padre con voz cansada.

—No quiero que le regañes, no debe alterarse. Dice Jardany que eso no le viene bien, que pierde fuerzas —añadió mi madre mientras me acariciaba el pelo.

—Lo siento mucho, pero no querrás que me quede en silencio después de la que armado. No es la primera vez que pone su vida en peligro sin pensar en nosotros, ya tiene catorce años, se supone que debería ser más maduro, y si no fuera por Sofia, que solo tiene once, ni siquiera hubiéramos tenido la oportunidad de volverle a ver —su voz era de auténtico reproche.

—Daniel, te recuerdo que nunca me ha gustado este mundo. Desde que supimos que era un jinete deberíamos habérselo llevado de aquí, pero en lugar de eso le dejamos a esta gente a nuestros hijos y ahora nos dicen que no saben si David sobrevivirá.

Mi madre no pudo aguantar más y se puso a llorar. Mi padre intentó en vano consolarla. Yo quería disculparme, pero por mucho que buscaba las palabras adecuadas para pedir perdón, no sabía qué decirles. Entonces me puse serio y comencé:

—No pienso morirme, así que dejad de llorar como si ya hubiera fallecido. Me encuentro bien y aunque Ocán diga que eso no es normal, no significa nada malo. Papá, quiero que me ayudes, necesito ir con Drako y ver a Sofia, ella nos hizo algo y seguro que es por eso por lo que no me duelen las heridas.

Mi madre quedó perpleja. Sus ojos se abrieron como platos cuando le dije que no me moría y aunque su cara se iluminó de alegría por un momento, me cogió del brazo y me pidió que nos fuéramos de allí, que seguro que en nuestro mundo los médicos sabrían curarme mejor que Ocán. La mire y le dije:

—¿Y cómo vas a explicar a los médicos mis heridas?

—Eso no importa, ya pensaremos algo.

—¿Y si me hacen daño y me enciendo, qué harás?

—Pues no te enciendas. Necesito llevarte a casa y poder cuidarte como antes.

Ya no sabía qué más decirle. Solo quería tenerme en casa y volver a la normalidad. Miré a mi padre para que me echara una mano, a ver si él la convencía, pero se negó a ayudarme y se fue, dejándome a solas con ella. No sabía qué hacer, así que me quedé escuchando cómo mi madre hacía planes para cuidarme en casa.

Poco después apareció mi padre junto con Ocán y Sofia. Al verlas me entró una gran tranquilidad, pero iba a durarme poco.

—He hablado con Sofia y ya sé lo que os hizo. Eso explica que no sientas dolor. Creo que tu vida no corre peligro —dijo Ocán muy contenta.

Di las gracias a las dos, pero antes de que pudiera continuar alabándolas, mi padre me interrumpió:

—Quiero que sepas que la herida de tu pierna es grave y necesitarás ayuda para andar durante una temporada, y como nos has demostrado que eres un insensato, hemos decidido que hasta que no estés totalmente recuperado no vas a volver a Barsalí. Es más, no volverás al mundo de Sir hasta que no estés curado. Espero haber sido lo suficientemente claro.

—Tengo que volver en la siguiente luna llena como muy tarde —dije preocupado.

—¿Se puede saber por qué? Jardany dice que si pierdes algunos entrenamientos no pasa nada.

—Lo siento, pero no es por él, veras... —titubeé un poco y finalmente dije—. Tengo que regresar a Tenus.

Después de decirle eso se hizo un incómodo silencio, mi padre miró a Ocán, ella asintió y él se puso histérico.

—No me digas que después de lo que te han hecho, después de torturarte, de intentar matarte, estás pensando en serio que vamos a dejar que vuelvas a aquella ciudad. Mucho lo siento, pero olvídate de esa absurda idea.

—No puedo, tú no lo entiendes. La reina Atema me dijo que si no vuelvo en la siguiente luna llena, ella... arrasará Barsalí.

Mi padre lo sopesó un momento y dijo con firmeza:

—Pues si quieren guerra, nos prepararemos para ella. No pienso darle a mi hijo para que sigan torturándole.

Ocán estaba muy preocupada, pude ver el miedo en sus ojos. Como sabía que mis padres no cambiarían de opinión, pensé que lo más fácil era dejar que pensarán que les iba a hacer caso. Jardany me traía lo que supuse eran unas muletas, estaban hechas de madera y hasta parecían cómodas.

Me las dio y me dijo:

—¿A qué esperas?

Me levanté con ayuda de mi padre, las cogí y comencé a andar con ellas. No estaban mal, pero se me clavaban en las axilas. Mi madre dijo que en cuanto llegásemos a casa me compraría unas más cómodas. Intenté ser amable con todos, pero lo único que quería en ese momento era ver a Drako, así que cogí las muletas y me dirigí a la Gran sala. Sofia se percató de lo que quería, se me adelantó, y cuando abrí las puertas, le estaba contando a Drako todo lo que había sucedido en los aposentos de Liyac. Quedé muy tranquilo al comprobar que Drako estaba bien, me sentí como si me hubieran quitado un gran peso de

encima. La parte difícil sería explicarle que teníamos que separarnos una vez más.

—¿Qué sucede? Puedo notar que estás preocupado y nervioso.

Me acerqué y le expliqué que tenía que partir y que él tenía que estar preparado para mi regreso. No se enfadó, supongo que Sofía le había explicado todo lo referente a mis heridas, mi reposo obligado y mi castigo.

—No pienses que es un castigo, David, piensa que es una lección, o como dice Sofía, unas vacaciones.

Mire a Sofía y le dije muy preocupado:

—Sabes que cuando me recupere el instituto habrá empezado y solo podré venir los fines de semana. He intentado convencer a mamá de que me deje abandonar los estudios, pero su respuesta siempre ha sido no y mucho me temo que después de lo sucedido no va a cambiar de opinión. Y lo peor es que no me dejan volver a Tenus, y si no es así, Atema nos declarará la guerra, y no quiero más muertes por mi culpa.

—David, tienes que descansar, el hecho de que te preocupes tanto no te viene bien. He mandado a Leisha a la sala de la Sabiduría para que busque algo que nos pueda ayudar con los guerreros actenus. Ya verás, todo saldrá bien.

Aquello me dejó más relajado. Bueno, eso y que Ocán me dio un té que ya me estaba haciendo efecto. En ese instante entró Liyac.

—Me alegra mucho ver que estás mejorando. Lo que me da pena es que tengas que partir tan pronto. He venido para decirte que debes despedirte de Drako, tus padres deben partir ya, y aunque Ocán quería que siguieras aquí algunos días, no ha podido convencerles.

Me dio mucha pena despedirme de Drako, él no podía llevarme al portal porque aún seguía débil y Ocán recomendó que siguiera descansando. Al salir del castillo había mucha gente para despedirnos; quedé asombrado. Tante se acercó para despedirse de mí y aquello me sorprendió. No entendía por qué no nos acompañaba. Entonces me abrazó y me dijo, bastante triste:

—No puedo seguir sin entrenarme, y menos si vamos a luchar contra los actenus muy pronto.

—No digas eso. Sabes de sobra que no lo voy a permitir.

Intenté cambiar de tema y le pregunté:

—¿Por qué hay tanta gente?

Me dijo en tono de burla que había corrido el rumor de mis heridas y que los habitantes querían ver con sus propios ojos que seguía vivo. Quedé sorprendido, pero supuse que a diferencia de sus tradiciones, sus costumbres eran muy similares a las nuestras. Con tono serio dije a Tante:

—En mi mundo es igual, cuando sucede algo, lo que sea, ya sea bueno o malo, la gente siempre quiere enterarse de todo. Supongo que no sois tan diferentes.

—Querrás decir que no somos tan diferentes de ellos, porque si no me equivoco, tú eres de los nuestros.

Me quedé callado mirando lo hermoso de aquel lugar. Imagino que siempre me pasa igual, cada vez que tengo que dejar este lugar, la melancolía invade mi alma.

Miré a Tante y le dije:

—Tienes razón, no somos tan diferentes de ellos.

Le di un abrazo, le pedí que cuidara de Drako y me dio su palabra de que así lo haría.

Dejar el castillo era muy duro. Jardany había tenido la amabilidad de preparar draquings para todos y de ese modo acortar el camino. Sofía iba refunfuñando porque no quería irse de Barsalí, no veía justo que nos tuviéramos que ir todos. Mi padre intentó que se callara sin mucho éxito, hasta que hubo un momento en que le dijo:

—Por favor, ¿no ves que pones peor a tu hermano?

En ese instante Sofía dejó de hablar y todos me miraban asombrados. Fue cuando me miré las manos y pude ver que todo mi ser estaba ardiendo. De mi cuerpo brotaba fuego y no sabía cómo apagarlo. Miré al draquing en el que iba subido, después a Jardany y le dije:

—No quiero hacerle daño. Dime, ¿cómo me apago?

—No lo sé, pero mantén la calma, piensa en los entrenamientos. Para que estés algo más tranquilo te diré que Irsu no sufre daño alguno con el fuego. Recuerda que los draquings son descendientes de dragones.

A medida que me hablaba de lo que habíamos entrenado o de las cosas que había estudiado durante todo este tiempo me fui apagando y mi fuego interno desapareció. Quedé sorprendido por dos motivos. Primero al levantar la mirada y ver que ya estábamos a los pies de la montaña del portal, y segundo que mis padres no dijeron nada de lo que acababa de suceder.

Cuando llegamos nos bajamos de los draquings. Me dio pena no poder llevarme uno a casa, pero sabía cómo eran las leyes. Además, si alguien lo veía, no sabría cómo explicárselo. Mis padres no paraban de meter prisa por irnos. No quise decirles nada, pero ni siquiera era mediodía. Me despedí de Jardany, acaricié levemente a Irsu, cogí mis muletas y me dirigí al portal sin mirar atrás.

Mis padres tardaron un rato en cruzar, supuse que ahora que yo no estaba se estarían desahogando con Jardany. No quería pensar en cómo me las apañaría para volver antes de un mes. Ocán me había dicho que en pocas semanas estaría curado, también me dio unos botechitos para que los bebiera cuando empezara a dolerme, y cómo no, esas hiervas que Sofia tendría que ponerme todos los días hasta que la herida cicatrizara. Sabía que aunque ahora no me doliera, a medida que fuera curándose el dolor sería más grande. Quizás por eso, mientras esperaba a mi familia reflexionaba sobre el largo camino que me esperaba, un camino con mucho dolor, y sin Drako.

Sin rumbo

David

Los días eran tediosos, las curas se hacían muy largas y aunque Sofia no paraba de prometerme que tenía una solución para que pudiera cumplir mi palabra y presentarme ante la reina Atema, yo no había

visto nada de lo que me prometía. Cada día que pasaba me ponía más borde, quizás por eso no salía de mi habitación, porque mis demonios me estaban comiendo.

Ya habían pasado veinticinco días, veinticinco largos, aburridos y dolorosos días. Mis padres estaban ocupados con sus respectivos trabajos y con Lucas, aun así no me quitaban ojo de encima.

Mis amigos ya habían comenzado las clases, pero como yo no salía de mi dormitorio, mi madre no quiso presionarme con los estudios.

Era viernes por la tarde y mi madre entró en mi habitación como hacia todos los días, ¡más de cincuenta veces! Siempre hacía lo mismo, me soltaba un sermón diciéndome que debería salir y quedar con mis amigos.

Al principio me decía que si Tante estuviera conmigo seguro que saldríamos juntos, pero después de verme la cara al hablarme de cosas que me recordaban al mundo de Sir, debió darse cuenta y simplemente me decía que debería salir y quedar con gente, abría la ventana diciendo que debería dejar entrar el aire limpio, se quedaba un rato hablándome de las cosas que ella haría si tuviera mi edad... Yo no le decía nada. De hecho desde que volvimos no había dicho ni una sola palabra, no fue algo que me hubiese planteado hacer, es solo que sabía que si hablaba seguramente le diría que ella nunca tuvo un dragón, que nunca mató a un grifo y que nunca lideró un ejército. Para qué le iba a decir nada, si ella lo hacía por mi bien.

Aquella tarde, después de que mi madre saliera de mi habitación, entró Sofia. Parecía enfadada y su cara era de pocos amigos. Cerró la puerta, me miró y dijo:

—¡Eres tonto! Sabes que cada noche desde que volvimos he estado escuchando a mamá llorando, se esconde y se pone a llorar, solo porque no sabe qué hacer para recuperar al idiota de su hijo. Me tienes muy harta, te vas a levantar, te vas a duchar, que buena falta te hace, y vamos a irnos al pueblo; nos lleva papá o cogemos las bicis, lo que quieras, pero como vuelva a escuchar a mamá llorando por tu culpa, te

prometo que no volveré a curarte y por supuesto no te voy a enseñar el nuevo portal que estoy buscando.

De todo lo que me dijo lo que más resonaba en mi cabeza era lo mucho que mi madre estaba sufriendo y que había descubierto que existía un nuevo portal.

—¿Como que uno nuevo? —le dije, zarandeándola.

—Por fin te dignas a hablar. Solo te diré que no está del todo aquí, pero podrás ir a Tenuis sin que nadie lo sepa, incluido Jardany.

Sabía lo extraordinaria que era Sofía, pero aquello me había dejado perplejo. ¿Sería cierto? Como quería saber más de ese portal accedí a salir, me di un buen baño, me arreglé un poco, bajé las escaleras a toda prisa, me pasé por la cocina buscando a mi madre y cuando la vi, sentada junto a la ventana, mi mundo se detuvo. Había vuelto a fumar, su mirada estaba perdida, en su cara se podía apreciar el sufrimiento que estaba pasando por mi culpa. Por eso me acerqué, le di un gran abrazo y la colmé de besos. Cuando le dije que iba a salir con Sofía y mis amigos, su cara se iluminó. Al principio bromeé con ella sobre lo de salir, pensé un poco y caí en la cuenta: su alegría era porque por primera vez en veinticinco días había escuchado mi voz de nuevo. En ese momento entró Sofía y me dijo:

—Venga, déjate de hacer la pelota a mamá y vámonos. He llamado a Marcos y nos esperan en el parque del centro.

Le di un último beso a mi madre y salimos pitando con las bicis. No era como volar con Drako, pero volver a sentir el viento en la cara era muy agradable. Al llegar al parque pude ver que no estaban todos; de hecho solo vi a Marcos y a Juan.

Sorprendido, le dije a Marcos:

—¿Dónde están todos?

—No te enfades, pero están un poco cansados de que nos dejes tirados tan a menudo, así que esta tarde seremos solo nosotros cuatro

—me dijo con cierto resquemor.

Aquellas palabras se me clavaron como puñales y me di cuenta de que él también se estaba cansando de mis excusas y mis desaparicio-

nes. No era nada justo que por salvar ambos mundos, mi recompensa fuera quedarme sin amigos. Por un momento se me pasó por la cabeza decirle por qué me iba tanto, pero sabía que no debía romper la promesa que hice a Ocán. Además, me tomarían por loco, o mucho peor, por un mal mentiroso.

Sofía se quedó mirándome, como si esperara a ver mi reacción, pero me eché a reír y dije:

—Pues ellos se lo pierden, y como hace tan buen día, ¿qué os parece si vamos a bañarnos a la presa?

A todos les pareció una idea estupenda. Lo que jamás hubiera imaginado es que todo se torcería como lo hizo. Al llegar a la presa todo fueron risas y chapuzones. Juan tonteaba con Sofía más de lo que me gustaba, pero no era nada malo; de hecho como no le quitaba ojo de encima, sabía que estaba bien cuidada. Por encima de la presa había una montaña con muchas cuevas, algunas tan cortas que se veía el final nada más asomarte, pero otras eran bastante largas; de hecho uno de los reclamos turísticos de la zona era que antiguamente había bandoleros y por lo visto se ocultaban en ellas. A Marcos se le ocurrió la idea de ir a explorar la más peligrosa de todas, estaba casi en ruinas. Juan y Sofía nos pidieron que no fuésemos y quizás deberíamos haberles hecho caso, pero lo que hicimos fue subir escalando aquella montaña y jugar a desafiarnos para entrar en todas.

Cuando estábamos en la entrada miré a Marcos y le dije:

—Yo entraré primero. Tú sigue mis pasos y al más mínimo síntoma de derrumbe, nos volvemos.

Nos dimos la mano y de ese modo sellábamos el acuerdo. Comencé a adentrarme en la cueva y pude ver que no éramos los primeros en entrar allí. En el suelo había todo tipo de basura (botellas, plásticos...) y el olor era muy fuerte. Marcos decía que olía a humedad, pero yo juraría que olía a Drows (a muerte). Marcos me seguía muy de cerca; de hecho me pisó varias veces. A los lados había pequeños agujeros, supongo que por la erosión del viento y el agua. Marcos vio algo brillar en uno de ellos e intentamos meter los brazos para alcanzarlo,

pero ninguno llegábamos. Comenzó a escarbar el borde para hacer un agujero más grande. Drako se metió en mi cabeza y me regañó por aquella absurda idea que habíamos tenido. Me reprochó que estaba poniéndome en peligro por nada y que un jinete jamás haría esas tonterías sabiendo las consecuencias.

—Tú no sabes lo duro que está siendo para mí, no eres nada justo —dije en voz alta.

Marcos quedó extrañado y me preguntó por qué decía esas cosas tan extrañas. Le dije lo primero que se me pasó por la cabeza:

—Estaba bromeando con los espíritus de este lugar.

Y como Drako no paraba de hablarme, decidí pedirle a Marcos que diéramos la vuelta:

—Pero ¿qué haces? Deberíamos dar media vuelta e irnos con mi hermana y con Juan, estarán preocupados, llevamos demasiado tiempo aquí dentro.

—Vete tú si quieres, como haces siempre, yo quiero ver qué es lo que brilla tanto, y si al final resulta ser algo de valor, ni se te ocurra pensar que te daré ni un solo euro.

Me enfadé y le grité:

—¡No sabes nada, no tienes ni idea de por lo que estoy pasando, y el hecho de que te enfades conmigo porque no siempre puedo estar perdiendo el tiempo como vosotros, demuestra que eres muy injusto y un idiota!

Él se puso a gritarme y por culpa de los gritos de ambos la tierra comenzó a temblar. Miré a Marcos y le dije:

—Esto se va a derrumbar, deja ese tesoro y vámonos de aquí.

Marcos no se movía, así que le agarré y tiré fuerte de él, pero se enfadó y comenzamos a pelear mientras los derrumbes se producían por todos lados.

De un empujón que le di metió una pierna en su estúpido agujero y quedó atrapado. Tiré todo lo fuerte que pude y no conseguí nada. Marcos me echaba la culpa de todo lo sucedido, cada vez estaba más furioso y controlarme era muy difícil.

Una roca me golpeó en la espalda mientras intentaba ayudar a Marcos. Aquello me dolió mucho, pero seguí escarbando para sacar su pierna. Fue entonces cuando me suplicó que no le dejara allí. Drako me dijo que debía irme y salvar nuestras vidas:

—Él no es importante, tú sí.

—No pienso abandonarle.

Al escucharme, Marcos se puso muy nervioso.

—David, no me dejes aquí para que muera solo —decía una y otra vez entre sollozos.

—No pienso rendirme, y tú tampoco deberías hacerlo. Jamás te abandonaría, pero quizás tenga que usar toda mi fuerza.

—¡Ah, que no estabas usando toda tu fuerza! Eso me deja más tranquilo —me dijo con sarcasmo.

Intentaba mantener la calma, pero era muy difícil. Lo pensé mucho y la cueva se nos caía encima. Si no hacía algo pronto aquella cueva nos iba a sepultar vivos. Seguí escarbando un poco más. Pude ver que Marcos tenía una herida muy fea en la pierna y que una piedra bastante grande se la estaba aplastando. Entonces le miré y le dije:

—Necesito que hagas dos cosas muy sencillas. Lo primero es que no me mires mientras saco tu pierna de ahí; tienes una herida muy fea y temo que si la ves te desmayes. La segunda es que no tengas miedo, pase lo que pase, ¿lo prometes?

Drako me pidió que no lo hiciera, que Marcos me vería como un monstruo, pero hice caso omiso. Marcos asintió y dejé que mi fuego interno saliera. Solo podía confiar en que mi mejor amigo no me viese. Podía notar mi fuego salir. Seguí escarbando y conseguí llegar con un brazo hasta la piedra, usé toda mi fuerza y conseguí quitársela de encima. Al ver la herida pensé en hacerle un torniquete, pero no tenía nada con qué hacérselo. Además, nunca había hecho uno, quizás por eso mi reacción fue ponerle la mano encima, para que la sangre dejara de salir. Marcos soltó un grito de dolor y mi error fue mirarle. Él me miró con miedo y quedó inconsciente. Entonces caí en la cuenta; ¡me había visto encenderme!

Le cogí y me lo llevé hacia la salida. Sofia comenzó a gritar, por primera vez tenía miedo a salir de aquel lugar, pero el derrumbe era inminente y no podía seguir con Marcos. Le solté un momento en el suelo, miré hacia la salida y en un último esfuerzo le levanté de nuevo y salí todo lo deprisa que pude. Afuera el sol me encandiló. Miré hacia la presa, podía ver las siluetas de Sofia y de Juan, que se estaban acercando. Cuando llegaron hasta nosotros Juan comenzó a preguntar:

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué está Marcos inconsciente? ¿Se ha golpeado en la cabeza?

—¡No lo sé! —dije muy enfadado.

Sofia intentó defenderme, pero no la dejé hablar. Les miré y

dije:

—Voy en busca de ayuda. Si despierta no dejéis que se mueva,

está herido.

Juan se quedó mirándole.

—¿Cómo se ha hecho esa herida en la pierna?

—Se le ha caído una piedra y cuando se la quité salía mucha sangre. Deberíais buscar algo para hacerle presión y que no sangre tanto.

Juan se quedó sin palabras, algo que no me hubiera imaginado. Sofia me agarró de un brazo y me dijo en un susurro:

—El problema no es que sangre, lo que Juan te ha preguntado es cómo se ha quemado la pierna.

Fue entonces cuando miré de nuevo la herida y hasta yo quedé sorprendido. Marcos tenía una quemadura con una extraña forma. Sofia puso cara de preocupación.

—¿Por qué lo has hecho?

Tras pensar mucho en lo sucedido le dije:

—No es lo que había imaginado para el día de hoy, pero... Cuando Marcos quedó atrapado estaba sufriendo y yo... Bueno, yo estaba encendido. Después vi cómo sangraba y temí que muriera por culpa mía. Sin darme cuenta quemé su herida y soltó un grito de dolor. Le miré sin querer, se asustó mucho y se desmayó —agarré a Sofia por

los hombros—. Entiendes lo que significa, ¡me tengo que ir! No puedo hacer vida normal.

—Entonces, ¿no vas a volver?

—No. Voy a buscar ayuda para que venga una ambulancia, pero no voy a regresar. Tengo que explicarles a papá y mamá lo ocurrido, recogeré mis cosas y me iré a Barsalí para siempre.

Sofía me dio un abrazo, tenía las lágrimas saltadas, intentó en vano que cambiara de idea y lo último que me dijo fue que ella encontraría la manera de arreglar las cosas. Le di un beso en la frente y comencé a descender aquella montaña.

El camino hasta llegar a nuestras cosas fue demasiado corto, solo pensaba en la cara de Marcos, que ni siquiera me dio las gracias y pensé: ¡qué desagradecido! Cogí el móvil y llamé a emergencias, les dije lo que había pasado y me pidieron que me quedara allí, que mandarían una ambulancia. La mujer del teléfono debió notar mi tristeza e intentó animarme quitándole hierro al asunto, me decía que todo iba a salir bien y que mi amigo estaría en buenas manos pronto. Le di las gracias y el teléfono se apagó por falta de batería. Solo podía pensar en mi error; de haber escuchado a Sofía nada de esto hubiera pasado. Drako me reprochó que él también me había avisado, me dijo que mis amigos me temerían, que los humanos no eran capaces de entender nuestra naturaleza y lo que siempre había sucedido era eso, odio y temor hacia lo desconocido. Me puse a recoger, pero seguía maldiciendo mi mala cabeza, por mi culpa se acabó, ahora no podría volver al instituto, no terminaría mis estudios, no vería más a mis amigos y con el tiempo apenas vería a mi familia. Antes de que siguiera pensando de forma negativa llegó un coche de policía y una ambulancia de la que bajaron dos hombres de unos treinta y muchos y una mujer algo más joven; era delgada, con pelo rojizo recogido con una horquilla. Les conté lo sucedido y se fueron todos hacia la cueva prohibida. Un policía bastante experimentado se quedó haciéndome algunas preguntas:

—Bueno, David, ¿me puedes explicar por qué habéis ido allí?

Está perfectamente indicado que es una zona peligrosa.

Quedé sorprendido. ¿Cómo sabía mi nombre? Se percató de mi asombro y antes de que le contestara me explicó que de joven era amigo de mi abuelo y que conocía a toda mi familia.

—Mi nombre es José Soria.

La verdad, como no tenía ganas de seguir escuchando cosas sin importancia, le dije que sí me acordaba de él, pero decirle eso fue peor, pues empezó a hablar de sus batallitas con mi abuelo; por lo visto iban muchos domingos a pescar, hacían barbacoas y muchas cosas más. Por fin pude ver cómo los paramédicos bajaban con Marcos en una camilla. Sofia y Juan iban con ellos. Contuve el aliento y al pasar por mi lado pude ver que Marcos seguía inconsciente. Pregunté a la médica que los acompañaba por qué y me dijo que le habían tenido que sedar; por lo visto estaba delirando, hablaba de ojos rojos, fuego, demonios... Me agarró de un hombro y me dijo que mis amigos le habían contado lo valiente que fui, pero que nadie sabía cómo se había hecho esa quemadura tan grande, me volvió a decir que lo había hecho todo muy bien.

Comencé a sentirme incómodo con todo lo que ella me decía y le dije que tenía que irme a casa, miré a Sofia y le dije que nos íbamos ya. El policía se ofreció a llevarnos, pero como habíamos ido en bici, le dije que lo mejor sería que nos fuéramos a casa en las bicicletas. Él me miró y me dijo:

—Después pasaré por vuestra casa, tengo que hablar con vosotros para anotar todo lo sucedido. Además quiero hablar con Daniel y Lucía de lo ocurrido.

Intenté en vano convencerle de que no hacía falta que hablara con mis padres y le prometí que se lo contaría todo. Negó con la cabeza y me dejó muy claro que era su deber poner a mis padres al corriente de lo sucedido para que no volviese a suceder. Juan sí quiso que le acercara a su casa. Se montó en el coche y el policía tuvo que meter la bici en el maletero; su suerte fue que era de las que se doblaban por la mitad y apenas ocupaban espacio.

Desde aquel momento algo me decía que el policía no me iba a quitar ojo, es como si creyera que lo que nos pasó fue culpa mía. Decidí

dejar de hablar con él, le dije que debíamos irnos sin falta, que era tarde y que tenía mucho que explicar a mis padres al llegar a casa.

Mientras pedaleaba no podía evitar pensar en la cara de Marcos. Sofia fue todo el camino hablando, decía que ella lo arreglaría todo, pero algo me decía que jamás volvería a ser lo mismo, la mirada y las palabras de Marcos me habían abierto los ojos. Drako tenía razón: en este mundo nadie podía saber lo que soy y jamás entenderían las maravillas de Sir. Por un momento imaginé a Liyac en una reunión con los jefes de estado, creo que ninguna de las partes entendería a la otra, Liyac se reiría de los problemas de este mundo y los gobiernos no entenderían el aprecio hacia algunas criaturas que ellos verían como peligrosas. Al llegar a casa, sin querer esboqué una sonrisa y Sofia se enfadó mucho:

—¡Si no te gusta mi plan dímelo, pero no te burles de mis ideas, por lo menos intento arreglar esto, si me hubieras escuchado, nada habría sucedido!

Al escuchar su reproche me enfurecí tanto que fui incapaz de controlarme y me encendí con demasiada rabia. La miré y le dije:

—Deberías haberme dejado morir en Tenus y así nada de esto hubiera sucedido; si no sabes lo mal que me siento, por lo menos no me des la brasa, deberías callarte de vez en cuando y dejarme con mi carga.

Sofia se quedó blanca. Me arrepentí nada más terminar de hablar, me disculpé con ella, pero no quiso decirme nada, guardó su bicicleta y subió las escaleras en silencio. Aquello hizo que me sintiera peor y por primera vez en mucho tiempo no podía contener mi furia. Decidí quedarme en la cochera esperando a calmarme, pero la rabia por todo lo sucedido era demasiado fuerte, no podía parar de reprocharme el hecho de haber intentado ser un chico normal. Sin darme cuenta comencé a decir cada vez más alto:

—Es que soy idiota, tonto, soy un estúpido.

Sin darme cuenta mi padre estaba tras de mí, me agarró por un brazo y tiró para que me diera la vuelta. En un rápido movimiento me solté y le dije con mucha rabia:

—¡No quiero que me veas, soy un monstruo!

—David, soy yo, tu padre, el que te ha visto crecer como un chico normal, el que ha visto cómo su hijo se ha convertido en un guerrero liderando un ejército y luchando contra criaturas que cualquiera con solo verlas se hubiera desmayado o hubiera salido corriendo, eso te lo aseguro—. Me dijo muy calmado

Al escucharle me di la vuelta para que me viese bien y le dije con cierto reproche:

—¿Sigues pensando que no soy un monstruo?

—Si lo dices porque tus ojos son rojos, no, y si lo dices por haber salvado la vida a tu amigo, yo diría que la palabra que buscas es héroe.

Las palabras de mi padre consiguieron aplacar mi miedo, y por lo tanto mi furia, pero el problema que se nos venía encima era grande. Me dijo que Sofia le había puesto al corriente de todo y que ella estaba buscando una manera de ayudarme.

—Pero si la he tratado fatal. Lo último que querrá es ayudarme
—le dije abatido.

—Te equivocas. Se te ha olvidado que también ha madurado mucho y que aparte de ser tu hermana, también es tu hechicera, o eso nos ha dicho después de explicarnos lo sucedido. Te ha defendido en todo momento, David. ¡Ha sido ella quien me ha pedido que viniera a hablar contigo! Y por lo que veo a funcionado.

En ese momento entendí a mi padre: mi fuego interno se había apagado por completo. Me dio un abrazo y me dijo:

—Nosotros siempre estaremos contigo y lo sabes, pero ahora tenemos que ir a casa, debes contenerte, el policía ha venido y quiere hablar con nosotros. Siento decirte que delante de él tenemos que re- gañarte e incluso te castigaremos, pero debes controlarte; por mucho que el policía diga, no debes temer, debes saber que lo que te digamos será solo una actuación. No sé si sabes que ese policía era muy amigo de tu abuelo y nos conoce desde siempre, no entiendo bien por qué ha sido él quien fue a la presa; según tenía entendido ya estaba retirado. ¡Vamos a ver qué quiere!

Respiré hondo y seguí a mi padre hasta el salón, ni siquiera me dejó subir a cambiarme. Al entrar vi la cara de preocupación de mi madre y también la de satisfacción de aquel policía. Estaba sentado en el sofá con una cerveza sin alcohol, comiendo jamón y queso que mi madre había puesto en la mesa. Ella estaba de pie dando pequeños paseos por la habitación. Cuando me vio entrar quedó paralizada un instante. Me miró y al ver que tenía sangre en las manos y la ropa vino corriendo para comprobar que estaba bien.

—No te preocupes mamá, la sangre no es mía —le dije de la forma más natural que pude.

Y antes de que pudiera seguir explicándole lo sucedido, José saltó:

—No te preocupes, Lucía, tu hijo está perfectamente, pero no

podemos decir lo mismo de su amigo, ¿verdad David?

Le miré desafiante y le dije:

—¡Pues no lo sé, porque en vez de irme con él he tenido que venir a casa por orden suya!

José se levantó del sofá, se colocó bien el cinturón, se puso a pasear y de repente pegó su cara a la mía y me dijo con tono acusatorio:

—Sé que la quemadura de la pierna se la has hecho tú y que Mario no quería entrar y tú le obligaste. Dime, ¿qué le has hecho para que saliera diciendo esas locuras?

Me levanté intentando mantener la calma y le dije:

—En primer lugar se llama Marcos, no Mario, y en segundo lugar entramos por voluntad propia. Si no me crees en lo demás, entra en la cueva y busca pruebas.

Mi madre se puso tensa y le pidió que se fuera de nuestra casa. Pude ver cómo aquel individuo amenazaba a mi familia y controlarme fue difícil. Mi padre me miró, vio que estaba demasiado nervioso y le dijo a José que no tenía ninguna prueba para soltar esas acusaciones. Le cogió de un brazo para que se fuera y cuando estaba en la puerta le dijo:

—Te pido por favor que te vayas de mi casa y dejes en paz a mi familia. No sé por qué haces esto, pero mañana a primera hora iré a

comisaría y hablaré con el comisario para comprobar si esto que estás haciendo es legal.

El policía se fue y mis padres quedaron muy preocupados. La verdad es que yo también. Decidí darme una ducha, cambiarme de ropa e ir a Barsalí. Mi madre entró en mi habitación y me pidió que antes de partir para siempre debería ir al hospital para ver a Marcos. Aquello me dejó atónito. ¿Por qué quería que fuera a ver a Marcos? Le pregunté si Sofía se lo había contado todo y me dijo:

—Sí, pero recuerda que nosotros al principio tampoco reaccionamos bien y que por las circunstancias, tal vez Marcos estaba demasiado nervioso y dolorido, tal vez ni siquiera recuerde bien lo que vio.

¿Tú qué prefieres hacer, cariño?

Le pedí que me dejara pensarlo por una noche y así lo hice. No sabía qué decir, la hipótesis de mamá era bastante buena y la verdad es que no quería dejar este mundo para siempre, el mundo de Sir me encanta, pero este también y tengo grandes amigos en ambos.

Por la mañana, mamá entró en mi habitación y al ver en mi cara que no había dormido nada, me enseñó las llaves del coche y me dijo:

—¿Vienes a ver cómo está tu amigo?

Hice un gesto de aprobación y me miró con dulzura. En aquel momento no hacía falta que dijésemos nada, era como si estuviéramos conectados. Al subir al coche vi que Sofía y Lucas estaban sentados en los asientos traseros y dije enfadado:

—¿Se puede saber qué hacéis ahí?

—Voy por si algo se tuerce y Lucas viene porque... Bueno, no se puede quedar solo —dijo Sofía en plan listilla.

Cuando se cruzaba de brazos y se enfurruñaba, como hacía a veces, la verdad es que me daba la risa y ella terminaba enfadándose aún más, pero esta vez fue diferente; en mi cabeza solo tenía una pregunta;

¿me tendría miedo Marcos?

El camino hasta el hospital no era demasiado largo, de hecho se me hizo corto. Lucas fue cantando casi todo el camino, mamá cuando podía me cogía una mano y me decía que todo saldría bien.

Al llegar llamó a la madre de Marcos (Victoria) y le dijo que estaban en la tercera planta, en la habitación 312. Al escuchar a mamá repetir aquello el corazón se me aceleró sin saber por qué. Sofía estaba jugando con Lucas. Su juego consistía en encontrar coches azules o rojos, aquello me pareció absurdo y mi madre me reprochó mi mal genio. No sé qué esperaba después de todo lo malo que me estaba pasando, seguro que ella llevaría mejor mi situación, pero a mí se me estaba haciendo cuesta arriba. Subimos en el ascensor y Lucas fue quien le dio al botón. Al abrirse la puerta se podía ver un largo pasillo y justo al final se encontraba la habitación donde se recuperaba Marcos. Mi madre tocó a la puerta y abrió. Marcos estaba dormido y se le veía bastante bien. Victoria se acercó, me dio un fuerte abrazo y las gracias por sacarle de la cueva. Aquello me hizo sentir mal y quedé callado.

Mi madre con cierto reparo le dijo:

—Bueno, ¿y qué te ha contado de la travesura que han hecho?

Victoria agachó la cabeza con cierta vergüenza.

—La verdad es que desde que le trajeron le mantienen sedado. Pasó un trauma según dicen los médicos. Cuando está despierto empieza a hablar de ojos rojos y demonios. La verdad es que es por eso por lo que le han dejado ingresado.

Quedé destrozado al oír que por mi culpa creían que mi amigo estaba loco, pero antes de poder decir una sola palabra intervino Sofía:

—Yo creo que es porque antes de que él y mi hermano subieran a la cueva, estuvimos contando historias de miedo.

Victoria quedó pensativa, me miró y dijo:

—La médica de la ambulancia me dijo que tú le salvaste y te estoy muy agradecida, pero, ¿por qué tuvisteis que entrar?

Le contesté de la forma más sincera:

—Fue por un estúpido juego, solo jugábamos a desafiarnos para entrar y cuando estábamos dentro, Marcos vio algo y se encabazonó en cogerlo... Todo fue muy rápido. Miré la habitación, había flores y globos por todos lados. Cogí una silla y me senté al lado de Marcos, le cogí una mano y le pedí perdón por todo.

Victoria se puso a llorar, mi madre la cogió de una mano y le dijo que necesitaba tomar aire; nos pidió que nos quedásemos con Marcos. Al principio Victoria dudó, pero mi madre le dijo que si necesitábamos algo solo teníamos que llamar a una enfermera. Cogió a Lucas, le dijo que le iba a comprar chuches y se fueron a la cafetería. Sofia quedó en el pasillo esperando a que se subieran al ascensor. Cuando vio que ya se habían ido entró a toda prisa en la habitación, cerró la puerta y se puso a despertar a Marcos.

—¿Qué haces? ¿Acaso no has escuchado a Victoria? ¿Quieres que se ponga a gritar? —le dije muy preocupado.

—No, lo que quiero es ver qué recuerda y robárselo. Ocán dice que es un poco peligroso, pero, ¿qué otra opción tenemos?

—¿Y por qué le despiertas si dices que es peligroso?

—Porque necesito que esté despierto, si no el hechizo no funcionará del todo. Debo saber exactamente qué recuerda. Además, es peligroso hacérselo a un jinete, pero Marcos no lo es, ¿verdad?

Sofia siguió zarandeándole hasta que logró despertarle. Al principio estaba un poco desconcertado, pero en cuanto me vio comenzó a gritar:

—¡Vete, monstruo! ¡Vete, demonio!

Miré a Sofia enfadado y ella roció unos polvos sobre Marcos y de pronto quedó calmado. Comenzó a hacerle preguntas y Marcos contestó a todas ellas recordándome como si fuera un demonio de ojos rojos que le hizo mucho daño en la pierna. Sofia se enfadó mucho por esos recuerdos, me preguntó qué quería que le borrara y le dije que todo.

—¿De verdad no quieres que sepa que tienes poderes? Puedo hacer que sus recuerdos sean buenos.

Le di un no rotundo. Después de ver que mi amigo me veía de ese modo entendí que Ocán no quisiera que ningún humano supiera nada de mí. Sofia no estaba de acuerdo conmigo del todo, aún así accedió a hacer lo que le pedí. Cada vez que Marcos le mostraba un recuerdo ella le contaba algo parecido, pero haciendo que los malos desapareciesen de su mente. Al terminar volvió a preguntarle y Marcos dijo:

—David y yo fuimos a aquella cueva y como él quería salir de allí le dije que siempre me dejaba tirado. Comenzamos a discutir y eso provocó el derrumbe. Quedé atrapado y podía notar cómo las piedras que me caían me quemaban la pierna. Comencé a tener miedo de morir allí y mi mejor amigo me ayudó. Bueno..., más bien me sacó de allí con vida.

Sofía estaba encantada con lo que había conseguido. Le dije que aquello era mentirle y se enfadó y me dijo:

—No es mentira, tú le salvaste aun a riesgo de que te tuviera miedo después, y como hechicera tuya no pienso permitir que pagues un precio tan alto por ayudar a las personas de este mundo, ni de ningún otro.

No pude contestarle porque se abrió la puerta: eran mi madre, Victoria y Lucas. Al ver que Marcos estaba despierto y calmado, Victoria comenzó a llamar histérica a las enfermeras, vino el médico, nos echaron de la habitación y después de un rato salió el médico. Su cara era de asombro, no sabía qué había pasado, le dijo a Victoria que dejarían allí a Marcos un par de días, que le harían unas pruebas de rutina y que si todo salía bien, pronto estaría en casa. Ella lloraba de felicidad, mi madre le dio un abrazo, todo el mundo estaba contento, todos me- nos yo...

Capítulo 20 La alianza

D

Atema

Después de que nos visitara aquel jinete con su dragón y todo saliera tan terriblemente mal, pedí a Brais consejo para saber qué deberíamos hacer según las antiguas escrituras. Su respuesta

me hizo pensar mucho en cuál sería nuestro siguiente paso. Brais me sacó el libro de las antiguas profecías y pude ver horrorizada cómo nuestro futuro podría verse alterado por culpa de este jinete. En el libro se reflejaba que el último de ellos tenía la capacidad de reponer el daño causado a los dragones y con ello a la magia. Al leer aquello miré a Brais preocupada y le dije:

—¿Por qué no me advertiste de esto?

—No sé a qué se refiere, majestad —me dijo como si de verdad no lo supiera.

Estaba muy enfurecida con él.

—¿Me estás diciendo que llevas toda tu vida estudiando a los ancestros y las profecías y que cuando aparece el último de los jinetes por nuestra ciudad, no sabes que sin él jamás recuperaremos toda nuestra magia?

Antes de que Brais (mi más leal consejero) me respondiese, pedí a los guardias que le acompañasen a sus aposentos. No tenía ganas de

cometer un error y terminar con su miserable existencia yo misma. Mandé llamar de inmediato a mi primogénito y en el momento que entró le dije:

—¿Por qué le dejaste despedirse?

—No sé a qué te refieres —me dijo Caimo bastante desconcer-

tado.

—A ese jinete.

—Pues porque se escapó de su celda y le di mi palabra de que su

dragón estaba bien y que si se entregaba seguiría siendo así. Entonces aquel extraño guerrero solo me pidió eso, poder despedirse de su dragón a cambio de entregarse sin luchar.

Al escuchar a Caimo, aquel jinete me sorprendía cada vez más. Eso de la profecía podría ser verdad, quizás él sería quien recuperase el equilibrio de la magia.

—¿Y se rindió sin luchar?

—Ya sabes que sí, majestad, pero si crees que en algún momento obré mal, estaré dispuesto a cumplir el castigo que me impongas.

Me acerque más a mi hijo y le susurre al oído:

—No, Caimo, creo que fuiste el único de nosotros que obró bien y puede que eso me sirva para cambiar nuestro destino.

Caimo quedó con ganas de preguntarme más cosas, se lo noté en la cara, pero le mandé retirarse y pedí a Silas que trajera a Brais ante mí, pues necesitaba que ambos me escucharan; de ese modo prepararíamos algo cuando nuestro nuevo amigo regresase, porque algo me decía que regresaría en la fecha prevista, ya que mi hijo me había dejado claro que era un guerrero de palabra. Brais y Silas no tardaron mucho en aparecer y cuando les dije lo que había descubierto, se quedaron mirándome como si no me entendieran. Me enfadé con ellos y Brais dijo:

—Creo que sé lo que queréis decir, majestad; creo que si conseguimos que el jinete se haga uno de los nuestros, su dragón también lo será.

No lo había visto de ese modo, pero sería algo que no reconocería delante de uno de mis guerreros, por eso le di la razón. Miré a

Silas y le pregunté si eso sería posible. Me miró con preocupación y me pidió poder ser sincero. Cuando le dije impaciente que hablara dijo:

—La verdad es que después de lo que le hicimos y de las amenazas de su hechicera, creo que el hecho de que se alíe con nosotros va a ser muy difícil.

Quedé muy pensativa, eché a Silas de la habitación y pregunté a Brais qué necesitaríamos para conseguir dicha alianza.

—Majestad, nuestros antepasados para esto lo que hacían eran alianzas de matrimonio —respondió.

Al decir aquello miró el retrato que había justo tras de mí y cuando me di la vuelta pude ver a qué se refería. ¡Debería entregar a mi hija en matrimonio a ese jinete y con dicha boda nuestra sangre quedaría mezclada para siempre! Después de preparar un pergamino con Brais donde estuviera bien detallada la alianza que debía aceptar el jinete, le pedí que buscara un libro muy especial para nuestro nuevo jinete y mandé llamar a Actea. Mi hija apareció en la sala con gran entusiasmo, pues sabía de sobra que si su reina le hacía venir con urgencia era de gran importancia, pero la sonrisa le duraría muy poco.

—Actea, ¿sabes cuál es el deber de una princesa?

—Sí, madre, siempre me has dicho que es preservar la paz ante todo —dijo muy atenta.

Me acerqué a mi hija y le pedí que diéramos un paseo por los jardines reales, no quería que Brais viera a mi hija llorar o enfadarse con su reina, y como mi matrimonio no fue para una alianza, sabía de sobra que ella no se lo tomaría tan bien como yo. Cuando le di la noticia quedó callada. Esperé un instante a que reaccionara, pero se quedó en un absoluto silencio. La miré a la cara apartándole su melena de los ojos y vi cómo le brotaban lágrimas, hasta que finalmente dijo:

—No lo entiendo, majestad. Vos intentasteis matar a ese horrible jinete y ahora queréis que me prometa a él en matrimonio —me dijo, con demasiado dolor en su voz.

Miré al cielo intentando encontrar consuelo para mi hija, pero sabía que nada la consolaría, hasta que le dije:

—Caimo, piensa que es un buen guerrero.

Ella me miró con odio y me dijo:

—¿Y por qué no os casáis vos con él? Yo no sé si es un buen guerrero, solo sé que mi reina ayer quiso matarle robándole su alma impía y ahora me dice que es un buen guerrero.

Le di una bofetada y le dije:

—Si ese es tu problema, te demostraré cuáles son tus obligaciones. Si tu reina dice que te vas a casar con el jinete, te casarás con él y lo harás sin oponerte. ¿Lo has entendido?

La miré desafiante, quedo inmóvil y finalmente aceptó lo que le impuse. Caimo, que lo había escuchado todo, me pidió una última cosa:

—Majestad, podríais pedir al jinete que pasase un tiempo aquí. Yo mismo le entrenaría y de ese modo a mi hermana no le resultaría un extraño.

No pude negarle lo que me pedía por su hermana. Además, de ese modo el jinete acabaría luchando como uno de los nuestros y la alianza sería más fuerte. Pedí a Brais que lo preparase todo para la llegada de nuestro amigo y aunque sé que no le gustó, sabía que si no me obedecía el precio que pagaría sería muy alto.

Un mal comienzo

David

La parte más difícil en la Tierra había pasado, ahora era el momento de regresar a Barsalí, o más bien a Tenus, y enfrentarme a todos los demonios que los actenus tenían en contra de los jinetes. Al llegar a mi casa, Drako se metió de nuevo en mi cabeza y me dijo que tenía que regresar ya, que si tardaba demasiado no llegaría a tiempo de cumplir mi palabra. Mire al cielo y vi que la siguiente luna estaba a punto de salir.

—¿De cuánto tiempo dispongo, Drako?

—De ninguno, te dije que esos humanos nos traerían problemas, deberías haberle dejado en la cueva —me dijo con recelo.

Drako estaba furioso, muy furioso. En el fondo podía entenderlo, pero él nunca se ponía en mi lugar.

—¡No soy solo un jinete! —le dije, más furioso de lo que quería

sonar.

Drako se enfureció mucho y me dijo:

—No, tú eres un crío que va a conseguir que nos maten a los

dos, eres el jinete que va a exterminar a mi especie para siempre, por culpa de unos humanos insignificantes.

Al escucharle hablar así de los humanos me enfurecía bastante y no tuve más remedio que recriminarle:

—¡Te recuerdo que yo también soy un estúpido humano!

—No, tú eres un jinete. Sé que nuestro comienzo no ha sido del todo bueno, pero eres un gran jinete, ¿o debo recordarte la batalla contra los Drows? Dime, ¿quién lideró aquel ejército? ¿Quién quiso que no matara a todos aquellos guerreros actenus con mi fuego? Tienes que aprender o nuestro futuro se verá terriblemente cambiado, te lo digo desde mi más sincero respeto, tienes que elegir este mundo y olvidarte del mundo donde te has criado. Perteneces aquí y lo sabes, sabes que en algún momento ya no podrás regresar a la Tierra, por lo menos si quieres que los humanos sigan a salvo de Borrell.

Después de decirme aquello salió de mi cabeza y por mucho que le llamaba no obtenía respuesta. Entré en mi habitación, cogí la espada de la luz y salí corriendo hacia el portal. Cogí la bicicleta de la cochera y me fui pitando. Sofia me vio salir corriendo y me dijo algo, pero no conseguí escucharla bien. Solo podía pedalear con todas mis fuerzas, hasta que uno de los piñones de la bici se rompió y me caí... Quedé tirado en el suelo lleno de arañazos y sangre por todas partes.

¡Había roto la bici, la camiseta y mi amor propio! Cogí un puñado de tierra y con el puño cerrado di un golpe en el suelo. Estaba cansado de que todo me saliera mal, tenía ganas de rendirme. En ese momento una voz familiar me dijo:

—Oye, si piensas que los guerreros se rinden es que tu maestro no te ha enseñado nada.

Al levantar la mirada vi que era Jardany subido a Zorin. Los ojos se me iban a salir de las órbitas.

—¿Pero, cómo es que tú...?

—¿Qué haces aquí tirado? ¿No tienes que coger un portal para enfrentarte a Atema?

Quise preguntarle como sabía que estaba por aquí y lo mio con Tenus, pero caí en la cuenta, había sido cosa de Sofía seguro que era eso lo que me decía mientras yo partía de casa a toda prisa.

Jardany me tendió su mano, pero sabía que era un truco, por eso me levanté sin ayuda, me subí en Zorin y le susurré:

—Necesito que corras como nunca lo has hecho, más que si Jardany fuera el que cabalgara sobre ti.

Aquel caballo alado corrió a toda velocidad, era lo más parecido a estar volando sobre Drako. Nada más acercarnos al portal cogí el me- dallón, que brilló más que nunca. Zorin no frenó en ningún momento, era como si Jardany le hubiera entrenado para este momento. Pude ver una luz deslumbrarme y al instante Drako me estaba esperando para llevarme volando a Tenus.

—Parece que hay prisa —dije con cierta burla.

—A ti qué te parece. Fuiste tú quien prometió a la reina Atema que antes de la próxima luna llena (que es hoy) estarías allí de nuevo. Te recuerdo que yo quería quemarlos a todos, pero si has cambiado de opinión y ahora prefieres ir a la guerra contra los guerreros actenus, sabes que me apunto.

Quedé un instante mirándolo. Juraría que estaba mucho más grande, pero no lo suficiente como para que su oferta fuera tentadora.

—Creo que deberíamos hablar, tú piensas que los humanos son débiles y no es así, o por lo menos no del todo.

—David, sabes lo que pienso, sabes que estamos conectados y cada vez que tu corazón se debate entre este mundo y aquel, yo también sufro. Deberías subir, tenemos un largo camino por delante.

Me subí en Drako y estuve casi todo el camino pensando en lo que le había dicho, aunque no era la primera vez que lo decía. Estába-

mos conectados y sentíamos el sufrimiento del otro. En el momento en que vislumbró la ciudad de Tenus le hice una promesa:

—Siempre serás mi elección, siento mucho haberme comportado como un crío. Tienes razón, soy un jinete y ya es hora de que me comporte como tal.

—No sé si lo sabes, pero la promesa de un jinete ha de ser cumplida por encima de todo o habrá consecuencias, y créeme que no serán buenas para ninguno de los dos.

—Lo digo de corazón, se acabó, voy a ser un gran jinete, el que te mereces, y tu especie resurgirá de sus cenizas. Debo aprender del pasado para averiguar cómo hacer que los dragones vuelvan.

Drako se quedó sin palabras y eso no era muy normal en él. Aunque no me dijo nada, podía notar la alegría que sentía y que su esperanza en nosotros se había reforzado. Mire al cielo y la luna estaba casi por completo fuera. Drako sintió mi pánico, voló más rápido todavía y me agarré fuertemente a él. Ahora éramos uno, un perfecto equilibrio de Dragón y jinete, aunque no lo íbamos a tener nada fácil...

La reina Atema nos estaba esperando junto con su consejero Brais y tenían mala cara. Drako hizo una gran entrada, haciendo que el ejército de la reina retrocediera ante nosotros, su semblante era de ataque.

—Tranquilízate —le dije—. Recuerda que venimos porque que-

remos.

Atema me señaló.

—Creía que no vendrías —dijo, como si el vernos no le gustara

demasiado.

Pensé que si le hacía una reverencia se relajaría, pero Drako me

dijo: ellos.

—¡Ni se te ocurra! Un jinete no hace eso, y mucho menos a

Entonces me dirigí a la reina de la única forma que había apren-

dido en esta extraña tierra:

—Espero que no hayáis tenido que esperarnos demasiado, no ha sido premeditado llegar en el último momento, pero como os dije, aquí estamos yo y mi dragón.

Atema se nos acercó. Brais la seguía como si fuera su sombra.

—Lo que importa es que has cumplido y eso me vale —dijo ella.

Brais la interrumpió carraspeando y señalando la luna, era como si quisiera decir que habíamos llegado tarde. Atema le calló de inmediato, en ese preciso momento aprendí que a la reina no le gustaba para nada que la interrumpiesen o la contradijeran.

Me acerqué a ella para poder hablar cara a cara:

—Te pido disculpas majestad, si te he hecho esperar, solo te diré que no volverá a pasar.

—Tu forma de hablar es muy peculiar, jinete, al venir aquí me imagino que cumplirás las normas que se te impongan, ese debe ser el trato, Brais te dirá con mucho gusto cuáles serán tus tareas y lo que debes o no hacer para poder estar aquí.

Aquello no me entraba en la cabeza, ¿cómo que para quedarme allí?, yo solo había ido porque quería saber de mi pasado. Intenté que me lo explicara, pero la cosa se puso tensa.

—Perdonad, yo no me voy a quedar aquí, solo quiero respuestas, he venido porque no quiero una guerra y necesito saber de mi pasado.

Atema fue muy brusca:

—Mira, tu sola presencia hace que mi gente no se sienta a salvo y lo que tú quieras no me importa, como te he dicho, Brais te lo explicará todo detenidamente, si no cumples con el acuerdo habrá una guerra contra la ciudad de Barsalí, de eso no tengas la menor duda.

Después de decir aquellas horribles palabras se dio la vuelta y se fue sin dejarme decirle nada. Mientras Drako me pedía que le dejara quemarla por su insolencia, yo no podía hablar en voz alta. Por suerte, con Drako no hacía falta, y en cuanto le dije que necesitábamos saber más para que los dragones regresaran, se quedó calladito. Brais se acercó a mí con una amplia sonrisa, llevaba una especie de pergamino que desplegó y puedo decir sin exagerar que era bastante extenso.

—No sé si sabes leer nuestros manuscritos, de no ser así gustosamente te lo leeré, para que te queden claras nuestras normas.

Algo en su voz hacía que lo que me decía sonara como si fuera a firmar mi sentencia de muerte. Drako no se fiaba de Brais, bueno, no se fiaba de nadie que fuera de Tenus, y aún no me había explicado el por qué. Al mirar aquel pergamino me llamaron la atención dos cosas, una que en la parte inferior había dos criaturas dibujadas, una era un dragón y la otra era sin duda un simurgh, la segunda cosa era que no conseguía leer lo escrito y entendí lo de que «él me lo leería», sus letras no eran simples como las de la «sala de la Sabiduría» del castillo de Liyac, no tenían ningún sentido, estaban como revueltas, la verdad es que aquí las cosas eran totalmente diferentes al castillo de Liyac. Podía entender que nos tuviesen miedo, pero su desprecio hacia los jinetes era demasiado acusado. Miré a Brais y le dije:

—La verdad es que no entiendo algunas cosas del pergamino.

—¿Cuáles no entiendes? —dijo con gesto aburrido.

En un intento de ser gracioso le dije:

—Pues supón que nada, ya que no entiendo estas escrituras.

—¿Acaso no sabes leer?

—Pues claro, ¿crees que soy idiota? Es solo que no entiendo estas extrañas letras.

—No sé qué significa eso, pero te voy a decir una cosa que te hará sentir muy inferior: solo tienes que utilizar tu magia para que las letras se pongan en el orden correcto —dijo con aire de superioridad.

En ese momento me sentí como un tonto, y con mi orgullo herido le tuve que decir a Brais que la magia no se me daba bien. Brais resopló y dijo:

—Bueno, la reina me ha pedido que te lo explique todo, ¡y bien! Pasó la mano por el pergamino y las letras comenzaron a cobrar sentido para mí. Me tiré un buen rato leyendo aquella lista interminable. Todo eran exigencias; que si tenía que mostrar respeto, que si tenía que ser un buen guerrero, que si tenía que ser digno de acceder a los manuscritos ancestrales, todo eran exigencias, pero cuando leí que

tenía que pasar un año como mínimo con ellos sin salir de Tenus, a no ser que se me pidiera, mi cara era todo un poema. Pregunté a Brais por ello. Brais también me dijo que tenía que demostrar mi lealtad hacia ellos.

—¿Y eso cómo lo haré?

—Es muy sencillo, cuando cumplas la edad de ser rey, deberás casarte con Actea, la hija de Atema —dijo, como si fuera lo más normal del mundo.

Según decía Brais, era la forma de demostrar mi lealtad hacia ellos y con ese matrimonio unir ambas ciudades en una armonía que perduraría para siempre.

Mire a Brais horrorizado y le dije:

—No sé si lo sabes, pero solo tengo catorce años, creo que lo de hacer un matrimonio concertado no es lo mío, ni siquiera conozco a Actea, y me gustaría poder hablarlo con mi familia, no creo que a mi madre le entusiasme la idea de que falte al instituto un año y mucho menos que me comprometa en matrimonio.

Brais quedó petrificado.

—¿Cómo que tienes que consultarlo con tu familia! ¿Acaso no eres un jinete? Y eso del instituto, ¿qué es?

Tenía la cabeza hecha un lío, le pedí a Brais hablar con la reina. Si tenía que firmar aquello, o decirles que sí a todo, por lo menos creo que tenía derecho a que ella me escuchase. A Brais no le convenció, pero como Atema le había dejado claro que tenía que dejarme todo bien explicado, no se pudo negar, fue a hablar con la reina y esta, aunque tardó bastante en salir, salió hecha un basilisco.

—¿Cuál de los términos deseas que te cambiemos? Brais dice que tienes condiciones y que no eres un jinete. ¿Creía haberte dejado claro que no puedes cambiar nada de lo que se te pide?

—No es eso, majestad, por supuesto que soy un jinete, pero como no os habéis preocupado en escucharme, pues no sabéis nada de mí. Yo no digo que no vaya a aceptar los términos, solo digo que me gustaría que me dierais tiempo para que pueda despedirme de mis

seres queridos y también os pondré algunas condiciones, yo creo que es lo justo.

Atema dudó y después me dijo:

—Vete, tienes tres días para poner tus condiciones y aceptar las que te impongo, pero primero quiero mostrarte una cosa —dijo, y sacó un libro.

Cuando lo miré entendí lo que me pedía. Allí había muchas leyendas, la que me mostró, para mí era la más importante de todas, allí podría encontrar la forma de hacer que los dragones volviesen a volar libres por el mundo de Sir. Le agradecí el gesto, me subí a Drako y volamos por el cielo, que estaba iluminado por la luna llena, era todo un espectáculo, pero solo podía pensar en todas aquellas condiciones y en cómo explicárselo a mis padres. Drako cambió el rumbo de forma brusca, le pregunté adónde me llevaba, pero no quería hablarme, inténtelo pensar en todo lo que Ocán me enseñó en sus clases de magia, pero no encontré nada que me pudiera ayudar con Drako o con la nueva situación que se me había «ofrecido», por así decirlo. Mire hacia abajo y vi que estábamos pasando el territorio de los Drows, pero su rumbo no era hacia Barsalí. Drako llevaba rumbo Noreste y en ese momento lo supe.

—Drako, no estarás pensando en dejarme a solas de nuevo en el Templo del dragón, ¿verdad?

—No es esa mi intención, sino que no tengas que pasar ni un momento con esos guerreros actenus, no me fío de ellos y si lo haces por mi especie, creo que antes de que aceptes sus condiciones, deberíamos intentar cualquier cosa que no te obligue a ello.

La verdad es que no me apetecía nada quedarme un año entero encerrado en aquella extraña ciudad y si Drako tenía razón, quizás no los necesitábamos tanto como yo creía, pero mi entusiasmo no duraría mucho. Entré en la cueva para ver los dibujos de mis ancestros y solo veía lo que ya había visto, estaba el dibujo de los dos mundos, había historias de guerras y destrucción, dibujadas en aquellas paredes, y por mucho que miraba no veía nada que pudiera decirme qué debería hacer

con la oferta de Atema. Drako entró en mi cabeza, fue una conexión extraña, era como si él pudiera ver a través de mis ojos y al mismo tiempo me mostraba el significado de aquellos dibujos.

El primer dibujo, el más antiguo de todos, era un dragón abriendo el corazón a un hombre (el primer jinete), me dijo Drako. Había armonía entre ellos, pero en Sir ya había humanos antes de aquel primer jinete.

—No lo entiendo.

—Es muy sencillo: mi especie nunca se ha unido a los actenus.

—¿Entonces los actenus son los primeros hombres de Sir?

—Mucho me temo que sí. Ahora entenderás por qué no me fío de ellos.

Drako me contó la historia más descabellada hasta ahora:

Antes de que la humanidad fuera del todo razonable, hace unos tres mil años pasó lo que mi especie llamó la brecha entre mundos y varios dragones pasaron a tu mundo quedando atrapados en él, los humanos, temiéndonos en parte por culpa de algunos de los nuestros, comenzaron a atacarnos e incluso a matarnos, entre aquel caos aparecieron bastantes brujos que protegieron a mi especie y les ayudaron a volver a casa. Aquel gesto no fue para nada desinteresado, ellos crearon los portales y los cruzaban a su antojo, levantaron la primera ciudad, Tenus, llamada así por el brujo más poderoso de todos. A nosotros no nos importaba aquello, porque había armonía, ellos no nos molestaban y nosotros a ellos tampoco, pero entonces un humano muy diferente a ellos cruzó un portal y lo más increíble era que aquel humano podía hablar con uno de los nuestros y tenían una conexión especial (el primer jinete). Los actenus intentaron manipular a muchos de los míos provocando la muerte de demasiados dragones, y todo por su ambición de controlarnos.

—Pero me dijiste que Reine era de ellos.

—Veo que pierdo el tiempo intentando que veas que sus intenciones siguen siendo las mismas, solo quieren controlarme y si por el camino te pueden matar, será algo que no les pesará, créeme.

Drako salió de mi cabeza, podía notar que estaba preocupado y enfadado por mí, pero yo también tenía que saber más de mis raíces y de paso evitar una guerra, porque Atema había dejado claro que si no me iba con ellos, la guerra sería pronto. Le pedí que me llevara a Barsalí y lo hizo si poner reparos. Pude notar que esperaba que Jardany o quizás Ocán me hicieran cambiar de idea.

Capítulo 21

Duras decisiones

E

David

En el camino hacia Barsalí tomé la decisión de no contar a nadie la parte de la alianza en la que tengo que comprometerme en matrimonio con Actea. Le di muchas vueltas y sabía que

era lo mejor, o quizás solo me daba miedo que Leisha me odiara por aceptar aquel matrimonio. Drako insistió y me dijo con cierto resquemor:

—Ya sabes que esta alianza no me gusta, y si tienes que ocultar parte de ella, ¿no crees que es porque tú mismo sabes que está mal?

Sabía en lo más profundo de mi corazón que Drako tenía razón, ni siquiera conozco a Actea, además la sola idea de que Leisha se entere de esta alianza hace que un gran tormento arraigue en mi interior. Aun así la decisión ya está tomada y tengo que seguir adelante pase lo que pase. No le dije nada a Drako, pero supuse que no hacía falta.

Al llegar a Barsalí pedí a Jardany que se reuniera con Ocán y Liyac en la sala del Destino y se fue sin hacerme preguntas. Mientras me dirigía allí me encontré con Tante, estaba muy contento de verme, salió corriendo hacia mí y me dio un gran abrazo.

—¡Cómo te he echado de menos! —me dijo entusiasmado.

Miré a Tante con gran pesar y le dije:

—Mucho me temo que no duraré mucho aquí, ahora debo irme por un largo tiempo y sin duda, te echaré de menos mucho más.

Tante se quedó parado y dijo:

—¿No me digas que no vas a volver a Sir? David, si tengo que convencer a tus padres lo haré, incluso pediré a Jardany ir a la Tierra contigo, pero tienes que estar aquí, así las cosas volverán a ser como antes, tú y yo entrenando junto a Jardany.

En ese momento Jardany me llamó para que fuese con él, miré a Tante y le dije:

—Las cosas no son tan sencillas, pero cuando termine la reunión te lo explicaré mejor.

Al entrar en la sala del Destino se me hizo un nudo en la garganta al ver la cara de preocupación que tenía Ocán. Liyac me ofreció asiento y me senté junto a él. Ocán me pidió que le contara lo que me sucedía y aquello hizo más difícil decir ni una sola palabra, quizás por eso saqué el pergamino que Brais me había dado y lo puse encima de la mesa. Ocán cogió el pergamino y se puso tan furiosa que no podía parar de hablar ella sola, y aunque no paraba de decir cosas, no había forma de entender lo que decía. Liyac le pidió calma y Ocán le dio el pergamino para que él mismo pudiera leerlo. Liyac me miró y me dijo:

—¿Qué vas a hacer?

Antes de que pudiera contestarle, Ocán dijo muy enfadada:

—¿Cómo que qué va a hacer? Pues decirles que no, por supuesto. David tiene que estar con nosotros y con su familia, no con esos actenus que lo único que quieren es ver muerto a nuestro jinete.

Liyac no estaba de acuerdo con ella, me quedé mirando a Jardany y le dije:

—¿Tú qué opinas de esto?

Jardany me miró sorprendido y me dijo:

—Creo que ya eres un guerrero y no un guerrero cualquiera, eres un guerrero del rey Liyac y solo tú puedes ver qué es lo mejor para todos.

Miré a todos y pensé: «Si ellos han reaccionado así, ¿cómo lo harán mis padres?». Finalmente dije:

—No os he llamado para veros discutir, lo he hecho porque necesito saber qué debo hacer, y he pedido que estéis vosotros, porque para mí sois muy importantes y sé que vuestras costumbres y las mías no son iguales, además aquí no está todo. Antes de venir, Atema me mostró un libro, un libro muy especial en el que quizás esté la clave para que los dragones vuelvan a volar libres.

Antes de poder continuar, Ocán me interrumpió:

—Es por eso por lo que quieren esta alianza, ¿no lo ves, jinete?

Ellos quieren mandar sobre los dragones.

Me puse las manos en la cabeza, miré a Jardany y le dije muy serio:

—Como mi superior que eres, si no acepto estas condiciones, ¿qué le pasaría a nuestra ciudad?

Jardany sopesó lo que le había preguntado y dijo:

—Que habría una guerra que no sé si seríamos capaces de ganar. Miré a Ocán y le dije:

—Es lo mismo que he pensado mil veces, acabo de perder a más de doscientos hombres que me seguían contra los Drows, no podemos permitirnos otra guerra. La banshee estaba cada vez más cerca del pueblo y temía que esa guerra con los actenus fuera la causa de su presencia.

—David, te recuerdo que aún sigo siendo el rey, y eso es algo que tendría que decidir yo —intervino Liyac.

Le miré fijamente a los ojos y le dije:

—Tienes razón, pero dime la verdad, si te pidieran que otro de tus guerreros cumpliera estas normas para de ese modo evitar una guerra, ¿qué harías?

Liyac agachó la cabeza y dijo:

—No pondría en peligro a mi pueblo.

—Y sé que ninguno de tus guerreros lo haría, yo soy uno de ellos, además no estoy dispuesto a perder a ninguno de ellos, y mucho menos por mi culpa.

Ocán se levantó apenada y dijo:

—David, tú no has venido a por consejo, tú querías nuestra aprobación y mucho me temo que no puedo aprobar que te vayas con ellos, y menos después de cómo te trajo Drako la última vez que es- tuviste allí. Te pedí que no volvieras y veo que no me has hecho caso, tienes razón, eres un guerrero y tienes que actuar como tal, así que haz lo que tu corazón te diga, creo que es lo mejor que te puedo decir.

Después pidió permiso a Liyac para irse, Liyac se lo dio y Ocán se fue sin mirarme. Ante la marcha de Ocán, comprendí que ya no era un niño. En ese instante entendí que la decisión ya estaba tomada, la parte más difícil estaba por venir. Miré a Jardany y le dije:

—Ahora tengo que ir a mi mundo, creo que debo contar a mis padres mi decisión y me temo que ellos no se lo van a tomar bien.

Jardany me hizo un gesto de aprobación, pero antes de que abriera la puerta, Liyac me cogió del hombro y me dijo:

—Sé que ya has tomado tu decisión y también sé que lo haces por todos, pero déjame que encuentre una manera de poder cambiar algo de lo que te piden.

Miré a Liyac y le dije abatido:

—Tienes un día, después me marcharé y nos veremos dentro de un año.

Después abrí la puerta y me fui.

No podía parar de pensar en cómo decirles a mis padres que no volvería a casa en un año, era algo demasiado complicado y no hallaba la manera. Mientras llamaba a Drako, Tante se puso frente a mí y muy serio me dijo:

—¿Me vas a contar de una vez por todas qué sucede o me vas a dejar al margen de nuevo?

Le miré abatido y le dije:

—Es muy sencillo: me voy a Tenus y estaré allí un año sin poder ver a mis seres queridos.

Tante se enfadó mucho y me dijo:

—¿Por qué tienes que ir con ellos? No lo entiendo, tu lugar está aquí con nosotros.

Antes de que Tante siguiera discutiendo conmigo, Jardany apartóse y le dijo:

—Lo hace por nosotros, lo hace porque le he enseñado demasiado bien lo que significa ser un guerrero del rey, por eso te pido que te apartes y dejes que el jinete se marche para poder poner sus cosas en orden.

Me dolió mucho ver cómo Tante se quitó de mi camino. Bajó su cabeza y dijo entre dientes:

—Pues que el jinete haga lo que deba —y se fue sin despedirse.

Mi cara sería un poema, porque Jardany intentó consolarme, pero no era algo que se le diera bien, quizás por eso le di un abrazo y las gracias por todo lo que había hecho por mí hasta ahora, le dije que siempre llevaría esta ciudad en mi corazón y sobre todo a su gente, gente buena que desde el primer momento que me vio me trató como a uno de los suyos. Jardany me devolvió el abrazo y me dijo que él hablaría con Tante, pero le dije que no hacía falta, que algún día Tante me perdonaría por lo que estaba haciendo. Drako apareció y entendió que la decisión estaba tomada, le pedí que me llevara al portal. Jardany quiso ofrecerme a Zorin, pero lo negué con la cabeza:

—Prefiero ir con Drako y cuando cruce el portal me vendrá bien andar un poco hasta casa.

Me subí en Drako y esperaba que me diera un buen sermón, pero se tiró todo el camino en el más absoluto de los silencios. Al llegar al portal me dijo:

—Piensa bien lo que vas a hacer, no es algo tan fácil como crees, quiero que entiendas una cosa, yo no iré con esos traidores, yo me quedo en Barsalí, y si en algún momento te ponen en peligro, seré yo quien reduzca a cenizas su ciudad.

Acaricié a Drako en el cuello, supongo que porque sé que es algo que le calma. Drako se apartó y alzó el vuelo hacia Barsalí. Aquel gesto suyo era algo que no me esperaba y antes de cruzar el portal miré aquellas vistas y de nuevo un gran dolor arraigó en mi pecho. Cogí aire lo más fuerte que pude y crucé el portal para ir a casa por última vez...

Sin opciones

Daniel

Al llegar a casa del trabajo encontré una escena que creía de lo más normal: Lucía estaba discutiendo con Sofía. Al escucharlas comprendí que no era tan normal como me hubiera gustado, por lo visto habían vuelto del hospital y David se había ido. Lucía intentaba que Sofía le dijera si había vuelto a Barsalí, pero Sofía no paraba de pedirle a su madre que sería su hermano quien se lo explicara todo a su regreso. Antes de interrumpir pensé bien qué decir, ya que mi idea de Sir y la de Lucía no eran la misma. Lucas me vio y salió corriendo para acercarse a mí, era como si quisiera que de algún modo yo parara aquella discusión y quizás por eso lo intenté.

—Sofía, ¿se puede saber qué habéis hecho esta vez? —dije demasiado calmado.

Lucía no se tomó de buena manera mi interrupción, cuando me miró a la cara pude ver que estaba sufriendo mucho, le di un abrazo y le dije que todo saldría bien. Sofía se disculpó con su madre y me dijo:

—Papá, David está arreglando las cosas, yo no sé exactamente dónde está, pero sé que tenemos que tener paciencia y que cuando todo se arregle, vendrá.

Intenté que Lucía se calmara y le hice una tila.

—Ya verás cómo no le pasa nada malo, es que a su edad es normal que le guste mucho la calle.

Lucía me miró horrorizada y me dijo:

—Sí, pero a su edad no es normal que haya liderado un ejército

o que el destino de un mundo que no es el nuestro, esté en sus manos.

Miré a mi mujer y le di la razón, también le dije que Drako siempre cuidaría de él, y ella con gran pesar me dio la razón. Intenté que la tarde pasara de la forma más tranquila que pude, pero cuando conseguí calmar los ánimos, apareció Jardany con una noticia que no esperábamos. Por lo visto, David estaba en Sir, se había ido con Drako a toda pri-

sa y según decía Jardany deberíamos esperarlo en casa, él pensaba que el jinete necesitaba tiempo para aclarar la mente. Aquello fue un jarro de agua fría. Mi hijo no me había dicho nada de que tuviera problemas. Lucía comenzó a contarme lo que había sucedido con Marcos y pensó que por eso se había ido David con Drako. Aquello no me pareció suficiente, decidí callarme y dejar que Lucía descansara. Invité a Jardany a quedarse con nosotros, pero me dijo que él debía volver, que su rey le necesitaba.

A la mañana siguiente me tuve que ir a trabajar temprano. Le pregunté a Lucía si quería que me quedase con ella, pero me dijo que lo mejor era hacer vida normal, que nuestro hijo no debería tardar en volver. Me dijo, demasiado convencida:

—Daniel, sabes que ya ha faltado una semana a clase y seguro que volverá pronto. David sabe que los estudios son lo primero.

No me fui muy tranquilo y no podía parar de unir cabos, sabía que algo se me escapa, pero no conseguía ver qué era. Al acabar la jornada decidí ir al portal. No sé, era como si algo me dijera que debía ir, y así lo hice. Mi sorpresa fue ver a David allí sentado, era como si me estuviera esperando. Al verme me dio un abrazo muy fuerte, aquello me puso en alerta, no es que no me gustara que me abrazara, era que le noté demasiado extraño y por eso le pedí quedarnos un rato para hablar y David accedió sin rechistar.

—Sofía dice que no estabas en Barsalí. ¿Se puede saber dónde has estado?

David me miró y en sus ojos había un extraño vacío.

—Lo siento, pero no tengo mucho tiempo, deberíamos ir a casa y así os contaré lo que he decidido —me dijo demasiado triste.

Por primera vez en mucho tiempo me enfadé con mi hijo y le hablé demasiado brusco:

—Tú no sabes el daño que le estás haciendo a tu madre con esta manía tuya de desaparecer de casa sin decir nada. ¿A ti te parece normal? Si yo hubiera hecho algo parecido con tu edad, tu abuelo me hubiera castigado hasta el fin de los días.

David me dijo con la cabeza gacha:

—Pues mucho me temo que lo que he venido a deciros no os va a gustar nada.

Le miré a los ojos y le dije:

—Lo siento, hijo, sé que por lo que estás pasando es muy duro, tú sabes que te queremos, ¿verdad?

—Sí, pero, ¿me apoyareis?

—David, quererte y apoyarte van casi de la mano, pero no hagas sufrir más a tu madre, antes de volver a desaparecer deberías contarnos simplemente dónde vas, o por cuánto tiempo, yo creo que no lo estamos haciendo tan mal después de todo lo sucedido. Sé que todos los padres decimos que los niños vienen sin instrucciones, pero hijo, ¡un jinete! Y de otro mundo, eso sí que no nos lo esperábamos, lo único que te pido es que confíes en nosotros, eso es todo.

David me miró y sus ojos eran de un amarillo tan intenso que podías perderte en ellos, sus manos comenzaron a temblar, intenté darle un abrazo, pero me pidió que no lo hiciera, Tenía miedo a hacerme daño y podía entenderlo hasta cierto punto, pero lo que jamás me hubiera esperado fue lo que me dijo:

—Sé que os he hecho sufrir mucho y no ha sido mi intención, por eso me duele aún más esta despedida. Papá, no he venido a quedarme, he venido a despedirme, y sé que a mamá se le va a romper el corazón, pero si quiero ayudar al rey Liyac, si quiero ayudar a Drako, me tengo que ir con los guerreros actenus. He ido allí y la reina Atema me ha pedido que pase un año con ellos, un año en el que no se me permitirá ver a mis seres queridos y eso me está destrozando, no sé cómo decírselo a mamá.

Al escuchar a mi hijo el corazón se me iba rompiendo en mil trocitos con cada palabra. Sé que Lucía no se repondría si David se iba un año, ella no se lo permitiría y mi hijo no me estaba pidiendo permiso, me estaba pidiendo ayuda para contárselo a su madre y así poder despedirse de nosotros. Me aguanté la rabia por lo que nos estaba pasando, intenté parecer sereno ante lo que acababa de escuchar y al final conseguí decir:

—Y si no vas, ¿qué sucederá?

David titubeó un poco hasta que dijo:

—Esa no es una opción factible, porque si pasado mañana no estoy allí, los guerreros actenus arrasarán la ciudad de Barsalí y jamás me dejarán ver sus libros, y en ellos podría estar la respuesta para que los dragones vuelvan. Es por eso por lo que Drako me ha esperado tanto tiempo, para que juntos consigamos recuperar a los dragones.

Mi móvil comenzó a sonar, era Lucía, estaba preocupada por- que hacía ya casi una hora que debería haber llegado, pero cuando le dije dónde estaba y que llevaba a David a casa se puso muy contenta. Me pidió que no tardásemos y le di mi palabra de que no tardaríamos mucho. David oyó toda la conversación y comenzó a encenderse de nuevo, le cogí la mano y le dije:

—Te ayudaré a contarlo todo, deja que tu madre disfrute un día en familia sin problemas, te prometo que esta noche prepararé el terreno y mañana por la mañana se lo contaremos todo.

David se aplacó y se metió en el coche, me dio las gracias por ayudarlo siempre y yo me sentí como si le estuviera fallando. ¿Qué clase de padre deja que su hijo se vaya un año con unos psicópatas que le han intentado matar? . Esa era la pregunta que más resonaba en mi cabeza y la pregunta que Lucía me haría mil veces. Estaba entre la espada y la pared. En mi interior sabía que era lo correcto, aunque Lucía no lo entendiese del todo, acabaría por comprender que era su destino y que nuestro deber era apoyarlo y esperar que no le hiriesen por el camino...

David

Al cruzar el portal me senté un rato a pensar como decirles lo que tenía que hacer, poco después apareció mi padre, al principio me sorprendí mucho, pero después de hablar largo y tendido comprendí que él siempre me ayudaría, teníamos una conexión especial, era como si pudiera entender cuáles eran las obligaciones de un jinete. Nos fuimos a casa juntos, le prometí que tendría un día «normal» en casa y la verdad,

después de lo que le pedí, el hecho de que me pidiera lo que yo más quería no era para nada difícil. Al llegar a casa mi madre tenía una extraña cara, cuando me acerqué a ella la entendí; no sabía si darme un abrazo o pegarme una bofetada, cuando me lo dijo me reí y le di un abrazo levantándola del suelo, su sonrisa era radiante, mi padre estaba mirándonos con pena, le hice un gesto de pesar y él comenzó a animar el ambiente:

—Bueno, Lucía, ¿qué vamos a comer hoy? Porque vengo famélico.

Mi madre comenzó a reírse, nos pidió que nos lavásemos las manos, que la comida estaba un poco fría, pero nada que el horno no pudiera arreglar en un rato. ¡Había hecho lasaña! Una de mis comidas favoritas, y pensé: ¡Cómo voy a echar esto de menos! . En ese momento Sofía apareció por la puerta de la cocina con Lucas, ambos estaban jugando con el bote de hacer pompas que tenía Lucas, mamá les regañó porque estaban mojando todo el suelo y Sofía le dijo:

—Si me dejas hacer magia, puedo conseguir que ninguna pompa acabe manchando el suelo.

Mamá negó con la cabeza y les pidió que salieran fuera a jugar, a Sofía no le gustó nada el no poder estar con nosotros para enterarse de todo, le hice un gesto para que entendiera que después tenía que hablar con ella. Por suerte, Sofía se percató de mi gesto, quizás por eso cogió a Lucas y se lo llevó, para que pudiera estar con mis padres a solas y sin interrupciones. La tranquilidad no iba a durar mucho, mamá comenzó a preguntarme por dónde había estado. Y antes de que pudiera contestarle mi padre le quitó importancia recalcando que lo que importaba era el hoy, que lo que importaba era que ahora estaba en casa. Mi madre estaba tan contenta que le dio igual que no le dijera nada, o simplemente quiso seguirnos el juego, fue una tarde inolvidable, estuve jugando al fútbol con mi padre y mis hermanos, por la noche mi madre quiso hacer una barbacoa en la terraza, según sus palabras «para disfrutar de su familia». Cada vez que alguien decía algo así el alma se me partía y controlar mis emociones se volvía complicado. Antes de terminar aquel magnífico día, Sofía metió la pata al decirme:

—Bueno, David, al final todo bien con los actenus, ¿no?

A mi madre le cambió la cara por completo y me dijo con miedo en la voz:

—¿No me digas que es allí donde has estado? ¿No me digas que has ido con esa horrible gente?

Intenté calmarla y le dije:

—Mamá, no son tan malos, cuando les conoces tienen sus mo-

tivos.

Jamás vi a mi madre tan enfadada.

—No pienso conocer a nadie que haya torturado a mi hijo y te

prohíbo que te vuelvas a acercar a ellos —había mucho rencor en su voz.

Comencé a enfadarme al pensar que ahora todo había salido fatal. Como siempre, las cosas no iban a ser para nada fáciles. Miré a Sofia enojado y le di las gracias por sacar el tema. Mi padre vio cómo perdía el control e intentó agarrarme. Aquello fue prácticamente inútil, me encendí como nunca lo había hecho y le di un empujón tan fuerte que se golpeó la cabeza con la barbacoa. Mi madre salió corriendo tras él para ver si estaba bien. Me hubiera gustado que las cosas hubieran sido de otra forma, pero ya no podía cambiarlas. Esperé a ver si mi padre estaba bien. Cuando se levantó me miró y me dijo:

—Cálmate, David, estoy bien, no ha pasado nada.

Vi el desastre que había formado, miré a mi padre y le dije:

—Lo siento, yo quería despedirme bien, pero soy un peligro para todos, tal vez los actenus no sean tan peligrosos para mí al final.

Entré en casa, cogí mi espada, mi medallón y alguna ropa que metí en una pequeña bolsa de viaje. Cuando salí a la terraza mis padres estaban recogiendo el desastre que había formado. En el momento en que mi madre me vio, supo que lo de antes iba en serio, mi padre me pidió que no me fuera, él no quería que nuestra despedida fuera tan mala, pero yo tenía demasiadas preocupaciones en la cabeza y tenía miedo a hacerles daño. Le di un abrazo a Lucas, le dije cuánto le quería, miré a Sofia y le dije:

—Quiero que sigas visitando Barsalí y que cuides de Tante y Leisha.

Ella me abrazó y me pidió perdón, yo le dije que no había nada que perdonar. Mi madre no quería que me despidiese de ella, por lo visto en el rato que estuve preparando mis cosas mi padre le había contado lo que me sucedía y ella me dijo:

—No quiero que te despidas, porque no puedo ver cómo mi pequeño se va y me dice que durante un año no voy a poder verle. David, no me lo pidas, porque si no...

Antes de terminar la frase vi cómo se tambaleaba y rápidamente la cogí, se notaba que no quería que me fuera, pero le dije algo que fue más duro para mí decirlo que para ella escucharlo:

—Mamá, me habéis criado bien, esto no es un adiós, es un hasta pronto, tú me has enseñado a ser un buen hombre y necesito saber que no va a morir más gente por mi culpa —tragué saliva, miré a mi padre y me abracé a él—. Lo siento mucho, papá, no quería hacerte daño, es solo que me duele tanto... No quiero ir, pero no puedo dejar que los inocentes paguen por mi culpa, espero que algún día podáis perdonarme por haceros sufrir tanto.

Mi madre se abrazó a nosotros llorando, sabía que no podía consolarla de ninguna forma, le di un beso en la frente y le dije que lo mejor era que me fuese ya. Mi padre me pidió que me quedara a pasar la noche, pero me negué.

Le dije que Liyac estaba buscando la forma de ayudarme con algunas cosas para mi partida y lo entendió.

—Por lo menos me dejarás que te acerque al portal —dijo mi padre con voz de disculpa.

Miré a mi madre y le dije:

—Si dejas que papá me lleve, ¿vosotros estaréis bien?

Ella se limpió las lágrimas y me pidió que me dejase llevar por mi padre. También que la esperase un momento. Entró en casa y cuando salió, sacó una fotografía familiar que nos hicimos no hace mucho y me dijo:

—Quiero que la lleves siempre contigo y que pase lo que pase, cuando te sientas solo mires esta foto y recuerdes lo mucho que te que- remos y que de algún modo siempre estaremos contigo.

Cogí la foto, me quedé mirando las sonrisas que teníamos todos y le dije que jamás me separaría de ella. Abracé por última vez a mi familia y me fui con un vacío tan grande que sabía que hasta que no volviésemos a estar juntos, no volvería a llenarse. Mi padre estuvo todo el camino preguntándome si lo había pensado bien y siempre le decía lo mismo:

—Papá, lo he pensado bien y no hay vuelta atrás, no intentes convencerme. Si no voy, habrá guerra y será por mi culpa. Las bans- hees anuncian muerte y en Barsalí no paran de rondar tengo que evitar la guerra.

Al llegar al portal mi padre me abrazó muy fuerte y me dijo:

—¿Hay alguna manera de poder ayudarte?

Le miré dudoso y le dije:

—Sí, necesito que les cuides mucho, cuando os vuelva a ver quiero que sigáis siendo felices.

Dudó antes de responderme hasta que me dijo:

—Un año pasa volando, tú intenta estar a salvo.

Después de aquello nos abrazamos durante bastante rato y las lágrimas se me saltaron. Supuse que con el tiempo el dolor men- guaría, pero ahora era algo que veía demasiado lejano. Le prometí que me cuidaría y que cuando volviéramos a vernos ya sería todo un guerrero.

—¡Ya eres un guerrero! —me dijo orgulloso—. ¡Pero no olvides que también eres nuestro hijo! —me gritó mientras cruzaba.

Cuando miré al cielo y vi a Sir en lo más alto, comprendí que tardaría mucho en ver a Enki y que ahora yo estaría tan lejos de casa como ella. Drako debió sentirme o quizás estuvo todo el rato callado escuchando mis pensamientos y me dijo:

—¿Ellos tampoco te han hecho cambiar de opinión? Estos hu- manos no hacen más que decepcionarme.

Miré a Drako con una leve sonrisa y le dije:

—No.

—No, ¿qué?

—¡Pues que no te perderé a ti también! Si no quieres estar con los actenus lo veo bien, pero olvídate si piensas que voy a estar un año sin vigilarte.

Drako se puso contento al oírme decirle eso, pero era algo que sé de sobra que jamás admitiría, así que me subí en él y le pedí que me llevara a Barsalí.

—¡Tenemos una alianza que preparar! —le grité algo excitado.

Al llegar a la ciudad encontré a Ocán paseando por los muros del castillo, le pedí a Drako que me dejase a solas y me obedeció sin rechistar.

—¿Se puede saber qué haces aquí, jinete? No te esperaba hasta mañana noche, ¡por lo menos!

—Lo sé, pero antes de partir con los actenus tengo que despedirme de todos mis seres queridos y en ellos te incluyo a ti —le dije mostrando una sonrisa.

Ocán estaba desconcertada:

—¡Si yo creía que no confiabas en mí!

Resoplé fuerte para que lo oyese y le dije:

—Sabes de sobra que debo cumplir mi destino y si no salgo de las comodidades de esta ciudad no creo que lo consiga.

Ocán, bastante desconcertada me dijo:

—¿A qué comodidades te refieres? Mire a Ocán con pena y le dije:

—Pues a vuestro cariño y a esa manera de protegerme que tenéis, es algo de lo que estoy seguro que me voy a acordar demasiadas veces, pero sabes que para mí lo más importante es Drako y en parte hago esto por él —cogí aire de nuevo y le dije—. Drako no quiere venir conmigo, por eso te voy a pedir que lo cuidéis, sé que no es necesario que lo pida, pero de algún modo me reconforta hacerlo.

Ocán me dio un abrazo y me dijo que no me preocupara más por nadie, que a partir de ahora solo debería preocuparme de mí mismo. Ella quiso pedirme algo y cuando lo hizo me dejó sorprendido:

—David, yo solo te voy a pedir una cosa, es muy importante que nunca la olvides, no te olvides de lo que quieres, no dejes de ser tú mismo, por mucho que te hagan, sigue siendo como eres, eres el jinete que no esperábamos, cierto, pero..., eres el mejor jinete que hemos tenido el privilegio de conocer.

Aquellas palabras arraigaron en lo más profundo de mí ser, le dije a Ocán que debería irme ya, y ella se extrañó de mi prisa hasta que le dije:

—Ocán, no puedo con más despedidas, me duele demasiado y si Tante o Leisha me piden una vez más que me quede, temo no poder negarme y no quiero ponerles en peligro.

Ocán asintió dándome su consentimiento para que me fuera ya y así lo hice.

Capítulo 22

Un nuevo camino

T

David

ras despedirme de casi todos pedí a Drako que me llevase a la ciudad de Tenus, mi nuevo hogar. Drako seguía enfadado, pero no intentó disuadirme y con eso me conformaba en aquel momento. No tardó mucho en recorrer el camino o quizás se me hizo demasiado corto. Aquella ciudad se veía de lejos que era fría, un extraño sentimiento se apoderó de mí y Drako pudo notarlo.

—David, si no quieres, no tienes que hacerlo.

—No es eso, es que me duele pensar que no estarás conmigo.

Drako me dijo muy tranquilo:

—No temas por eso, aunque no esté siempre contigo como en Barsalí, sí que estaré cerca, eso no lo dudas, y si me necesitas ya sabes que solo tienes que llamarme.

Agradecí a Drako que ya no estuviera enfadado conmigo y le pedí que se quedara en Barsalí, yo necesitaba saber que él estaba a salvo, pero era muy terco y sabía que no me obedecería, intenté vencerlo, pero no tuvo el efecto deseado. Como eran mis últimos momentos con mi dragón, no quise estar discutiendo hasta última hora y finalmente le dije:

—Haz lo que prefieras, si te quedas cerca intentaré verte todos los días, aunque sea al anochecer o de madrugada.

Drako esbozó lo que parecía una sonrisa y me dijo:

—¿Y si tu nueva reina no te lo permite?

—Mi nueva reina no tiene por qué saber exactamente todo lo que hago, ¿no crees? Además soy un jinete, necesito estar con mi dragón, es algo normal incluso aquí.

A Drako le pareció bien mi modo de ver las cosas, pero aquella manera de pensar quizás no me iba a durar demasiado, según pensaba él. Al llegar al centro de la ciudad le pedí que me dejase allí, le dije que quería conocer aquella zona mejor y como era casi mediodía, todo se veía perfectamente con el brillo del sol.

Drako estaba tenso, no quería dejarme allí con aquella gente, miré a algunas de las personas que estaban en la plaza de la Justicia y vi que en sus caras había mucho miedo. Me metí en la cabeza de Drako y le dije:

«¿De verdad piensas que corro peligro con ellos?». Drako levantó la cabeza y me dijo:

—Con estos no, pero con ellos tal vez.

Al darme media vuelta vi que Caimo venía hacia nosotros con una docena de guardias. Drako se puso tenso, podía notar que quería quemarlos, le acaricié y le pedí que se fuera, pero él no quería irse, aquella situación podía torcerse en cualquier momento, por eso reaccioné rápido y me puse entre Drako y los guardias, comencé a hablar para entender por qué venían hacia nosotros una docena de guardias.

—Seguro que no es por nada malo —le dije, intentando convencerme más a mí que a él.

Drako notó mi preocupación y su posición pasó a ser de ataque. Caimo se dirigió a Drako y le dijo:

—Tranquilito, dragón, que no venimos a luchar.

A Drako no le gustó nada que aquel individuo le hablase como si le conociera, o por lo menos eso es lo que me dijo y no tuve más opción que intervenir:

—Lo siento mucho, Caimo, pero no le gustan las amenazas, tal vez deberías pedirles a tus guardias que se retiren, ya que no hemos venido a luchar, he venido para aceptar las condiciones de la reina.

De pronto una gran sonrisa iluminó la cara de Caimo y le dijo a uno de los guardias:

—Silas, informa a la reina, que prepare algo para nuestros nuevos invitados.

Al escucharle decir «nuestros», carraspeé un poco, pero Caimo no me hizo caso hasta que le dije:

—No me has entendido, yo vengo a cumplir las condiciones, Drako no se va a quedar.

La sonrisa se le borró de golpe.

—No lo entiendo. Acabas de decir que venías a cumplir las condiciones de la reina.

Aquello empezaba a divertirme casi demasiado.

—La reina me quiere a mí. Drako no entra dentro de nada, él no quiere estar aquí y yo no voy a obligarlo a que haga nada que no quiera.

Caimo se enfureció al comprender que se habían quedado sin dragón, se le notaba en la cara y se descubrió aún más cuando me dijo enfurecido:

—Pero, ¿qué clase de jinete eres tú?

Intenté no sonreír demasiado al comprobar que sin querer había hecho que estos actenus no se salieran con la suya. Pensé: «Drako tenía razón, le quieren a él». Y le dije:

—Ya os lo dije el primer día, el día que intentasteis matarme; yo no soy como los jinetes de antes, no me conocéis de nada. Es más, te lo voy a decir para que se os quede bien claro, ¡soy un jinete!, de eso jamás dudes, pero no soy de este mundo, no me he criado con los guerreros de Barsalí, ni siquiera me he criado en Sir.

La cara de todos los que estaban escuchando la conversación era de lo más graciosa, aquella gente me había torturado, me había condenado y ahora me tenían un miedo que no podían ocultar. Caimo retrocedió un paso sin querer, miró a sus guardias esperando que le dijese

algo, pero todos estaban intentando comprender lo que les acababa de decir. De pronto apareció Brais junto a la reina. Atema lucía una bonita sonrisa que no le duró mucho, porque antes de que se acercaran más le pedí a Drako que se fuera, y por primera vez en mucho tiempo no discutí conmigo; simplemente alzó el vuelo y desapareció aprovechando el brillo del sol. Brais, algo desconcertado, preguntó adónde se dirigía el dragón. Me quedé mirando a Caimo y este le dijo con desaprobación:

—Tendremos al jinete un año entre nosotros, pero el dragón no estará con él.

Atema abrió los ojos como si se les fueran a salir de la cara, estaba asombrada, asombrada y furiosa.

—Eso jamás ha sucedido. ¿Cómo es posible, Brais?

Brais abrió un libro en busca de alguna explicación, aquello me divertía demasiado y fue entonces cuando le dije a Atema:

—Creo que deberíamos hablar, vengo a quedarme, es cierto, pero no lo haré como si fuera un delincuente, viviré como uno de vosotros y dejarás que me acerque a todos los libros que tengan lo más mínimo que ver con jinetes o dragones. No estoy interesado en convertirme en uno de los vuestros, pero sí que quiero acceder a vuestra sabiduría. Y como ya has visto, Drako vendrá cuando se le antoje, yo doy mi palabra de no salir de aquí sin vuestro permiso; no obstante, él sí podrá venir siempre que quiera.

Atema no daba crédito a mis palabras y Brais buscaba como loco una respuesta, hasta que Caimo le pidió que parase y le pidió a su madre que nos reuniésemos en un lugar más apartado, un lugar más íntimo. La reina y Brais se adelantaron. Yo accedí a ir donde me pidieran y así lo hice, nos dirigimos al castillo, de un modo que no me hacía sentir muy cómodo, los guardias me seguían como si fueran mi sombra, es cierto que no desenfundaron sus espadas, pero se les podía notar lo tensos que estaban y eso no era nada bueno, porque al más mínimo cambio podrían matarme en un abrir y cerrar de ojos. Al pensar aquello, Drako se metió en mi cabeza y me dijo:

—Si piensas que el peligro es real puedo soltarles una buena llama y quemarlos a todos.

Sin querer dije en voz alta:

—No creo que sea necesario hacer que nos teman más.

Caimo debió sentirse ofendido, porque dijo:

—No confundas el no saber con temor. Le miré desafiante y le dije:

—Pues entonces díles a tus guardias que desaparezcan. Pídeles que nos dejen a solas, yo estoy solo, ¿por qué me lleváis como si fuera un prisionero?

Caimo miró a los guardias y les pidió que nos dejaran a solas, luego me hizo un gesto como si ahora estuviésemos en igualdad de condiciones y yo asentí con la cabeza para que viera que aceptaba aquella nueva situación sin problema alguno. Al entrar en el castillo me quedé muy sorprendido, todo era del color blanco más puro que había visto nunca, las paredes y los techos parecían estar esculpidos en piedra, pero era una piedra muy blanca, hasta podía ver mi reflejo allá donde mirase, ya fuera el suelo o la pared. Caimo me miró extrañado al ver que me había parado para mirar aquella belleza y me preguntó por qué me detenía. No quise decirle que jamás me hubiera esperado algo tan bonito, quizás por eso le dije que por nada y proseguí el camino detrás de él. Entramos en lo que parecía la recepción de un hotel con dos escaleras que se abrían a los lados para subir y en el centro había una estatua con la forma de un guerrero actenus con pose de poder, tenía una lanza que miraba hacia el cielo y un montón de rocas bajo los pies. Al principio dudé si eran rocas o no, me quedé mirando la forma casi perfectamente ovalada que tenían, parecían huevos de dragón. Quise acercarme a tocarlos, pero Caimo llamó mi atención para que me fuera con él tras una enorme puerta que juraría también era de piedra, su color era grisáceo. Al cruzar aquella majestuosa puerta pude ver otra habitación resplandeciente y que en ella estaban la reina, Brais, y cómo no, Silas, el guerrero que me torturó. Intenté no mirarlo para que la reina no se percatara del rencor que le guardaba a aquel horrible guardia,

que lucía una sonrisa que me daban ganas de quitarle, aunque fuera con mis manos desnudas. La reina me pidió que me sentara y así lo hice.

—Me gustaría mucho saber cuál es el problema, majestad.

Atema miró a Brais y este comenzó a balbucear algunas cosas de la alianza, pero no le dejé seguir hablando. Miré a Atema y volví a decir:

—Me gustaría saber cuál es el problema, majestad.

Caimo me miró como si lo que había hecho fuera un crimen. Quizás por eso dije:

—Lo siento mucho, majestad, pero si no os dignáis hablarme, no tengo nada que hacer aquí, llamaré a mi dragón y me iré a preparar a mi pueblo para la batalla.

Me levanté de la silla para irme.

Atema me pidió que me sentara y me dijo:

—Brais dice que tu dragón no va a estar contigo.

Sonreí bastante y le dije:

—En el pergamino pone que tengo que estar aquí un año, pero de mi dragón no pone nada.

Atema no daba crédito a mis palabras y me dijo:

—¡Eso es imposible, un jinete no se puede separar de su dragón!

Solté una pequeña carcajada y dije:

—Uno de antes quizás no, pero yo y Drako llevamos separados desde siempre y eso nos ha hecho más fuertes. Además, ya se lo intenté explicar a Silas.

Atema miró enfadada a Silas y este no daba crédito a lo que estaba sucediendo. Atema le pidió que se fuera de su vista muy enojada. Estaba disfrutando mucho de aquello, hasta que Caimo la interrumpió diciendo:

—Majestad, el jinete dice que no es de este mundo, yo no consigo entenderlo, quizás Brais sepa qué significa.

Atema miró a Brais para que buscara una explicación, pero levanté la mano y le dije:

—Eso solo significa que soy de la Tierra, según me contó Ocán es porque Lico, el hijo de Barsalí, cruzó el portal antes de que se ce-

rrase para «casi siempre». Yo soy descendiente suyo, digamos que esa es la historia abreviada, os la cuento para que podamos ir al grano y decidir si me queréis a mí o lo que queríais es a mi dragón, porque si es eso, creo que no os ha salido nada bien.

Atema me hizo un gesto para que me sentara y me dijo que esa no era su intención y que si yo estaba dispuesto a cumplir con la alianza, esta sería indestructible. Le dije que sí, que estaba dispuesto, pero que aparte de lo de Drako, quería que mis amigos pudieran venir a verme. Atema no quiso ceder ni un poco con mi petición, según decía, eso no podía ser, porque los jinetes eran una amenaza. Aquello me enfureció tanto que me encendí y le dije:

—El único jinete de este mundo soy yo, y me quieres aquí. Si no dejas que alguno de ellos pueda venir a veces, no habrá alianza.

Caimo le susurró algo a su madre y esta habló:

—Tienes razón, pero solo podrán venir unos pocos, no serán más de tres a la vez, ya que no quiero que mi pueblo se sienta amenazado, y a cambio tú recibirás instrucción que te dará mi propio hijo. Cuando él diga que estás preparado para recibir esas visitas lo harás, y no antes.

Después se acercó a Caimo, le susurró algo y se retiró de aquella sala sin despedirse siquiera.

No pude ni quise negarme a aquella proposición, ya que desde que llegué a esta ciudad, Caimo era el único que me había tratado bien. Después de aquello, Caimo me pidió que le siguiera. No quise preguntarle adónde nos dirigíamos porque el solo hecho de perder de vista a Silas y a Brais ya hacía que mereciera la pena.

Salimos del castillo y nos dirigimos a una zona aislada de la ciudad. Caimo cogió varios draquings. Caimo iba muy callado y aunque quería darle las gracias por el trato que me había dado, sabía que él solo cumplía órdenes.

Estuvimos cabalgando varias horas hasta que llegamos a lo que parecía una granja abandonada. Entró en la casa y me pidió que le siguiera. Al entrar quedé sorprendido y Caimo me dijo:

—Este será nuestro nuevo hogar, tendremos que arreglar algunas cosas, pero creo que aquí estaremos bien.

Aquello me sorprendió mucho, jamás hubiera pensado que no estaría en la ciudad y le dije:

—No tengo problema en vivir donde me digáis, pero, aquí no veo ningún libro.

Con una sonrisa malévola me dijo:

—No eres de los nuestros y no nos fiamos de ti, aquí estarás a salvo y podrás entrenar conmigo, ¿a no ser que me temas?

Moví la cabeza desaprobando aquello y le dije:

—El trato es que pueda ver los libros.

Caimo resopló a modo de desaprobación y me dijo muy furioso:

—Mi reina te ha entregado a mi hermana para que te cases con ella y le he prometido hacer de ti un buen guerrero, ¡te guste o no! Hasta que no seas uno de los nuestros o por lo menos de mi confianza, no te voy a dejar acercarte a ninguno de nuestros libros.

Aquello me enfureció mucho y comencé a encenderme cada vez más. Casi sin darme cuenta cogí a Caimo del pecho y lo estampé contra una de las paredes.

—Ni se te ocurra amenazarme, jinete —me dijo señalando una daga que me apuntaba al pecho.

Le solté de golpe y me quedé en blanco, no quería decirle que había perdido los nervios, además creo que era algo obvio. Caimo se sacudió un poco la ropa y me dijo:

—Comencemos a adecentar este lugar, mi reina vendrá a vernos en pocos días y quiero que todo esté perfecto a su llegada.

Aquello me molestó demasiado y le dije furioso:

—¿Se puede saber por qué le dices «mi reina»? Si es tu madre, por favor, no seas tan rarito.

Caimo no me entendía bien, supongo que por el tono de mi voz notó desaprobación en mis palabras. Aquello no hizo más que empeorar mi situación. Caimo estaba furioso conmigo y después de la pelea no bajaría la guardia. Señaló el techo de aquella granja y me dijo:

—Lo primero que debemos arreglar es el techo, pronto comenzará la época de lluvias y no querrás mojarte mientras duermes.

Me ofrecí a buscar maderas para arreglar el techo, pero Caimo no se fiaba de mí y quiso que fuéramos juntos, le dije que si llamaba a Drako todo sería más rápido, su respuesta fue bastante borde:

—No dejaré que salgas de aquí solo, y mucho menos con tu dragón.

Aquello me enfurecía y me deprimía bastante, estaba claro que me había convertido en su prisionero. Drako no estaba de acuerdo conmigo, él decía que en cualquier momento podía venir a por mí y que prepararíamos una buena batalla, yo le mentía diciéndole que estaba perfectamente bien. Caimo me dijo que iríamos al Sur, hacia un bosque cercano, el camino era bastante largo, Caimo tenía tres draquings preparados, al verlos me quedé sorprendido, no esperaba aquello, y me dijo:

—¿No esperarás que traigamos la madera nosotros?

El bosque de los ents

Caimo

Tras la llegada del jinete todo el mundo estaba nervioso, y más tras enterarnos de que su dragón no le acompañaría, él juraba que era de otro mundo, una Tierra muy lejana a la que no podíamos ir de ninguna manera, yo había escuchado cosas de esas de los antepasados, pero no quería creerme todo lo que aquel jinete me decía. Después de que nos dijera toda su historia me reuní con mi reina y me ofrecí para entrenar y poner a prueba al jinete.

—Es lo mínimo que puedo hacer por mi hermana —le dije a mi reina, y ella me ofreció la antigua granja a la que se llevaba a mi padre antes de que en la batalla contra los Drows le arrebataran la vida.

Aquel lugar estaba muy apartado de la ciudad, era un sitio tranquilo y perfecto para controlar a nuestro nuevo jinete. Al llegar a la granja me atacó, como iba preparado me zafé de él sin problema, en

ese instante comprendí que su carácter era demasiado fuerte, le dije que deberíamos arreglar la granja, no quise explicarle lo mucho que significaba para mí, ya que yo había crecido en aquel lugar bajo la influencia de mi padre, el rey Briogán, el mejor y más bondadoso rey que Tenus tuvo la suerte de tener. Le propuse que fuéramos hacia el Sur, a un bosque cercano, había preparado tres draquings solo por si acaso. No le quise hablar de los ents, ya que esa sería la prueba que debería superar. Si la superaba me demostraría que era digno de mi hermana, de lo contrario, tendría mucho trabajo por delante. A medio camino el jinete comenzó a hablar muy bajito. Acabé hartándome y le dije:

—Si tienes algo que decir jinete, dilo alto.

—En primer lugar me llamo David y en segundo lugar hablaba con mi dragón, ¿o también lo tengo prohibido?

En ese momento caí en la cuenta; si quería su confianza debería tratarlo como a uno de los nuestros.

—Tienes razón, David, no hemos empezado con buen pie, te pido disculpas por lo de intentar matarte y eso... David asintió con la cabeza y me dijo:

—Es verdad, no hemos empezado con buen pie, si me dejas que Drako me lleve al bosque estaré muy pronto de vuelta, tienes mi palabra.

Aquello me dejó preocupado, su valor era digno de elogio y había demostrado tener palabra, pero no podía darle lo que me pedía.

—Lo siento, David, pero es parte de tu entrenamiento el hecho de que vayamos juntos, recuerda que debes ser de mi confianza, para que algún día te lleve a ver los libros que tanto ansías.

Me quedé un rato esperando a que David me respondiera, su silencio me dijo más que cualquier palabra que hubiera usado. No podía dejar de mirar a mi nuevo guerrero, estaba en forma, se le veía valiente, pero una de las cosas que siempre me decía mi padre era que «para ser un buen guerrero además hay que saber qué guerras librar y cuáles no».

El camino se me hizo muy largo, a David parecía no importarle estar en total silencio, yo estaba demasiado tenso para relajarme

y apreciar las vistas como hacia él, además estaba nervioso porque demasiadas cosas dependían de la reacción del jinete como para estar tranquilo.

Al caer la noche nuestra posición no era lo bastante buena, estábamos cerca de un riachuelo y a nuestra espalda había un gran muro de piedra natural que nos protegería del viento. Le ordené a David que buscara algunas raíces *incendium* para hacer fuego y algo para comer, la respuesta de David no fue la que me hubiera dado uno de mis guerreros:

—Yo no tengo que servirte, si quieres fuego te lo buscas, y si tienes hambre pues caza, a mi me han enseñado muy bien y puedo estar varios días sin comer, «principito». Esto último lo dijo muy enfadado.

Me enfadé muchísimo y le dije:

—Soy tu superior y debes obedecerme, mientras tú buscas comida y algo para calentarnos, yo he de comprobar que el lugar sea seguro.

David se encendió y sus ojos eran de un tono amarillo fuego con un centro rojo que no pasaba desapercibido y me dijo:

—Yo no tengo frío y tu forma de darme órdenes me ha quitado el apetito, si quieres comer ve a por tu cena y yo comprobaré que este lugar sea seguro.

Me puse firme, pero al verle los ojos comprendí que obligarle a estar conmigo y separado de su dragón quizás no era el mejor modo de lograr su confianza. Moví la cabeza en negación y muy enfadado me fui por provisiones, no me podía creer que después de todo el día cabalgando sobre un draquín aquel muchacho no tuviera hambre y encima fuera capaz de sacar ese fuego interno. En ese momento pensé:

«este jinete no es bueno para mi hermana; es más, no es bueno para sí mismo». Decidí irme y dejar allí a David, dudé de si debía hacerlo o no, pero si en algún momento hubiera querido irse lo podría haber hecho, además él no era mi prisionero, así que...

Tardé bastante en conseguir una comida decente. La madera era algo más sencillo si sabías buscar en esta tierra, ya que como me decía

mi padre de pequeño: «si sabes mirar las huellas de la vida, darás con cosas necesarias». Miré el suelo buscando signos de agua y hallé en la piedra la ligera muesca del agua corriendo por esa roca, la seguí y encontré un agujero lo suficientemente grande como para meterme dentro. Sabía que aquello podía ser una trampa, pero también sabía que dentro habría raíces *incendium* y quizás algunos árboles oscuros para hacer alguna magia.

Me adentré en aquel agujero sin pensar en nada de lo que me podía suceder. Los guerreros actenus no temen a nada, ni siquiera a la muerte, pero este jinete es lo peor que me ha podido suceder, me decía una y otra vez mientras avanzaba en busca de algo que me sirviera. Llevaba un rato notando como si «algo» me estuviera observando, y aunque quería parecer descuidado, mi posición era de ataque.

No tardé mucho en notar esa presencia tras de mí, me preparé para la batalla y cuando me di la vuelta preparado para el combate, la sangre se me quedó helada hasta que su inconfundible risa hizo que supiera quién era.

—¿Se puede saber qué haces aquí, jinete? Creía que te habías muerto o algo y he venido solo por si te hacía falta ayuda para llevar las provisiones.

—Creía que no tenías hambre —le dije con tono de desaprobación.

ción.

David puso una extraña sonrisa y dijo:

—Y no tengo hambre, pero me aburría y decidí ver cómo te las

apañas por este lugar.

Intenté pensar en los consejos de mi padre, pero llegué a pensar que lo de querer entrenar al jinete yo solo quizás no había sido buena idea. Cogí tres raíces, las necesarias para hacer la hoguera. David me miró como si quisiera decirme algo, pero siguió callado, callado y observando; se notaba que su instrucción había sido distinta a la mía. Nos fuimos junto a los draquíngs. Al llegar encendí la hoguera y cociné la comida, le ofrecí a David y una vez más me dijo que no tenía hambre. David era muy misterioso para mí y el misterio era algo que no me

gustaba nada. Mientras comía decidí preguntarle cosas para conocerle mejor, pero no tardé mucho en arrepentirme de hacerlo.

—David, ¿me podrías hablar de ti? ¿Quién te ha entrenado?

¿Dónde has crecido? Creo que deberíamos comenzar a confiar el uno en el otro, no sé si te lo han dicho; para un guerrero es primordial su destreza en la batalla y también es importante conocer a los guerreros que luchan a su lado.

David se quedó sorprendido por mis preguntas y me dijo:

—Yo no siempre he sido un guerrero, mi superior es Jardany y sirvo al rey Liyac, ya te dije que me he criado en la Tierra y por vuestra culpa me he visto obligado a alejarme de mi familia —su expresión era confusa para mí, hasta que dijo—. Yo no quiero casarme con tu hermana, quiero ser libre para cumplir con mi destino, pero... —dudó un segundo y finalmente, con odio en su voz dijo—, tu reina me ha puesto en esta situación.

En el momento que me dijo eso me di cuenta de que mis preguntas no habían sido certeras, ya que sus respuestas habían sido de lo más ofensivas, y le dije con tono acusatorio:

—Si tan convencido estás que no quieres cumplir lo que se te ha pedido, ¿por qué has firmado esta alianza?

—Porque no hace mucho, los Drows atacaron la ciudad de Barsali y fui yo quien lideró el ejército, perdí demasiadas vidas de buenos guerreros bajo mi mando y no quiero más guerras, por lo menos sin sentido.

La respuesta que me dio fue demasiado dura, yo no sabía su historia y al escucharla intenté convencerme de que aquello debía ser mentira, pero sus ojos no mentían, se podía notar que en aquella batalla perdió más que ganó. Quería preguntarle mil cosas, pero pensé que por hoy ya estaba bien, apagué la hoguera para no atraer criaturas hacia nuestra posición, le dije a David que se durmiera, que yo haría la primera guardia, insistió en hacerla él, y me tumbé en el suelo mirando el cielo y preguntándome si alguna de las estrellas era esa Tierra misteriosa de la que hablaba el jinete.

Antes de que consiguiera dormirme un fuerte golpe en el suelo me sobresaltó. ¡Era el dragón! Pensé en hacerme el dormido y de ese modo observar qué se proponían hacer; eso sí, estaba preparado por si me atacaban.

Me quedé fascinado al ver su compenetración, el dragón le había traído peces, los soltó en el suelo y hacían comentarios extraños entre ellos; mientras David se comía un pez, el dragón se comía el resto junto a su jinete. Jamás habría imaginado tal comportamiento de un dragón; no es que supiera mucho de dragones, pero había estudiado lo suficiente como para saber que no era algo normal. David hablaba con él y este se quedaba quieto escuchando, no conseguía saber con exactitud qué decía el dragón, pero las respuestas de David dejaban claro que le estaba proponiendo marcharse de aquí.

Cada vez que lo decía yo me ponía tenso, no podía permitir que el jinete huyera de su alianza, no me importa de qué mundo sea, pero si rompes una alianza debes pagar con la vida. Aunque me ponía tenso escucharles, al mismo tiempo las respuestas del jinete me decían que no incumpliría su palabra. En la despedida, David le hizo una pregunta al dragón y la respuesta no le gustó mucho, porque David se enfureció. Quería saber qué le había dicho el dragón como para que se enfureciera tanto, y por eso cuando el dragón se fue tuve que preguntarle:

—¿Se puede saber qué ha sucedido?

David no se sorprendió al escucharme hablar y me dijo:

—Que estabas observándonos, por eso le he pedido que se vaya.

El sorprendido fui yo y le dije:

—No era mi intención, pero tu dragón hace demasiado ruido.

David estaba molesto y no quería hablar, o eso me dijo. Me disculpé con él y le ofrecí que descansara, él seguía diciendo que no quería dormir, entonces algo muy extraño sucedió. El dragón regresó y se sentó junto a David cubriéndolo con una de sus alas, fue entonces cuando dijo David:

—Ahora sí podremos descansar tranquilos, a no ser que tampoco te fies de Drako.

Estaba demasiado cansado como para no fiarme, además debía demostrarles que ellos también podían confiar en mí y decidí dormir lo más relajado que pude, aunque apenas conseguí hacerlo aquella extraña noche.

Antes de que amaneciera, David ya estaba preparado para continuar el viaje, me preguntó si faltaba mucho, antes de que le contestase, Drako debió darle la respuesta, porque David me dijo cansado:

—¿Por qué vamos tan lejos? ¿Acaso no sabes que en el territorio de los lobos hay buenos árboles?

Le contesté de forma sincera y clara:

—Lo sé, pero quiero ver tu comportamiento con los ents.

David se quedó pensativo y tras un momento de silencio me

dijo:

—¿Y qué se supone que debo hacer con esos ents?

Le dije que esa parte dependía de él, también le dije que era

mejor que Drako no nos acompañara, que era algo que tenía que hacer él solo. Drako se mostró poco amigable, hasta que le miré y le dije:

—Drako, te prometo que tu jinete no correrá peligro, pero debes dejar que haga esto solo, si no te fías puedes seguir cerca de nosotros como hasta ahora. Aun así, tengo que ponerle una serie de pruebas para comprobar qué clase de guerrero es, y tú lo sabes.

En el momento que dije lo de las pruebas, David dijo algo a Drako y este cambió un poco su postura, pero seguía sin confiar en mí. El camino fue menos tenso, David estuvo más tranquilo, es como si al estar cerca de Drako fuera menos agresivo. Al mediodía pudimos vislumbrar el bosque de los ents. En ese momento pensé que debería decirle algo al jinete para mostrarle mi respeto y le dije:

—Esta será tu prueba, debes conseguir madera de esos árboles, pero no te confíes, no será fácil, los ents son árboles milenarios con vida propia y gran sabiduría, deberás elegir bien qué árbol coger.

David me agradeció el gesto y se adentró en el bosque solo, yo le seguía de lejos para poder ver su comportamiento. Al principio me extrañó mucho que se dedicara a tocar y observar a los árboles y

supuse que Drako debió hablarle de los ents. David se puso a hablar en voz alta:

—No sé cómo sois y me gustaría mucho tener el placer de conoceros, mi dragón dice que me teméis por mi naturaleza de jinete.

Me quedé esperando a que hubiera alguna respuesta por parte de los ents, pero parecía que no quedaba ninguno, quise acercarme para comprobarlo. En ese instante David se acercó a un árbol que había en el suelo, parecía que lo hubiera derribado un rayo. David me buscó y al verme me dijo:

—Creo que podemos aprovechar este árbol.

Me acerqué para ver el árbol que había elegido, mi cara era de sorpresa absoluta, ya que a su alrededor había muchos árboles en mejores condiciones y le dije:

—Este árbol no nos sirve, tienes que elegir uno que esté bien.

David me miró como si le hubiera pedido algo extraño y me

dijo:

—Este árbol es el indicado, ya que no tengo que quitarle la vida.

Según tú, los ents son árboles milenarios con vida propia, no entiendo por qué debo matar a algún ent si aquí hay un árbol caído.

Su razonamiento era bastante bueno, el problema es que necesitaba que los ents salieran y si David no hacía daño a cualquier árbol, estos no saldrían, me puse muy serio y le dije:

—Mira, jinete, si no eres capaz de cortar un solo árbol, jamás serás un buen guerrero.

David no tardó mucho en encenderse, sacó su espada y en un abrir y cerrar de ojos esta se encendió como si estuviera hecha de fuego, me apuntó con ella y me dijo:

—No vuelvas a decirme que no soy un buen guerrero, si quieres saber lo bueno que soy lucha conmigo.

En ese momento entendí por qué insistió tanto en recuperar su espada, era única, había escuchado algunas historias sobre la espada de fuego, pero pensé que eran solo historias. Drako seguía sobrevolándonos en aquel bosque, a veces se podía ver su sombra pasar demasiado

cerca, miré a los árboles para intentar ver algún ent y pude ver la cara de miedo de uno que estaba muy cerca de David, en ese momento le dije:

—Ahí tienes uno, quizás deberías apagar ese fuego tuyo o harás que te maten.

David

Al darme la vuelta tuve que dar un gran salto, porque aquel árbol comenzó a mover sus ramas intentando aplastarme. Intenté calmarlo explicándole que yo no quería hacerle ningún daño, pero el ent no paraba de intentar golpearme, tenía la espada y podría haberla usado para cortarle algunas ramas. Fue entonces cuando entendí que los ents temen el fuego. Tiré la espada lo suficientemente lejos e intenté por todos los medios tranquilizarme para apagarme, pero con aquel árbol intentando darme con sus ramas, lo de guardar la calma era imposible. Pude notar a Drako demasiado cerca él me decía que desde su posición podría quemar a aquel trozo de madera en un segundo, le pedí que no lo hiciera. Por culpa de Drako me despisté y una de las ramas me golpeó fuertemente en el abdomen, lanzándome a varios metros. El golpe fue muy fuerte, aunque lo que más me dolía era mi amor propio.

Caimo me pidió que me quedara quieto, me dijo que no me moviera, hice caso omiso, cogí aire y lo solté despacito, como me había enseñado Jardany para calmarme. Volví a acercarme al ent y le dije:

—No soy tu enemigo, solo quiero llevarme el árbol que hay en el suelo.

De pronto a aquel árbol se le podían apreciar algunos rasgos, como los ojos, o incluso la boca. Era impresionante y me dijo con voz ronca:

—Entonces, ¿por qué traes fuego a mi bosque?

Me quedé sin palabras, era la primera vez que escuchaba hablar a un árbol. Intenté concentrarme y le dije:

—Me llamo David y no he traído fuego a tu bosque, es que soy un jinete y mi amigo Caimo me ha hecho enfurecer para que me encienda.

Aquel ent me miró con expresión de incredulidad y me dijo:

—Estás mintiendo.

Aquello me desconcertó, pero reaccioné rápido y le dije:

—Vale, me has pillado, este guerrero no es mi amigo, entiéndeme, tengo que pasar demasiado tiempo con él.

Caimo se enfadó conmigo y me reprochó que estuviera burlándome de un ent. Intenté parecer serio, pero aquello no lo era para nada. El ent comenzó a hacer un fuerte ruido y Caimo me dijo que deberíamos irnos de allí a toda prisa, me explicó que el ent estaba pidiendo ayuda.

Yo me negué en redondo, necesitaba el árbol que había en el suelo y no podía irme de allí sin él.

Le pedí a Drako que bajase y lo cogiese, pero me dijo que tendría que sacarlo a un lugar más abierto, que si él se metía allí dentro los ents no le dejarían salir.

Al principio me enfadé, pero al mirar la espesura del bosque comprendí sus palabras. Pensé que por lo menos no me estaba pidiendo que huyera. En ese momento Drako me dijo:

—Pues no sería mala idea que salierais de ahí, ¡ya!

Caimo salió corriendo, o eso es lo que me parecía. Drako me pidió permiso para echar fuego o calcinar el bosque si fuera necesario. En aquel momento comprendí a los ents, los jinetes y sus dragones eran demasiado peligrosos para ellos. Decidí guardar mi espada y mostrarle que no era una amenaza para él, de pronto aquel majestuoso árbol se quedó completamente inmóvil y me dijo:

—¿Por qué no usas a tu dragón?

—Porque no he venido a quemaros ni a cortaros, yo solo necesito este árbol caído, te lo he intentado explicar desde el principio.

El ent dudó un breve instante, soltó un ruido diferente al de antes y me dijo:

—Eres el último de los jinetes, ¿cierto?

Aquello me sorprendió mucho y me quedé pensando: «¿Cómo puede saber este árbol de mi existencia?».

—Mi nombre es David, y tienes razón, soy el último jinete.

Aquel ent me miró y me dijo:

—Tú no podrías decir bien mi nombre, así que puedes llamarme como quieras.

Le pedí que me lo dijera, aunque no pudiera decirlo bien, y en el momento que lo hizo comprendí sus palabras; aquello más que un nombre parecía un crujido, le mire dándole la razón y le dije:

—¿Te parece bien si te llamo Crust?

Crust hizo un gesto de aprobación.

Drako comenzó a relajarse al ver que ya no corría peligro. Pensé llamar a Caimo, pero no conseguía verlo, mire a Crust y le pregunté mil cosas a la vez: ¿cuántos años tenía?, ¿cómo sabía de mi existencia?, si sabía cómo devolver a los dragones...

Crust me pidió calma y me dijo que no podía contestarme a todo, pero que me contaría una historia que jamás debería olvidar.

—Verás, empezaré desde el principio y te contaré lo que recuerdo, has de tener paciencia, ya que tengo casi dos mil años. Desde que nací en este hermoso lugar, los ents siempre han contado historias, profecías o simplemente cosas que el viento susurraba desde la lejanía, y tu profecía es algo que siempre he sabido. Hubo una época en la que los jinetes y sus dragones vivían en una armonía casi perfecta, pero una hechicera dijo la profecía, una profecía que decía que algún día volvería el último de los jinetes y restauraría el orden con el último de los dragones. Desde ese momento los jinetes comenzaron a vivir con miedo, porque de ser cierta, significaría que sus amados dragones estaban condenados a la extinción. Los jinetes comenzaron a preparar a sus guerreros para que si alguno de ellos estaba destinado a cumplir dicha profecía, supiera cómo hacerlo.

De pronto Crust quedó en silencio y le dije:

—Y bien, ¿cómo sigue la historia?

—Ya no hay más historia, solo te puedo decir que no temas, estás preparado desde hace más de dos mil años, ya que mis antecesores desde entonces sabían tu historia.

Me enfadé mucho, me encendí y le dije:

—Yo no soy de este mundo, a mí nadie me ha preparado; es más, ni siquiera los guerreros de Liyac están preparados.

En ese momento apareció Caimo y me dijo:

—Debes tranquilizarte, este ent no te puede contar más, ya que solo sabe lo que sabe, pero yo tengo libros en los que se explica esa profecía.

Miré a Caimo enfadado y le dije:

—¿Y tú qué sabes si es esa la profecía o es otra? Yo solo quiero ayudar a los dragones y no encuentro la forma de hacerlo.

Caimo bajó la cabeza y dijo lo suficientemente alto para que lo escuchara:

—Pues porque la hechicera que ha mencionado en la historia era una actenus.

Aquello fue como si me hubieran tirado un cubo de agua helada, me apagué, las fuerzas me fallaron, me rendí por un instante y clavé las rodillas en el suelo. Caimo me dijo que ya estaba preparado para mi entrenamiento como guerrero actenus, aquello me sorprendió bastante, pero estaba tan cansado que no quise preguntarle y nos dirigimos de nuevo hacia la granja.

Capítulo

23

¡El portal!

D

Sofía

Desde que David se fue, mi madre parecía un zombi andante. Estuve buscando en mis libros algo que pudiera quitarle aquel dolor y de algún modo mejorar las vidas de todos.

Hablé con mi padre para que me diera permiso y poder darle una poción que había encontrado en el libro de las pócimas. Al principio dudó, hasta que le pedí que no se enfadara y le dije:

—Ya la he probado conmigo y funciona. Papá, sé que David está muy lejos y que no podemos verle, pero el hecho de pensar en él ya no me duele; es más, le recuerdo con mucho cariño.

Después de decirle aquello me dio permiso para darle la poción a mi madre, pero me pidió que nunca se la diera a él, alegó que a veces sentir dolor por un ser querido no es malo. «Es una forma de saber cuánto le queremos», me dijo con gran pesar. No compartía los pensamientos de mi padre, pero le entendía perfectamente. Bajé a la cocina buscando a mamá y la vi mirando por la ventana con una taza de café en la mano. Comencé a hablarle, pero ella no reaccionaba, solo miraba por la ventana. Me acerqué, cogí la taza que estaba sosteniendo y comprobé que el café que tenía estaba frío, seguramente ni siquiera se había percatado de mi presencia, tiré el café y decidí ponerle un

poco de manzanilla, de ese modo se camuflaría mi poción. Le di la taza a mi madre y comencé a alzarle el brazo para que se la tomara. Mientras lo hacía yo la miraba asombrada, se podía notar cómo su aura iba cambiando, ya no era pura oscuridad. Pasó muy poco rato cuando mi madre comenzó a hablarme, me preguntó por el colegio, los deberes, y se puso a buscar a Lucas, fue algo realmente mágico. Mamá volvía a tener ese brillo en los ojos y esa vitalidad que tanto me gustaba. Papá entró en casa y cuando la vio jugando con Lucas y conmigo se quedó mudo, su expresión era de lo más graciosa y por primera vez en mucho tiempo, en casa volvían a escucharse risas.

Desde que David se fue, Tante venía a casa casi todos los días, al principio me preocupé por él y le dije que no debería venir tanto, pero su compañía me hacía mucho bien.

Pasaron los meses y no conseguía encontrar nada sobre el portal que le había mencionado a mi hermano. Tante siempre me apoyaba, aunque su fe en mí a veces hacía que perdiera los nervios. Mi madre estaba distinta desde que le daba la pócima, al principio solo se la daba una vez al día, pero cuanto más tiempo pasaba, su dolor por la partida de David era cada vez mayor, papá me decía que era algo normal al no saber nada de David, pero en el libro había un escrito que decía que no era bueno tomar la pócima demasiado o la persona podría correr el peligro de olvidar por completo las cosas que le causan dolor o anhelo. Quise contarle a mi padre lo que decía el libro, pero Tante una vez más me hizo ver que mi madre estaba mejor desde que no recordaba la partida de David. En cierto modo sabía que hacía mal, pero no tenía otra opción.

Había pasado demasiado tiempo y sabía que yo sola no conseguiría resolver lo del portal, primero pensé en pedirle ayuda a Ocán, pero cuando llegué a la ciudad de Barsalí encontré a Leisha en la sala de la Sabiduría, cosa que desde que se fue David era muy extraña.

—¿Qué haces aquí, Leisha?

Leisha estaba enfadada desde la partida de David, al principio pensé que lo estaba con mi hermano, pero con el tiempo se apartó de

todos nosotros y se refugió en su madre. Yo no conseguía entenderla, sé que ella es dos años mayor que yo, pero jamás le había importado la diferencia de edad, o por lo menos no hasta ahora. Leisha me miró sorprendida y me dijo:

—Solo buscaba algo, pero no he encontrado nada.

Se le notaba nerviosa y cansada, echaba mucho de menos a mi amiga y quizás por eso le dije demasiado furiosa:

—Sé que te dolió mucho la partida de David, pero no es justo que lo pagues con todos.

Leisha me contestó con dolor:

—¿De verdad no lo has comprendido aún? No es su marcha lo que más me dolió, fue el hecho de que ninguno de vosotros me contarais nada —sus ojos se llenaron de lágrimas y dijo—. Ni siquiera se despidió de mí y la única respuesta de mi padre fue que lo hizo por nuestro bien, pero yo creo que merezco algo más.

Me quedé mirándola y no sabía qué decirle, se notaba que estaba sufriendo, pero antes de poder decirle nada, Tante entró a toda prisa y dijo en voz demasiado alta:

—Sofía, ¿lo has encontrado?

Leisha me miró con asombro y me dijo:

—Si tiene que ver con... el jinete, me apunto.

No sabía si podía confiarle un secreto tan grande hasta que me miró a los ojos y me dijo:

—Sofía, soy yo, sabes que no diré nada. Es más, te prometo que aunque sea peligroso no diré nada, solo quiero volver a ser útil, ¡y se lo debo!

Me quedé pensando y recordé cómo era Leisha antes de que David salvara a su padre y antes de todo este lío de los actenus; la verdad es que siempre ha sido la hermana que nunca he tenido. Decidí contárselo todo y cuanto más le decía, más grandes se le ponían los ojos, hasta que le dije:

—Pero tenemos un problema: necesitamos una luna especial y no sé si Sir es como Enki.

Leisha se sorprendió y me preguntó a qué me refería. Cuando le conté que necesitaba un acontecimiento único como una luna roja o un eclipse, también le dije que le pregunté a Ocán, pero que me hizo demasiadas preguntas y decidir no seguir intentándolo, o de lo contrario nos descubriría. Tante trajo muchos libros sobre las estrellas y eso, pero en ninguno decía nada útil. Leisha fue a buscar algo, no quiso decirnos qué era, pero prometió que no tardaría. Estaba tan cansada que decidí tumbarme en el suelo y contemplar el hermoso techo de la sala de la Sabiduría, podías perderte en aquel techo. En él se podían apreciar todas las constelaciones, pero yo no era capaz de reconocer ninguna, estaba claro que este mundo y el mío eran demasiado distintos. Mientras me perdía en aquel hermoso efecto mágico, Leisha entró. Llevaba un libro en las manos y comenzó a cantar una canción de cuna:

—En el cielo lucirás, desde ahí cuidarás, tu poder crecerá, este mundo te dirá. A quién ayudarás, la guardiana del portal y tu magia le darás.

Pronto comenzó a moverse el techo y comprendí que era un hechizo. Me levanté de forma apresurada, miré el libro y al escuchar a Leisha cantar me di cuenta de que tenía que hacerle un hechizo a la luna de Sir para conseguir su magia y abrir el portal. Busqué un hechizo en los libros, pero no encontré ninguno. Para usar el poder de la luna, Leisha me dijo que era la guardiana quien debía escribir su propio hechizo y que la luna decidiría si dicha guardiana era digna de recibir su poder. Estaba claro, en este lugar nada era sencillo, pero tenía que intentarlo por David, no podía fallarle. Escribí un hechizo desde mi corazón y mientras lo decía, mi corazón latía a toda velocidad:

—Con este hechizo te pido, Sir, que me hagas digna de recibir tu poder, para poder abrir antiguos portales sellados. Imploró tu magia y sabiduría, ayúdame con tu poder a abrir de nuevo los portales en Sir. Como guardiana de los portales, te pido que vincules tu magia con la mía y que juntas rompamos los sellos que antaño usó mi antepasada para sellar los portales.

Tras cantar aquello varias veces, las constelaciones cambiaron totalmente su forma y una luna roja se podía ver en el extremo norte del techo, casi en el centro. No podía salir de mi asombro y le dije a Leisha:

—¿Qué hemos hecho?

Leisha esbozó una amplia sonrisa y me dijo:

—Hemos despertado a la luna y su posición nos muestra que su poder irá creciendo para completar el hechizo en el equinoccio de invierno, si esta funciona podrás abrir un nuevo portal en Sir para ir donde tú quieras y espero que sea cerca de David.

—Eso no lo dudes. La Navidad está muy cerca y pienso llevar- les un regalo a mis padres y será que puedan ver a mi hermano.

Al decir aquello se me saltaron las lágrimas, pero me dio igual. Tante estaba asombrado con nosotras, estábamos tan contentas que nos pusimos a dar saltos de alegría, le pedimos que se uniera, él se negó alegando que un guerrero no hace esas cosas. Aquella noche no pude pegar ojo, ya que para que la luna se completara, solo faltaba una se- mana.

Avances

David

Desde que regresemos a la granja, Caimo me hacía levantarme incluso más temprano que Jardany, él no esperaba a que saliera el sol; es más, algunos días decía que tocaba guardia y eso significaba que me tocaban dos días casi sin dormir. El entrenamiento físico era duro, pero lo que peor llevaba era el entrenamiento mágico. Llevábamos casi dos meses, la reina nos había hecho ya algunas visitas y siempre era lo mismo: me hacían pasar unas pruebas físicas que superaba de sobra, pero al llegar a las de magia siempre fallaba en algo. Al principio no le di importancia, pero cuando le pregunté cuándo me dejarían estudiar algún libro de dragones, su respuesta fue clara:

—Cuando seas un guerrero actenus digno.

Desde aquel día comencé a frustrarme cada vez que fallaba por culpa de las pruebas mágicas. Caimo a veces intentaba animarme, pero se le daba fatal y al final siempre acabábamos enfadándonos el uno con el otro. Se acercaba Navidad y el estar sin saber nada de mi familia me ponía de mal humor. En la última visita de la reina le pregunte:

—Atema, ¿por qué no ha venido nadie a verme en todo este tiempo?

Atema me miró con desprecio y fue una vez más Brais quien me dijo con desdén:

—Pues no lo sé. Yo mandé un guerrero y les dio el mensaje de que solo tres podían venir a verte, me imagino que están ocupados en otros menesteres.

Al escucharle decirme esa sarta de mentiras me enfurecí y me encendí. Caimo intentó calmarme, pero no podía permitir que aquel individuo se mofara de mí de esa manera y le dije muy enfadado:

—Quiero que mandes a otro guerrero y les des el mensaje bien, si no tengo pronto noticias de Barsalí, yo mismo iré para comprobar que todo va bien.

La rabia se estaba apoderando de mí y cuando Brais soltó esa estúpida sonrisa suya, levanté la mano y le lancé un torbellino de viento que hizo que se cayera. Después de aquello levantó una especie de muro protector y le pidió a su reina volver a la ciudad, pude escuchar cómo le decía que tenía que estudiar el comportamiento de la luna y después de aquello conseguí apagarlo o simplemente lo hice de aburrimiento. La parte buena es que Brais y Atema se fueron junto con sus soldados asustadizos. Caimo, al ver que por fin conseguí manejar el viento, se puso muy contento y me dijo que ya solo me faltan tres elementos para poder ser un actenus. Miré a Caimo y le dije:

—Tú jamás me has dicho cuáles son los elementos que tengo que aprender a manejar.

Caimo, bastante sorprendido me dijo:

—¿Entonces para qué crees que es el entrenamiento en la montaña del viento?

No quise responderle porque en aquella montaña hace demasiado frío y yo pensaba que era para que no me encendiera. No quise decirle eso y por eso le di la razón y le dije:

—¿Y cuáles son todos los elementos?

Caimo me miró con sorpresa y después de burlarse de mí, dijo lo más serio que pudo:

—Lo siento, a veces se me olvida que no eres de este mundo.

Los elementos son toda la naturaleza.

—Bueno, entonces te equivocas; ya manejo dos elementos: viento y fuego.

Caimo agachó la cabeza y me dijo:

—La verdad es que tú no manejas el fuego.

Aquello me molestó demasiado y le dije muy brusco:

—¿Acaso no manejo un dragón, cosa que tú no puedes decir?

Caimo se enfadó y me dijo:

—Lo sé, pero en ese caso es Drako quien maneja el fuego y no

tú.

Después de aquello me enfadé bastante y decidí dar un paseo,

sabía que Caimo me vigilaba, pero llamé a Drako y me subí en él, le pedí que me llevara al portal y Drako me dijo algo que me dolió más que cualquier herida que hubiera sufrido hasta ahora:

—Sé que me lo pides, David, pero también sé que no es lo que quieres. Si no fuera porque puedo comprender tu enfado, ni siquiera te hubiera traído a volar, pero debes apagarte y volver con el actenus.

Aquello me partió en dos y le pedí que me llevara a la granja. Drako intentó explicarse, pero no quise escucharle, ni siquiera quise hablarle. Lo bueno es que Drako notaba mi dolor y mi rabia y fue comprensivo, me dejó en la granja y se fue sin decirme nada por mi mal carácter. Al llegar a la granja Caimo estaba preparando su draquíng, se le veía furioso, comenzó a gritarme algo, pero me dio igual, decidí que necesitaba estar a solas, Caimo no estaba dispuesto a dejarme tranquilo, iba a cruzar la entrada de la casa cuando Caimo me agarró del hombro, tiró fuerte de mí y me lanzó al suelo, aquello me sorprendió y

me enfureció, no quería pelear con él, pero era como si algo oscuro que crecía en mi interior necesitara salir a toda costa. Me levanté del suelo y me encendí, dejando salir toda la rabia acumulada. Caimo esbozó una sonrisa y me dijo:

—Ya estás preparado para una pelea de verdad.

No reparé en sus palabras, ambos estábamos desarmados. Drako se había ido y no había cerca nadie que pudiera pararnos. Salí corriendo hacia Caimo para golpearle con todas mis fuerzas, pero me esquivó sorprendentemente rápido y caí al suelo por mi propio impulso, aquello sirvió para enfurecerme más, saqué todo mi dolor y dejé que se apoderara de mí, en ese momento la rabia me cegó y mi único fin era terminar con Caimo, que seguía con su sonrisa y me dijo:

—Aún puedes sacar más de ti.

Estaba literalmente ardiendo y aquel individuo me pedía que me enfadase más, no lo entendía, pero tampoco me paré a pensar, miré al suelo y vi varias ramas que levanté sin tocarlas, las alcé en el aire y se las lancé a Caimo tan fuerte que se quedaron clavadas en las paredes de la granja. Caimo las esquivó todas y una vez más insistió en que podía hacerlo mejor. Aquello me estaba desgastando y mis fuerzas me abandonaban, en ese momento pensé en que si Sofía estuviera aquí, seguro que derrotaría con magia a Caimo y al pensar en mi familia el dolor fue tan fuerte que me apagó de golpe. Caimo aprovechó mi despiste y me atacó dando fuertes golpes rápidos por todo el cuerpo y no sé cómo, aquello hizo que mi fuego interno saliera de nuevo. Caimo no se lo esperaba, le agarré por el brazo haciéndole bastante daño y lo lancé contra el suelo, al verle escupir sangre le pedí que no se levantara, pero Caimo es tan prepotente que se levantó para seguir luchando, sacó su espada y me pidió que me acercara, yo estaba desarmado, la cosa no estaba igualada. Cogí una lanza y comenzamos a pelear como en los entrenamientos, pero mi fuerza estaba descontrolada. Caimo partió mi lanza en dos, yo aproveché la situación para desarmarlo y lo tiré al suelo de nuevo.

—No vuelvas a levantarte —le ordené.

Caimo se volvió a levantar y muy furioso me dijo:

—Tú no me das órdenes.

Sus ojos comenzaron a cambiar de forma, e incluso se podría decir que brillaban en un tono azul eléctrico. Caimo comenzó a temblar, se puso de rodillas y posó sus manos en el suelo cuando todo su cuerpo comenzó a tomar más tamaño y en un instante se transformó en lo que supuse era un tigre gigantesco. Quedé asombrado. ¡Caimo era un tigre blanco! Quería salir corriendo de allí, pero quedé paralizado. Aún tenía un trozo de lanza en la mano, la miré y pensé: «con esto no hago nada». Drako debió notar mi asombro e incluso mi miedo, porque sin que le llamara se me puso delante y me dijo:

—No dejes que se te acerque, si te muerde te destrozará y ambos moriremos.

Caimo era ahora casi tan grande como Drako y sus colmillos daban auténtico pánico. Intenté razonar con él, pero no sabía si en ese estado me entendía, hasta que dijo:

—¿Ahora no me atacas? Jinete, ahora te escondes detrás de tu dragón, así no vas a ser un actenus nunca, sé un guerrero y lucha conmigo, mi intención no es matarte.

Le pedí a Drako que se apartara y no me hizo caso, se lo ordené y me dijo:

—Su intención no es matarte, pero sí herirte, está demasiado furioso, de lo contrario no se hubiera transformado, si lo ha hecho es porque tú has puesto su vida en peligro.

Sopesé las palabras de Drako, pero quería ser un buen guerrero, quería poder estudiar a mis ancestros y quería darle una lección a Caimo. Pensé en ir a coger mi espada, pero Caimo vio mis intenciones y me dijo que yo tampoco podía matarlo o de lo contrario la alianza se rompería y habría guerra. Intenté coger aire, pero me dolían las costillas al hacerlo y pensé: «por eso ha venido Drako, ha notado que estaba en peligro». Miré a mi alrededor y vi la espada de Caimo, le pedí permiso para usarla, pero él me dijo que en mis manos eso sería un suicidio por su parte. Estaba sin opciones y Drako me dijo:

—Usa tus propias manos, te aseguré que si lo haces bien no necesitarás nada más, he visto que ha tardado mucho en transformarse, eso significa que controla sus poderes tan mal como tú.

Aquello me molestó, pero Drako tenía razón: no controlo bien mis poderes. Le pedí una vez más que se apartara y esta vez me hizo caso. En el momento en que se apartó, comenzó a soplar un fuerte viento que anunciaba tormenta. Al mirar a Caimo vi lo que parecían rayos saliendo de él, dio un gran salto y cayó sobre mí, tirándome al suelo, me golpeé tan fuerte la espalda que no podía respirar, no sin que el hecho de entrar aire en mis pulmones me provocara un fuerte dolor. Drako agarró a Caimo, lo levantó en el aire y lo tiró lo más lejos de mí que pudo. Caimo volvió a su forma humana y vino corriendo.

—¿Estás bien, David? No quería herirte.

No podía respirar bien, mucho menos darle la contestación que se merecía. Drako pudo leer mis pensamientos y se puso en posición de ataque, él estaba dispuesto a quemar vivo a Caimo, tuve que hacer un gran esfuerzo para pedirle que no lo hiciera:

—No ha sido su intención, no le hagas daño.

Drako se enfadó mucho y me dijo:

—Haré lo que me pidas por esta vez, pero si este actenus vuelve a intentar herirte, te doy mi palabra de que será la última vez, me da igual la alianza.

La cara de Caimo era un poema, sé que los actenus no temen a nada, pero en su cara aprecié lo que era sin duda temor. Le pedí a Caimo que nos dejara solos, pero insistió en verme para curarme las heridas, le miré con desafío y le dije:

—No te lo repetiré más, déjanos solos, de mis heridas me encargo yo.

Caimo levantó las manos y me dijo:

—Haz lo que quieras, pero no serás el primer guerrero que muere por no aceptar ayuda.

Después de que Caimo se fuera, me senté en el suelo y le dije a Drako que necesitaba la ayuda de Ocán. Drako se ofreció a llevarme

a Barsalí, le dije que no era buena idea, se me ocurrió que podía escribirle a Ocán lo que me había sucedido y todo lo que me dolía para que de ese modo ella le diera a Drako todo lo que necesitaba. Drako me dijo que si yo no quería ir a Barsalí, él podía traer a Ocán, pero le dije:

—Si Brais no les ha dicho que pueden venir, es porque oculta algo, y no quiero poner a Ocán en peligro, tú llévale lo que te dé y espera a que te dé algo que me sirva, yo estaré bien.

Escribí una nota detallando todo lo que podía decirle a Ocán, camuflando un poco la realidad para no preocuparla. Cogí un trozo de tela blanca bastante largo y le até la nota a Drako rodeándole el cuello, como si llevara un pañuelo. Drako no estaba de acuerdo con llevar eso a cuello, pero se aguantó por mí bien. Drako no esperó y se fue a buscar a Ocán. Me quedé en el suelo pensando si levantarme o no, podía notar que tenía por lo menos una costilla rota, seguro que por eso me dolía tanto cuando respiraba. Caimo esperó que se fuera Drako y se acercó trayéndome una especie de té y pensé: «cómo le gusta a esta gente el té». Caimo me dijo:

—Debes beberte esto, te ayudará a sanar antes.

Miré aquella jarra y le dije:

—No es necesario, estoy bien, soy un jinete, ¿recuerdas?

Caimo no estaba de acuerdo, pero insistí y le dije que lo único que necesitaba era dormir algo. Intenté levantarme, pero se me escapó un gemido de dolor y Caimo me agarró, ayudándome a levantarme. Aquello me hizo pensar en que quizás no quería hacerme tanto daño como el que me hizo, quise preguntarle cómo se convirtió, pero estaba muy cansado y me dolía demasiado al hablar, por eso me quedé callado escuchando cómo me culpaba a mí por esta pelea entre nosotros. Al dejarme caer en la cama me miró y me dijo:

—Siento mucho haberte herido, de verdad que no era mi intención, es que no lo controlo muy bien.

Aquello hizo que me riera y le dije:

—A mí me parece que controlas demasiado bien. Tranquilo, también ha sido culpa mía, otra vez no te dejaré acercarte tanto.

Caimo movió la cabeza, era muy extraño, a veces se comportaba como si fuéramos amigos y otras como si yo fuera su peor enemigo, por mucho que me esforzaba no conseguía entender este mundo, aquella noche me dormí con ese pensamiento dando vueltas en mi cabeza...

Capítulo

24 Una cura

L

Ocán

levábamos algún tiempo sin saber de David, lo único que se sabía era que seguía vivo y lo sabíamos porque de vez en cuando, Drako nos hacía una visita. Aquella noche me hizo una de

lo más peculiar, traía una especie de mensaje atado en el cuello. Al verlo me quedé sorprendida, porque en cuanto lo abrí supe que era de David, no decía mucho, solo que tenía problemas, que estaba herido, que necesitaba algunas pociones y que debía mandárselas a toda prisa con Drako. No me costó mucho tomar mi decisión, miré a Drako y le pedí que me esperase. David decía en su nota que no fuese, pero decidí contarle a Jardany que David estaba herido. Jardany pidió permiso para acompañarme a Liyac.

Mi intención era ser discreta, pero no salió como esperaba. Tante se enteró y también quiso venir, pensé que Drako no podría con todos y se me ocurrió la idea de un simple hechizo, un hechizo de seguimiento, constaba de que me atara una pulsera hecha con el rocío de la mañana y le diera otra a Jardany, uní ambas pulseras con magia, de esta manera quedaban conectadas, indicándole a Jardany mi posición. Cuando se la di, Tante comenzó a hacerme demasiadas preguntas, hasta que me dijo:

—¿Por qué no llamas a Sofia?

Le miré muy seria y le dije:

—Porque David me necesita y no puedo pararme; además, solo conseguirás preocuparla, lo tengo todo bajo control.

Fui a mi casa a coger las cosas necesarias para ayudar al jinete. Una vez que cogí todo lo necesario me reuní con Drako para que me llevase con David. Jardany y Tante irían detrás de nosotros con los caballos alados, mejor preparados para este cometido (Zorin y Disqueró). Drako estaba muy nervioso, no quería esperar a nadie más, se le notaba porque no paraba de moverse de un lado a otro, su expresión cambió en cuanto le dije:

—Ya podemos ir junto a David.

Drako se agachó de forma apresurada, hizo un gesto para que subiera en su lomo, no me dio tiempo a colocarme bien, cuando alzó su vuelo de forma rápida, me agarré a él quizás demasiado fuerte, pero el majestuoso dragón no aflojó el vuelo ni un segundo.

Las vistas desde el lomo del dragón eran algo mágico, no puedo decir lo mismo de la sensación de volar, en aquel momento solo podía pensar en lo bien que estoy en tierra firme, le pedí a Drako que me llevara a tierra varias veces, hasta le dije que las hechiceras no estamos hechas para volar. Drako hizo caso omiso y continuó volando cada vez más rápido, iba tan rápido que perdimos por completo a Jardany y a Tante. Drako pasó volando muy cerca de Tenus, pero no se detuvo, siguió volando rápido.

El amanecer estaba cerca y yo estaba muy preocupada por el jinete. ¿Qué habría sucedido para que David me pidiera ayuda? Y lo que es más importante: ¿por qué no le han dejado venir a Barsalí?

En el momento en que Drako llegó a una gran llanura y cruzó una especie de muro invisible, lo comprendí todo: no estaba en Tenus, estaba más lejos. Pero, ¿por qué estaba tan aislado? Cuando Drako descendió por completo pude ver que aquel lugar tenía un hechizo de ocultamiento, desde lejos no se podía ver la casa ni todo lo que había en aquel lugar, que a primera vista pude ver que era un lugar para entrenar de esos en los que si algo sale mal, nadie se entera.

En la puerta de aquella casa había un muchacho esperándonos, que al vernos salió a toda prisa hacia nosotros, su primera reacción al verme no fue muy cortés:

—Así que tú eres su hechicera, la única en la que el jinete con-

fia.

Me quedé mirándole y dije:

—No sé qué ha pasado, pero quiero ver a David, ¡ya!

Aquel muchacho me miró con cara de pocos amigos, giró el

cuello mirando dentro de la casa, me dispuse a entrar hasta que levantó su mano obstaculizando mi camino y me dijo:

—Mi nombre es Caimo, soy el príncipe de Tenus y lo que le ha sucedido no ha sido intencionado, estábamos entrenando y bueno... Al oír aquellas palabras ya sabía quién había herido al jinete,

hice un gran esfuerzo por no abofetearle y le dije:

—Apártate, si no lo veo no puedo curarle las heridas que le has causado.

Caimo se apartó y me pidió que le siguiera, aquel lugar era poco acogedor, quizás porque estaba un poco abandonado. Caimo abrió una puerta y en el momento en que vi a David en aquella cama, supe que algo grave estaba sucediéndole, estaba sudando mucho a pesar de estar helado y hablaba de manera extraña, todo lo que decía carecía completamente de sentido.

Cambios

A

David

quella mañana tuve un peculiar despertar, podía escuchar a Ocán en mi habitación y al igual que en ocasiones anteriores, estaba regañándome por mi comportamiento des-

preocupado. Al abrir los ojos la vi, era Ocán estaba sentada junto a la cama y me estaba impregnando con un aceite que olía a pelo quemado, era como si estuviera quemando un montón de pelos y me restregase los restos de la hoguera.

—¿Qué estás haciendo? —le dije desconcertado. Ocán me miró y dijo seria:

—Hago lo necesario, y espero que esta vez no hagas como en tu carta y me cuentes todos los detalles.

Comencé por contarle que la culpa de estar herido era completamente mía, ella era reacia a creer que fuera así, pero después de contarle toda la historia supongo que lo vio de forma diferente, porque fue entonces cuando llegó su regañina. Quise cambiar de conversación y le pregunté por la gente de Barsalí (el rey, Leisha, Tante...). Ocán me miró seria y dijo:

—Sofía domina cada vez mejor sus poderes, aunque me tiene preocupada, desde que te fui... Desde que viniste, ella está distante, sé que no está metida en ningún lio porque Tante cuida de ella, pero...

—hizo un silencio y dijo—. Me tiene preocupada, es una hechicera excepcional, pero ella está hecha para ayudar a un jinete y tú... Bueno, tú no estás.

Escuche cada palabra como si me clavaran puñales. Sabía que mi marcha no había sido buena, pero, ¡Sofía! Ella es la más fuerte de mi familia, en ese momento pensé: «Necesito verla y decirle por qué estoy en este maldito lugar».

Intenté levantarme de la cama, pero un fuerte dolor me recorrió toda la espalda. Ocán me dio una taza con un brebaje que olía a pies sudados, me dijo que me lo tenía que beber todo, intenté negarme y cuando me estaba quejando, una voz de lo más familiar me dijo:

—Más vale que hagas caso a nuestra mejor hechicera, chico.

¡Era Jardany!

—No lo puedo creer. ¿Cómo me has encontrado?

Antes de que contestara, Caimo entró en la habitación junto a Tante y dijo bastante serio:

—¿Creía que solo necesitabas a la hechicera?

Jardany contestó de forma brusca:

—Nosotros creíamos que el chico estaría a salvo y no que intentarías matarle a las primeras de cambio.

De repente todos comenzaron a discutir, comencé a carraspear, pero no sirvió de nada, intenté dar una voz fuerte, pero el solo hecho de coger aire hacía que me doliese demasiado, miré la taza que tenía en la mano, me bebí lo más rápido que pude su brebaje y la tiré contra la pared, esta hizo el suficiente ruido para que todos se quedasen callados. En el instante en que todos me miraron no supe qué decir, quedé callado y les miré enfadado durante un rato, hasta que dije:

—He renunciado a demasiadas cosas para estar aquí, por culpa de mis decisiones mi familia está sufriendo lo indescriptible, me he alejado de todos mis seres queridos y lo único que recibo a cambio es veros discutir. ¿Os parece justo?

Caimo me miró como si todo lo que había dicho no tuviera ningún sentido para él. Tante comenzó a balbucear lo que supe era una disculpa. Jardany se encogió de hombros y Ocán me miró y dijo:

—En este mundo nada de lo que sucede es justo, pero tienes un destino que cumplir, ya sea justo o no.

—Pues como es mi destino y el de Drako, os voy a pedir que si no estáis aquí para ayudarme a cumplir dicho destino, por favor, dejadme solo.

Ocán miró a todos y les pidió que salieran de la habitación y me dejaran descansar. Caimo se enfadó y dijo que era su casa y nadie le daba órdenes, entonces Ocán le pidió que me mirase y le dijo:

—La pócima que se ha tomado le está ayudando a sanar más rápido, pero esta tensión está haciendo que gaste demasiada energía y de seguir así no va a surtir el efecto deseado.

Caimo agachó un poco la cabeza, le dijo a Ocán que tenía razón y salió de la habitación, en ese momento cerré los ojos y caí en un profundo sueño... Al despertar, de nuevo la luz que entraba por la ventana era muy escasa y pensé que estaba anocheciendo, decidí levantarme y al salir pude comprobar que era al contrario: ¡estaba amaneciendo! Drako estaba junto a la casa mirando hacia el cielo.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté en voz alta.

Se puso muy contento al verme y me dijo:

—Le estaba pidiendo ayuda y consejo a mis ancestros.

En aquel momento comenzamos a planear futuros entrenamientos juntos. Drako quería que aprendiera a manejar mejor mis poderes.

Tante apareció casi de la nada y se puso eufórico al verme tan recuperado, quise preguntarle por Sofia, sobre todo después de lo que me había dicho Ocán, pero algo en mi interior temía que su respuesta fuese aún más dolorosa que la de Ocán, y decidí quedarme callado.

Tante debió notar que quería preguntarle mil cosas y comenzó a hablarme de cómo iban las cosas. Comenzó a hablarme de Barsalí y poco después me habló de Lucas, de mis padres, y cuando nombró a mi hermana le pedí que se callase de forma brusca.

—¿Qué sucede?

—Lo siento, pero no puedo seguir escuchando lo mucho que sufre mi familia —le dije muy triste.

Cambié de tema y Tante me reprochó que había cambiado mucho, en aquel momento le contesté, bastante borde:

—¿Acaso tú no hubieras cambiado si te hubiera sucedido lo que me ha sucedido a mí?

—Yo jamás sería tan brusco con las personas que se preocupan por mí, te recuerdo que he venido desde muy lejos —replicó enfadado.

Después de aquello no me apetecía seguir discutiendo y pedí a Drako que me llevara de allí adonde fuese, no quería pagar mi mal humor con Tante, así que le pedí disculpas por mi comportamiento y me fui con Drako para poder sentir durante un instante la libertad de volar, pero no podía sentir nada, solo sentía rabia y dolor.

Drako me dijo que Tante tenía razón y eso me enfureció aún más. Drako me insistió en una sola cosa:

—Debes saber distinguir a tus enemigos de tus amigos, si no eres capaz de hacerlo, jamás conseguiremos lograr nuestro destino.

—¿De verdad crees que no sé hacerlo?

Me respondió muy tranquilo:

—Creo que como humano que eres, te dejas llevar demasiado por tus emociones y pienso que eso no es bueno para nosotros. La

verdad es que a veces tu humanidad nos hace vulnerables a nuestros enemigos.

Resoplé bastante fuerte para que Drako captara lo cansado que estaba de todo, después le pedí que me llevara de vuelta a la granja.

—Tengo que pedir perdón por mi comportamiento a algunas personas —fue lo único que le dije, y accedió a llevarme.

Al llegar, Ocán estaba con los brazos cruzados, me regañó por no guardar reposo, yo no la dejé que siguiera, ya que sus regañinas a veces son interminables. Pedí perdón a todos por mi comportamiento y les di las gracias por haber venido tan pronto a ayudarme. Caimo estaba separado de todos nosotros, se le notaba que le incomodaba mucho que hubiera tantas personas de Barsalí en su terreno, me acerque a él y le dije:

—No te asustes, ¡no muerden!

Me eché a reír. Caimo se enfadó mucho conmigo, pero Jardany le dijo:

—No te preocupes, David suele decir casi todo el tiempo cosas sin sentido que hacen enfurecer a cualquiera, pero en su mundo, según dicen ellos, son refranes populares.

Después de aquello todos rieron y por primera vez me sentí en casa, se podría decir que hasta disfruté de aquella tarde. Al caer la noche, Ocán, Jardany y Tante se despidieron de nosotros. Caimo intentó fingir que no le gustaban, pero se le notó mucho el plumero. Tante intentó convencer a Jardany para quedarse con nosotros. Jardany le dio una negativa y Tante se enfadó. Caimo cortó pronto con su enfado al decirle:

—Lo siento mucho, pero mi reina no vería con buenos ojos que me superarais en número. Es más, podéis venir cuando gustéis, pero antes sería bueno que avisarais, de ese modo vendrán guerreros actenus y os escoltarán en vuestra vuelta. Otra opción es que vayáis a Tenus y ellos os acompañaran a este lugar.

Tante iba a decirle un par de cosas cuando Jardany le sujetó con la mano y dijo a Caimo:

—Lo entendemos, pero dile a tu reina que el jinete debe visitar su ciudad para la ceremonia de nueva cosecha.

Aquello me dejó perplejo, en el tiempo que llevaba en Sir nunca había escuchado hablar de dicha ceremonia, no quise ponerle contra Jardany y asentí con la cabeza. Caimo le dijo a Jardany que así lo haría. Jardany y Ocán se fueron muy contentos. Tante se fue bastante triste, me hubiera gustado que se quedara a soportar los duros entrenamientos conmigo, pero Caimo fue muy claro en eso: ¡ni un solo guerrero de Barsalí más!

Al irse me quedé como vacío, quería hablar con alguien, pero Drako se había ido a llevar a Jardany, y Caimo no era el más idóneo para hacerlo, así que una vez más me quedé en silencio, sumergido en mis pensamientos.

Pasaron las semanas, comenzaron a caer las primeras nieves, todo el paisaje había cambiado drásticamente, todo estaba completamente cubierto de nieve y un gran pesar recaía sobre mis hombros.

Caimo seguía apretándome cada vez más en sus entrenamientos, aquella mañana había sido igual que todas hasta ahora. Madrugón, correr, luchar y cómo no, sacar mi magia interna para aumentar mis poderes.

Era más de mediodía, estaba muerto de hambre. Caimo me tiró una piedra enorme y me gritó:

—¡Destruyela!

Me quedé quieto y Caimo le lanzó un rayo, haciéndola explotar en mil trocitos. Yo seguía perdido en mi mente.

—¿Se puede saber en qué piensas? Te podría haber herido de gravedad —me dijo enfadado.

Sacudí la cabeza y le dije:

—No lo sé, hoy es Noche Buena y me gustaría mucho pasarla con mi familia, para ustedes hoy es un día más, pero en mi mundo es un día especial, la familia se reúne, mi madre cocina mucha comida buenisísima y todos somos felices, simplemente disfrutamos los unos de los otros, y aunque te parezca absurdo, mañana será Navidad y eso

significa que Lucas y Sofía despertarán temprano en busca del árbol de Navidad para abrir sus regalos y... bueno, mis regalos se quedarán sin abrir. Caimo me miro y dijo desconcertado:

—Pero, ¿qué regalos, que Navidad, que árbol? David, casi te doy en la cara con una enorme piedra. Mira, llevo el tiempo suficiente contigo para saber que no eres del todo de este mundo, pero (y te lo digo como amigo más que como superior) tienes que tener tu mente en este mundo y en el momento en el que estás, o de lo contrario cualquiera de las criaturas de este mundo te puede matar, te lo digo en serio.

—Tú no lo entenderías ni aunque lo vieras con tus ojos, es la magia de la Navidad, es algo para estar en familia y no aquí entrenando, lejos de todo y de todos. Es complicado, pero solo te voy a pedir que me dejes un respiro, déjame por lo menos que vaya a verles y te prometo que mañana, antes de que anochezca estaré de vuelta, solo necesito abrazar y besar a mis padres, aunque solo sea un día, quiero ver felices a mis hermanos y pedirle a mi padre que me deje beber un sorbo de su copa de vino, para que él me diga que no debo beber hasta que sea más mayor, o de lo contrario me quedaré bajito.

Caimo agachó la cabeza y me dijo por primera vez con pena en su voz:

—Sí que te entiendo, ojalá yo pudiera pasar un día más con mi padre, pero al igual que yo, tú no puedes, ¡si mi reina se entera...!

—No se enterará, te lo prometo. Es más, acompáñame, seguro que a mi madre le parece bien que vengas y pases una Navidad en la Tierra.

Caimo resopló y sus ojos se volvieron azules eléctricos, entonces su voz se volvió fría y dolorosa:

—¡Déjalo ya! Te he dicho que no y por muchas patrañas que me cuenten jamás iré a tu estúpido mundo para que puedas traicionarnos.

La sangre se me heló por completo, en ese momento entendí que éramos demasiado diferentes y que jamás confiaría en mí. Por suerte apareció Drako y pude escabullirme un rato, aunque solo pudiéramos sobrevolar la granja.

Quería quejarme a Drako, pero sabía de sobra que me diría que eran tonterías de humanos y que Caimo tenía razón, quizás por eso me quedé callado, ensimismado en mis pensamientos, me dedicaba a intentar imaginar qué estarían haciendo en casa. Drako notó mi tristeza e intentó meterse en mi cabeza, pero por primera vez no pudo hacerlo y eso le puso nervioso, le dije que no pasaba nada, que solo estaba pensando en tonterías de humanos y aquello hizo que enfureciera mucho y me dijo:

—Cualquier cosa que se interponga entre la conexión que tenemos no es una tontería, como jinete deberías entenderlo.

Estaba cansado de tantos reproches, lo único que hacía últimamente era escuchar lo malo que es ser un humano y que no sé nada de ser un jinete, y exploté, me encendí en pleno vuelo, decidí sin pensar lanzarme al vacío. Drako se tiró a por mí, pero saqué mi espada y le pedí que no se acercara, estaba tan enfadado... Drako me pidió que me calmara, miré hacia el suelo, saqué mi magia interna y lancé un chorro de aire a toda potencia hacia el suelo, estaba tan enfadado que de él comenzó a salir fuego, aquello me desconcertó tanto que mi poder desapareció y pocos segundos antes de que me golpeará contra el suelo, Drako me cogió por los hombros, haciéndome daño. Drako estaba furioso, estaba cabreado, ni siquiera se paró para soltarme en el suelo; de hecho me tiró de mala manera y se fue sin decir adiós. En ese momento supe que todos tenían razón, estaba cambiando demasiado y no me lo podía permitir. Me dirigí hacia el porche de la granja, cojeaba un poco por la caída, pero me daba igual. Caimo se quedó mirándome asombrado y sin decir ni una palabra entró.

Conocimientos

David

Caimo salió poco después y traía un libro en la mano, me lo puso delante y me dijo:

—Aquí tienes tu regalo, es una reliquia, deberás tener cuidado con él.

Cogí el libro y cuando leí la portada me quedé sin palabras: Jinetes. Miré a Caimo y antes de que le dijera nada me dijo:

—Este libro lleva en mi familia desde siempre, mi padre me lo regaló cuando cumplí los ocho años, poco antes de que falleciera.

Me quedé asombrado, jamás le había preguntado a Caimo por su padre, fue entonces cuando hablamos por primera vez como dos personas normales y no como guerrero actenus y jinete.

—¿Me podrías contar qué sucedió? Es decir, cómo perdiste a tu padre —le pregunté.

Caimo carraspeó, era como si el hecho de hablar del tema le pesara demasiado, al principio pensé que no me contaría nada, como hacia siempre, pero esta vez comenzó diciendo:

—Verás, mi padre, Briogán, era un buen rey, era justo y protegía a su gente por encima de todo, tenía este libro y antes que él su padre y así muchas generaciones —quedó en silencio un instante y prosiguió—. Yo no me parezco a él, mi padre quería que los jinetes volvieran, él jamás os odió y aunque los demás le dijeran que estaba enormemente equivocado, jamás ocultó sus ganas de que la magia volviese, y ahora que lo pienso, tenía toda la razón. Si hubieras venido antes la magia también habría vuelto y mi padre seguiría vivo, o quizás no, eso es algo que no sabré nunca.

Caimo volvió a quedarse callado, esperé un buen rato, pero comprendí que no quería seguir hablando, el problema es que me había dejado con la intriga y le pregunté:

—¿Cómo murió aquel gran rey?

Me miró con vergüenza y dijo:

—Fue por culpa de un puñado de Drows, no esperábamos su ataque, nos pilló por sorpresa, yo estaba jugando con mi hermana y un grupo de ellos nos atacó, intenté proteger a mi hermana y a consecuencia de mi torpeza mi padre tuvo que intervenir y esos cobardes le hirieron gravemente y murió en pocas horas por el veneno.

Mientras Caimo me contaba su historia, recordé la batalla que sufrí hace poco contra los Drows y lo mucho que escocía el veneno al

que se refería. Pensé en mil cosas que decirle, pero sabía que ninguna le quitaría su dolor, así que le dije lo único que podía decir en aquel momento:

—No te diré que te entiendo porque nuestro dolor es distinto, pero sí te diré que los Drows ya han pagado por lo que hicieron, yo se lo hice pagar en Barsalí.

La voz de Caimo cambió y el gesto de su cara se volvió hostil:

—Ya lo pagaron en su día. Después de lo que pasó me dediqué en cuerpo y alma a convertirme en el mejor guerrero real, y poco a poco les di caza y maté a todos los que me arrebataron a mi rey, es por eso por lo que tú estás aquí, porque no pienso dejar que ningún peligro se acerque a mi pueblo.

Se levantó y entró en la casa sin mirarme.

En aquellas palabras había mucho dolor y odio, no quise seguir discutiendo y me dediqué a mirar el cielo, estaba anocheciendo, hacía mucho frío, pero no quería entrar y acostarme, era demasiado pronto, solo podía pensar en mi familia y mientras pensaba en ellos un pensamiento en forma de rayo me pasó por la cabeza: ¿dónde estaría Drako? Desde que se fue enfadado no supe más de él. Comencé a hablarle, pero no me contestó, intenté sentirlo, pero no había nada. Comencé a ponerme nervioso, entré, fui corriendo a mi habitación, cogí mi espada y el medallón y cuando lo miré estaba rojo como la sangre, lo que significaba que había peligro. Llamé a Caimo a voces y cuando lo vi le dije que no conseguía notar a Drako. Puso cara de que no le importaba y me dijo:

—Si has perdido a tu dragón no es mi culpa.

Me encendí tan rápido que Caimo se sorprendió y le dije furio-

so:

—Si le sucede algo te juro que no habrá alianza que me importe,

ya que hago esto por él y por todos los dragones, así que si no quieres venir a buscarlo me parece bien, pero yo me voy, solo te lo digo para que sepas que estoy buscando a mi dragón.

Cogió su lanza y me dijo:

—Iremos en los draquíngs, así seremos más rápidos, nos dirigiremos hacia Barsalí pasando antes por el territorio de los Drows.

Ir a Barsalí no me parecía mala idea, pero si Drako estuviera allí yo lo notaría, intenté pensar: «¿dónde estás?». Y una luz ilumino mi mente: «puede que esté en el Templo del dragón». Le dije a Caimo que deberíamos ir hacia el Norte barriendo el territorio de los actenus y después ir al Oeste atravesando el territorio de los Drows y los gólems de piedra hasta llegar al Templo de los dragones. Caimo pensó lo que le decía y me dijo:

—Nadie sabe dónde está su santuario, pero como tú eres su jinete, pues vámonos, no hay tiempo que perder.

Capítulo 25 ¡Sorpresa!

L

Sofía

levaba demasiado tiempo esperando a que la luna se colocara en el centro para poder usar su poder y abrir el nuevo portal.

Era la mañana de Noche Buena y pensé: «esta Navidad va a ser muy extraña». Las pócimas que le daba a mi madre cada vez le hacían menos efecto, tal vez fuera porque se acercaba una fecha tan señalada o porque su dolor era más fuerte que mi magia, la verdad es que no sabía la respuesta, le pedí a mi padre que me llevara a Barsalí para coger más hierbas para ella, aquella le pareció una idea muy buena y nos fuimos a Barsalí.

Al llegar busqué a Ocán, hablé con ella de lo que le estaba sucediendo a mi madre al acercarse la Navidad, le expliqué nuestra manera de prepararla y la importancia de la familia.

Ocán me dijo:

—Yo no sé mucho de vuestras costumbres, pero a lo mejor deberíais pasar estas fechas tan importantes para vosotros en Barsalí, ya que aquí no hay árboles de Navidad, ni villancicos, ni nada tan extraño; además, al amanecer podríais ir a ver a David. Jardany os llevará encantado, el problema es que solo dos de vosotros podrán acompañarle, esa es una de las condiciones de los actenus, debes decírselo a tus pa-

dres y ya sabes que serán ellos los que vayan, no creo que dejen que te pongas en peligro, además estarán deseando ver a David.

Me crucé de brazos y le dije:

—Pero no es justo, yo soy su hechicera y debería ir antes que

nadie.

Ocán esbozó una sonrisa y me dijo que eso tenía que hablarlo

con mis padres, pero que ella los conocía lo suficiente para saber ya su respuesta. Tenía razón, pero eso no hacía que mi enfado fuera más pequeño. Me fui a buscar a mi padre y le dije que Ocán quería hablar con él, que era importante, mi padre se fue a casa de Ocán y yo aproveché para buscar a Leisha. Leisha estaba en el campo de mariposas gigantes, estaba practicando un nuevo hechizo con ellas, el hechizo consistía en fabricar una jaula invisible de la que no pudieran salir, ni ellas ni el viento que provocaban sus alas al moverse. El hechizo parecía sencillo, pero nos estaba costando bastante lograrlo, porque encerrarlas era fácil, pero evitar que saliera el viento que provocaban sus alas era imposible, aunque Ocán insistía en que se podía hacer; de hecho lo hizo, y de manera rápida, fácil y eficaz.

Le conté a Leisha la importancia de abrir el portal esta misma noche, le conté lo de que solo tres de nosotros podían ir a ver a David y reaccionó aún peor que yo.

—¡Y seguro que esos tres son mi padre y tus padres! Ellos nunca nos tienen en cuenta. Pues esta vez iremos nosotras con Tante y ellos no lo sabrán —dijo muy enfada.

Quise decirle que su padre no era una de las opciones, pero pensé que decirle que sería Jardany no iba a hacer que se sintiera mejor. Miré a Leisha y le dije:

—No es solo por llegar antes o después, tengo un mal presentimiento, creo que David está mal, no sé cómo explicar lo que siento, es una corazonada que tengo, siento un gran nudo en el estómago y sé que debemos ir esta misma noche.

Leisha se asustó al escucharme. Quise tranquilizarla, pero la verdad es que eso es lo que sentía y no podía negarle lo preocupada

que estaba por mi hermano. Ocán venía junto con mi padre, en su cara se podía ver que estaba contenta. Miró a mi padre y le dijo:

—Daniel, dale tú la buena noticia.

Mi padre se acercó a nosotras y nos dijo:

—Este año pasaremos la Navidad aquí, he hablado con Liyac y me ha dicho que esta noche haremos un banquete en honor a todos los jinetes, los que ya no están y los que están luchando para que los dragones vuelvan —quedó un segundo callado, me miró y me dijo—. A mamá le diremos que es una fiesta de aquí y esta noche no diremos nada de la Navidad, ni le mencionaremos cosas que le hagan ponerse triste. ¿Qué te parece?

Sopesé un instante lo de la fiesta y le dije que me parecía una idea fabulosa, mi padre se puso muy contento, me pidió que le acompañara para convencer a mi madre de ir a Barsalí, miré a Leisha, resoplé y finalmente acompañé a mi padre a casa.

En el camino de vuelta papá no paraba de hablar, estaba entusiasmado con la idea de la fiesta, yo estaba un poco distraída pensando en todos los preparativos para abrir el portal. Al llegar a casa nos encontramos una sorpresa inesperada: mamá estaba montando el árbol en el salón junto con Lucas, había puesto en el ordenador canciones navideñas, estaba un poco liada desenredando las luces del año pasado, pero se le veía que le estaba poniendo ganas.

—¿Qué haces? —le pregunto papá desconcertado.

Mamá nos miró y dijo sonriendo:

—Lucas se ha empeñado en montar el árbol, tiene metido en la cabeza que sin árbol no tendrá regalos, y nos hemos puesto a buscar las cosas y a montarlo, me venís de fabula, necesito ayuda con las luces.

Papá y yo nos quedamos mirándonos y nos echamos a reír, la verdad es que tenía un buen lío armado con las luces, nos pusimos a montar el árbol todos, nos reíamos y eso, pero se notaba la ausencia de David y había pena en el ambiente. Al principio no entendí por qué estaba haciendo eso mi madre, pero al ver la cara de felicidad de Lucas lo comprendí: ¡lo hacía por él!

Cuando terminamos de decorar toda la casa como si la Navidad nos hubiera invadido de golpe, se me ocurrió hacer un poco de magia e hice que nevara un poco sobre el árbol. Lucas se entusiasmó tanto que mamá se aguantó la regañina. Era un momento casi perfecto, mi padre me pidió que cuidara de Lucas y ambos se fueron a su dormitorio para hablar, al principio todo estaba muy silencioso, hasta que escuché a mamá decir:

—No voy a festejar no ver a mi hijo durante un año.

Pensé que mi padre necesitaba ayuda y entré en la habitación diciendo:

—Papá, ¿ya le has dicho que mañana por la mañana Jardany os va a llevar a ver a David?

Mi padre hizo como si me regañara por destrozarle la sorpresa y la cara de mamá cambió por completo, se le saltaron las lágrimas, comenzó a llorar, me miró y me dijo con la voz rota:

—¿Es eso cierto, Sofia? ¿Voy a poder ver a mi pequeño?

Lucas entró tras de mí, al ver a mamá llorando se acercó a ella y la abrazó para consolarla, papá y yo nos unimos en aquel abrazo. Papá la besó en la frente y le dijo:

—¿Te apetece ver a nuestro hijo?

—Más que nada en el mundo, necesito ver que está bien, necesito abrazarle y decirle que le quiero con toda el alma y que estoy deseando que vuelva a casa.

—¡Decidido! Nos vamos a Barsalí —respondí.

Al cruzar el portal, Ocán nos estaba esperando junto con el rey Liyac y Amara, todos estaban muy contentos de vernos. Ocán sabía que convenceríamos a mi madre fácilmente y por eso preparó aquel despliegue de amabilidad y cortesía, ella sabía que mi madre no quería estar en este mundo y por eso se esforzó al máximo para hacer que cambiara de opinión.

Amara cogió a mi madre de las manos y le dio las gracias por haber decidido venir a la fiesta. Mamá fue todo el camino callada y al cruzar el muro de la ciudad me dijo:

—Estoy orgullosa de ti, de todos vosotros, lo único que lamento es que sufráis por culpa de mi debilidad, ojalá me pareciera más a ti o a tu padre.

La cogí de la mano y le dije:

—Yo te daré la fuerza que necesites, pero lo primero es aceptar que este mundo no es tan malo como crees y ver que aquí podemos ser muy felices, solo tienes que dejar que su magia te invada y te guíe.

Suspiró y me dijo:

—Cómo has crecido, cariño.

Entramos en el castillo. Amara había puesto a todo el mundo a preparar la fiesta de esta noche, ella quería mucho a mi madre, desde la batalla contra los Drows se habían hecho grandes amigas. Leisha vino corriendo a buscarme y me dijo que la acompañara a la sala de la Sabiduría, estaba muy contenta de verme. Al entrar vi que Tante estaba preparando armas y pociones.

—¿Para qué es todo eso? —pregunté algo preocupada.

Tante sonrió y su cara se iluminó.

—Es muy sencillo. Donde está David, bueno..., no sé cómo decírtelo..., no somos bienvenidos.

Recordé la ciudad de Tenus y asentí con la cabeza, lo que decía era cierto, los actenus no nos tenían en gran estima.

Lo dejemos todo preparado, el plan era no esperar a que la fiesta terminara, al contrario; debíamos irnos aprovechando que todos estarían ocupados y de ese modo no se darían cuenta.

La tarde pasó muy deprisa, me llevé a Lucas al patio donde entrenan los guerreros, quería pasar tiempo con él, desde que se fue David me había preocupado de muchos detalles, de mis padres, de David, pero no me había ocupado de Lucas y quería pasar algo de tiempo con mi hermano pequeño. Salimos al patio y aproveché que hacía mucho frío para hacer que nevara, quería hacerle a Lucas un muñeco de nieve. Mientras hacía que nevara, llegó Leisha y me dijo que no había tiempo para jugar. Por lo visto la luna estaba casi en el centro y teníamos que adelantar nuestros planes. Le dije a Lucas que tenía que irme para

arreglarme, se puso muy triste, entonces llegó Tante y sacó un par de espadas de madera que había hecho para Lucas y le pidió que le enseñara a luchar. Tante fingía con Lucas que no sabía luchar y dejaba que le ganara siempre. Cada vez que Lucas le clavaba la espada hacía un espectáculo fingiendo su muerte. Me quedé embobada mirando la escena y Leisha tiró de mi brazo para que la siguiera.

Nos fuimos a mi habitación y preparé todas las pócimas que pude, Amara me había dejado un vestido precioso sobre mi cama con unos zapatos a juego color plata. El vestido parecía de esos que llevan las protagonistas de las películas románticas. Leisha insistió en que me lo pusiera, decía que era su regalo para una noche tan especial. Era un vestido rojo con matices plateados, llevaba todos los filos brillantes, como si miles de pequeños espejos lo recubrieran, tenía las mangas largas con dibujos de runas mágicas, que en seguida supe eran de protección. La falda era pomposa, hecha a capas de encajes rojos y plata, el cuello estaba hecho con formas onduladas, por su textura y su peso era como llevar una nube puesta, parecía que me hubiesen tomado medidas, el vestido casi me arrastraba. Leisha abrió sus ojos al verme y me dijo:

—¡Estás hermosa! Verás cuando todos te vean.

Estaba nerviosa, me sentía rara con un vestido tan bonito y por un instante me olvidé de todo lo demás, me sentía como una princesa. Leisha y yo nos dirigimos a la gran sala, allí estarían todos celebrando la fiesta en honor a los jinetes. Leisha abrió las puertas y entró, yo me quedé rezagada, tenía miedo de no encajar.

Mi madre se quedó mirándome sorprendida y vino hacia mí.

—Estás preciosa, cariño, entra y siéntate a nuestro lado.

Al entrar todos me miraron con asombro, incluso Tante se quedó con la boca abierta. Amara se acercó y me dijo que se alegraba mucho de verme con su regalo puesto, mi madre le dio las gracias, entonces me di cuenta de que era la única que llevaba un vestido tan espectacular; todas llevaban vestidos de noche, pero sin duda el mío era muy especial. Me quedé mirando la decoración del la Gran sala y sin duda

Amara había hecho un buen trabajo, había flores en todas las mesas, incluso el techo lucía más hermoso que nunca. Ocán había conseguido con un hechizo que pareciera que varios dragones volaran alrededor de la luna, que esta noche lucía roja por nuestro hechizo.

La fiesta era muy animada. Liyac se puso en pie y pidió silencio para decir:

—Ante todo, vamos a honrar a nuestros ancestros, es gracias a ellos que gozamos de esta paz y de este magnífico mundo en el que sobrevivir no es nuestra única opción. Me agrada ver que mi ejército es valiente y que tenemos al último dragón y al último jinete entre nuestras filas. Lo único que lamento es que David no pueda estar hoy con nosotros, pero su familia nos acompaña y es nuestro deber hacer que se sientan orgullosos de tener un jinete en su familia y de formar parte de la nuestra...

Justo en el momento en que mencionó a David, mi madre se puso a llorar, intentó no hacerlo, pero se derrumbó y eso nos dio la oportunidad que necesitábamos y la aprovechamos. Tante y Leisha salieron detrás de mí y nos dirigimos corriendo hacia el lago. La idea era abrir un portal en el bosque que hay junto al lago, buscamos un lugar apartado e hice el dibujo de un portal que había visto en uno de los libros de magia de Ocán. Leisha me dijo que aún no podíamos comenzar el hechizo, le pregunté a qué esperábamos y me dijo:

—En el momento en que la luna se situó en el centro y su poder esté en pleno apogeo lo entenderás.

Comencé a andar haciendo pequeños círculos en el suelo, estaba demasiado nerviosa por todo. Si nos pillaban haciendo esto el castigo sería monumental, si no salía tardaría mucho en volver a ver a David y pensé: «esa no es una opción». La pregunta que más miedo me daba plantearme era: «¿y si salimos en algún lugar hostil lleno de criaturas?». Tante se acercó, me rodeó con sus brazos y cuando me tenía entre ellos me susurro:

—Todo saldrá bien, eres una de las mejores hechiceras, ya verás como el jinete está bien.

Seguramente me dijo aquello para que me calmase, pero mi reacción fue demasiado exagerada:

—El jinete, eso es lo único que te importa, lo que más me preocupa a mí es mi hermano, tengo un mal presentimiento. Ocán me ha dicho que David está bien, pero yo no la creo, su cara era de preocupación. Sabes..., en una ocasión me dijo que los jinetes llevan el bien y el mal dentro y que a veces es su hechicera quien debe ayudarles a ver el camino.

Tante quedó atónito y Leisha comenzó a regañarme:

—No seas injusta. David es muy importante para nosotros, te recuerdo que esto no lo has planeado tú sola.

De pronto la luna comenzó a brillar y su luz se reflejaba sobre el portal que había dibujado en el suelo. Leisha se entusiasmó y me dijo que esa era la señal. En ese momento me puse muy nerviosa y me dejé llevar por mi miedo. Tante se dio cuenta, me cogió de la mano y me dijo:

—No estás sola.

Leisha me cogió la otra mano y me dijo:

—Tú eres la guardiana de los portales, solo tú puedes abrir este. Les pedí que cruzásemos aquella luz, nos adentramos en ella posicionándonos dentro del portal, miré hacia la luz de la luna y comencé a decir:

—En esta noche te pido, Sir, que me des tu poder para poder abrir este portal, en esta noche te pido, Sir, que tu luz nos guíe junto al jinete, en esta noche te imploro que me des la magia necesaria para abrir este portal y poder custodiarlo para siempre jamás.

Tras terminar, la luz de la luna se apagó, miré hacia el suelo con la esperanza de que algo sucediera, pero el portal estaba intacto. Leisha comenzó a decir cosas sin sentido, ella no paraba de buscar qué es lo que había fallado. Entonces me acordé del día que abrí el portal después de que Ocán lo cerrase. Le pedí a Tante su espada, me la dio sin preguntar, la cogí y me hice un corte en la mano, aquello me dolió bastante, uní las dos manos con las palmas abiertas y llenas de sangre,

empujé fuerte el portal y una luz me cegó durante un instante. Cuando conseguí ver de nuevo el paisaje había cambiado totalmente, el suelo era de roca y los árboles estaban secos y sin vida. ¡El hechizo había funcionado! Pero, ¿dónde estaban todos?

De pronto oí unos chillidos muy fuertes...

La emboscada

David

Caimo estaba alerta, ambos sabíamos que el camino era peligroso, primero decidimos ir en dirección hacia la ciudad de Tenu. Me dijo que para poder encontrar a Drako necesitábamos más guerreros, según decía, los guerreros actenus estaban entrenados para poder atravesar sin problemas los territorios por los que debíamos cruzar. Al principio no me gustó nada que se pusiera de nuevo a darme órdenes, pero en mi interior sabía que por mi mala cabeza había perdido a Drako y seguramente estaba en peligro.

Estábamos cerca de Tenu cuando comencé a escuchar unos graznidos muy extraños. Al principio creía que eran grifos, pero al mirar al cielo no vi ninguno. Caimo se puso en posición de ataque y dijo:

—No te separes de mí, estamos rodeados.

Miré en todas direcciones y no conseguí ver nada, miré a Caimo y cuando le iba a contestar, algo me golpeó en la cabeza. De pronto comenzamos a escuchar unos gritos espantosos, eran tan terribles que solté la espada para poder taparme los oídos, me volví en todas direcciones, buscando de dónde venían y quedé paralizado. Vislumbré cuatro figuras que se movían a gran velocidad, parecían medio mujeres medio pájaros, iban transformando el paisaje, pudriéndolo todo a su paso. Cuando Caimo soltó su espada para poder taparse los oídos pude verlas con mayor claridad, una de ellas saltó sobre mí, tenía grandes alas, una larga melena suelta, su parte superior era claramente de mujer, su rostro era femenino, su vientre era inmundo y lo que debían de ser sus piernas eran unas grandes garras encorva-

das. Caimo me gritó que eran Arpías, intenté apartarme, pero aquella criatura cayó sobre mí y comenzó a gritarme tan fuerte que iban a explotarme los tímpanos. Miré a Caimo, que estaba mirando hacia la derecha, y al mirar vi que Actea estaba allí. Pensé: «estamos cerca de la ciudad, seguro que Actea pide ayuda». Porque aquella princesita salió corriendo, el problema es que corría en dirección opuesta a la ciudad. En aquel momento me pasaron muchos pensamientos por la cabeza, pero le di prioridad a uno solo: Drako. Quería quitarme aquella criatura de encima, usé toda mi fuerza y le lancé un fuerte torrente de viento, conseguí apartarla, pero creo que fue peor, las demás Arpías se pusieron a nuestro alrededor y comenzaron a chillar todas a la vez. Caimo intentaba transformarse en un Biakko, pero el dolor que sentíamos era tan fuerte que no podíamos hacer prácticamente nada. Ambos caímos de rodillas al suelo y en ese instante una fuerte luz me cegó por un momento. Poco después pude apreciar una silueta que me era familiar. Después vi dos más, lo primero que pensé es que había muerto, porque aquellas figuras se acercaron apresuradamente y juraría que eran Sofía y Leisha.

Arpías

Leisha

Al cruzar el portal pude ver horrorizada cómo cuatro Arpías estaban atacando a David. En ese momento no entendí por qué Drako no estaba allí protegiéndole, pero me dio igual. Sofía salió corriendo para ayudar a su hermano y yo salí detrás de ella, los chillidos de las Arpías eran demasiado fuertes, primero intentamos un par de hechizos para dejar de oírlos, pero fue inútil. Sofía me miró y me dijo que debíamos hacer juntas el hechizo de Ocán, el de las jaulas mágicas. Dudé un poco, ya que hasta ahora nunca lo habíamos conseguido, en ese momento escuché un grito de dolor de David y sin dudarle le cogí la mano a Sofía, alzamos las otras y comenzamos a decir, como si fuéramos una sola hechicera:

—Os confino en estas celdas y os impido que ninguna parte vuestra, por ínfima que parezca, salga jamás de ellas.

De pronto el hechizo comenzó a funcionar, las Arpías se quedaron quietas y por mucho que chillaban, el sonido no podía salir fuera de las jaulas mágicas. Sofia me soltó la mano y fue corriendo a abrazar a David, yo salí tras ella y me uní al abrazo, comencé a hablarle a David, pero él no me respondía. En aquel momento me di cuenta de que tenía sangre en sus oídos. Sofia le puso las dos manos en los oídos, llamó a Tante y este le trajo la mochila que ella había preparado. Sofia se puso a buscar algo para curarle. Seguí junto a David y al mirarle a los ojos comprendí que algo estaba cambiando dentro del jinete, él debió verme preocupada, me cogió la cara y me dijo:

—No sabes la alegría que me da veros aquí.

En ese momento, sin saber cómo, me acerqué a él y nuestros labios se fundieron en un beso que hizo que todo mi ser se estremeciera.

El guerrero que estaba junto a él (hasta ese momento no me percaté de su presencia) carraspeó y dijo:

—Siento interrumpir, pero deberíamos ir a buscar a la princesa

Actea.

Sofia, que estaba observándonos, sacó un pequeño frasco que

contenía agua mágica del lago de los Drows y dijo:

—Antes de buscar a nadie, debo echaros unas gotas de esto para curar vuestros oídos, o posiblemente perderéis gran parte de la audición.

El guerrero no la escuchaba y Sofia le dio un tirón del brazo mostrándole el frasquito. David comprendió lo que quería hacer, se sentó en el suelo e inclinó la cabeza hacia un lado. Sofia le echó una gota y él inclinó la cabeza hacia el otro lado para recibir la otra. David se puso en pie y dijo al guerrero:

—Caimo, debes dejar que mi hermana te cure.

Mientras Sofia le hacía lo mismo al guerrero, David comenzó a preguntarnos cómo habíamos sabido que estaban en peligro. Tante le dijo:

—No lo sabíamos, supongo que ha sido suerte, llevamos mucho tiempo preparando la apertura del nuevo portal y así poder estar contigo.

David estaba en alerta, no paraba de mirar a las Arpías. Le dije que el hechizo funcionaba bien y que no se preocupara. Caimo y Sofía se acercaron a nosotros. David nos contó que la cosa con Drako no estaba bien y que estaban buscándolo.

Sofía se enfadó mucho y le dijo:

—No puedo creer que te hayas peleado con él, solo tú eres capaz de pelearte con tu dragón.

David

En el momento en que Sofía comenzó a regañarme me sentí como en casa, le di un abrazo y un beso en la frente. Intentó seguir enfadada conmigo, pero le fue imposible, me abrazó y me dijo:

—Te he echado mucho de menos, debes recuperarte y recuperar a Drako, por la mañana Jardany va a traer a papá y a mamá para que te vean, y estás hecho un asco.

Al escucharla me dio tanta alegría que la cogí y le di varias vueltas en el aire. Ella se quejó, pero me dio igual.

Caimo insistió en que deberíamos buscar a Actea y comenzamos a hacerlo entre los árboles. Leisha se acercó de nuevo y quise decirle muchas cosas. Caimo nos había interrumpido y aunque me molestó que lo hiciera, en mi interior sabía que no debería besar a Leisha, ya que tenía que cumplir la alianza y casarme con Actea, pero en mi cabeza tenía un lío, por un lado Drako no me contestaba y por otro quería coger a Leisha y decirle que cada vez que la tenía cerca me sentía feliz, que ella era la que hacía que mi corazón latiera más deprisa y que por ella haría cualquier cosa. Leisha tenía la cabeza gacha, le cogí la cara, le aparté su preciosa melena negra de los ojos y me dispuse a decirle lo importante que era para mí cuando de pronto una de las Arpías se escapó de su jaula. Salió con gran velocidad y se abalanzó sobre una sombra que salió a tan

solo unos metros delante de nosotros, oí un grito y supe sin duda que era Actea. Saqué mi espada y me encendí. Leisha me garró el brazo y me pidió que no me pusiera en peligro, me solté y le dije que por ella también lo haría, salí corriendo y alcé la espada para acabar con aquella criatura. La arpía se dio la vuelta dirigiendo su chillido hacia mí. La espada se me cayó de la mano, pues tuve que taparme los oídos. Se abalanzó sobre mí y cuando lo daba todo por perdido apareció Drako. Cogió a la arpía con sus garras arrastrándola por el aire y la partió en dos. Su chillido de dolor rompió el hechizo de las jaulas mágicas y las demás escaparon. Drako quiso ir tras ellas, pero le pedí que no lo hiciera y se quedase conmigo. No quería perderle y le dije:

—En este tiempo he comprendido lo importante que eres, no es que antes no lo supiera, pero te prometo que jamás volveré a ponerte en peligro de forma egoísta.

Drako se puso a mi lado y me dijo con tono de satisfacción:

—Me alegro de que por fin pienses como un verdadero jinete, quiero que sepas que he venido porque he sentido tu dolor, también he sentido otra cosa, pero eso ya me lo contarás más tarde.

Actea seguía tirada en el suelo y fui a verla, estaba bien, pero tenía algunos rasguños. Pedí a Sofía que le curase las heridas. Sacó su mochila y buscó algo. Caimo me dio las gracias por salvar a su hermana y todos se sorprendieron mucho, hasta que Sofía dijo sería:

—¿Entonces tú eres el que tiene prisionero a mi hermano?

Antes de que Caimo le respondiese, dije a Sofía:

—Aquí nadie es prisionero —miré a Drako y dije—. Estoy con los actenus por propia voluntad, sin ellos no puedo ayudar a Drako a devolver a los dragones a este mundo.

Sofía entrecerró los ojos, levantó su mano y dijo a Caimo:

—Soy Sofía, hermana y hechicera de David y de Drako, ¡que por cierto ya se han perdido dos cumpleaños míos!

Caimo quedó extrañado, hasta que Tante le dijo:

—Eso es para que le des la mano, es su forma de presentarse, ya te acostumbrarás a sus rarezas.

Todos nos reímos con aquello. Bueno, menos Caimo y Actea, que se quejó de sus heridas. Estaba amaneciendo y Caimo nos ordenó que fuésemos a Tenus para llevar a Actea y para descansar. Sofía se disculpó y me dijo que se tenían que ir, por lo visto solo tres personas de la ciudad de Barsalí podían estar en Tenus para ver al jinete y mis padres estarían al llegar. Caimo miró a Sofía y le dijo:

—Puedo explicarle a mi reina lo que habéis hecho por nosotros y por una vez tal vez deje que seáis más de tres.

Sofía le dio las gracias, pero dijo que no, no quería que nadie se enterase de ciertas cosas. No quería otra despedida más, pero Sofía lo dejó muy claro, se tenían que ir me prometió que vendrían más a menudo y creí en mi hermana sin dudar ni un solo momento. El sol iba saliendo bañando todo a su paso en una claridad casi molesta y vi lo hermosas que habían venido Sofía y Leisha. Pregunté por ello y Leisha dijo:

—Es que hemos inventado una nueva fiesta para tu madre, ella estaba... Bueno, estaba un poco triste, por no sé qué de la Navidad.

Nos abrazamos los cuatro y se fueron sin que pudiera hacer nada porque se quedasen, la pena me invadió de nuevo y dije en voz alta:

—No es justo que no pueda estar con toda mi familia por una estúpida norma.

Miré a Caimo y me dijo que hablaría con su reina para intentar cambiarla, ya que mis padres y hermanos ya superaban ese número. Actea miró a Caimo y le dijo:

—No te entiendo, sabes que esa norma es para protegernos de ellos.

Al escucharla la rabia se apoderó de mí y le dije:

—Acabo de salvarte de una arpía y aún piensas que quiero des-

truir tu maldita ciudad. ¿Qué clase de persona eres?

Con aire de superioridad me dijo:

—Soy una princesa actenus y lo primero es mi pueblo, después mi reina y tú ni siquiera estás entre mis preocupaciones, solo eres el jinete con el que me casaré por mi pueblo.

En ese momento me di cuenta de que no estaba muy contenta con nuestro futuro matrimonio y le dije:

—Pues entonces aprende a respetarme, te lo digo porque en mi mundo las parejas se casan por amor, no por conveniencia, y aunque yo tampoco estoy deseando casarme contigo, mi madre siempre me ha dicho que en una pareja tiene que haber respeto y confianza.

Drako me pidió paciencia y me dijo que me esperaría en la granja, decía que estaba cansado y que no quería estar en Tenus, que la ciudad no le gustaba nada. En ese momento pensé: «te comprendo de sobra, a mí tampoco me gusta, pero tengo que aguantarme».

Al llegar a Tenus, Caimo pidió a los guardias que llamasen a la reina, estaba serio y pensé que tal vez quería hablar con ella de lo que me había dicho. Actea se fue a sus aposentos, según dijo, estaba muy cansada. Caimo me llevó a la sala de la Justicia. No sé por qué lo hizo, aquel lugar me traía malos recuerdos y ver las estatuas de mis ancestros no mejoraba mi forma de ver aquel lugar.

Capítulo 26 El reencuentro

L

Lucía

a fiesta se alargó bastante, estaba agotada y cuando nos acostamos no era capaz de dormir. Daniel insistió en que debería descansar, pero no era capaz de conciliar el sueño. Bajé a la

sala de la Sabiduría en busca de algo que me pudiera ayudar a comprender a las personas que habían torturado a mi hijo, las que le estaban pidiendo que no estuviera con sus seres queridos, poniendo una estúpida norma que según decía Liyac, no debíamos infringir. Encontré un libro que decía algo de los actenus, pero nada de lo crueles que eran, hablaba sobre sus costumbres y algo de que tenían el poder de conectar con seres a los que su alma se pareciera. En ese momento pensé: «Por eso son tan crueles, ¡porque no son humanos!».

Me di la vuelta para seguir buscando otro libro que dijese cómo conseguir algo para que dejaran a mi hijo tranquilo, pero me llevé un buen susto. Ocán estaba detrás y al verla se me cayó el libro de las manos, haciendo un fuerte ruido al golpear contra el suelo. Pedí disculpas a Ocán y me dijo:

—Es normal que estés nerviosa, pero creo que en estos libros no encontrarás lo que buscas.

Me pidió que la siguiera a su casa; por lo visto tenía algo que darme. Al llegar comprendí que Ocán siempre estaba ayudando a todos los miembros de mi familia de algún modo. Antes de entrar le cogí la mano y le agradecí todo lo que hacía por nosotros.

—No me tienes que agradecer nada, como decís en tu mundo, lo hago porque así lo siento —dijo con una agradable sonrisa.

Al escucharle decir aquello asentí con la cabeza y le dije con un nudo en la garganta:

—Sé que no soy nada fácil de entender, pero para mí el hecho de descubrir este mundo no ha sido agradable; no es que no me guste, pero... mi hijo aquí siempre está en peligro.

Ocán me hizo un gesto para que entrara en su casa, la seguí y me mostró un traje de guerrera. Era de dos piezas, de color ceniza oscuro, la chaqueta tenía unos extraños dibujos en las mangas y en la espalda tenía labrado un gran dragón negro, en los pantalones los dibujos eran diferentes, parecían palabras desordenadas, también había unas botas altas de color negro.

—Debes ponértelo, es para que te proteja de los guerreros actenus —me indicó.

—No tengo miedo a esos guerreros, y creo que mi ropa no está nada mal, es bastante calentita y cómoda.

Ocán se enfadó y me dijo muy enojada:

—No es que tus extraños pantalones y tus jerséis que te tapan el cuello no sean cómodos, pero vas a conocer a los guerreros que retienen al jinete, para ellos eres una humana débil y si te ven así verán débil al jinete, si no lo haces por ti, hazlo por David, ellos deben creer que descende de una familia fuerte de guerreros y con las runas y los hechizos de protección que lleva este traje irás segura y parecerás una guerrera de Barsalí.

Como Ocán estaba tan enojada decidí hacerle caso y ponerme el dichoso traje. Me miró y me dijo:

—¡Te falta algo! —entró y cuando salió llevaba una especie de diadema hecha con hilos de finas hierbas, me la mostró y me dijo—:

Me gustaría que la llevaras puesta, siempre a pertenecido a mi familia, es la primera de muchas que se hicieron para proteger a las hechiceras de mi familia, por desgracia casi todas fueron destruidas junto con sus poseedoras, pero esa es una historia muy larga, solo debes saber que Numely siempre la llevó y que me gustaría que la llevaras para que te proteja.

Acepté complacida todos sus regalos y Ocán me dijo:

—Ahora sí estás preparada para este viaje.

Le di las gracias y nos fuimos hacia el castillo de Liyac. Cuando llegamos, Daniel me estaba buscando, al verme se alegró mucho y me dijo:

—¿Se puede saber dónde has ido? No sabes lo preocupado que estaba —su cara cambió y me dijo—. Pareces una guerrera.

—Ha sido cosa de Ocán, dice que debemos parecer guerreros fuertes.

Ocán carraspeó y le dijo a Daniel que fuera a cambiarse él también, que Jardany le dejaría uno de sus trajes de guerrero. A Daniel le pareció buena idea y se fue con Jardany. El sol comenzó a salir y los nervios hicieron que me doliera el estómago, miré a Ocán y le dije preocupada:

—¿Crees que debería despedirme de mis hijos?

Amara, que estaba cerca, me dijo:

—Pareces una de los nuestros y el jinete jamás dejaría que nada malo os pasara, además vais con Jardany, que es el mejor de nuestros guerreros, tus hijos están dormidos y sabes que los cuidaremos en vuestra ausencia, vete tranquila y disfruta de esta visita a David.

Ocán asintió con cada palabra de Amara y en el instante que aparecieron Jardany y Daniel vestidos de guerreros, dijo:

—Ya estáis todos listos, deberíais partir pronto, el camino será largo. Si lo hacéis ya, llegareis poco después del mediodía.

Liyac ordenó a Bostán que nos trajera los caballos alados y este obedeció con gran honor. Eran sus costumbres y su forma de ser lo que me daba respeto, era esa forma de ver la vida tan sencilla, pero a la vez

tan estricta lo que los distinguía. Para ellos no había lazos familiares, pero todos y cada uno de ellos darían sus vidas sin preguntarse si era por un hermano, por su rey o por uno de sus campesinos.

Era la primera vez que me subía en un caballo alado y la sensación de volar era de lo más aterradora, intentaba pensar en lo que le iba a decir a mi hijo cuando lo tuviese delante, pensaba en todos los besos que le daría, pero aquello no era suficiente, me estaba mareando y mucho. Daniel se dio cuenta de mi malestar y pidió a Jardany que parásemos un rato, pero su respuesta fue firme:

—Estamos sobre territorio Drow, no podemos parar o nos masacrarán, ya falta poco para estar en una zona menos peligrosa.

Me miró y me dijo que tenía que aguantar por el bien de todos. El viaje estaba siendo duro, quizás por eso cuando pasamos el peligro no quise parar, según decía Jardany nos faltaba muy poco para llegar.

Por fin pude vislumbrar a lo lejos la ciudad de Tenu, se podía apreciar un muro mágico que brillaba casi imperceptible y en el momento en que lo vi pensé en mi pequeña Sofía y me agarré con más fuerza a aquel caballo alado. Poco después Jardany hizo que los caballos bajasen al suelo y nos dijo que seguiríamos a pie el resto del camino. Alegó no fiarse de los centinelas actenus.

Daniel estaba de lo más callado, quise hacerle mil preguntas, aunque pensé «estará pensando en David, al igual que yo» y decidí callarme. Miré a Jardany, se le veía tenso, su pose era defensiva, comencé a hablar con él, pero por primera vez me pidió silencio, me dijo que debíamos estar alerta.

El paisaje era basto todo de piedra donde quiera que mirase, apenas había árboles o color, pero tenía su belleza dentro de aquellos matices apagados, o quizás pensé eso por la emoción de ver a David, es algo que no sé.

Caminamos un buen rato, hasta que Jardany dijo bastante serio:

—Ya hemos llegado, entraremos sobre los caballos para que les den agua y comida.

Daniel sacó su espada, pero Jardany le pidió que la guardase:

—No venimos a luchar, hemos venido a ver al jinete.

Daniel se disculpó, el corazón se me iba a salir del pecho, cuanto más cerca estaba, más nerviosa me ponía.

Entramos en la ciudad, había mucha gente vestida de forma diferente a los habitantes de Barsalí, tras mirarlos en profundidad supe que todos eran diferentes, sus ropas eran de colores vivos, desde el verde más intenso hasta el negro más puro. La gente se apartaba de nosotros y su expresión era de desprecio. Nos dirigimos hacia el centro y de pronto unos guardias nos acorralaron. Jardany miró a Daniel, le hizo un gesto para que no sacara su espada y comenzó a hablarle a los guerreros:

—Soy Jardany, guerrero de Barsalí, y por invitación de vuestra reina he traído a los padres del jinete.

La gente que había en los alrededores comenzó a murmurar. Uno de los guerreros se acercó y dijo con voz tosca:

—Soy Silas y si queréis ver al jinete, seguidme.

Miré a Jardany y debió notar que en mi expresión había miedo, porque miró a Daniel y Daniel me cogió la mano y me puso a su derecha, situándome en el centro de ambos. El camino hacia el castillo no fue muy largo, aquel castillo era completamente diferente, estaba esculpido dentro de una gran montaña de piedra blanca. Sus puertas eran inmensas, hace un tiempo me hubiera preguntado para qué unas puertas así, pero después de ver lo mucho que estaba creciendo Drako, esa pregunta me resultaba absurda. Al cruzar sus puertas sentí un escalofrío, en aquel castillo todo se veía frío, había estatuas de gente con cara de sufrimiento y se me escapó decir en voz alta:

—¿Pero quién hace estas estatuas tan siniestras?

Silas sonrió y dijo con tono cruel:

—No son estatuas corrientes, son traidores, asesinos...

Antes de que Silas siguiera, Jardany le grito:

—¡Basta! No pienso permitir que deshonres a mis ancestros.

Mi cara era de total asombro y Daniel sacó su espada.

—¿A qué viene tanta hostilidad? —pregunté.

La respuesta de Jardany fue como si me hubieran abofeteado mil veces:

—Lucía, son jinetes y ese era el destino que intentaron darle a

David.

En ese momento un gran dolor me invadió y le pedí que me sa-

case de aquel lugar, no quería seguir en un sitio tan horrible.

De pronto una voz familiar, me frenó en seco:

—¡No puedo creer que hayáis venido!

Al darme la vuelta vi a David, mi mundo se paró por completo, estaba más alto y delgado, llevaba su traje de guerrero de Barsalí, el que Ocán le hizo para la guerra contra los Drows, con aquella armadura negra parecía un auténtico guerrero. Abrió los brazos y dijo:

—¿No me vais a abrazar?

Salí corriendo y abracé a mi pequeño fuertemente, le dije que jamás le soltaría. Daniel se acercó y me pidió que le dejara ver al hombre en el que se había convertido nuestro pequeño. David se quejó por nuestro comportamiento, aun así abrazó a su padre con mucha fuerza, miró a Jardany y le dio las gracias por traernos. En ese momento un guerrero con gran pose dijo:

—¿No me vas a presentar a estos guerreros, David?

David dijo con una amplia sonrisa:

—Perdona. Mamá, papá, este es Caimo, príncipe de los acte-

nus!

Mi primera reacción fue echarme hacia atrás. David me dijo que

Caimo era quien le estaba entrenando y que era un buen amigo. Daniel tendió su mano, Caimo sonrió y dijo:

—¡Ellos también son raros!

David se echó a reír y le dio la razón. Nos llevó a ver la ciudad, esta vez fue diferente, la gente no murmuraba, tampoco se apartaban, supuse que era porque Caimo nos acompañaba. David quiso presentarnos a la reina Atema y accedimos a regañadientes. Fuimos a unos jardines que había dentro de aquel castillo, había una mujer muy del-

gada que llevaba un largo vestido blanco que parecía hecho de plumas. Caimo se adelantó para ponerla sobre aviso de nuestra llegada, aquella mujer ni se inmutó ante la noticia que le dio su hijo. Nos miró de arriba abajo y con aire de superioridad dijo:

—Me alegra ver que el jinete tiene visita, soy Atema, la reina de la ciudad de Tenus.

Entrecerré los ojos e intenté retener mi enfado, pero me fue casi imposible y le dije:

—Mi nombre es Lucía, soy madre de David y si no ha tenido visita antes es porque no sabíamos que podíamos visitarle.

Atema esbozó media sonrisa y me dijo:

—Así que eres la madre del jinete —miró a Daniel y le preguntó—. ¿Y tú eres...?

Daniel se puso serio y dijo:

—Su padre, por supuesto, y también un guerrero de la ciudad de Barsalí.

Atema borró de golpe su sonrisa, miró a David y le dijo:

—Creía que erais de la Tierra.

David miró a Atema y le dijo:

—Nunca lo habéis entendido, soy un jinete, mis padres son guerreros de Barsalí, pero solo llevamos en este mundo algo más de un año, seguimos entre ambos mundos y nuestras costumbres son distintas.

Atema asintió, se acercó a mí y me dijo:

—Debe ser duro estar tan lejos de tu Tierra, intentaré que vuestra estancia en Tenus sea confortable.

Agradecí su gesto e intenté estar a la altura, tal y como Ocán me había dicho. En aquella ciudad, todo era de lo más raro, la gente se quedaba mirándonos de forma extraña, algunos nos miraban con miedo, otros con recelo. Estuvimos paseando casi toda la tarde. David me enseñó lugares muy hermosos: valles esculpidos en la naturaleza, bosques de árboles de piedra que se perdían en el horizonte. Volvimos al castillo. Atema había preparado un pequeño festín antes de que par-

tiésemos. Mientras disfrutábamos de él, Atema comenzó a decirme lo importante que era la nueva alianza para el futuro de ambas ciudades. Daniel asintió como si supiera de qué estaba hablando, todo estaba siendo bastante normal, hasta que David nos dijo que era tarde y que nos teníamos que ir. Miré el cielo y comprendí que el tiempo había pasado volando, la luna estaba saliendo y el sol dejaba en el cielo sus últimos rayos de tenue luz. Yo no quería dejarle allí, le pedí que viniera con nosotros, pero me dijo que nos veríamos pronto, me abrazó y me dijo al oído:

—Mamá, te quiero con toda mi alma, sabes que para mí sois lo más importante, pronto estaremos todos juntos.

Luego abrazó a Daniel. No quería irme, no sin mi hijo, pero Jardany le dio la razón, habíamos estado unas horas juntos y eso debía ser suficiente, aunque para mí no lo era. Jardany fue por los caballos alados, el viaje de vuelta sería duro, esta vez mi corazón estaba contento por haber visto a David y triste por tener que separarnos de nuevo.

¡Un largo tiempo de espera! *David*

Tras la visita de mis padres el día de Navidad, el tiempo pasaba volando. Algunos fines de semana, Sofía, Tante y Leisha entraban a través del nuevo portal y pasábamos un tiempo de tranquilidad bastante bueno. Al principio Caimo puso algunas trabas a esas visitas, pero con el tiempo, aunque no lo reconociera, le gustaban tanto como a mí. El día a día era siempre igual. Caimo me llevaba a la montaña de viento para mis entrenamientos, cada día que pasaba controlaba mejor el poder del viento, aun así me seguía diciendo que para ser un jinete debería hacerlo mejor.

Habían pasado casi dos meses, después de tanto tiempo apenas sabía si era jueves o lunes, si no fuera por las visitas de Sofía seguramente habría perdido la cuenta mucho antes, aquella semana estaba

siendo más dura de normal. Caimo se enfadó conmigo y me lanzó un rayo justo al lado.

—Se puede saber qué es lo que te distrae hoy —me dijo enojado.

En ese momento Drako se acercó y me dijo que debía ir con él, era algo muy importante. Miré a Caimo y le dije:

—Debo irme con Drako, es algo que no puede esperar.

Se mostró poco amistoso y me dijo:

—David, esto no es un juego, ya sabes que no puedes irte, no sin mi supervisión, me he jugado mucho por ti, con las visitas de tu hermana y tus amigos.

Drako se enfadó al escuchar aquello y me dijo:

—Este guerrero no nos va a ayudar, lo que debemos hacer es de suma urgencia y no puede esperar, dile que venga con nosotros en un caballo alado y me encargare de él en el aire, haré que desaparezca para siempre.

Me detuve un instante a pensar en lo que Drako me decía, hasta que finalmente le dije lo más calmado que pude:

—Eso no sería correcto, si quieres que te acompañe, vale, pero no voy a traicionar a Caimo. Antes de irme contigo dime qué es tan importante para que quieras que rompa la alianza.

Drako se enojó mucho y me dijo:

—No pasa nada, solo quería mostrarte algo que he encontrado en el templo de mis ancestros, pero si tu niñera no te deja, lo comprendo.

En aquel momento me enfadé tanto que me encendí por completo, mi ser entero estaba en llamas, miré a Caimo y le dije:

—Debo partir y si no quieres confiar en mí no lo hagas, pero es algo entre mi dragón y yo.

Caimo se convirtió en un Biakko y me dijo:

—Entonces demuéstreme que estos meses de entrenamiento han servido para algo, lucha conmigo y si me ganas puedes irte durante dos días adonde te plazca, pero si pierdes, olvídate de ir a la fiesta de la cosecha.

Aquel me parecía un mal trato, no podía decepcionar a mi familia y a toda la gente de Barsalí al no ir a la cosecha. Al pensar aquello, Drako se metió en mi cabeza y me dijo:

—¿De verdad piensas que no vas a ganarle esta vez? Deberías tener más confianza en ti mismo, piensa en tu familia y eso te dará la fuerza que necesitas.

Llevaba razón, tenía que ganar esta vez o no me lo podría perdonar en mucho tiempo. Le hice un gesto a Caimo para decirle que adelante y me pidió que lo dijera en voz alta, así que le grité para que me atacara:

—¡Adelante!

Su pelo comenzó a erizarse y las nubes se cerraron sobre nosotros, comenzó a tronar y todo se volvió más oscuro. Me lanzó un rayo y pude esquivarlo por los pelos. Esbozó lo que me pareció una sonrisa y varios rayos se juntaron, dirigiéndose hacia mí. Levanté las manos y provoqué un fuerte torrente de viento intentando desviar los rayos, pero en un segundo comprendí que mi energía lo que hacía era atraerlos más y corté de golpe, di un gran salto y escapé del enorme rayo por poco. Aproveché que Caimo estaba exhausto e hice un pequeño tornado de viento y fuego, dejándolo atrapado en el centro y quitándole el aire que tenía para respirar. Cuando vi que volvió a su forma humana y cayó de rodillas paré de golpe, me acerqué para ayudarlo a levantarse y le dije:

—¿Entonces me puedo ir con Drako?

Con voz cansada me dijo:

—Te dije que si me ganabas podías ir donde quisieras dos días, así que supongo que sí.

La alegría que me entró al escucharle fue tan grande que me entraron ganas de saltar, pero me aguanté, le di las gracias y mi palabra de volver antes de dos días.

Por primera vez en mucho tiempo Drako estaba satisfecho, por fin podíamos pasar tiempo juntos, tiempo que aprovecharíamos sin duda alguna. Me llevó al templo de los dragones y me dijo muy serio:

—Llevo un tiempo viniendo a este lugar en un intento desesperado de encontrar algo sobre mis ancestros, ¡y creo que lo he conseguido!

Me metí en su cabeza para ver de qué hablaba, allí las imágenes no eran lo bastante ordenadas y no conseguía comprender del todo lo que me quería mostrar. Cuando le dije que me lo mostrara reaccionó enfadado, luego cogió aire y me dijo:

—Entremos en el templo y lo verás con tus propios ojos.

Al entrar me pidió que mirase las profecías y así lo hice, pero seguía sin ver nada y le dije:

—Ya he visto esta profecía antes.

Drako me dijo con ímpetu:

—No la estás mirando con ojos de jinete, esa es la clave.

Me encendí y volví mis ojos rojos del todo, fue entonces cuando me llevé una gran sorpresa. En nuestra profecía había unas imágenes de huevos por todas partes y al final decía: *Solo los elegidos liberarán a todos los dragones de su prisión*. Mi expresión cambió por completo, me apagué como si alguien hubiera accionado un botón, miré a Drako y le dije con asombro:

—¿Esto quiere decir que hay más dragones escondidos en Sir?

Con gran pesar me dijo:

—Me temo que es más complicado, significa que alguien, o algo, tiene a mis hermanos prisioneros y debemos salvarlos. ¿Entiendes que debemos ir a buscarlos? Deberás dejar la ciudad de Tenus.

En ese momento pensé en las consecuencias de hacer lo que Drako me pedía y le dije lo más calmado que pude:

—No puedo hacer lo que me pides, si rompo la alianza los actenus atacarán la ciudad de Barsalí y seguramente la destruirán por completo, puedo hablar con Caimo y pedirle un tiempo para buscar a los dragones.

—Sigues pensando en los demás antes que en mis hermanos, no podemos esperar a que los actenus te digan cuándo puedes ser un jinete y cuándo no —dijo muy decepcionado.

Dejé a Drako dentro del templo y salí a tomar un poco de aire fresco. Después de ver en sus ojos tanta decepción no podía seguir a su lado, no si me miraba con tanta decepción. Miré el cielo y le grité a la luna de Sir:

—¡Por qué todo es tan complicado en este mundo! ¿Acaso debo sufrir a cada puñetero paso que doy?

Estaba tan furioso que lancé un torbellino de viento y fuego hacia el cielo, aquello era un auténtico espectáculo que hizo que durante un instante me olvidara de todos los problemas que tenía en este mundo. Drako cambió su tono y me dijo más optimista:

—No debes sufrir tanto, si quieres podemos buscar a mis hermanas sin que los actenus lo sepan, será otro secreto nuestro, no debo desesperar y por ello te pido perdón, es solo que cuando he comprendido que no estoy tan solo como creía, algo se apoderó de mí y supongo que eso que llamas desesperación me nubló el juicio.

Pocas veces podía escucharle disculpándose, pero esas pocas hacían que mereciera la pena.

Tras nuestra pequeña conversación le pedí que me llevara al portal, pues necesitaba ir a casa. Sabía de sobra que solo sería por un día, pero pensar que esta noche dormiría en mi cama y podría estar con mi familia, cenando y viendo la tele, era algo...

Drako comprendió mi decisión y sorprendentemente no puso oposición, me llevó al portal sin rechistar y le dije:

—Mañana, antes de que salga el sol estaré de vuelta y comenzaremos nuestra búsqueda.

Asintió con la cabeza y se fue volando, dirigiéndose hacia el lago donde lo encontré. Crucé el portal y mientras caminaba hacia mi casa, pensaba en Drako, era injusto, yo me iba con mi familia mientras él sufría. Caminaba ensimismado en mis pensamientos cuando una voz familiar me dijo:

—¿Pero qué haces por aquí?

Levanté la mirada y era Marcos, la sangre se me heló, no sabía qué mentira le habían contado, levanté los hombros y le dije:

—Dando un paseo, para aclarar las ideas.

Se acercó, me miró y me dijo:

—¿De qué te has disfrazado?

Miré mi ropa y fue entonces cuando me percaté de mi error: ¡iba con la armadura de guerrero! Mis ojos comenzaron a cambiar, pensé rápido y le dije:

—Estoy preparándome para una obra de teatro, por casualidad no llevarás el móvil...

Marcos sonrió, se metió la mano en el bolsillo y me lo dio.

—No puedo creer que vengas de paseo con esas pintas.

Intenté no escuchar todo lo que decía, llamé a casa, pero nadie cogía el teléfono, comencé a desesperar, marqué el teléfono de mi padre y tras cuatro pitidos por fin lo cogió:

—¿Diga?

Antes de que dijera nada más dije:

—Voy a casa y necesito que me recojas, no me he dado cuenta y bueno..., llevo el disfraz de guerrero.

—¿Cómo que vienes de camino? David, ¿estás con alguien, verdad? Dame cinco minutos, no tardo nada, de verdad.

Marcos tenía una sonrisa malévola y me dijo:

—Dime, ¿dónde estabas?

No sabía qué respuesta darle, me hice el interesante y finalmente le dije:

—No sé qué te han dicho, pero he estado estudiando fuera, la verdad es que me he escapado del internado y ahora me caerá una bronca.

—¡Ja! Lo sabía, tu hermana me había dicho que estabas de viaje por Europa, yo sabía que tu madre no te dejaría abandonar los estudios.

Me encogí de hombros y nos echamos a reír. Mi padre apareció con el coche, me despedí de Marcos y le dije que me sería imposible verle en mucho tiempo, que me devolverían al internado. Me dio unas palmaditas en el hombro.

—Lo siento mucho, espero que tus padres cambien de opinión, si lo hacen, llámame.

Subí al coche y le di un abrazo a mi padre.

—¿Qué ha sucedido? —dijo mi padre muy nervioso.

—Todo está bien, es solo que Caimo me ha dado un par de días libres y me apetecía mucho veros; tanto que se me olvidó que voy vestido de guerrero.

Mi padre estaba eufórico, comenzó a hablar solo y a hacer planes, cogió el móvil para llamar a mi madre, según decía estaban de compras, le cogí la mano y le pedí que no lo hiciera, le expliqué lo cansado que estaba y le dije:

—Quiero bañarme y descansar un poco, déjalas que sigan haciendo la compra tranquilamente, cuando lleguen a casa que se lleven la sorpresa.

Aceptó y nos fuimos a casa, cuando entré todo me parecía distinto, en cierto modo pequeño. Supongo que me había acostumbrado a los altos techos y las salas enormes que había en el mundo de Sir, subí corriendo las escaleras y abrí con entusiasmo mi habitación. Me quedé embozado mirando lo cuidada que la tenía mi madre, todo estaba muy limpio, pero en cierto modo todo estaba tal y como la había dejado hacía ya demasiado. Me quité el traje de guerrero, cogí un chándal de mi armario y me fui directo a darme un buen baño de agua caliente. Mientras preparaba la bañera cogí mis cascos de música, los encendí y en ese momento pensé: «bueno, casi todo está como lo deje». Sofía los había cogido y había metido música de ella, a mí me gustaba el reggaetón y a ella el pop. Los solté sobre mi cama y me fui a la bañera, mientras miraba cómo el agua iba llenando la bañera comencé a pensar dónde estarían los huevos de dragón. Mi padre me estaba gritando algo y cuando reaccioné me di cuenta de que el agua estaba rebosando.

—¿Se puede saber en qué piensas?

Me encogí de hombros y le prometí secar todo el estropicio, negó con la cabeza y pude verle una pequeña sonrisa, se le veía tan contento que ni regañarme le salía. Cerré la puerta, eché el pestillo y me sumergí en el agua cerrando los ojos y dejando volar mi mente, era algo extraño, había mucha paz, no había prisa por nada, seguía

dándole vueltas a los dragones, pero esta vez estaba relajado y una extraña imagen se metió en mi cabeza, fue como un *flash*: cientos de huevos en un lugar oscuro y macabro con muchísimas escaleras. Abrí los ojos de golpe y vi que estaba encendido, del agua salía mucho vapor, se podía ver que estaba casi en ebullición, quité el tapón y me salí, me sequé y me quedé mirándome atónito en el espejo: mis ojos daban miedo, parecía el vampiro de una película de terror. Recordé los entrenamientos y conseguí apagarlos poco a poco. De pronto algo golpeó la puerta y me sobresalté tanto que mis ojos se volvieron amarillos. Era mi madre la que había llamado. Le pedí que me diera un minuto, me vestí corriendo y cuando abrí la puerta estaba llorando de alegría, me abrazó muy fuerte, le pedí calma y le dije que era solo por una noche, a ella le dio igual, estaba tan contenta de verme que ni me escuchó.

Mis tripas comenzaron a quejarse y recordé que llevaba todo el día sin comer, lo dije en voz alta y ella me dijo:

—Ahora mismo preparo la cena, he comprado unas *pizzas*, pero si te apetece otra cosa dímelo y lo preparo en un momento.

Le cogí la cara con ambas manos limpiándole las lágrimas y

dije: cina.

—Quiero pasar tiempo con vosotros, no que te metas en la co- Me dispuse a bajar al salón, pero de pronto alzó su mano y me

detuvo.

—¿Qué sucede?

Ella se dio la vuelta y me dijo un poco apenada:

—Cariño, no sabía que estabas aquí, ha venido una amiga de

Sofía.

—Si es un problema que alguien me vea, me quedaré en mi

dormitorio.

Mi madre negó con la cabeza, me miró a los ojos y dijo:

—No es eso, es que tus ojos están amarillos con algo de rojo y deberías arreglar eso antes de que Diana te vea.

Asentí con la cabeza, me concentré y conseguí apagar mi fuego interno, mi madre dijo que lo arreglaría haciendo que Diana se fuera pronto. Lucas me escuchó y vino corriendo y gritando:

—¡Ha venido David!

Lo cogí y lo levanté por el aire, bajé las escaleras con él en brazos, me tenía tan fuerte agarrado que no hubiera podido soltarlo. Entré al salón y vi a Sofia haciendo los deberes con su amiga, se levantó de golpe y vino corriendo a abrazarme, todos estaban tan contentos que la pena de tenerme que ir tan pronto se apoderó de mí un segundo. Mi madre me llamó para que la ayudase con la cena, la verdad es que era una excusa porque quería estar conmigo, pero me dio igual, yo también quería charlar con mis padres de cosas cotidianas. Cuando entré en la cocina pude notar el olor a *pizza*, mi madre me pidió que cerrara la puerta, supe que en seguida vendría el interrogatorio y así fue. Tras explicarle por qué estaba en casa se relajó bastante, el timbre del horno nos sacó de la conversación, mi madre estaba buscando los guantes del horno, la *pizza* estaba un poco quemada. Sin pensar abrí, saqué la bandeja y la puse sobre una tabla de madera que mi madre había preparado. Al verme se preocupó y me cogió las manos para ver si me había quemado, sonreí y le dije:

—Soy un jinete, ¿recuerdas? El fuego no me quema, por lo tanto lo caliente tampoco.

Mi padre comenzó a bromear con el tema, todo eran risas, hasta que Lucas fue a tocar el horno, lo cogí de forma brusca y le regañé diciéndole que se podía quemar. Lucas me dijo:

—Ya no quema, tú lo has tocado.

Mi madre resopló y me pidió que me comportara como un chico normal, por el bien de mis hermanos. Luego añadió:

—Sofia también tiene prohibido hacer magia en casa.

Comprendí que solo quería proteger a Lucas, pedí perdón, mi madre me abrazó, me pidió que me sentara a comer y me puso mil cosas en la mesa. Sofia venía muy contenta, su amiga ya se había ido y ella también quería hablar conmigo y enterarse de todo, como siempre.

Nos sentamos a la mesa, Lucas a mi lado, no paraba de mirarme, tenía una sonrisa enorme, mi madre le regañó para que comiese.

—Te ha echado mucho de menos, supongo que ha notado demasiado tu ausencia —dijo mi madre algo triste.

—Es normal, eres su hermano mayor, y el que le deja volar con Drako —dijo mi padre orgulloso.

Al nombrarle Lucas preguntó por él y le dije intentando sonreír:

—No ha podido venir, pero te prometo que pronto te dejaré que vuelas con él.

Se puso a dar saltos de alegría. Después de cenar quise sentarme un poco en el sofá con mi familia, pero mi cansancio era tan grande que debí quedarme dormido, porque mi padre me despertó y me pidió que me fuera a la cama, subí las escaleras casi arrastrándome y cuando me tumbé en la cama caí rendido.

Al abrir los ojos me di cuenta de que el sol brillaba demasiado, pegué un salto, miré el despertador y vi que eran casi las doce de la mañana, me eché las manos a la cabeza, me vestí corriendo, llamé a mi madre y cuando entró le regañé por no haberme despertado. Me dijo que lo había intentado cuando levantó a mis hermanos para llevarles al colegio, pero que se me veía tan cansado que después de tres intentos me dejó dormir plácidamente.

Al ver su cara de preocupación, le dije lo más calmado que pude:

—No es que pase nada malo, es que le dije a Drako que antes del alba estaría de vuelta.

Mi madre zarandeo las llaves del coche y me dijo:

—Estoy lista para llevarte, prepárate.

Al subir al coche vi que mi madre había metido una pequeña nevera de viaje en el asiento de detrás, le pregunté por ella y me dijo:

—Es para ti, quiero que comas bien, solo son unas cosillas que te durarán un par de días, estás muy flaco.

Me llevó hasta el portal, esta vez la despedida no fue tan mala, supuse que era porque solo faltaban dos semanas para la fiesta de la cosecha y ella sabía que nos veríamos muy pronto.

Al cruzar, Drako me estaba esperando tal y como habíamos quedado, esperaba que estuviera enfadado, pero no fue así y su reacción ante mi llegada tardía fue sorprendentemente tranquila, tanto que ni me lo creía. Cuando le pregunte por qué estaba tan tranquilo me dijo:

—Cuéntame la visión que has tenido en tu mundo.

Entonces comprendí que vio lo mismo que yo, que en ese momento estábamos conectados y que seguramente por eso me encendí sin darme cuenta, cuanto más tiempo estaba en Sir, más fuerte era nuestro vínculo, de alguna manera el estar juntos y separados al mismo tiempo nos hacía más inseparables. Le miré a los ojos, me metí en su cabeza y reviví aquella extraña visión; ¿Qué significa?, pregunté a Drako.

—Que mis hermanos están cerca, que pronto daremos con ellos y que la profecía es cierta, serás tú quien los encuentres y los salves.

Le pedí que me llevase de nuevo al Templo, tal vez allí encontraríamos una nueva pista, algo que nos acercara más a los dragones. Y él me dijo:

—Iremos a Barsalí, creo que Ocán sabe más de lo que te ha dicho, deberás hablar con ella, si no te cuenta todo lo que sabe, le pediremos a Sofía que nos ayude.

No me hacía gracia volver a poner a prueba a Ocán, pero si es lo que Drako necesitaba, lo haría sin dudar.

¡Verdades!

Ocán

Estaba preparando la fiesta de la cosecha y me llevé una grata sorpresa: Drako y su jinete me estaban buscando. Al principio ver a David en Barsalí hizo que me preocupase, pero tras escuchar que había sido Caimo quien le había dado dos días para hacer lo que quisiera, me quedé más tranquila. David me pidió ir a la sala del Destino, aquella petición me inquietaba, le dije que había que hablar con Liyac y David me dijo con tono serio que no lo hiciera. Esta vez quería que estuvié-

ramos a solas en la sala del Destino. David me dijo que era algo entre nosotros dos, había encontrado algo y quería contármelo.

Aquello me sorprendió y a mi edad pocas cosas te sorprenden. David se fue a buscar a Tante y a Jardany, o eso me dijo, pero en su cara había un extraño brillo. Me fui a buscar a Liyac para pedirle permiso para tener una reunión en la sala del Destino y mientras lo buscaba por el castillo, vi algo sorprendente: David se escondía detrás de una columna para sorprender a Leisha. Cuando le dio la sorpresa, Leisha se dio la vuelta y se abrazaron muy cariñosos, entonces David tiró de ella y se escondieron tras el pilar. Aquello no me gustó demasiado y no supe en ese instante por qué. Miré hacia el otro lado y vi que Liyac venía junto con Amara, les llamé fuerte para que David y Leisha me oyeran y se ve que lo hicieron, porque ambos salieron del escondite y se acercaron a nosotros.

—Bueno, David, explícale al rey por qué necesitamos la sala del Destino —aproveché para decir.

Bajó la mirada hacia el suelo, cogió aire, la levantó y le dijo a Liyac muy serio:

—Necesito intimidad con Ocán, es algo que solo ella puede explicarme, no es que no quiera que nadie más esté presente, es Drako quien me ha pedido explícitamente que solo hable con Ocán.

Liyac me miró, en su cara se podía apreciar curiosidad. Después miró a David y le dijo:

—No tienes que explicarme nada, confío en ti y sé que si fuera importante para la ciudad, me lo contarías, ¿cierto?

Antes de que David contestara, Leisha intervino en la conversación intentando cambiar de tema, preguntó por la fiesta de la cosecha y quiso que sus padres se lo explicaran todo con detalles. Miré a David y le dije:

—No sé qué os traéis entre manos Leisha y tú, pero debes recordar que tienes una alianza que cumplir.

Los ojos de David se volvieron de un tono rojo que no me gustó nada, no era con brillo, esta vez pude notar ciertos matices oscuros,

entrecerré los ojos intentando sumergirme en los ojos del jinete cuando este apartó la mirada y me dijo malhumorado:

—Ya lo sabe Liyac y no ha puesto pegas, así que vamos a la sala de la Sabiduría, ¿o me vas a mirar los ojos mucho rato?

Tanto el tono como las palabras que usó estaban totalmente fuera de lugar, si no le regañé por su descortesía fue porque no paraba de pensar en sus ojos, tal vez eran solo cosas mías, pero de algún modo sabía que David estaba cambiando hacia un rumbo algo peligroso.

Nos dirigimos a la sala del Destino, al entrar, David se sentó junto a la mesa esperando a que me sentase, yo dudaba si hacerlo o no, hasta que David me ofreció asiento, esta vez con un tono más amable. Quise ir al grano, así que le pregunté:

—Y bien, ¿qué es eso tan importante que quieres decirme?

Sin titubear, David me miró y me dijo alto y claro:

—He tenido un sueño que podría ser premonitorio, o eso dice Drako, necesito que me des algo para poder ver mejor el sueño y ayudar a Drako.

Me quedé sin palabras, habría esperado cualquier cosa, pero, ¿un sueño premonitorio? Le dije con gran pesar:

—No sé qué quiere Drako que haga por vosotros, pero no puedo ayudarte. Verás, si has tenido un sueño premonitorio, es porque hay algo a lo que te acercas que te llama con fuerza, pero mucho me temo que ni siquiera en este mundo hay algo que te sirva para eso.

David me miró con decepción y me dijo:

—Esperaba poder fiarme de ti, me has decepcionado mucho, desde que te conozco siempre me has dicho que me ayudarías en todo y ahora me mientes.

—No seas injusto, siempre te he ayudado, deberías contarme por lo menos de qué se trata, tal vez así te pueda ayudar.

David se quedó un buen rato callado, supuse que sopesando mis palabras, levantó la mirada y comenzó a contarme cosas que me dejaron de piedra:

—Verás..., Drako encontró algo en el Templo de los dragones, algo que estaba oculto dentro de nuestra profecía, él me lo mostró y ayer mientras estaba en casa, quiero decir en la Tierra, pude ver una especie de cueva gigante y oscura con cientos de huevos de dragones ocultos en ella.

Agarré a David de los hombros y zarandeándole, le dije:

—¿Eso qué dices es cierto?

Asintió con la cabeza y le dije:

—Si es así, ahí es donde está la clave de vuestra profecía, sigo sin poder darte nada para que sigas viendo ese sueño. Y lo que es peor, podríamos recorrer este mundo entero y no encontrar los huevos, déjame un tiempo para poder recabar información sobre lo que me acabas de contar y te prometo que te ayudaré en todo lo que pueda. David, no sé si eres consciente, pero, ¿tienes idea de lo que significa que estés tan cerca de devolver a los dragones a este mundo?

Me miró muy serio y me dijo:

—Debes prometerme que no se lo contarás a nadie, ni siquiera al rey, no es que no me fie de él, es que me da miedo que alguien con malas intenciones encuentre ese lugar antes que yo y...

Le dije antes de que prosiguiera:

—Será nuestro secreto, no te preocupes, pero quizás deberías contárselo a Sofía.

David se negó, no quería meter a Sofía en algo tan peligroso. Tuve que darle mi palabra de callar y al acabar nuestra conversación, David sonrió y me dijo:

—Esta es mi lucha y tú serás una aliada mía.

Tras nuestra conversación, David se fue con Drako, me dijo que en Tenus había muchos libros y que quizás la clave podía estar en alguno de ellos. Tras despedirnos estuve buscando algo en mis libros más antiguos y no encontré casi nada. En uno de ellos decía que antaño las hechiceras más experimentadas conseguían unir las mentes de los jinetes con los ancestros en un extraño y peligroso viaje. Sopesé la idea de hacer tal hechizo a David, pero la descarté por incompetente al ver que

si no se hacía a la perfección, la vida del jinete podría estar en peligro. Decidí no contarle nada por el momento y seguí buscando algo menos peligroso.

Capítulo 27

La nueva cosecha

D

David

Después de hablar con Ocán volví a Tenus. Caimo estaba entrenando como siempre en el jardín del castillo, al verme ni se inmutó, siguió con los entrenamientos como si nada,

al verle la cara supe en seguida que algo no iba del todo bien y le pregunté por ello. Su respuesta fue brusca:

—Lo que me pasa eres tú, desde que apareciste no has hecho más que dejar a mi pueblo en ridículo.

Me enfadé con él tanto que me encendí y le dije apuntándole que con mi espada:

—¿Yo? Lo único que he hecho es sufrir el odio de tu pueblo, aguantar tu mal humor y tu forma inhumana de entrenarme. Si en algún momento pensé que Jardany era duro conmigo, debería haberte conocido entonces; eres raro, serio, no quieres tener el más mínimo sentimiento, ¡claro! Si es algo bueno y encima tengo que aguantar tus rabietas de príncipe.

Caimo se convirtió en un Biakko y me lanzó un rayo, intenté apartarme, pero reaccioné tarde y me dio en el abdomen, haciéndome un gran agujero en la camiseta. Resoplé fuerte, me di la vuelta dando la espalda y me dirigí hacia la salida.

—¡No me des la espalda!

Decidí no escucharle y le dije:

—Cuando vuelvas en tus cabales hablaremos, no tengo tiempo para tonterías, he vuelto antes como te prometí, yo sí soy hombre de palabra, no como tú.

Caimo me lanzó otro rayo, pero esta vez me lo esperaba y con- seguí esquivarlo. Drako se metió en mi cabeza y me pidió que saliera del castillo. Cuando salí fuera Drako me vio la mala cara y por primera vez fue quien me calmó:

—No te puedes enfadar con Caimo, creo que alguien lo ha he- chizado y que por eso te ha atacado. ¿Cómo eran sus ojos cuando se ha convertido en un Biakko?

En ese momento me di cuenta, recordé que sus ojos se vol- vían azules eléctricos al convertirse, pero esta vez eran negros. Miré a Drako y le dije que debía volver con Caimo y ayudarlo. Drako negó con su cabeza y me dijo:

—Necesita ayuda, pero no tuya, debes buscar a una hechicera que pueda curarle.

Pensé en Sofia, pero estaba en casa, tardaría demasiado, así que le pedí que trajese a Ocán o a Leisha. Seguro que me ayudarían. Caimo me había enseñado un truco de este mundo y lo aproveché, en uno de mis entrenamientos me enseñó cómo mandar un mensaje sin papel, cogí una piedra azul de cristal mágica y gravé mi mensaje en ella con la esperanza de que funcionara, ya que Caimo me lo enseñó una sola vez y aquí no todo es lo que parece. Drako cogió la piedra y se fue volando, me quedé mirándolo un buen rato, pensando que quizás debería haber- me ido con él, pero pensé en lo mucho que Caimo me había protegido (a su manera) de los actenus, siendo uno de ellos. Me dirigí hacia las afueras de Tenus para ver si encontraba a Actea, a su madre o alguna de las pocas personas que conocía en este lugar, pero no hubo suerte, lo único que conseguí fue dolor de cabeza y dar un largo paseo.

Drako no tardó demasiado en volver y cuando lo hizo vino acompañado de Leisha, ella traía una pócima que Ocán había prepa-

rado para Caimo. Leisha disculpo a Ocán, me dijo que estaba literalmente enterrada en libros y pergaminos antiguos, buscando algo que no le dijo, supe en seguida qué era lo que tenía a Ocán tan ocupada y di las gracias a Leisha. Quiso acompañarme, pero le dije que no y le pedí a Drako que se la llevara, era peligroso que se acercara a Caimo en el estado en el que estaba en este momento. Leisha intentó exponer un argumento bastante bueno, según me dijo la hechicera era quien debía darle la pócima curativa al hechizado. Sujeté la mano de Leisha quitándole de forma suave la pócima de la mano y le pedí amablemente que volviera a Barsalí.

—Si fuera Sofía me dejarías quedarme.

—Si lo fueras también te diría que te marchases, te recuerdo que es mi hermana pequeña —le dije furioso.

—Y yo te recuerdo que tengo casi tu edad, solo soy un año menor que tú.

Hasta ese momento no me había enterado de cuántos años tenía Leisha, siempre la veía con Sofía y pensé que eran casi de la misma edad, pero Leisha se veía más mayor, ahora lo entendía: ¡es que era más mayor! La miré de la manera más tierna que pude y le dije de forma suave:

—No se trata de tu edad, yo siempre te he tratado como igual, se trata de que Caimo es mi problema y no quiero que nadie más salga herido, así que te pido por favor que te vayas a Barsalí con Drako.

Leisha debió darse cuenta de mi cansancio, se acercó, me dio un tierno beso en la mejilla y se fue con Drako sin oponerse. Miré la pócima y vi que Ocán había escrito en ella que debía ser tomada por completo. En ese momento me cabré mucho y pensé que nada sería fácil. ¿Cómo demonios iba a conseguir que Caimo se la tomase? Vi que encima de una mesa había unas cuantas copas de madera, cogí dos y eché la pócima en una y agua en la otra, me fui en busca de Caimo, me disculpé por ser un jinete, le ofrecí beber algo y comencé a beberme el agua diciendo lo buena que estaba. Caimo dudó un instante, cogió la copa, la levantó y se la bebió de golpe. Sus ojos vol-

vieron poco a poco a su color normal y fue en ese momento cuando volví a respirar más tranquilo. Hablé con él de lo sucedido, pero no recordaba nada de lo ocurrido. Aquello me dejó pensativo, pensativo y desconcertado. ¿Quién querría hechizarle? Y lo más importante:

¿con que intención? Los problemas me perseguían y se me acumulaba el trabajo. Solo faltaban unos días para regresar a Barsalí y festejar la nueva cosecha, que por cierto no sabía de qué iba dicha fiesta, ya que jamás había participado en una. Tante me explicó que nuestros ancestros cada cuatro años la hacían con el fin de que las futuras cosechas tuvieran la bendición de los dragones. Intentó explicarme la importancia ancestral que tenía, pero como siempre no le escuché y ahora no tenía a quién preguntarle qué debía hacer yo como jinete. La verdad es que no me preocupaba demasiado, ya que sabía que Ocán me lo iría diciendo todo paso a paso.

Los días transcurrieron deprisa y como me iba a ausentar para la fiesta, Caimo decidió que siguiéramos entrenando en el castillo. Por mi parte pensé de forma absurda que conocería mejor a Actea, pero apenas la vi y cuando nos cruzábamos ni siquiera se dignaba mirarme. Llegó el gran día y me disponía a partir con Drako cuando miré a Caimo y tomé la fuerza necesaria para preguntarle:

—¿Por qué Actea es tan reacia a hablar conmigo?

Me miró desconcertado y me dijo:

—Hasta que os caséis supongo que será así, es lo normal.

Me quedé a cuadros.

—¿Cómo que es lo normal? Lo normal es conocer a la persona con quien te vas a casar y no ser un extraño por completo.

Se encogió de hombros y me dijo:

—Eso será en tu mundo, en un matrimonio de conveniencia no importa si conoces a la novia o si la quieres, supongo que solo importa la alianza.

Quise discutir con él su forma de pensar, pero Drako me metió prisa, pensé que era absurdo querer discutir con Caimo sobre su hermana, así que subí en Drako y partimos hacia Barsalí.

Al llegar me esperaban un montón de buenas sorpresas, mi familia estaba allí esperándome junto con Liyac, me abracé a ellos como si lleváramos años sin vernos. La gente de la ciudad había hecho un trabajo espectacular, las calles parecían otras y en el patio del castillo habían dispuesto mesas para que asistieran todos a la fiesta, todo estaba muy decorado, habían desplegado emblemas de dragones por todos los rincones del castillo, estaban hechos de telas azules con bordes dorados y un gran dragón en el centro. Estaba ensimismado mirando el castillo cuando Sofia se acercó de forma sigilosa y me dio un buen susto. Al principio me enfadé con ella, pero tras ver su amplia sonrisa la agarré y la abracé tan fuerte que se quejó de que la estaba asfixiando.

Ocán me pidió que la siguiera, me dijo que había dispuesto un lugar de honor para Drako y para mí, me miró de arriba abajo, negó con la cabeza y me pidió que fuera a cambiarme de vestimenta, me llevó hasta mi habitación y allí sobre la cama había un traje de guardia real, era negro con el emblema del rey labrado en plata en brazos y piernas, además la camisa era plateada, me quedé sorprendido al ver lo bien hecho que estaba, busqué en el suelo unos zapatos finos que fueran a juego, pero en lugar de eso encontré unas botas de talle medio de color negro, supuse que para ese mundo era lo más común. Ocán esbozó una amplia sonrisa y me dijo:

—Llevo toda mi vida esperando celebrar esta fiesta con un auténtico jinete y por fin ha llegado el momento. Tante me ha dicho que te contó lo que tenías que hacer, pero por si lo has olvidado, tu deber es hablarle al pueblo como ya has hecho en otras ocasiones y agradecer a los ancestros lo que tenemos.

Ocán debió ver que tenía mil preguntas que hacerle, porque me soltó aquella bomba y se fue apresuradamente, dejándome con la palabra en la boca. Y ahora, ¿qué iba a decir yo? Los habitantes de Barsalí esperarían un discurso soberbio y yo no había preparado nada. Me vestí apresuradamente y me fui a buscar a Leisha para ver si ella me podía ayudar. Cuando la encontré no me sirvió de mucho, porque cuando le iba a preguntar apareció Amara, me dijo que todos esperaban un buen

discurso, llamó a Leisha para que fuera junto con su familia, seguidamente Liyac abrió la ceremonia hablándole al pueblo:

—Me alegra veros a todos celebrando esta nueva cosecha. Hace algunos meses no creímos que pudiéramos celebrar este momento, pero la fortuna hizo que el jinete estuviera de nuestra parte y que liderara a nuestro ejército de la mejor forma. No voy a deciros más porque hoy es David quien dará el discurso de la ceremonia y quien guíe al dragón.

Liyac me miró y me hizo un gesto para que subiera al pequeño altar que me habían preparado, las piernas me temblaban, creo que tenía más miedo de hablar en público que de enfrentarme solo a un ejército. Las manos me temblaban y mi fuego interno era cada vez más latente, cogí aire e intenté pensar que estaba solo, pero al abrir los ojos la gente estaba totalmente callada, mirándome, esperando que les dijese algo. Sofía, que estaba junto a mis padres, me miró y salió corriendo. Aquello no hizo más que preocuparme y me encendí por completo, agaché la cabeza intentando que no me viesen, no quería darles miedo. De pronto Sofía apareció a mi lado y me dijo:

—Solo tienes que ser tú mismo, no debes temer nada, he investigado sobre esta fiesta y solo tienes que abrirles tu corazón.

Sofía se quedó detrás de mí para darme seguridad o para controlarme si perdía el control, la verdad es que no sabía muy bien por qué se quedó allí. Cogí aire y lo solté despacito, recordé mi discurso cuando estaba al frente del ejército y comencé:

—Como bien sabéis, esta es mi primera fiesta de la cosecha. Según me han dicho, he de agradecer a los ancestros su bendición por las cosechas anteriores y las futuras. He de reconocer que no sé mucho de cosechas, pero aun así doy las gracias por poder estar aquí. También quiero que sepáis que tanto Drako como yo haremos cualquier cosa por proteger esta ciudad y a sus habitantes. Quiero pedir a los ancestros que nos ayuden en nuestra vida cotidiana y que nos protejan en las futuras batallas. También quiero agradeceros vuestro apoyo incondicional y vuestro cariño...

Ocán me interrumpió y dijo:

—¡Que empiece la fiesta!

La gente comenzó a festejar de momento. Ocán me dijo que lo había hecho bastante bien. Yo sabía que no había sido así para nada, pero le agradecí el gesto, estuvimos comiendo y bebiendo hasta que comenzó a caer el sol y con la salida de la luna de Sir, Liyac pidió a Drako que regase los campos. En ese momento me quedé extrañado. Drako me pidió que lo acompañase, me subí en él y comenzamos a sobrevolar los campos. De pronto comenzó a lanzar fuego y a quemarlos. Empecé a regañarle hasta que me metí en su cabeza y me enseñó la tradición; por lo visto la cosecha ya se había recogido y lo que hacían era quemar los campos cada cuatro años para que la tierra fuera más fértil, y desde que desaparecieron los dragones tenían que quemarlos los hombres. Me disculpé con él y pude notar lo mucho que estaba disfrutando. Al volver a la fiesta cogí a Lucas y le di una vuelta sobre Drako. Se quedó dormido, lo cogí en brazos y lo llevé a su habitación. Mi madre no me quitaba ojo de encima, le pregunté qué sucedía y me dijo:

—Que te has convertido en un hombre.

Resopló, se encogió de hombros y me sonrió.

Mi padre me preguntó si había preparado el discurso, cuando le dije que no, comenzó a reírse y me dijo:

—Ahora lo entiendo.

Pensé que no era justo. Ocán debería haberme preparado el discurso, comencé a quejarme a Sofía cuando apareció Leisha y me dijo:

—No ha estado tan mal, cuando lleves años de práctica lo perfeccionarás.

Parecía que todo el mundo había disfrutado mi discurso más de la cuenta, de repente caí y comencé a reírme, mis padres y Sofía comenzaron a reírse conmigo y contagiamos a casi todos. La fiesta se alargó hasta la salida del sol, aunque ya no quedaba mucha gente, el ambiente era muy bueno. Me acerqué a Leisha aprovechando que estábamos casi a solas y le dije:

—Así que tienes trece años.

Sonrió y me dijo:

—En realidad ya tengo catorce, te dije que nos llevamos poco más de un año.

—¿Por qué nunca he sabido cuando es tu cumpleaños?

—Por qué aquí eso es algo irrelevante, vosotros le dais mucha importancia al día del cumpleaños, para nosotros es solo una fecha, preferimos hacer fiestas por cosas más importantes como la celebración de hoy. Tú cumpleaños está próximo, ¿recuerdas?

Al decirme aquello recordé lo mal que lo pasé el año pasado en mi cumpleaños y pensé que este año también sería duro, ya que estaría lejos de mi familia y de Barsalí. De un modo u otro el día de mi cumpleaños comenzaba a ser un día nefasto desde que encontré este mundo. No tuve más remedio que darle la razón a Leisha.

La alianza

Brais

Desde que llegó el jinete he intentado deshacerme de él a través de muchos métodos, pero no lo consigo. Tras mi fracaso al intentar quedarme con su dragón, la reina Atema no se fía mucho de mí y temo perder mi credibilidad ante ella, aunque mis planes son mucho mayores. El jinete estaba en Barsalí celebrando la fiesta de la cosecha y aproveché para encontrarme con el único que me podía ayudar, le dije a Atema que iba a hacer un pequeño viaje para reconciliarme con los ancestros, pero la verdad es que me dirigí hacia el Norte, había quedado con Barzal, según me dijo él en un cristal que me hizo llegar, sabía la manera de destruir al jinete.

Mi viaje no fue nada fácil, aunque las nieves ya se habían retirado casi por completo, el hecho de viajar solo despertaría sospechas. Barzal me pidió que fuera a las tierras de los gólems de piedra y así lo hice. Cogí un caballo alado de palacio y partí en la penumbra de la noche para no ser descubierto. Al llegar al lugar Barzal estaba esperándome y me dijo:

—Por fin llegas, hechicero.

Su ropaje estaba muy deteriorado, le miré por encima del hombro y le dije:

—No vengo a perder el tiempo, me has dicho que sabes cómo deshacerte del jinete, dímelo y me iré rápido.

—No será tan fácil, quiero algo a cambio —me dijo con tono prepotente.

—Pues claro, no soy estúpido, te lo daré solo si consigo al dragón. Barzal quedó callado un instante y finalmente me dijo:

—Quédate con el dragón, no me importa, pero quiero el trono de Barsalí, me pertenece por derecho de nacimiento.

Ese pobre incrédulo no sabía nada de lo que significaba el poder. Antes de acceder a su petición quise preguntarle algo importante:

—¿Por qué quieres derrotar al jinete?

—Sencillamente porque no debería haber venido a este mundo, ¡mi mundo! Desde que ese malnacido apareció, embelesó a mi padre, y sin pensarlo le dio mi trono.

—Me parece razonable tu odio, pero quiero que sepas que esta alianza no puedes romperla, quiero devolver a Borrell a este mundo, mi intención es que vuelva a reinar en Sir y que incluso consiga lo que se le negó hace quinientos años: conquistar el otro mundo.

Sonrió al escuchar mis planes y dijo:

—Si Borrell puede volver a la vida o no, será cosa tuya, pero la ciudad de Barsalí será mía, eso que os quede claro.

Tras pactar la alianza con Barzal me dijo con tono malévolo:

—Debes saber que todos los jinetes tienen el mal en su interior, al igual que el bien —asentí con la cabeza, eso ya lo sabía, aun así me quedé callado para que siguiera contándome—. También te habrás dado cuenta de que este jinete no es como los de antaño, para él su familia es lo más importante, si no puedes matarle porque necesitas al dragón, deberías conseguir sacar su lado malo y que de ese modo te sirva a ti o a Borrell.

La idea era bastante buena, pero no es nada sencillo conseguir que un jinete olvide su lado bueno y decida ayudarme a despertar a

Borrell. Cuando se lo dije me respondió algo que me dio mucho que pensar:

—Quizás deberías golpear su lado más débil: su familia. Seguro que si algún miembro sufriera un daño, el jinete se volvería malo por completo, ya que el vínculo que tiene con su familia es tan grande como el que tiene con su dragón.

Todo lo que me dijo Barzal aquel día, de algún modo yo lo sabía, no obstante, me dio coraje no haberme dado cuenta, claro que Barzal lo hizo demasiado tarde, él había perdido su reino por culpa del jinete y eso es algo que yo no estoy dispuesto a perder.

Me fui a Tenus pensando durante todo el camino en las palabras de Barzal, en su desaliñado aspecto y en su odio hacia el jinete, ahora me tocaba mover pieza de nuevo y esta vez ese mocososo no me la iba a jugar. Al llegar a la ciudad, Atema me preguntó si mi viaje había resultado fructífero, asentí con la cabeza y le dije que los ancestros me habían iluminado los pensamientos y que de algún modo habían despejado mis dudas con respecto a mi pueblo. Quiso saber más de mi viaje y aproveché el momento, le pregunté por el jinete y le dejé caer que deberíamos ser más considerados con él por el bien de la alianza. Lo hice así para que creyera que la idea era suya.

Atema me pidió consejo:

—¿Crees que debería hacer algo especial para nuestro huésped?

Aproveché la vulnerabilidad de la reina e hice el movimiento maestro:

—Vos sois la reina, sois la mejor estrategia que he conocido y si bien la alianza está hecha, en estos momentos el jinete está en Barsalí, creo que si vos creéis que podríamos hacer algo para que se sienta más cómodo en Tenus, pues que así se haga, vos no os molestéis por nada, yo me encargaré de todo. A pesar de todo el trabajo que ya tengo, si vos me ordenáis que busque algo especial para él, así lo haré, mi reina.

Atema cayó en mis redes sin oportunidad de escapar y como era de esperar, me pidió que preparase algo especial para nuestro huésped. Me dirigí a mis aposentos y busqué la manera de poder llevar a cabo mi

plan. Estaba a punto de desistir cuando en un antiguo pergamino hallé la respuesta que necesitaba: ¡una Anfisbena! Esa sería mi sorpresa para el jinete. En el mejor de los casos mataría a un ser querido suyo, en el peor, bueno..., en el peor mataría al propio jinete, eso era cosa del azar, la suerte estaba echada, ahora solo tenía que buscar una noche idónea para cumplir mi plan y todo el poder le sería devuelto a Borrell.

Reflexiones

David

Una vez terminó la fiesta de la cosecha tuve que regresar a Tenus, la verdad es que lo que más me apetecía era irme un par de días a la Tierra, echaba de menos mi cama, mis amigos y mi rutina de antes, o simplemente era que sabía que Caimo me iba a entrenar y no me apetecía volver a la granja, era deprimente, pero casi era más deprimente quedarnos en Tenus con la gente mirándome raro y juraría que algunos me maldecían solo por pasar cerca de ellos. Al llegar a Tenus, Atema me mandó llamar, aquello me extrañó, pero viniendo de la reina, era normal y pensé: «¿Qué querrá ahora de mí?». Me dirigí hacia la sala del trono y allí estaban casi todos los que conozco en Tenus; bueno, todos menos Caimo. Un escalofrío recorrió todo mi ser, era como si alguno de mis sentidos me dijera que aquella escena no presagiaba nada bueno.

Brais, que estaba a la izquierda de la reina, abrió los brazos y me dio una cálida bienvenida a Tenus, entrecerré los ojos, ya que no me cuadraba tanta amabilidad, agarré la empuñadura de mi espada para estar preparado por si la cosa se ponía fea. Atema notó el gesto y pidió a Brais que se dejara de preámbulos y que me diera la buena noticia de una vez por todas. Como siempre, Brais hizo lo que su reina le pidió y se dirigió hacia mí diciendo a media voz:

—Verás, jinete, sabemos que nuestro comienzo no ha sido bueno, por ello mi reina ha pensado que en el solsticio de verano deberías traer a toda tu familia, para que podáis disfrutar una fiesta actenus con

la gente de la ciudad, la fiesta sin duda sería en tu honor y en el honor del dragón.

Antes de que pudiera contestar, Caimo apareció por la puerta y en su cara pude apreciar que él no había sido invitado a la reunión. Se acercó y me preguntó qué sucedía y le dije:

—Pues que tú reina quiere hacer una fiesta en mi honor y en el de Drako, y no sé por qué quieren que traiga a toda mi familia.

Caimo miró a Atema y de forma brusca le dijo:

—¿Eso es cierto, mi reina?

Atema inclinó su cabeza ligeramente para decir que sí. Caimo miró a Brais y le dijo:

—¿No será un truco para hacerle algo a David?

En el instante en que dijo aquellas palabras, el escalofrío se hizo más grande, pero en vez de escuchar mi instinto escuché a Actea decirle:

—Mira que eres malo, hermano. La reina quiere tener un detalle con el jinete y tú lo interpretas como algo oscuro, yo misma he ayudado a concretar la fecha para que los ancestros nos den su bendición y todo salga perfecto, el Dragón también estará y te recuerdo que el jinete tiene una hechicera muy poderosa, si se va a sentir más cómodo, pues que venga ella también.

Decidí intervenir, primero agradecí a Caimo su preocupación por mí, después miré a Actea y le dije:

—Esa hechicera poderosa es mi hermana, así que es seguro que viene, pero si me dejas, puedo invitar también a un par de amigos más.

—No, solo tu familia podrá asistir, si tu hermana es la hechicera que levantó las lanzas contra la reina, no creo que deba venir más gente, ya que no necesitas protección de ninguna clase, solo es una fiesta; además, queremos que te sientas como un actenus, y con guerreros de Barsalí cerca, no creo que lo consigamos —me dijo Brais un poco alterado.

Decidí aceptar de buen grado la invitación, agradecí a la reina el detalle y me marché con Caimo hacia la granja. El camino fue muy

extraño, Caimo estaba más callado que de costumbre, ¡que ya era decir! Al llegar a la granja me cansé de tanto silencio y le dije enfadado:

—¿Acaso te molesta ver a mi familia felizmente reunida?

Caimo negó con la cabeza y me dijo algo que jamás olvidaría:

—Lo que me sucede no es eso; es que por primera vez no me fío de las intenciones de mi reina, ya que no hace mucho yo mismo le propuse que dejara venir más veces a tu familia y que dejara crecer lazos con ellos y ella me respondió con un rotundo no.

Me quedé pensativo un instante y tras reflexionar le miré a los ojos y le dije con tono serio:

—Confío en ti, sé que si en algún momento mi familia corriera peligro, tú me avisarías.

—Ese es el problema, que no sé si es una trampa o por el contrario mi reina ha escuchado lo que le pedí.

Resoplé y le dije:

—La suerte está echada, avisaré a Sofia para que venga preparada, solo te pido que si fuera una trampa, quiero que me prometas que pondrás a mi familia a salvo por encima de todo.

Caimo me miró a los ojos y me dijo:

—Te doy mi palabra de guerrero, jamás dejaré que le hagan daño a tu familia, tenemos varias lunas hasta que llegue la celebración, indagaré sobre el tema y si en algún momento compruebo que no es segura, yo mismo cancelaré la fiesta, de ese modo mi reina no te lo podrá recriminar.

Agradecí a Caimo su sinceridad y nos fuimos a descansar, él me dijo que ahora más que nunca debíamos entrenar y las siguientes semanas fueron las más duras de todo el año.

Los días eran interminables, hacía mucho tiempo que no me dolía tanto todo el cuerpo al caer la noche, nos levantábamos antes del alba e íbamos a la montaña de viento a entrenar. Tras varias semanas conseguimos manejar nuestros poderes a la perfección, aprendí a lanzar viento como si lo hubiera hecho toda mi vida y Caimo consiguió controlar sus descargas eléctricas, podía dirigirlas a cualquier punto

que quisiera. Se podía decir que éramos unos expertos. Se acercó el día de la fiesta y los nervios de volver a ver a mi familia eran cada vez más latentes. Antes de que saliera el primer rayo de sol ya estaba preparado para salir hacia Tenus, aunque mi mente estaba en otra parte. Caimo me preguntó por ello y le dije muy entusiasmado:

—No sabes lo que significa para mí estar con todos ellos de nuevo, ahora mismo mi madre estará metiéndoles prisa a mis hermanos para que desayunen y poder dirigirse hacia el portal, no me puedo imaginar cómo estarán, pero si están la mitad de contentos que yo, solo por eso merece la pena haber pasado tanto.

Caimo sonrió al escucharme hablar de ese modo de mi familia, me agarró el hombro y me dijo:

—Eres muy raro, pero me gusta verte tan contento, recuerda que solo será un día, mañana partiremos hacia las montañas del Norte, debo seguir entrenándote y creo que ya estás listo para vivir en un territorio más hostil.

—Mañana iré donde quieras, pero hoy voy a ver a mi familia, así que no me estropees el momento.

Caimo intentó contarme la importancia de seguir con nuestro entrenamiento en el territorio de los Merrow, y como no le pregunté por ello, detuvo al draquing, se bajó y me dijo enfadado:

—¿Acaso sabes qué es un Merrow?

—¡Otra criatura que tendré que matar o no! La verdad es que no me importa —respondí con cara de cansancio.

—Pues debería importarte. ¿Te has leído el libro que te di hace algunas lunas?

La verdad es que solo había leído las partes en las que hablaba de los dragones y poco más, levanté los hombros y le dije un poco malhumorado:

—Mañana lo haré sin falta, pero hoy es mi cumpleaños y vendrán mis padres y mis hermanos y todo será perfecto, así que no me des más la brasa y déjame saborear el momento, que te pareces a mi madre con los deberes.

Caimo se indignó tanto que no me dijo ni una sola palabra en el resto del camino. Al llegar a Tenus vi que Drako estaba volando cerca, en ese momento el corazón se me iba a salir del pecho, era como si un millón de mariposas aletearan en mi estómago. En las afueras de la ciudad pude ver que Drako descendía y sin esperar a Caimo cogí al draquíng e hice que galopara tan rápido que llegué hasta a temer por su bienestar. Cuando llegué al lugar donde estaba Drako, escuché a Lucas llamarme y cuando le vi, comprendí lo mucho que había crecido, ya tenía cinco años y estaba hecho todo un pequeño guerrero, seguro que había sido cosa de Ocán, porque todos venían con ropa de guerreros de Barsalí. A mis padres y a Sofia ya les había visto antes vestidos como guerreros. Lucas salió corriendo hacia mí y levantó una pequeña espada diciéndome:

—¡Mira qué chula es, David!

Lo cogí y le di un abrazo que no quería que acabase nunca, Sofia se acercó y se unió al abrazo, mis padres también nos abrazaron, curiosamente Drako abrió sus alas e intentó meternos a los cinco entre ellas. Caimo llegó exaltado, en su cara pude ver que me quería regañar por dejarle atrás, pero cuando vio a toda mi familia junta y el cariño que nos teníamos, se quedó callado, mi madre se acercó a él, le dio la mano y las gracias por cuidar de mí. Caimo nos pidió a todos que fuéramos hacia la ciudad, dijo con tono serio que su reina estaba esperando nuestra llegada, solté una pequeña risa, mi madre me preguntó por ello, pero le dije que no era nada.

Drako se despidió y me dijo:

—No quiero festejar nada con los actenus, si en algún momento me necesitas lo notaré y vendré, pero de no ser así, no estaré con los actenus ni un solo momento.

A Caimo no le sentó nada bien la noticia. Cuando le dije que Drako no asistiría a la fiesta se enfadó:

—Como jinete deberías poder controlar a tu dragón.

—Tú lo has dicho, soy su jinete y no pienso obligarle a asistir a una fiesta a la que no quiere ir.

Tras discutirlo bastante, Caimo se calmó y decidió que no era para tanto. A Atema no le iba a gustar que Drako no estuviera, pero me dijo que él se encargaría de explicárselo a su reina.

Capítulo 28

¡Actenus y humanos!

N

David

os fuimos todos hacia el castillo de la reina Atema, mi madre me hizo mil preguntas, pero la verdad es que no tenía respuesta casi para ninguna de ellas. Mi padre me dijo muy

serio:

—¿No me digas que después de casi un año con ellos no cono-

ces sus costumbres en lo que a celebraciones respecta?

Aquello hizo que mis pensamientos retrocedieran hasta el día en que llegué a esta ciudad y los guerreros actenus me torturaron y me sentenciaron a una muerte horrible, solo por el hecho de ser un jinete. Miré a mi padre y le dije:

—Aquí no ha sido para nada como en Barsalí, lo único que sé de ellos es que no les gustan los jinetes y que no sé cuál es el motivo de esta celebración.

Con expresión pensativa, mi padre me dijo que lo entendía, me agarró de los hombros y me dijo:

—Seguramente con el tiempo que has pasado con ellos, te han conocido y han decidido cambiar lo que piensan de ti y esta será su manera de disculparse por los errores

pasados, creo que deberías darles una oportunidad.

Asentí con la cabeza, Caimo no estaba tranquilo para nada, por mi parte no le quitaba ojo de encima, ya que había sido hechizado una vez contra mí, con mi familia tan cerca no dejaría que nada les pusiera en peligro, ni siquiera Caimo.

Sofía estaba contenta de ver la ciudad de Tenu a pleno día, miraba en todas direcciones y se podía apreciar en su cara que estaba muy emocionada. Lucas iba jugando con su nueva espada dando golpes a las paredes que encontraba, de vez en cuando incluso golpeaba el suelo y decía:

—Ya he matado a todos los bichos de este lugar, mamá, soy como David, un jinete salvando a la gente.

Hasta aquel instante no me había dado cuenta de la influencia que ejercía sobre Lucas, yo había crecido en la Tierra ajeno a este mundo, pero Lucas estaba creciendo entre dos mundos y tenía una manera peculiar de ver las cosas.

Nuestra llegada al castillo de Atema fue casi una odisea, las calles estaban plagadas de guerreros actenus, todos ellos llevaban sus mejores armaduras. Eso sí, se abrían para que pudiéramos pasar sin mostrar sus armas. Lucas les miraba y de vez en cuando pedía a alguno que luchase con él, pero aquí no era como en Barsalí, los actenus ni se inmutaban ante sus peticiones. Caimo le explicó que aquellos guerreros no estaban allí para entrenar, que su deber era proteger a la ciudad de cualquier amenaza. Sofía regañó a Caimo y le dijo:

—¿De verdad esperas que te entienda? Lo que quiere mi hermano no es entrenar, lo que quiere es jugar.

Al ver a Sofía tan seria comencé a reírme y le dije:

—No te esfuerces, aquí la palabra juego no es que esté muy arraigada. Es más, seguramente no saben ni lo que significa, ya deberías saberlo.

Al entrar al castillo vi que habían cambiado la decoración, no es que hubieran puesto flores bonitas o algo especial, pero Atema tuvo la amabilidad de quitar las estatuas de mis antepasados. Mi madre dio un pequeño codazo a mi padre y le dijo algo por lo bajini, no llegué a

escucharla. Caimo nos pidió que le acompañásemos al jardín real y así lo hicimos. Allí sí que había flores bonitas por todas partes, también habían dispuesto una gran mesa rectangular en el centro que estaba repleta de comida. Atema, que estaba allí, se dirigió a mis padres:

—Os doy la bienvenida a mi castillo, como la fiesta no es hasta la caída del sol, he decidido que podíamos almorzar nosotros en un entorno más íntimo para poder conocernos mejor.

Me quedé sin palabras ante la reina, mis padres le agradecieron el gesto y nos sentamos a la mesa. En la presidencia había un trono, que supe en seguida era para la reina, ella fue diciendo dónde debíamos sentarnos, ya que se había tomado la molestia de pensar en el mejor lugar para cada uno de nosotros. A su derecha sentó a Actea, después yo, Caimo y mi hermana; a su izquierda mi madre, mi padre y después Lucas. En la mesa, los mejores manjares de Tenus; todo tipo de frutas y carnes, y en el centro lo que sin duda era una cría de grifo hecha en sus hornos de piedra. Aquella imagen me impactó. Lucas preguntó qué era y de forma apresurada le dije:

—Es una gallina muy grande.

Caimo me miró y antes de que dijera nada le dije:

—Si no le miento no comerá nada y no creo que a tu reina le agrade mucho.

Caimo asintió con la cabeza. La comida fue bastante bien, estuvimos hablando de cosas banales y al terminar, Atema se levantó y nos invitó a participar en unos juegos que había preparado para nosotros. Actea se puso muy misteriosa y dijo:

—No sé si sabréis hacerlos bien, pero desde luego intentarlo merecerá la pena.

Nos dirigimos a un campo que había cerca de la ciudad y allí habían preparado lo que me pareció una especie de *yincana*, estilo medieval. Habían colocado dianas hechas con unas ramas entrelazadas, para lanzarles flechas, algunas de ellas incluso eran móviles, también había una especie de carrera de obstáculos y al final de todo tenían cuatro guerreros armados. Actea sonrió y dijo:

—Iréis pasando todas las pruebas y el que las consiga todas con buena puntuación, ganará el gran honor de presidir la ceremonia de esta noche junto a la reina.

Aquella forma de hablar de su madre, me seguía resultando extraña, pero con el tiempo me fui acostumbrando. El primero en comenzar la carrera fue Caimo y lo hizo realmente bien, pasó la prueba de las dianas sin problemas, en la carrera de obstáculos resultó que salían algunos guerreros y te lanzaban unas flechas que si te daban no te mataban, ya que estaban hechizadas, pero te quedabas paralizado y perdías; en la lucha con los guerreros uno de ellos le rozó con su espada y eso le restaba puntos. La reina decidió que el segundo fuera yo, tenía que ir corriendo y lanzar las flechas casi sin mirar las dianas. ¡La verdad es que era divertido! En la carrera de obstáculos, diez guerreros comenzaron a tirarme flechas y tenía que sortear agujeros enormes en el suelo, carros de madera volcados y algunos animales de granja que habían soltado. Un par de flechas me rozaron y las piernas no me respondían todo lo bien que debían. Conseguí terminar la carrera de obstáculos, pero cuando los cuatro guerreros se me echaron encima al mismo tiempo, lo que me pasó fue algo que no pude controlar. Una quemazón interna se apoderó de mí y comencé a arder desde dentro. Como tenía la espada de la luz en la mano, la encendí casi sin darme cuenta, guardé la espada para no herir a ningún guerrero, ya que se trataba de un juego. Al verme los ojos, los guerreros retrocedieron un paso. Caimo les ordenó que me atacaran, que no debieran temerme. Intenté apagar el fuego interno que se apoderaba de mí, pero fui incapaz, les lancé un torbellino de aire, el problema fue que también salió fuego, mi padre me estaba diciendo algo a voces, estaba tan lejos que no conseguí escuchar qué me decía, hasta que de pronto comenzaron a lloverme flechas. Como había guardado la espada no pude esquivarlas todas y tres de ellas me dieron de lleno, en ese instante mi cuerpo quedó bloqueado, era incapaz de moverme y eso hizo que me encendiera más y más. Podía escuchar a los guerreros hablar de lo peligroso que era, no estaban murmurando, ni siquiera se molestaron en evitar que los escuchase cuando dijeron:

—Lo mejor que debería hacer la reina es matar al jinete.

Caimo estaba cerca y les ordenó que se marcharan, antes de que se fueran les miró y les dijo:

—Si ponéis otra vez en peligro la alianza con vuestros pensamientos, yo mismo me encargaré de vuestro final.

El efecto de las flechas se me pasó pronto y conseguí controlar mi fuego interno, mis padres le pidieron a la reina que dejásemos los juegos. Atema se sintió ofendida y Sofía se ofreció voluntaria para pasar las pruebas. Atema le dio un arco con flechas, Sofía tiró el arco al suelo y llevaba las flechas en la mano, salió corriendo y cuando se acercó a las dianas tiró las flechas hacia el cielo y con sus manos las dirigió a todas y cada una de las dianas y acertó de lleno. En la carrera de obstáculos, paralizó las flechas y se las devolvió a los guerreros dejándoles inmóviles, cuando llegó a los guerreros con espadas levantó las manos y los desarmó apuntándoles con sus propias espadas, al terminar en un tiempo récord, sonrió, miró a Atema y le dijo:

—Creo que soy la ganadora.

Ante la mirada incrédula de todos, Brais comenzó a decir que tanto Sofía como yo estábamos descalificados por haber usado nuestros poderes. Alegó que era cosa de guerreros y no de magia. Sofía se enfadó y estuvo mucho rato refunfuñando, pero se tuvo que aguantar. Atema pidió a mi madre que fuera la siguiente, mi madre la miró y le dijo cordialmente:

—A mí me vais a disculpar, majestad, pero no soy una guerrera, no se me da bien el arco y de la espada ni hablemos, si no os molesta me gustaría verlos con vos desde esta posición.

Ante las palabras de mi madre, la reina no tuvo más remedio que aguantarse y dejar que mi madre se ahorrara pasar por aquellas pruebas. El siguiente en pasarlas fue mi padre, él iba más tranquilo, su paso era más lento, pero firme. Consiguió hacer pleno en todas las dianas, la carrera de obstáculos la pasó sin que le rozara ni una sola flecha, aprovechó los carros y los agujeros para esquivar las flechas, entró por un lugar más estrecho y obligó a los guerreros a pasar de uno en uno y

consiguió placarlos a todos sin que le rozaran; lo cierto es que lo hizo mejor que nosotros y por eso la reina le ofreció que presidiera la fiesta nocturna con ella. Mi madre se puso un poco celosa, pero disimuló muy bien, sonrió y felicitó a mi padre por su victoria.

Una intromisión en la fiesta

David

Tras los juegos, Atema nos brindó unos aposentos para que nos aseásemos y nos cambiásemos de ropa si así lo deseábamos. Como Atema estaba tan distinta, decidí dar un paseo por el castillo, solo por comprobar que todo fuera seguro. En uno de los pasillos me encontré con Actea y la llamé, pero se dio la vuelta e intentó alejarse. Salí corriendo tras ella, cuando la alcancé estaba furioso y le dije demasiado brusco:

—¿Se puede saber por qué diablos me rehúyes? Se supone que debemos conocernos y no te dignas hablarme. Si sigues así, ¿cómo te voy a conocer?

Actea me miró con desprecio y me dijo:

—Yo no quiero conocerte, sé que mi deber es casarme contigo para honrar la alianza, pero no esperes más de mí, no dejaré que corrompas mi descendencia.

Me quedé sin palabras y Actea comenzó a andar, la cogí del brazo y le dije:

—Quiero que sepas que yo también cumpliré la alianza obligada, pero me gustaría que no fuésemos desconocidos; si me conocieras, verías que no soy malo.

Actea sonrió de forma malévola y me dijo:

—Solo espero no tener que cumplir la alianza, prefiero una guerra antes que casarme con un jinete.

No quise discutir con ella, bastante mal me caía como para seguir metiendo el dedo en la llaga. Decidí ignorarla e irme con mi familia, la luna estaba saliendo y la fiesta comenzaría pronto. Al ver a mis padres

me llevé otra sorpresa, mi padre seguía vestido como un guerrero, pero mi madre había decidido vestirse como en la Tierra, llevaba un traje elegante color vino, de pantalón y chaqueta, con una camisa negra de media manga y zapatos de medio tacón. Al mirarla vi lo guapa que estaba, pero también vi en sus ojos que estaba nerviosa, le dije lo guapa que estaba y le pregunté si se encontraba bien, ella me dijo que no se sentía cómoda llevando la ropa de guerrera y que tenía miedo de ponerme en un compromiso por vestir como una humana. Le di un abrazo, un beso en la mejilla y le dije que mientras ellos estuvieran bien, lo demás no importaba. Mi padre cogió a Lucas, que iba vestido como un pequeño guerrero, y nos fuimos a la sala de la Justicia. No sé de quién fue la idea de celebrar allí la fiesta, pero después de lo mal que me lo hicieron pasar allí, aquel lugar era el menos indicado. Sofía debió leerme el pensamiento, porque dijo por lo bajini lo mismo que yo estaba pensando. Papá le regañó y mamá comenzó a soltarnos un discurso sobre cómo hay que perdonar y olvidar. En ese momento me puse a hablar con Drako. Me dijo que estaba en Barsalí, cazando peces fuego, pensé que era afortunado, le dije que se comiera unos cuantos por mí en voz alta, mi madre me regañó, porque se dio cuenta de que no la estaba escuchando. Entonces Sofía le dijo a mi madre con cierto reproche:

—Si tú le hubieras encontrado como yo lo hice, entonces verías que celebrar allí una fiesta no es plato de buen gusto.

Mi madre se quedó callada un instante, cogió aire y lo soltó despacito, con las lágrimas saltadas dijo a Sofía:

—Crees que no sé todo el daño que esta gente le ha hecho a mi hijo, pero solo tengo dos opciones, a mi parecer puedo intentar perdonarles y vivir tranquila y feliz, u odiarlos y seguir sufriendo porque mi hijo ahora vive con ellos por una alianza que no conozco bien.

Me quedé mirando a mi madre sin decirle nada. Sofía se disculpó por su grosería. Caimo, tan inoportuno como siempre, apareció y nos pidió que nos diésemos prisa. ¡La reina iba a presentarnos a su pueblo! En aquel momento no tenía ganas de celebrar nada, tenía un mal presentimiento y no podía explicarlo.

Habían puesto mesas a ambos lado de Cestran, casi toda la ciudad estaba allí, en el lugar del trono habían puesto una mesa con tres sillas y un trono que era sin duda para la reina. Habían tenido la corte- sía de quitar algunas de las estatuas de piedra de mis antepasados; eso sí, habían dejado las que tenían una postura menos tétrica.

La reina pidió que nos sentásemos a su mesa mi padre, mi her- mana y yo. Miré a mi madre y le dije a Caimo:

—No pienso dejar que mi madre y Lucas se sienten lejos de nosotros.

Caimo sonrió y dijo:

—Tranquilo, estarán sentados junto a mí, es solo que mi reina ha querido que los guerreros que han participado en las pruebas se sienten junto a ella en un lugar de honor.

Entrecerré los ojos y le dije:

—Si es de ese modo, ¿cómo es que tú no te sientas junto a tu reina?

Caimo movió la cabeza a ambos lados y me dijo:

—Porque sabía que tu reacción iba a ser de desconfianza y le

pedí que por esta vez me dejara fuera del lugar de honor, para que de ese modo tú estuvieras más tranquilo. David, llevamos mucho tiempo juntos te pido que te relajes y disfrutes de este día, te garantizo que todo esto es solo para que te sientas como un guerrero actenus y comiences a confiar en nosotros, no hay ningún otro motivo.

Las palabras de Caimo tenían mucho sentido, pero no me que- daba tranquilo. Mi madre, que había visto de cerca mi reacción, me cogió la mano y me pidió que nos apartásemos un poco. Me pidió que disfrutara de mi momento y me prometió que estaba bien. Entonces me enfurecí y le dije:

—No, no está bien. Quiero teneros a todos cerca, necesito que estéis junto a mí para poder protegeros, ¡tu no sabes lo de las banshees!

Me cogió la cara con sus manos y me dijo con brillo en sus ojos:

—No tienes que preocuparte de nada, esta gente ha demostrado que te respeta, sé que tienen costumbres diferentes, pero eso no signifi-

ca que sean malos; además, estaremos bastante cerca, no te preocupes por esas banshees además yo no veo ninguna por aquí.

Tuve que aguantarme y dejar que la reina se saliera con la suya, algo que no me hacía ninguna gracia, pero como decía mi padre, éramos sus invitados y debíamos ser corteses. Cuando estábamos todos en el lugar que la reina Atema había dispuesto, se levantó y dio un discurso breve, pero claro:

—Pueblo de Tenus, quiero que de hoy en adelante veáis al jinete como a uno de nosotros. Sé que nuestros antepasados y la historia nos han demostrado que son criaturas con un poder inmenso y a veces destructivo, pero no es el caso de David. Este muchacho se ha criado en una tierra lejana, ajeno a todo su poder y su magia. El jinete ha pasado casi un año bajo el mando de mi primogénito Caimo y a demostrado su lealtad y su fuerza, quiero que todos le deis la confianza y el calor que los habitantes de Tenus siempre hemos tenido entre los nuestros. Por último, presentaros a estos humanos que también han demostrado valía y fuerza en el campo de entrenamiento.

Al terminar, la gente comenzó a dar golpes en las mesas con sus jarras de madera y algunas mujeres cantaban una canción que nos daba la bienvenida a su pueblo, fue algo hermoso. La velada fue maravillosa, la reina había preparado ciertos espectáculos, en algunos, varios guerreros luchaban con espadas encendidas en fuego. Atema me dijo que aquello era en mi honor, ya que los jinetes de fuego tienen la habilidad del fuego. Mi padre estuvo hablando con la reina de casi todo, él le preguntaba cosas de Tenus y la reina se quedaba fascinada con las cosas de la Tierra. Miré a mi madre y pude ver cómo disfrutaba con Lucas de los espectáculos. A ella los que más le gustaron fueron los bailes que hicieron algunas bailarinas con magia; conseguían mantenerse en el aire, hacer pequeños remolinos de viento junto con muchas hojas de colores que habían cogido de sus árboles. Tras una hora comencé a disfrutar tanto que se me fue de la cabeza cualquier preocupación. En el número final, Brais sacó a mi madre y le pidió que se quedara quieta frente a nuestra mesa. Cuatro muchachas la hicieron levitar de

forma suave e hicieron varios remolinos a su alrededor de flores de colores. He de reconocer que me puse nervioso, pero al ver la cara de felicidad de mi madre, me alegré por ella. Sofia pidió a Brais participar en el espectáculo. Brais se opuso, pero Atema le ordenó que la dejase participar y Brais accedió. Le pidió a Lucas que saliera junto a Sofia y le dijo a Sofia:

—Ahora vendrá una criatura y debes contenerla con tu magia, no temas, está hechizada y no os hará daño alguno.

Sofia se preparó, todo estaba en el más absoluto silencio, de pronto dos ojos amarillos entraron serpenteando cerca de mis hermanos. Sofia levantó las manos para parar a la criatura, pero se acercó más a ellos. En ese momento Caimo gritó a Sofia:

—¡Es una Anfisbena, apártate de ella!

Sofia miró a Caimo, su expresión era de miedo, estaba intentando paralizar a aquella Anfisbena, pero su hechizo no le hacía nada. Cogí mi espada y salté la mesa, me puse junto a Sofia y comencé a luchar contra aquella criatura.

La Anfisbena era una serpiente grande, aunque a primera vista no me pareció algo por lo que preocuparme demasiado, hasta que le corté la cabeza y esta volvió a crecer rápidamente, aquello me dejó estupefacto. Los guerreros se fueron a proteger a su reina, mi padre se puso junto a nosotros para destruir a aquella criatura. Él sacó su espada y luchó contra la Anfisbena a mi lado. Sofia seguía intentando paralizarla, pero no lo conseguía. Mi madre corrió hacia Lucas, ella no llevaba arma alguna. Aun así corrió para coger a Lucas y en un instante escuché un grito ensordecedor.

El ataque

Lucía

La fiesta iba bastante bien, hasta que Sofia pidió a Brais formar parte del espectáculo. Brais le dijo que solo tenía que paralizar a una criatura y Sofia accedió encantada. Lucas fue con ella, no me hacía

mucha gracia, pero tras ver innumerables demostraciones de la magia de Sofía, accedí y dejé que Lucas fuera junto a su hermana.

En el momento en que vi aquellos ojos brillantes, un escalofrío recorrió todo mi ser. En un instante vi aquella enorme serpiente y escuché decir a Caimo que era una Anfisbena.

En ese momento ninguno de nosotros sabíamos qué era esa criatura. Al ver a David cortarle la cabeza no me quedé tranquila y en el instante en que le salió una nueva cabeza lo recordé. No sé mucho de criaturas, pero recordé que en algún momento había estudiado a algunas criaturas mitológicas y recordaba vagamente que había una serpiente de dos cabezas. Supe que se trataba de dicha serpiente, porque me llamó mucho la atención leer que no moría si le cortabas una cabeza, o las dos, ya que se regeneraba. Daniel estaba luchando junto a David y Sofía, fue entonces cuando vi a mi pequeño Lucas en medio de aquella batalla. Sin pensarlo dos veces salí corriendo, cogí a Lucas y cuando me di la vuelta para salir corriendo con él y ponerle a salvo, vi la segunda cabeza, miré a Lucas, me di la vuelta para protegerle con mi cuerpo y aquella criatura me mordió en el muslo izquierdo. De pronto solté un grito de dolor inmenso, intenté evitar gritar, pero el dolor de aquel veneno era extremadamente grande. Lucas me miró, sus ojos se llenaron de lágrimas, bajé la mirada y aquella serpiente seguía metiendo veneno en mi cuerpo, quería decirle a Lucas que todo iría bien, quería decirle que mami estaba bien, pero el dolor no me dejaba articular palabra. Levanté la vista en busca de ayuda. David venía corriendo con su espada encendida, sus ojos eran más brillantes que los de la Anfisbena. Levantó su espada y le cortó la cabeza en un solo movimiento. Uno de los colmillos me había rasgado la pierna y la sangre salía a borbotones. Daniel me miró, pero no podía venir en mi ayuda, seguía luchando contra la Anfisbena. Caimo se puso junto a Daniel, luchaban juntos y protegían a Sofía, pero no era suficiente. David levantó un torbellino de viento y fuego e intentó meter a la Anfisbena dentro. Caimo le gritó que no lo hiciera, que sería peor. Según pude escuchar el fuego no la mataría, al contrario, la haría más fuerte. Caimo pidió a Sofía que

congelase a la Anfisbena. Sofía estaba bloqueada, mi pequeña me miró llorando, asentí con la cabeza para que entendiera que debía hacerlo. Sofía lanzó un hechizo y comenzó a nevar, era el comienzo del verano y estaba nevando, si no fuera porque la sangre comenzaba a quemarme por dentro, hasta me hubiera resultado bonito.

La Anfisbena se fue de forma rápida, se podría decir que despareció con el frío invernal que Sofía había provocado. Daniel y Sofía vinieron corriendo, mi pequeña me dijo entre sollozos:

—Lo siento mucho, mamá. Te curaré, de verdad que te curaré.

David me pidió perdón por el dolor que iba a sentir; puso su mano y quemó la herida para cortar la hemorragia, aquello me provocó un enorme dolor.

De pronto dejé de sentir aquel dolor inmenso y comencé a tener frío. No soy tonta, sé que eso es mala señal, intenté no llorar, pero sabía que debía despedirme de mi familia. Miré a Daniel y le dije:

—Lo siento, cariño, he intentado proteger a Lucas y ahora...

Daniel se negaba a aceptar lo que estaba por venir y me dijo:

—Y ahora nada. Sofía te curará y mañana nos iremos de esto.

Miré a mis tres tesoros y les dije:

—David, quiero que sigas siendo bueno, llegues a ser un gran hombre y que hagas que nos sintamos orgullosos de ti como hasta ahora, que cuides de tus hermanos y de tu padre. No dejes que este desafortunado suceso te aparte de tu destino. Sofía, quiero que sigas practicando magia. Me equivoqué, quizás si te hubiera dejado practicar más, tú sola hubieras acabado con la Anfisbena.

Me dio un golpe de tos, la sangre salía por mi boca, mi tiempo se agotaba. Lucas me abrazó llorando. Me decía que él me iba a curar. Le acaricié y le dije:

—Para mí sois lo más importante de mi vida, os quiero con toda mi alma, recuerda que mamá te quiere estés donde estés, siempre cuidaré de ti.

La luz era cada vez más tenue, intentaba mantenerme despierta con todas mis fuerzas, pero el veneno había sido muy rápido y mi

corazón latía cada vez más despacio, podía escuchar voces de fondo, pero ya no sabía quién hablaba o qué decía. Lo último que noté fue que Daniel me cogió en brazos.

Sin pensar

Sofía

Tras salir aquellos ojos en mi busca y ver de cerca a la serpiente, cara a cara, mi primer intento de paralizarla fracasó, me quedé bloqueada, tardé un rato en reaccionar, seguí intentando hacer bien el hechizo, pero por alguna extraña razón todos fallaban, era como si algún tipo de magia que desconozco protegiera a la Anfisbena. En pocos minutos, David y mi padre estaban luchando con la criatura a mi lado, pero parecía que nada la podía matar. Incluso David le cortó la cabeza. Caimo también se unió a la lucha y seguía sin ser suficiente. Desde mi posición miré a mi madre y la vi correr, pasó cerca de nosotros y siguió corriendo, no lo entendí hasta que la vi coger a Lucas en brazos. Hasta ese momento no había pensado en Lucas. Me sentí fatal, porque me había obsesionado con la Anfisbena y le había olvidado por completo. Cuando vi a mamá coger a Lucas en brazos me sentí más tranquila, pero esa sensación me duró muy poco. Una segunda cabeza de la Anfisbena salió de pronto, mamá se dio la vuelta, en su cara pude ver un miedo arrollador, entonces la Anfisbena mordió a mamá, ella gritó, intentó seguir protegiendo a Lucas, sus fuerzas se vieron mermadas y le soltó en el suelo. Quise correr para ayudarla, pero la cabeza con la que luchábamos no quería dejarme salir. David hizo algo, salió corriendo y cortó la cabeza que estaba mordiendo a mamá. Cuando David le quitó la cabeza de la pierna, pude ver desde mi posición que mi madre perdía mucha sangre y mi hermano luchaba él solo contra la otra cabeza. Caimo me dijo que le lanzara frío a la Anfisbena e hice un hechizo para congelarla... No sé qué me sucedió, porque fallé el hechizo y en vez de congelar a la Anfisbena, de pronto se puso a nevar.

Aunque el hechizo de congelación no me salió del todo bien la Anfisbena desapareció y todos corrimos para ayudar a mi madre, David le quemó la herida pero el veneno no dejaba que la herida se cauterizara, ella comenzó a despedirse de nosotros, yo no quería despedirme, quería curarla, no tenía que ser tan difícil, solo tenía que parar la hemorragia y sacarle el veneno. Puse mis manos en su herida y comencé a hacer el mismo hechizo que Ocán me enseñó cuando Liyac resultó herido de gravedad en la batalla contra los Drows, pero era inútil. Entonces recordé que no fui yo sola, Ocán también me ayudó. La desesperación se apoderó de mí, sobre todo cuando mamá dejó de hablar y cerró los ojos. Miré el portal de Cestran y pedí a mi padre que llevara a mamá hasta el portal, él no me preguntó nada, cogió a mamá en brazos y la puso sobre el portal. Le pedí ayuda a Brais para abrir el portal, pero se negó, me dijo que una simple humana no era digna de entrar en Cestran. David se encendió y con su espada le amenazó para que lo abriera. Atema pidió calma a David, pero se enfureció, me miró y me dijo:

—Esta gente no te va a ayudar, no sé qué necesitas, pero acabo de pedir a Drako que traiga a Ocán. Haz lo que sea para que mamá aguante viva, Ocán se encargará del resto.

Miré a mi madre, su piel era cada vez más pálida y fría, la herida ya no sangraba tanto y eso significaba que apenas le quedaba sangre en el cuerpo. Me puse sobre Cestran, invoqué a los ancestros y les pedí ayuda. Una dulce voz me dijo que era peligroso lo que pretendía hacer, era como si supiera cuál era mi intención. Pedí a los ancestros que abrieran el portal. David me agarró del brazo y me dijo:

—Sofía, ¿qué es lo que pretendes?

Entre sollozos le dije:

—He leído que si salvo su alma y conservo su cuerpo, será peligroso y difícil, pero hay un modo de hacerla volver y eso es lo que pretendo. De lo contrario, aunque Ocán llegue pronto, mamá se habrá ido para siempre.

David no estaba convencido de mi plan, aun así asintió con la cabeza. Mi padre estaba en estado de *shock*. Lucas seguía abrazando a

mamá, no paraba de pedirle que despertara. Pedí a Lucas que se apartara, que iba a curar a mamá. Mi padre cogió a Lucas, me miró y me dijo:

—No te pongas nerviosa, cariño, solo tú puedes salvarla y lo sé, haz lo que haga falta, pero no dejes que muera.

Cogí una pequeña daga y me hice un corte en cada mano, me puse al lado de mi madre, ella estaba dentro de Cestran y yo de rodillas en el borde exterior. Pidiendo a los ancestros que se llevaran el alma de mi madre a Cestran, puse las dos manos al mismo tiempo sobre el portal y este comenzó a brillar, mi madre soltó un leve quejido de dolor, en ese momento me arrepentí de lo que estaba haciendo, pedí perdón a mi madre por el dolor que estaba sufriendo por mi culpa y comencé el hechizo:

—Ancestros de Cestran, os suplico que os llevéis el alma de mi madre, os pido que cuidéis de su alma y petrifiquéis su cuerpo durante ocho lunas. En el instante en que la octava luna llena brille sobre este portal, yo misma bajaré a Cestran y la recuperaré. Que mi magia y la magia que hay en este mundo sellen este hechizo, que dicha magia me dé ese poder para entrar en vuestro mundo. Por el poder que me fue concedido como guardiana de los portales, yo sello este hechizo con mi sangre. Que la sangre de mis venas cuide y proteja el alma que hoy os entrego con amor y que el dolor que empaña este momento no impida recuperar su alma sana y salva.

Al terminar el hechizo un nudo se adentró en mi pecho, pude ver con horror cómo se iba petrificando el cuerpo de mi madre, no fui capaz de apartar la mirada de ella, quería poder retroceder en el tiempo, quería poder cambiarme por ella, le cogí la mano mientras esta se petrificó y llorando le dije:

—Volveré por ti muy pronto, perdóname por haber tenido que hacerte esto, pero no puedo perderte para siempre, te quiero y haré todo lo que pueda y más; mami, perdóname.

Lucas se puso a gritar al ver que mamá era una estatua de piedra, comenzó a llorar y me pidió que dejara el truco e hiciera que mamá se curase. Mi padre cogió a Lucas y se lo llevó de allí, no quise preguntar-

le adónde iba, solo había que ver su cara para saber que estaba destrozado, mi hechizo había dado alguna esperanza, pero no era suficiente, ya que no había garantías de conseguir el antídoto para el veneno, ni tampoco de poder sacar el alma de mi madre de Cestran. Aun así, desde ese momento solo podía pensar en salvarla.

Drako llegó con Ocán, al verla me eché a llorar sin poder controlarme. Ocán miró hacia Cestran, en su cara aprecié horror, me miró y me dijo:

—¿Qué has hecho?

Seguí llorando y le dije:

—Tú no llegabas y no le quedaba tiempo, he pedido a los ancestros que la cuiden y les he dicho que en ocho lunas yo misma entraré por su alma, ese será el tiempo suficiente para conseguir todo lo que necesito.

Ocán me miró con ternura, me cogió la cara con las manos y me dijo:

—Las cosas no son tan sencillas, tu madre era humana y Cestran... Bueno, digamos que solo los más poderosos o temibles están allí como castigo. Sofía, ¿entiendes lo que te quiero decir?

Miré a Ocán furiosa y le dije:

—Nunca me has preparado para esto. David se puso en peligro por salvar a Liyac, ella es mi madre y nosotros dos la salvaremos.

Ocán me dijo con gran pesar:

—No es eso, Sofía, lamento mucho vuestra pérdida, pero lo que te quiero decir es que has condenado el alma de tu madre. Mucho me temo que Cestran no es un lugar agradable, y mucho menos para una humana. Piensa que es una especie de inframundo que se hizo desde el principio de los tiempos con el fin de castigar a las almas impías. Además el hechizo que has hecho no es tan fácil como tú piensas, necesitas algunos objetos que no están en dicho hechizo.

Al escucharla decir todo aquello un gran dolor me presionaba el pecho y me dejaba sin respiración. Jamás pensé que Cestran fuera tan horrible. Aun así le dije:

—Pero sigue viva, de algún modo sigue viva y la haré volver, me cueste lo que me cueste, no voy a perder la esperanza.

Ocán me abrazó e intentó calmarme, pero no había nada que me quitase el dolor. David estaba inmóvil mirando a mamá, sus ojos estaban cambiando, ya no eran de un tono rojo intenso, el color de sus ojos se estaba apagando. Supuse que era a causa del dolor, hasta que miró a Drako y sin decir palabra se subió en él y se fue.

Opciones

David

Tras ver cómo la tragedia asolaba a mi familia, miré a Drako y le pedí que me sacara de aquel lugar. El dolor que sentía al ver cómo mi madre se convertía en piedra y cómo el resto de mi familia se desmoronaba era devastador.

Drako accedió sin problemas y me preguntó si quería ir a algún lugar en concreto.

—Si conoces algún lugar donde mi dolor se acabe, hazlo; de lo contrario, llévame lejos.

Fui todo el camino recreando en mi cabeza lo sucedido y no le encontraba ningún sentido. «¿Por qué nadie, aparte de Caimo, luchó contra la Anfisbena? ¿Por qué los hechizos de Sofía no funcionaron?». Por más preguntas que me hacía, nada tenía sentido. Sin mirar donde estábamos le pedí que me bajase.

—Aquí es peligroso —me dijo, con dolor en su voz.

En aquel momento miré hacia abajo y vi que estábamos sobrevolando el territorio de los gólems de piedra.

—Me da igual, necesito andar, necesito pensar.

—No. Acabas de perder a un ser querido, necesitas llorar su pérdida.

Me enfadé mucho y le grité:

—¡No está muerta! Sofía hará que vuelva y yo la ayudaré, lo que necesito es que me digas cómo ayudar a Sofía.

Drako me dijo que notaba mi rabia y mi dolor, aun así descendió y me dejó en el suelo. Al verme dar vueltas en círculo se enfadó y me dijo:

—Sé en lo que piensas y no es buena idea. Además, los gólems de piedra no tienen la culpa, pero si te sirve de algo, yo también creo que alguien manipuló a la Anfisbena. Sé que son criaturas tediosas, pero no es normal en ellas atacar fuera de su territorio. Además, lo más extraño es que no atacó a ningún guerrero actenus.

—Entonces, alguien lo preparó todo para matarme, pero falló y su única víctima ha sido mi madre. Drako, enténdeme, tengo que hacer algo, o de lo contrario me volveré loco.

Estuvimos volando sin rumbo muchos amaneceres, cada noche Drako hablaba con sus ancestros, pero no había respuestas claras, Drako me insistía en ir con mi familia, cada vez que me nombraba la palabra familia se me rompía el corazón y mi respuesta era la misma:

—Han destruido a mi familia y tengo que ayudar a Sofia, hasta que no sepa como hacerlo no voy a regresar.

—David tu familia te necesita, tu padre, Sofia y Lucas necesitan que estes con ellos.

—Tenia que haber escuchado mi instinto las banshees me lo advirtieron y no las escuche, cuando mi familia vino a Tenus tenia que haberlos sacado de aquel horrible lugar, nunca debería haber aceptado la puñetera fiesta de la reina malvada —le dije destrozado.

Cada día que pasaba se me hacia más duro, estábamos muy al norte, ni siquiera se donde, por fin Drako obtuvo respuesta de sus ancestros:

—Hay un modo, pero no será fácil.

—Me da igual, dime cómo y lo haré.

Drako me pidió paciencia y nos dirigimos al Templo de los dragones. Me dijo que sus ancestros le contarían cómo hacerlo y que juntos la salvaríamos, si es que se podía.

Al llegar se metió dentro de un círculo hecho de estalagmitas, prendió fuego a su alrededor, se tumbó y dejé de escuchar sus pensa-

mientos. Mientras Drako estaba tumbado en el fuego, comencé a buscar alguna pista entre las profecías, para mí todo era muy antiguo, la mayoría de ellas ya habían sucedido, pero al ver la de Borrell mi fuego interno se encendió tanto que lancé a la pared una llama, ennegreciendo la piedra. Drako despertó y me dijo:

—He hablado con mis ancestros y me dicen que lo que Sofia le ha hecho a tu madre ya ha sucedido otras veces, pero que solo una vez salió bien. Deberíamos prepararnos y partir pronto, necesitaremos bastantes cosas, cuando la octava luna brille sobre el portal, deberás llevarle a Sofia cuatro elementos difíciles de encontrar: agua de elfos, un tesoro que guardan con gran recelo los Merrow (las cenizas del primer dragón de Sir), el cetro de Tenisa (la primera hechicera actenus) y por último y lo más peligroso, el veneno de una naga.

Miré a Drako y le dije:

—Deberíamos partir ya. Dime que sabes dónde está cada una de las cosas que me has dicho.

—Esa es la parte difícil y peligrosa, nadie en Sir sabe dónde están exactamente, y que yo sepa, las nagas desaparecieron junto con Borrell. No sé si me entiendes, los ancestros dicen que se pueden conseguir los elementos, pero mucho me temo que no será una tarea sencilla. Es posible que en esta travesía pierdas el rumbo y te pierdas a ti mismo.

Miré a Drako y en ese instante comprendí que de algún modo me estaba pidiendo que no lo hiciera, pero que si decidía hacerlo, siempre estaría a mi lado. Sopesé un momento mi decisión y le dije con voz firme:

—Jamás dejaré de ser tu jinete, te prometí no ponerme en peligro de forma absurda, aun así debes comprender que es mi madre, si hay la más mínima oportunidad de salvarla tengo que hacerlo, de lo contrario, es seguro que me perderé como persona. Esta vez tenemos que ganar nosotros, tengo que decirle a Sofia, a Lucas y a mi padre que no les voy a fallar, y he de encontrar todos esos elementos. Dime, ¿dónde están las nagas?

Drako miró la profecía de Borrell y algo en mi interior me decía que Borrell tenía la respuesta a aquella pregunta. Nos dirigimos hacia Tenus. Ahora que tenía las ideas más claras, tenía que explicarle a mi familia que no estaban solos y que juntos conseguiríamos sacar a mi madre de Cestran.

Fin

Solo espero que hayáis disfrutado leyéndolo, tanto como yo escribiéndolo. Para mí cada personaje ha cobrado vida y se ha quedado con un trocito de mi corazón.

La vida no siempre es fácil y de algún modo hay que superar las batallas que se nos presentan. Para esas personas que siempre nos apoyan y nos enseñan que no todo es blanco o negro.

Índice

Prólogo	9		
<u>Capítulo 1</u>	<u>11</u>		
		<u>Una excursión familiar</u>	<u>11</u>
		<u>Al otro lado</u>	<u>16</u>
		<u>No estamos solos</u>	<u>20</u>
		<u>¡Un atisbo de luz!</u>	<u>25</u>
Capítulo 2	29		
		Nuestro pasado	29
Capítulo 3	37		
		El encuentro	37
		<u>¡Con ayuda!</u>	<u>41</u>
		<u>Una mala decisión</u>	<u>47</u>
<u>Capítulo 4</u>	<u>53</u>		
		<u>Entre la espada y la pared</u>	<u>53</u>
		<u>Lecciones</u>	<u>56</u>
		<u>Un largo camino</u>	<u>60</u>
		<u>¿Un castigo justo?</u>	<u>62</u>
		<u>¡Andar antes que volar!</u>	<u>64</u>
<u>Capítulo 5</u>	<u>71</u>		
		<u>¡Salvadlos a todos!</u>	<u>71</u>
		<u>Recuperación</u>	<u>78</u>
<u>Capítulo 6</u>	<u>83</u>		
		<u>Un duro comienzo</u>	<u>83</u>
		<u>Injusticia</u>	<u>90</u>
		<u>Una decisión reñida</u>	<u>92</u>

Capítulo 7	97	
Un duro regreso	97	
Me siento muy útil		109
Capítulo 8	113	
Comienza el avance	113	
La prueba, un desafío		117
Capítulo 9	133	
Todo cambia	133	
Mi viaje		135
La calma antes de la tempestad		139
Capítulo 10	147	
Un reto	147	
La parte más difícil		151
Capítulo 11	157	
Cogiendo las riendas		157
Preparamos la batalla		160
Errores pasados		166
Capítulo 12	171	
Una separación dolorosa		171
Una dura batalla		177
Capítulo 13	189	
Sin esperanza	189	
Arreglando las cosas		197
La última esperanza		200
Los colmillos		204
La decisión más dura		208
Alianzas		211
Capítulo 14	213	
Negando las cosas	213	
El deber es lo primero		225
Capítulo 15	229	
Recuperando el orden	229	
Una extraña visita		230
Secretos ocultos		234
Sin salida		237
Capítulo 16	241	
Explicaciones	241	
Sin secretos		243
Una nueva ciudad		246
Capítulo 17	257	
La llegada a Tenus		257
Capítulo 18	273	

<u>¿Amigos o enemigos?</u>	<u>273</u>
<u>Capítulo 19</u>	<u>289</u>
<u>¡Perdido!</u>	<u>289</u>
<u>Sin rumbo</u>	<u>296</u>
Capítulo 20	313
<u>La alianza</u>	<u>313</u>
Un mal comienzo	316
Capítulo 21	327
Duras decisiones	327
Sin opciones	332
Capítulo 22	343
Un nuevo camino	343
El bosque de los Ents	351
Capítulo 23	363
¡El portal!	363
Avances	367
Capítulo 24	375
Una cura	375
Cambios	377
Conocimientos	384
Capítulo 25	389
¡Sorpresa!	389
La emboscada	397
Arpías	398
Capítulo 26	405
El reencuentro	405
¡Un largo tiempo de espera!	412
¡Verdades!	422
Capítulo 27	427
La nueva cosecha	427
La alianza	434
<u>Reflexiones</u>	<u>437</u>
<u>Capítulo 28</u>	<u>443</u>
<u>¡Actenus y humanos!</u>	<u>443</u>
<u>Una intromisión en la fiesta</u>	<u>448</u>
<u>El ataque</u>	<u>452</u>
<u>Sin pensar</u>	<u>455</u>
<u>Opciones</u>	<u>459</u>